



Paris Yolanda

Los besos
más dulces
son la mejor
medicina

Índice

Portada

Mis princesas no llevan corona...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Mis princesas no llevan corona,
llevan Converse.

Capítulo 1

—¡Despierta, dormilona, que hoy es tu cumpleaños! — gritaron las tres amigas saltando encima de Yolanda, que dormía tan ricamente en su cama.

—Pero ¿qué hacéis, locas?, que me va a dar un yuyu y aún no he cumplido los veinticuatro, que nací a las cinco de la tarde —dijo tirando su almohada a la cabeza de Mar riendo, aunque con cara de sueño.

—Madre mía lo que acabas de hacer, has sacado la bestia que llevo dentro. Toma, Raquel, toda tuya. —Y le lanzó la almohada a otra de las chicas que había en la habitación.

—Guerra de almohadas, venga —propuso chillando Juani mientras cogía un cojín rosa y lo lanzaba por los aires.

En menos de cinco minutos se había liado la de San Quintín: los cojines volaban, las sábanas estaban arrugadas por el suelo, las chicas saltaban encima de la cama y se daban almohadazos, riendo y chillando como descosidas... en fin, toda una locura.

—Pero ¿se puede saber qué es todo este alboroto? —dijo Ana abriendo la puerta de par en par. De pronto y sin ver de dónde procedía, un oso de peluche llegó hasta ella y le dio en toda la cara.

—Uy, perdón —se excusó Mar con cara de pilla y sin poder aguantarse la risa.

—La madre que os parió a todas juntas, que vamos a llegar tarde —soltó riendo—. Venga, Yolanda, a la ducha y a vestirte. Las demás, a recoger todo este lío que habéis montado a la voz de ya.

—Cómo se nota que estás casada con un policía —intervino Raquel—, ¡qué manera de dar órdenes!

Ana, Juani y Raquel eran tres amigas de Guadalajara. Las dos primeras llegaron a Barcelona por cuestiones de trabajo de sus respectivos maridos, y Raquel, periodista, fue enviada a la Ciudad Condal para hacer las prácticas. Mar era la mejor amiga de Yolanda.

Se conocieron por casualidad y desde entonces se hicieron inseparables. Entre todas le habían preparado un viaje sorpresa a Yolanda para celebrar su cumpleaños.

Ana era pelirroja, alta, delgada, con unos ojos azules preciosos y de carácter muy abierto. Estaba casada con Javier, un policía de élite del Grupo de Acción Rápida (GAR), destinado en Barcelona para dar apoyo al Grupo Especial de Intervención (GEI) durante unos meses. Formaban una bonita pareja; llevaban tres años casados y no tenían hijos de momento, lo que les permitía disfrutar de la vida sin ataduras. A veces a Ana se le pasaba por la cabeza lo de ser madre, pero tampoco le preocupaba demasiado; si venían, pues serían bien recibidos.

—Venga, chicas, ahora que Yolanda está en la ducha, vamos a bajar su maleta al coche —propuso Juani—. Vamos rapidito, que no se tiene que dar cuenta de nada, pues ella piensa que nos quedamos aquí en Barcelona. Estoy deseando ver su cara cuando se vea en el aeropuerto.

Juani, morena de pelo corto, ojos marrones y bonita figura, estaba casada desde hacía un año con Marcos, que estaba en el

mismo equipo que Javier, sólo que en el grupo de planificación y coordinación de los GAR.

—Mar, ¿lo has metido todo en la maleta? Que no se te olviden sus zapatos de taconazo ni sus Converse rosas, su maquillaje y todo eso... sin lo que Doña Piji no puede vivir —dijo Raquel riendo.

Mar y Raquel estaban solteras, aunque esta última bebía los vientos por Óscar, amigo y compañero de Javier y Marcos. No había nada serio entre ellos, pero se habían enrollado alguna que otra vez. Él no estaba por la labor de tener nada formal, ya que cada día tenía a una diferente en su cama.

—Sí, sí, todo está en la maleta. Toma, Ana, bájala al coche. ¡Anda, pero si ahora las órdenes las doy yo! —expresó Mar riendo a la vez que le daba el equipaje—. ¿Dónde está su pasaporte? —preguntó, al tiempo que abría uno de los cajones de la mesilla de noche.

—No lo sé, no lo sé —contestó Juani—, y tiene que estar a punto de salir de la ducha.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy y busca por otro lado.

—Mar, Mar, ¡¡¡Maaaaarrrrrrrrrrrr!!!, te has olvidado de meter en la maleta las Converseeeeeee —señaló Raquel toda nerviosa.

—Veamos —dijo Mar muy seria—: Las he dejado fuera por si se las quiere poner ahora mismo; si no es así, cuando salgamos, me quedo la última y las meto en mi bolso y no pasa nada de nada. Sigamos buscando lo que sí es importante, porque sin el pasaporte no salimos del país y se nos joroba el plan, así que manos a la obra: busca por allí; tú, Juani, por esos otros cajones, y yo sigo mirando aquí.

Mar era una chica guapísima, bajita, con el pelo por los hombros, castaña de ojos marrones, y junto con Yolanda eran

dos terremotos; las dos eran unas apasionadas del fútbol, entre otras muchas cosas. Mar trabajaba de administrativa en una empresa y, al igual que Yolanda, no tenía novio, ni a nadie en mente.

—¡Guapas, ya casi estoy! ¿Adónde vamos? —gritó Yolanda desde el baño mientras se acababa de secar su melena rubia.

—¡Es una sorpresa! —contestaron las chicas, tratando de disimular los nervios por no haber encontrado todavía el pasaporte—. Sólo podemos decirte que lo vamos a pasar en grande y te va encantar.

—¡¡¡¡¡Aquí estáaaaaa!!!! —anunció Mar sacando el pasaporte de uno de los cajones, al tiempo que hacía su aparición Yolanda. Con un gesto rápido, cerró el cajón, aunque con tan mala suerte que se pilló un dedo, pero no podía decir nada o su amiga se daría cuenta de que estaba ocultando algo a sus espaldas; con la cara descompuesta por el dolor, intentó hacerle señas a Raquel para que se llevara a la cumpleañera y así poder sacar el dedo, pero ella estaba en Babia porque había recibido un wasap de Óscar y sólo tenía ojos para su móvil. Así que, con todo el disimulo del que fue capaz, consiguió extraer su dedo y guardarse el pasaporte en el bolsillo trasero del pantalón.

—Mar, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes en las manos? ¿Qué escondes? —preguntó Yolanda.

—¿Es a mí? No me pasa nada ni escondo nada tampoco. Nena, la edad te hace ver cosas que no son; yo que tú me lo miraba con el médico.

—¿Queréis bajar de una vez? —se oyó desde abajo; era Ana, que ya estaba algo impaciente porque no quería perder el vuelo.

—Sí, sí, ya vamos; me pongo mis Converse, cojo mi bolso y ¡listo! Chicas, ¿voy bien así? Es que, como no sé adónde me

lleváis, no tengo ni idea de si estoy bien, regular o mal para la ocasión.

Yolanda era la típica niña de papá que lo tenía todo, su familia estaba forrada. Vivía en una increíble casa en la zona alta de Barcelona, y su padre ejercía de cirujano plástico en una de las mejores clínicas privadas, perteneciente al abuelo paterno. La madre era abogada y dirigía su propio bufete. A pesar de tener todo lo que quería y de ser el ojito derecho de su padre por ser la única hija del matrimonio Bassol-Rovira, ella no era una chica repelente, ni creída, ni nada por el estilo; todo lo contrario, era muy sencilla, cariñosa y dulce. Tenía el pelo largo y rubio, y unos ojos verdes muy grandes que ella resaltaba más con el maquillaje. Su tono de piel era clarito, tanto que muchas veces la confundían por extranjera y se dirigían a ella en inglés, pensando que era norteamericana, cosa que le hacía gracia y por eso les seguía el juego contestándoles en el mismo idioma, ya que lo hablaba a la perfección.

No era muy alta, pero tampoco demasiado bajita; con su metro sesenta, si se le añadían tacones, quedaba en una altura bastante buena. Aunque tenía zapatos y ropa para aburrir, a ella le gustaba mucho ir con vaqueros y con sus inseparables Converse rosas, color que adoraba... y justamente eso fue lo que eligió para vestirse ese día: tejanos desgastados rotos por las rodillas que se ajustaban a su cuerpo, una camiseta de tirantes básica rosa y sus Converse; terminó su *look* con una cazadora tejana, con botones y adornos del mismo color que la camiseta.

—Vas asquerosamente guapa, como siempre —le comentaron sus amigas mientras la empujaban para salir de la habitación.

—No perdamos más tiempo, que al final llegaremos tarde; arreando que es gerundio —dijo Juani.

—Chicas, me estáis poniendo nerviosa con tanto secretismo. ¿Me podéis decir de una vez adónde vamos?

—No sólo no te lo vamos a decir, sino que encima te vamos a tapar los ojos para que no puedas reconocer el camino —intervino Ana sacando un pañuelo de su bolso—, pero, no te preocupes, es rosa y te quedará a juego —remató con una enorme sonrisa en la cara.

—Gracias por el detalle —respondió Yolanda, sonriendo también—. Antes de ponerme el pañuelo en los ojos, vamos a hacernos un *selfie* para el recuerdo: venga, venid aquí a mi lado y decid *cheeeese*.

Se hicieron varios autorretratos... con la lengua fuera, con morritos de pato, riendo, haciendo muecas, cabeza abajo, de lado; todo un *book* que luego subirían a las redes sociales.

—Bueno, ahora sí que te vamos a tapar los ojos; tú sólo déjate llevar por nosotras, que ya sabes que siempre lo hacemos por el buen camino —dijo Raquel con cara de guasa.

—Miedo me dais, que tenéis más peligro que una piraña en un bidé.

Entre charlas, risas y bromas, llegaron al aeropuerto; ayudaron a Yolanda a bajar del vehículo con cuidado de que no se tropezara y cayera, y la hicieron entrar en el edificio. Se encaminaron al mostrador de la aerolínea.

—¡¡¡¡¡Tacháaaaannnn!!!!!! ¡¡¡¡¡Felicidadessssssss!!!!!!!
—gritaron todas al unísono quitándole el pañuelo de los ojos.

—Ahora mismo debo de tener la cara igual que el emoticono ese que se usa en Facebook con la boca abierta y los ojos saltones, ¿verdad? —dijo Yolanda—. ¿Adónde vamos?

Todas rieron por la ocurrencia del emoticono y Raquel, emocionada, respondió:

—Nos vamos a..... ¡Los Ángeles!

—¿En serio? No me lo puedo creer, a los ¡*States!* —chilló Yolanda, dando saltitos—. Uauuu, madre mía, esto sí que es una sorpresa; gracias, chicas. ¿Os he dicho cuánto os quiero?, ¿y qué sois las mejores amigas del mundo? —añadió abrazándolas con lágrimas de emoción en los ojos.

—No lo has dicho, pero ya lo sabemos —soltó Raquel arrancándoles unas sonoras carcajadas a todas.

—Venga, vamos a facturar, que cuando me suba al avión empezará la fiesta. Le voy a dar un cedé de Ricky Martin a la azafata para que lo ponga y bailemos todos los pasajeros. ¿Os acordáis de la canción de la boquita y la manzana? ¡Pues ésa! —comentó Mar al tiempo que hacía unos pasitos de baile dirigiéndose al mostrador.

—Una momento, chicas —Yolanda se paró en seco—: Mi maleta, ¿quién la ha hecho?, ¿habéis metido todas las cosas que necesito?, ¿mis zapatos?, ¿mucho ropa? Uffff, tengo que abrirla y revisar.

—Sí, hombre; ni de coña vas a abrir la maleta ahora y aquí en medio. Está todo dentro, la hemos hecho entre todas y con la ayuda de tu madre, así que tranquila, todo está correcto, no te preocupes por nada, sólo diviértete —aclaró Ana.

—Lo vamos a pasar genial, va a ser un viaje para recordar toda la vida —intervino Juani al tiempo que se abrazaban felices; empezaban una nueva aventura juntas.

Una vez facturado el equipaje y tras recoger las tarjetas de embarque, las cinco amigas se encaminaron contentas a pasar el control y, posteriormente, a buscar la puerta por donde debían embarcar... que, como solía pasar, era la que estaba casi al final del aeropuerto.

Durante las catorce horas que duró el trayecto Barcelona - Los Ángeles, las chicas hicieron todo lo que se podía hacer

dentro del avión: leer, hacerse *selfies*, ver películas, volver a hacerse más *selfies*, reír, contarse chistes, más *selfies*, aburrirse, unos cuantos *selfies* más...

Las últimas horas fueron las más pesadas; todas estaban deseando aterrizar y no hacían otra cosa que mirar la pantallita donde se veía el recorrido que estaba realizando el avión... y parecía que no avanzaba, hacía ya más de una hora que veían Los Ángeles en el mapa, pero no acababan de llegar.

—Madre mía, no veo el momento de salir de aquí, tengo el trasero cuadrado de estar tanto tiempo sentada —dijo Mar—, y encima no me han puesto a Ricky Martin.

—Cuando anuncien que vamos a aterrizar, voy a hacer un pedazo de ola que hasta el avión se va a tambalear, como si hubiera turbulencias —añadió Ana mirando a las demás.

—Una ola, no, mejor un tsunami —agregó Raquel.

—Como este pajarraco se mueva por vuestra culpa, no viviréis para contarlo, así que vosotras mismas —respondió Yolanda riéndose.

A pesar de las horas allí metidas, el viaje fue tranquilo; hubo pocas turbulencias, cosa que todas agradecieron, especialmente Yolanda, que tenía miedo a volar, pero era tanto lo que le gustaba viajar que siempre se tragaba todo su pánico y subía a los aviones. Lo que temía más era la subida: se agarraba al asiento con tanta fuerza que parecía que lo iba a arrancar; luego, una vez arriba, ya se tranquilizaba.

Cuando el piloto pidió que se abrocharan los cinturones puesto que iban a tomar tierra en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (conocido simplemente como LAX por los californianos), los nervios hicieron mella en ellas... y es que tenían por delante diez días para disfrutar de los actores, el lujo de Rodeo Drive, Santa Mónica y todo lo que la ciudad les ofrecía.

Después de esperar unas enormes colas para pasar los rigurosos controles de Inmigración, donde les preguntaron hasta lo que habían comido en el avión, fueron a buscar sus respectivas maletas.

Tuvieron que esperar en la cinta de equipajes unos minutos más y por fin pudieron recoger sus pertenencias y salir a la calle, donde les aguardaba una hermosa limusina blanca que las tenía que llevar al lujoso hotel Beverly Wilshire que habían reservado para su estancia allí.

—Chicas, con limusina y todo —dijo Yolanda.

—Sabíamos que te hacía mucha ilusión, así que aquí la tienes, para que la disfrutes; mejor dicho, la disfrutemos —respondió Juani.

Durante el trayecto, fueron bebiendo *champagne* y sacando medio cuerpo por el orificio del techo, algo muy común, pues hacía un día muy agradable del mes de julio y estaban disfrutando de las hermosas vistas.

¡Tenían Los Ángeles a sus pies!

¿Qué más se podía pedir?

Al llegar a Wilshire Boulevard, se bajaron de la limusina y la sorpresa de Yolanda fue mayúscula al ver el hotel que habían elegido sus amigas para su estancia en la ciudad de las palmeras y el glamur.

—¡Uauu, no me lo puedo creer, pero si es el hotel de *Pretty Woman!*, y está justamente enfrente de Rodeo Drive. Vosotras sabéis elegir un buen sitio, sí, señor; estoy deseando ir de *shopping*, así que vamos a dejar todas las cosas y salgamos a pasear.

—Que tiemblen las tiendas, que llega Doña Piji a comprar —dijo Raquel riendo.

Todas soltaron una carcajada y se encaminaron hacia el interior del hotel, no sin antes hacerse unas cuantas fotos en su mítica puerta, donde se rodó la película.

Al entrar en el establecimiento, quedaron maravilladas. El *hall* blanco era enorme; tenía cuatro columnas en el centro del salón, donde se encontraba una mesa marrón repleta de flores blancas; del techo colgaba una enorme lámpara; al fondo, los sillones también blancos daban sensación de paz. A un lado, la recepción con armarios marrones empotrados en la pared y un mostrador formidable, lleno de ordenadores y flores a los lados. Todo le recordaba a la película, le pareció que estaban dentro de un decorado.

Una vez hecho el *check-in*, un botones les subió el equipaje a sus respectivas habitaciones. Ana y Juani ocuparían una habitación doble y las tres solteras, juntas, una triple.

Las habitaciones estaban situadas en la planta superior; eran amplias, limpias y decoradas con gusto. Las camas, enormes; las vistas desde el balcón, impresionantes, pues se podía contemplar la ciudad de Los Ángeles en todo su esplendor.

El baño era todo de mármol, con los albornoces cuidadosamente colocados cerca de la gigantesca bañera con grifos dorados. Al verlo, Yolanda se acordó de la escena del filme en la que Julia Roberts está metida en la bañera con el *walkman* y cantando.

Sonrió y pensó que esa noche ella también haría lo mismo para relajarse después del viaje y del día que les esperaba, porque en ese momento no tenía tiempo de nada, sólo de soltar todo lo que no iba a necesitar y salir a explorar la ciudad y de compras, una de las cosas que más le chiflaban. Hizo unas cuantas fotos, pues siempre le gustaba sacar algunas en todos los hoteles en los que se hospedaba, de cada parte de la habitación, incluido el baño.

Salieron y bajaron al *hall*, donde investigaron un poco más todos los rincones del fantástico hotel: los bares, las terrazas, el jacuzzi, la preciosa piscina con una fuente al fondo que se encontraba rodeada de tumbonas, parasoles, mesas de madera, sillas a conjunto y sillones de aspecto *chill out* que conformaban un entorno mágico y espectacular.

Todas quedaron todavía más maravilladas, si eso era posible.

A pesar del cansancio, no dudaron en salir a la calle a disfrutar de sus primeras horas en la ciudad.

Yolanda aprovechó para sacar algunas fotos de los alrededores, mientras las demás empezaban a caminar y a alejarse un poco.

«¡Estoy en Los Ángeles! —pensó—. ¡La ciudad del glamur y de los famosos! ¡Qué bonita es!»

El clima era estupendo, y estar allí, su sueño; siempre había querido vivir en Estados Unidos, por eso estudió en Boston, pero volvió para estar con su familia; en aquella época era muy joven y no quería vivir sola.

Siempre que podía, iba de vacaciones para disfrutar de ese magnífico país. Había viajado por Nueva York, Virginia, Carolina del Norte y del Sur, Florida, donde había ido al parque de Disney, Washington DC, Filadelfia..., pero aún le quedaba mucho por conocer de su país favorito.

Ahora se encontraba allí y lo iba a gozar al máximo junto con sus amigas; pensaba pasar unos días inolvidables junto a ellas.

Capítulo 2

*Base de los SWAT (Departamento de Policía de Los Ángeles),
Los Ángeles*

En un edificio abandonado de la ciudad de Los Ángeles, los hombres de negro entrenaban duro un día más.

El teniente Lucas Martín había dado órdenes a sus hombres sin parar; no podía permitir ningún fallo, eran los mejores en su trabajo y todo tenía que salir a la perfección en cada entrenamiento.

Ese día había tocado simulacro de amenaza terrorista con productos químicos, y por eso iban equipados con mascarillas, bombonas de oxígeno y los trajes especiales confeccionados con un material muy resistente para poder intervenir en cualquier ataque químico.

Durante las nueve horas que había durado la jornada, no habían parado ni un segundo y regresaban a la base sudorosos y exhaustos.

—Macho, hoy estoy para el arrastre, ¿cómo nos metes tanta caña, tío? —inquirió Dani mirando a Lucas, que entraba en ese momento por la puerta.

—No te quejes tanto, capullo; en mi equipo quiero a los mejores, y para ello tenemos que entrenar duro todos los días.

Prepárate, que mañana vas a sudar a mares.

—¿Más? Pero mira cómo estoy: si me quito la camiseta y la estrujo, se forma un nuevo océano.

—Como mucho formarás un charco, y encima sucio —replicó Lucas riendo a carcajadas—. Vamos, todos a las duchas —dijo mirando al resto de los compañeros al tiempo que abría su taquilla para coger el jabón.

Todos se encaminaron hacia los vestuarios y, una vez bajo el agua, Dani le propuso a Lucas:

—Tío, me han hablado de un sitio nuevo que han abierto donde hay unas pibitas que te quitan el sentido de lo buenas que están.

—Pero ¿tú no estabas reventado? —le preguntó Lucas.

—Para conocer chicas guapas, nunca se está cansado. Cuando salgamos de aquí podríamos ir a comer algo y hablar de lo de esta noche, ¿qué te parece?

—Vale, vamos a picar algo y lo de esta noche me lo pensaré —aceptó Lucas mientras se enjabonaba el cuerpo.

Una vez se acabó de duchar, se dirigió de nuevo a su taquilla para vestirse; mientras se ponía los tejanos, sonó un pitido en su móvil, era un wasap. Cogió su iPhone, lo miró y, sin hacer mucho caso, siguió vistiéndose.

—¿Alguna nenita insatisfecha? —bromeó Dani acercándose a él y riéndose.

—Todo lo contrario, chavalote, siempre quieren más, pero yo no soy de regalar rosas, ni perfumes, ni nada por el estilo —contestó, cuando el móvil volvió a pitar.

—Pues parece que no se da por vencida; quien quiera que sea, insiste.

—Es Zoe, una morena impresionante con la que me lo pasé de lujo la semana pasada, pero, a pesar de estar buenísima

y de lo bien que estuvimos, no tengo ganas de volver a verla. Me habló de quedar más seguido y pensé «lagarto, lagarto»; quiere el pack completo, incluso el anillo, y por ahí sí que no paso... Quitá, quita, tías buenas hay muchas.

Lucas era moreno, de ojos marrones y mirada intensa, y un cuerpo de infarto, producto de sus duros entrenamientos. Era un bombón de pies a cabeza, por lo que gozaba de mucho éxito entre las féminas... y él lo sabía, No había mujer que se le resistiera si se lo proponía, y prueba de ello era que, cada vez que lo deseaba, tenía a una chica diferente en su cama, pero nunca nada serio. Si algo tenía claro era que no quería jugar con nadie y siempre les dejaba las cosas claras a todas las que se iban con él. No tenía tiempo para relaciones serias, ya que estaba muy concentrado en su trabajo y, de momento, sólo buscaba diversión y sexo sin ataduras.

—Algún día, cuando menos te lo esperes, habrá alguien que te tocará el corazón tan profundamente que querrás estar con ella toda la vida; si no me crees, mírame a mí, enamorado hasta las trancas —le dijo Mike pasando por su lado.

—Pero ¡de qué hablas, colega!, ni loco me ato a una mujer. Con la cantidad de ellas que hay por el mundo necesitadas de mí, no puedo dárselo todo a una; debemos compartir y repartir, como buenos cristianos —replicó Lucas riéndose a carcajadas.

—Éste, cuando le toque, será el peor de todos, ya lo verás —intervino Dani.

—Dejaos de rollos de enamoramientos, que yo, tal y como vivo, estoy bien, así que vamos a comer una buena hamburguesa a Peter's House, que me está entrando hambre y este bonito cuerpo no se alimenta del aire.

Salieron por la puerta de la base en dirección al aparcamiento a buscar sus coches.

—Al final, esta noche, ¿qué haces?, ¿te apuntas o qué? —le gritó Dani a Lucas desde su todoterreno negro—. Va, que si

te vienes, no te levantaré a las nenas.

—¿Levantarme quéee? No me hagas reír, tío, sabes que no tienes nada que hacer si voy yo —contestó riendo mientras se subía a su Porsche Cayenne blanco—. Nos vemos en la hamburguesería. —Cerró la puerta, bajó la ventanilla, se colocó sus gafas de sol Ray-Ban y puso su música.

El cedé de AC/DC empezó a sonar; arrancó su coche y se encaminó a Peter's House.

Con el tráfico que había normalmente en Los Ángeles, si llegaban antes de media hora podrían darse por satisfechos.

Cuando se plantó en Sunset Boulevard, buscó aparcamiento cerca de la hamburguesería y, al bajarse del vehículo, se fijó en una chica que estaba haciendo una fotografía. Desde su posición sólo podía verla de espaldas; divisó su larga melena rubia y lo bien que le sentaban los vaqueros. La admiró de arriba abajo; le hicieron gracia sus Converse rosas, ya que allí casi todas las mujeres iban subidas a unos tacones de palmo.

Pasó por su lado y, cuando había caminado unos pasos, sintió la tentación de girarse para poder verla de frente. Así lo hizo, justo en el momento en que ella apretó el botón del disparador de la cámara e hizo la foto.

—¡No me lo puedo creer! ¡Y se planta en medio! —dijo Yolanda en español, pensando que no la entendería.

Lucas, que hablaba perfectamente su idioma, soltó una carcajada al ver la cara que había puesto y lo que había dicho.

—¡Y encima se troncha de risa! —volvió a decir en español—. Perdona, ¿se puede apartar, por favor? Intento hacer una foto de ese edificio —le dijo esta vez en inglés.

Lucas la miró fijamente y, sonriendo, le contestó en el mismo idioma.

—Lo siento, no me había dado cuenta, pero esa fotografía ganaría más puntos si tuviera una belleza como tú delante.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia donde había convenido con sus compañeros de trabajo, dejándola sin palabras.

Yolanda, que se había quedado de pasta de boniato por lo que le había dicho, de pronto oyó una voz que la sacó asombro.

—Nenaaaaaaaaaaaaaa —gritó Mar—, vamos, que te quedas atrás con tantas fotos y queremos entrar en algún sitio para comer algo, que nos rugen las tripas.

—¡Voy!

Hizo la foto al edificio que tanto le gustaba y, cuando fue a mirar cómo había quedado, vio la que había hecho anteriormente y se fijó en el chico que sonreía a la cámara.

Realmente era guapo, muy muy guapo; estaba tremendamente sexy con las gafas tipo aviador verdes, y esa sonrisa era increíblemente bonita.

—Vamos, Yolanda, que estamos muertas de hambre y todavía tenemos que volver al hotel a cambiarnos para vivir la noche y celebrar tu cumpleaños a lo grande —dijo Juani.

—Sí, ya voy.

—¿Dónde podemos comer?, ¿qué os apetece? —preguntó Ana.

—Estamos en América, así que... hamburguesaaaaa —respondió Raquel.

—¿Sí? ¿Todas queréis lo mismo? —quiso saber Juani.

—Sí, venga, vamos a probarlas —respondió Mar—. Bueno, ¿qué dice la cumpleañera?

—Por mí, no hay problema; si queréis probar las hamburguesas, pues vamos a buscar algún sitio donde las sirvan y que nos la pongan con Coca-Cola y patatas.

Cruzaron la calle en busca de algún local donde poder disfrutar de una rica comida yanqui a la vez que sentarse un rato, pues, desde que habían llegado a la ciudad hacía ya unas horas, no habían descansado nada; estaban agotadas de tanto caminar, querían apalancar sus traseros en una silla y llenar sus tripas, que ya rugían desesperadas.

—Peter's House —leyó Mar—. ¿Qué os parece este sitio? Se ve bien, ¿verdad?

—Qué buena pinta —intervino Ana—, aunque, con el hambre que tengo, me comería hasta al camarero.

Todas rieron. Ana engullía como una lima, al igual que Mar y Juani. Raquel y Yolanda eran más tiquismiquis a la hora de comer, sobre todo esta última, que no se llevaba muy bien con la comida.

El lugar, una típica hamburguesería norteamericana inspirada en los años cincuenta, estaba a reventar de gente. La decoración era en rosa y verde, y había máquinas de música antiguas colocadas contra las paredes en las que podías cambiar la sintonía de todo el local. Elvis Presley, Elvis Costello y The Platters eran algunos de los grupos y cantantes que podías elegir, entre otros.

Por suerte había una mesa libre y pudieron sentarse. Todas pidieron hamburguesas con queso, patatas, Coca-Cola, nachos con queso fundido, aros de cebolla... Estaban hambrientas.

—No hemos pedido postre —se quejó Yolanda, que era la más golosa.

—Lo podemos hacer más tarde; no te preocupes, que no te quedarás sin tu pastel de queso—le respondió Mar.

Mientras llegaba la comida, las chicas hablaban de qué hacer esa noche, adónde ir y cómo vestirse.

—Yo no sé qué ponerme, si pantalones o vestido —dudó Juani.

—Estamos igual —la secundó Yolanda—; estoy muy indecisa.

—Tú tienes que ir divina de la muerte; siempre vas así, pero hoy con más razón, que es tu día y debes resplandecer como el sol que eres —la alabó Raquel.

—Que poético te ha salido —se burló Yolanda riendo.

Llegó el camarero con el pedido y todas callaron de golpe, era hora de llenar sus estómagos.

—Qué rica está, ¿verdad? —comentó Ana mientras le pegaba un mordisco a su hamburguesa.

—Que te chorrea, Ana —la avisó Juani—. Toma, límpiate, anda —añadió dándole una servilleta.

—Si no te chorrea, no es auténtica —sentenció mientras se limpiaba—. A Yolanda seguro que no le chorrea, porque se la está comiendo con cuchillo y tenedor. ¿Desde cuándo se come así la hamburguesa?

—Desde que no quiero que me chorree como a ti, que me quedo pringosa —bromeó.

Cuando acabaron de almorzar, Raquel se levantó y se dirigió al mostrador con la excusa de ir al baño. Habló con el camarero y volvió a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja.

De repente sonó una campana y el camarero reclamó la atención de todos los allí presentes.

—Hoy hay una persona entre nosotros que está de cumpleaños, y sería genial que todos le cantáramos el *Cumpleaños feliz*.

Todos empezaron a cantar la famosa canción; ella disimuló, como si no fuera con ella, pero sus amigas sacaron una diadema de brillantitos en forma de corona y se la pusieron. Todas las miradas se centraron en ella, incluida la de un sexy chico que disfrutaba del espectáculo de volver a verla. Ella, roja como un tomate maduro, no sabía dónde meterse; pensó en matar a sus amigas cuando llegaran al hotel. Y por si había quedado alguna duda sobre quién era la cumpleañera, Mar y Raquel aparecieron con un pastel con una vela encendida que Yolanda tuvo que soplar.

—¿Sabéis que os voy a liquidar lentamente cuando llegemos al hotel, verdad? Es más, ahora voy a ir a comprar un libro de tortura china para saber de qué manera os puedo hacer sufrir más. —Iba diciendo esto en broma mientras todo el restaurante aplaudía después de que ella soplara la vela con forma de interrogante que simbólicamente le habían colocado sobre la tarta.

Entre cantos, risas y aplausos, Lucas se levantó ante el asombro de sus amigos y se acercó a la mesa donde estaban las chicas cortando el pastel; se puso al lado de Yolanda, alargó la mano, cogió una servilleta limpia y empezó a doblarla. Todas se lo quedaron mirando alucinadas.

—Muchas felicidades, princesa —le dijo a la vez que le entregaba la rosa que había hecho con la servilleta.

—Gracias —le contestó mientras cogía el bonito detalle—. ¿Qué te hace pensar que soy una princesa? —preguntó mirándolo y sonriendo.

—Llevas corona, vas vestida de rosa y tienes la mirada angelical que sólo las princesas poseen —le respondió perdiéndose en sus ojos verdes.

¡Los más dulces que jamás había visto!

—No creo que sea una princesa, pero, si me lo dices así, tendré que creérmelo —dijo riendo avergonzada—. ¿Quieres

pastel? —le ofreció cortando un pedazo de tarta de nata y fresa.

—Gracias por el ofrecimiento.

Lucas metió el dedo en la nata y se lo acercó a la nariz, pringándola un poquito para el asombro de todas; luego acercó su boca y con sus labios, muy suavemente, le quitó la nata dejándola sin palabras.

—Además, eres una princesa muy dulce —le susurró bajito al oído, cosa que a Yolanda le erizó la piel.

—Me llamo Lucas.

—Yolanda —consiguió articular—. Muchas gracias por la rosa, es muy bonita, muy original. Ellas son mis amigas: Ana, Raquel, Juani y Mar —le presentó a sus amigas, que miraban la escena con los ojos como los búhos.

Las chicas lo saludaron cordialmente.

—Hola, un placer, chicas. —Volvió a mirarla y añadió—: Me ha encantado volver a verte. —Y se marchó a su mesa.

Mientras las chicas flipaban, Yolanda se preparaba para el tercer grado al que sería sometida en tres, dos, uno, cero...

—Pero ¿se puede saber de qué conoces a ese pedazo de hombre? —disparó Raquel.

—¿Cuándo has visto tú a semejante tío bueno? —intervino Mar.

—¡Ya estás contando con pelos y señales todo sobre el guaperas que te ha comido la nariz!... y traduciendo lo que te ha dicho —exigió Ana.

—¡Será posible! Qué calladito te lo tenías... madre mía, ¡qué guapo es! Cuenta, cuenta... —quiso saber Juani.

—Uffff... Echad el freno, Magdalenooooo, que voy a comer pastel, ¿queréis?

—Queremos saberlo todo, no pastel; no te hagas la desentendida —replicaron todas a la vez.

Yolanda sacó su cámara, les mostró la foto y empezó a explicar lo que había pasado.

—Y eso es todo, no ha ocurrido nada más. Ahora, ¿queréis hacer el favor de comer el pastel?, que por cierto está buenísimo, y así podremos ir al hotel a prepararnos para la noche, que yo aún no sé lo que me voy a poner. ¿Sabemos ya dónde vamos a ir?

—Dios mío, si tan sólo con una foto te hizo eso, no sé yo qué te haría si le haces un *book* —dijo Mar riendo.

Todas estallaron en carcajadas.

—No conocemos nada de aquí, no sabemos dónde podemos ir... pero podemos preguntar en la recepción del hotel, ellos deben conocer algún sitio de moda y que esté bien, ¿no? —propuso Juani.

—Ey, le podemos pedir al señor tío bueno que nos recomiende algún local. ¿Qué os parece? —sugirió Ana—. Yo creo que él nos podrá informar mejor.

—Por mí, genial —contestó Raquel.

—Yo no voy a preguntar, que os veo las intenciones y bastante avergonzada estoy ya, así que no penséis que me voy a acercar a su mesa y preguntar —les avisó Yolanda todo lo serio que pudo ponerse.

—Pues ya vamos Raquel y yo —añadió Mar—, anda que el problema que tenemos las dos... ¿verdad?

—No, ningún problema, vamos a ello.

Las dos amigas se levantaron y se dirigieron a la mesa donde estaba Lucas. No sabían cómo se iban a aclarar con el idioma, pero ya se apañarían, porque lo chapurreaban un poco. Al principio estaban un poco nerviosas, pero, con paso firme,

se acercaron. Lo vieron junto a sus compañeros, que también eran muy guapos.

Mar se fijó en uno de los amigos que estaba sentado a la derecha de Lucas, que le pareció increíblemente atractivo; le recordaba a su futbolista favorito.

Cuando estuvieron a su altura, se miraron. No sabían por dónde empezar, pero Raquel, que era un poco más decidida, se arrancó.

—Perdona que te moleste, Lucas: mi inglés no es muy bueno, pero espero que me puedas entender. Nos gustaría ir a alguna discoteca para acabar de celebrar el cumpleaños de Yolanda, y nos preguntábamos si podrías recomendarnos alguna, ya que no somos de aquí.

—No te preocupes, no molestáis, y tu inglés es bueno, te he entendido perfectamente. ¿De dónde sois?

—Somos españolas, de diferentes sitios de España: Ana, Juani y ella son de Guadalajara; Yolanda y yo, de Barcelona —contestó Mar.

Lucas sonrió al saber de dónde eran.

—Hay muchas discotecas donde podéis ir, depende de la música que busquéis. Tenéis Sky Two Bar, donde va lo mejor de la ciudad; si queréis bailes latinos, podéis ir a El Floridito: además de salsa ponen música comercial. Esto por aquí cerquita; luego, si tenéis cómo desplazaros por Santa Mónica, hay mucha fiesta nocturna —les explicó con todo detalle Lucas.

—Yo creo que El Floridito es una buena idea, porque a Yolanda le encanta bailar salsa y bachata —le dijo Mar a Raquel en español.

—Muchas gracias por toda la información que nos has dado, nos ha servido de muchísima ayuda —repuso Raquel mirando a Lucas de nuevo.

—De nada, chicas —le contestó él—. Por cierto, éstos son mis amigos y compañeros de trabajo, Mike y Dani.

Se saludaron mutuamente y se despidieron para volver a su mesa y comentar cómo estaba el tema y decidir adónde iban a ir, aunque ya lo tenían bastante claro.

Una vez en su mesa, barajaron las opciones que tenían y decidieron ir a bailar salsa.

—*¡Wow, wow, wow!* ¡Qué nenas nos acabas de presentar, tío! ¿De qué las conoces? —preguntó Dani.

—De lo mismo que tú, las acabo de conocer; yo había visto antes sólo a la rubita que está celebrando su cumpleaños —contestó Lucas.

Todos se giraron para ver a la cumpleañera y, justo en ese momento, las chicas se levantaron para irse al hotel a arreglarse.

Al pasar por delante de la mesa donde se encontraban ellos, se despidieron. Yolanda se giró y los ojos de Lucas y los suyos se encontraron; sintió que le subía un cosquilleo por las piernas y sólo pudo mover los labios para decir «gracias» sin emitir sonido alguno.

Lucas sonrió al leer los labios de Yolanda.

Quedó fascinado con aquella muchacha.

—Sintiéndolo mucho, me voy a casa, que me espera mi mujer; divertíos, chicos —comentó Mike.

—Venga, no llegues tarde, que se enfadará la parienta —se burló Dani, riendo.

—Vamos al Floridito —propuso Lucas de repente.

—¿Adónde? —preguntó Dani.

—Al Floridito —repitió.

—Tío, ¿te ha sentado mal la comida o qué? —inquirió de nuevo Dani.

—Me ha sentado estupendamente —respondió.

—Espera un momento... las nenas que acabas de conocer van allí. ¿Le has echado el ojo a alguna de ellas?

Lucas se limitó a sonreír, sin decir ni mu.

—¿Es eso verdad? —volvió a preguntar Dani.

Sonrió y se levantó de la mesa.

—Nos vemos en la puerta del local en dos horas. Deja de preguntar, que no has nacido para juez, nenaza.

—Uno que se retira; hasta mañana colegas, nos vemos en la base —se despidió Mike.

—Nos vemos mañana en la base —dijo Lucas—, y a ti —añadió dirigiéndose a Dani—, te veo ahora.

Salieron del establecimiento cada uno en una dirección.

La noche acababa de empezar.

Y, si todo salía como tenía en mente, acabaría bien, muy bien.

Capítulo 3

Cuando Lucas llegó a la puerta de la discoteca, Dani aún no estaba allí. Esperó pacientemente hasta que apareció su amigo y juntos accedieron al interior.

El local era grande; las luces de colores bailaban al compás de la música, la pista era bastante amplia, de parquet, para poder girar sin problemas y había gente, pero no demasiada. Unos cuantos valientes estaban dándole todo al ritmo de *La vida es un carnaval*,^[1] de la famosa Celia Cruz.

Al fondo había una terraza donde se podía tomar algo y hablar más tranquilamente.

Lucas miraba con atención a su alrededor; el ritmo era pegadizo, pero el baile no era lo suyo, por eso se dirigió junto con Dani a una de las tres barras que había en la discoteca, concretamente la principal, desde donde se podía ver la puerta de entrada.

—Acabas de llegar y la camarera ya te está haciendo ojitos; dime tu secreto, tío.

La camarera, una muchacha latina de buen ver y de mirada penetrante, le había echado el ojo a Lucas nada más llegar, pero él estaba esperando ver otros ojos, concretamente unos verdes que no se había podido quitar de la mente desde que los había visto unas horas antes.

—A ti te lo voy a decir, lo llevas claro; siéntate, no te vayas a cansar esperando a que te lo cuente —le dijo a su amigo.

La discoteca se iba llenando, la música sonaba y sonaba, los minutos pasaban, pero ella no llegaba. «¿Y si al final no aparece?, ¿y si han decidido ir a otro sitio?», pensaba. No podía ser, tenía que acudir, tenía que verla. Con la bebida en la mano, sus ojos no se apartaban de la puerta principal.

Los primeros acordes de la canción de David Bisbal, *Mi princesa*,^[2] versión bachata, empezaron a sonar y de repente la vio entrar. Estaba realmente impresionante, con un vestido negro ajustado que dejaba ver su increíble figura, y su melena recogida a un lado en una coleta baja. Se giró para hablar con sus amigas y Lucas pudo ver cómo el vestido era totalmente descubierto por la espalda. Se imaginó recorriéndola con sus manos mientras la besaba.

—¡Ey, colega, mira quiénes están allí! ¿Son ellas, verdad? Ufff, cómo está la rubia del vestido negro. ¡Vamos a saludarlas, venga!

—No se te ocurra poner tus manos encima de la rubia del vestido negro —le advirtió.

—Vamos, tío, deja que sea ella quien elija o... ¿tienes miedo de que te la levante? No te preocupes, siempre te quedará la camarera —dijo riendo.

Lucas sólo sonrió.

Las chicas habían entrado en la pista para bailar el ritmo de Daddy Yankee; se contoneaban al compás de la canción *Limbo*^[3] mientras reían divertidas. El primero en llegar hasta ellas fue Dani; quien trató de llamar la atención de Yolanda para entablar conversación.

Al notar unos brazos detrás de ella, se giró y le dijo que no con la cabeza; lo que menos quería ella era ligar. Reconoció al

chico que estaba en la hamburguesería con Lucas y no pudo evitar buscarlo con la mirada, pero no lo encontró. Raquel y Mar, que también lo habían reconocido, lo saludaron; Dani se integró rápidamente en el grupo.

La música cambió; empezó a sonar Juan Magan. Yolanda comenzó a mover las caderas primero lentamente y fue subiendo el ritmo que marcaba la canción *Como un niño*.^[4]

Lucas la miraba desde atrás; estaba fascinado con su forma de bailar.

Era tan sensual, y a la vez tan dulce... esa manera de mover las caderas en círculos le encantó; de pronto se la imaginó entre sus brazos mientras le hacía el amor.

Se acercó y la rodeó con sus brazos. Al sentir unas manos sobre su cuerpo, ella se giró dispuesta a soltarle cuatro frescas al descarado que la estaba abrazando, pero, cuando se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Lucas, su cuerpo se estremeció y su corazón empezó a latir con más fuerza.

Allí estaba él, tan impresionante como hacía unas horas en la calle, cuando se puso delante de su cámara, vestido con unos vaqueros y una camisa negra que lo hacían aún más guapo, si eso era posible.

Cuando la canción terminó, se separaron un poco, pero sin dejar de abrazarse, se miraron a los ojos y sonrieron.

—Hola, princesa.

—Hola, Lucas. Ya no llevo corona, vuelvo a ser una simple ciudadana de a pie —le dijo riendo.

—Tú siempre serás una princesa. Has nacido para serlo y para que te traten como tal. ¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias. —Se giró para avisar a sus amigas de que iba a tomar algo a la barra. Las vio con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó a ellas y les comentó a dónde iba. Raquel, Ana

y Juani estaban bailando juntas, pero Mar se había desmarcado un poco con Dani y estaban muy juntos, hablando.

Lucas abrió paso entre la multitud con un brazo mientras con el otro la abrazaba, hasta llegar a la terraza. Un poco de aire fresco les vendría bien y así podrían charlar con más tranquilidad.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un mojito.

—Dos mojitos, por favor —pidió al camarero que se acercó a su mesa.

Mientras les servían las bebidas, hablaron del viaje que le habían regalado por su cumpleaños, de los días que iban a estar allí, de turismo, de lo que pensaban hacer y querían visitar.

—Tus amigas me dijeron que sois españolas. ¿Cuándo habéis llegado? —quiso saber Lucas.

—Justamente hoy —respondió ella—; sólo hace unas horas que estamos aquí, todavía no hemos ni deshecho las maletas.

—¿Y puedo preguntar cuántos años cumples?

—Poder, puedes, pero a lo mejor no te contesto o te miento —le dijo ella riendo—; es broma, cumplo veinticuatro. Y tú, ¿qué edad tienes?

—Yo cumplo veintinueve dentro de dos días —le contestó tras dar un trago a su bebida.

—Vaya, casi casi cumplimos el mismo día. ¡Felicidades adelantadas! ¿Vives aquí en Los Ángeles? —añadió.

—Gracias —dijo sonriendo—. Sí, vivo aquí. Eres de Barcelona, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Has visitado alguna vez mi país? —quiso saber Yolanda.

—Sí —contestó en español.

—¿Hablas español? ¿O sólo sabes decir «sí»? —volvió a preguntar.

Lucas sonrió y bebió de su mojito antes de contestar.

—Hablo español perfectamente, puesto que soy español; madrileño, para ser exactos.

Lucas había nacido en Madrid. Cuando estaba en la Universidad Complutense, decidió acabar sus estudios en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA). Después se integró en el Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD) y, de ahí, al equipo de Armas y Tácticas Especiales, los SWAT.

—¿De Madriddddd?! —exclamó Yolanda sorprendida—. Entonces mejor no hablamos de fútbol, ¿no?

Lucas soltó una carcajada.

—Podemos hablar de lo que quieras; además, déjame decirte que estamos en el mismo equipo. Yo también soy del Barça.

—¡Genial! Mejor hablamos en español, ¿no? No hay nada más bonito que expresarse en el idioma materno.

—Por mí, perfecto —contestó él—. No tengo muchas oportunidades de hablarlo aquí.

—Un madrileño del Barça, es simplemente increíble —dijo riendo.

—Guárdame el secreto —bromeó él.

La química entre ellos iba creciendo a medida que la conversación fluía. Lucas se dio cuenta de que Yolanda no era como las demás chicas que había conocido, y eso le gustó.

—Me encanta esta canción —comentó Yolanda de repente al reconocer a Maite Perroni cantando una bachata llamada *Eclipse de Luna*.^[5] Vamos a bailarla —propuso tirando de su mano para hacerlo levantar y arrastrarlo a la pista de baile.

—El baile no es lo mío —se excusó él riendo.

Ella, sin darse por vencida, le hizo pucheros.

—Por favor.

Al final no pudo resistirse ante tanta dulzura y, sonriendo, la siguió hasta la pista.

—Déjate llevar, es muy fácil: sólo tienes que mover las caderas despacio al compás de la canción —le explicó poniendo sus manos en ellas y guiando los movimientos de él.

Lucas le cogió las manos y se las puso alrededor de su cuello; seguidamente la rodeó con los brazos y la pegó más a su cuerpo.

Siguieron moviéndose al ritmo que les marcaba la música. Sin dejar de abrazarse, se miraron a los ojos y éstos dijeron lo que sus bocas callaban.

Lucas acercó sus labios a los de ella, y se fundieron en un tierno beso. Él subió sus manos por la espalda desnuda de Yolanda hasta llegar al cuello, para atraerla más hacia él; sus bocas se unieron y el beso se volvió más intenso.

De repente, en la discoteca, a pesar de la gente que había, pareció como si solamente existieran ellos dos, abrazados, sintiéndose muy cerca el uno del otro.

A ese beso le siguieron unos cuantos más, mientras seguían metidos en su burbuja hermética aislados del mundo, sintiendo sólo el sonido de sus bocas al besarse.

La magia había comenzado.

Cuando sus labios se separaron, Yolanda bajó un poco la cabeza. Lucas aprovechó para besarle la frente; ese tierno

gesto por parte de él le gustó mucho. Lo miró, sonrió y sus bocas volvieron a fundirse en un dulce beso.

Justo en ese momento, unos gritos los sacaron de su ensoñación. Yolanda fue a preguntar algo cuando un empujón la aplastó contra él.

—¿Estás bien? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí, sí, pero ¿qué pasa? —quiso saber ella desconcertada.

—Una pelea, ven. —Lucas la cogió rápidamente de la mano para sacarla de allí.

Era un caos total: la gente corría de un lado para otro y los empujones iban y venían.

—¡Mis amigas!, tenemos que encontrarlas —gritó de forma repetida Yolanda.

—Tranquila, te saco de aquí y enseguida las busco; no te preocupes.

Pero, de pronto, un empujón la hizo soltarse de su mano y perderse entre la multitud, alejándose de él.

Asustada por lo que estaba viviendo y por todo lo que estaba pasando a su alrededor, no supo qué hacer; sólo pudo correr para encontrar la salida y a sus amigas.

Consiguió llegar a la puerta principal entre codazos y empujones y buscó con desesperación a sus amigas, a Lucas, pero no vio a nadie. Allí todo era un caos enorme, con gente gritando y corriendo despavorida.

De pronto sintió cómo la agarraban del brazo y, al girarse, vio que era Mar.

—¿Estás bien? —se preguntaron al unísono las dos amigas.

—Sí, sí; tenemos que alejarnos de aquí y buscar un taxi —dijo Yolanda.

Se abrazaron y, juntas, se alejaron presurosas para parar un taxi y dar con el resto de las amigas.

—Pare, pare, por favor. —Yolanda levantó la mano y en ese momento vio a Ana, Juani y Raquel corriendo como locas.

—Chicas, aquí. Subid, ¡rápido! —Todas se montaron y el coche arrancó.

—¿Estáis todas bien? —preguntó Ana mirando a las demás.

—Todas de una pieza —contestó Raquel.

—He perdido a Lucas —dijo Yolanda asustada.

—Y yo, a Dani —añadió Mar.

—No os preocupéis, seguramente estarán bien —comentó Juani.

—Vámonos para el hotel, que por hoy ya hemos tenido demasiadas sorpresas.

Lucas, por su parte, la buscó y la buscó sin resultado alguno; repartió unos cuantos puñetazos debido a la mala leche que le entró.

Cuando salió a la calle, se encontró con Dani.

—¿Tío, estás bien? —preguntó su amigo.

—No —contestó—, estoy de muy mala hostia, he perdido a Yolanda.

—Yo estaba con Mar y tampoco sé dónde está.

Las fuerzas del orden no tardaron en llegar al lugar; se acercaron a ellos y un agente les gritó:

—¡¡¡Alto, Policía!!!

«Lo que me faltaba», pensó Lucas levantando las manos.

—Soy policía; puede ver mi identificación en mi cartera.

Cuando el agente lo estaba cacheando, sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón; al ver que era teniente del denominado pelotón D de los SWAT, se cuadró ante él y le pidió perdón.

—No pasa nada, haces tu trabajo. Él es mi compañero Dani, buenas noches.

Lucas y Dani se dirigieron hacia los coches y dieron vueltas buscando a las chicas, pero sin resultado alguno. Al final desistieron y se marcharon a sus casas.

Al llegar, Lucas tenía un cabreo monumental. Se desnudó y se metió en la cama, pero no podía sacar de su mente todo lo que había vivido con Yolanda. ¿Qué le estaba pasando? Él tenía claro que no quería ataduras; hasta el momento había disfrutado del sexo sin más, pero ¿qué le sucedía con ella? Por primera vez se había encontrado a gusto con una chica con la que había compartido tan sólo unos besos; sentía la necesidad de volver a verla, necesitaba volver a saber de ella. Pero ¿cómo? No sabía nada... ni el hotel donde se alojaba, ni su teléfono, nada de nada; de hecho, desconocía si en ese momento estaba bien, después de la estampida de la discoteca.

Decidió que al día siguiente buscaría toda la información necesaria para poder localizarla. Por el momento debía intentar dormir, pues mañana le esperaba otro duro día de trabajo y sólo podía descansar unas horas.

Las chicas llegaron al hotel y se fueron derechas a las habitaciones a descansar; estaban reventadas del viaje y de todo lo acontecido durante la intensa jornada.

Ana y Juani se encaminaron a su habitación.

—Hasta mañana —se despidieron.

Raquel, Mar y Yolanda abrieron la puerta de la suya; nada más entrar, se quitaron los tacones y comenzaron a desmaquillarse para irse a dormir.

—Nunca pensé que mi cumpleaños acabaría de esta forma —expuso Yolanda mientras se ponía el pijama.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mar—. ¿A estar besándote con un guaperas como Lucas o al caos del final?

—A todo —respondió—. Celebrar mi cumpleaños en Los Ángeles, conocer a un pedazo de hombre y acabar corriendo, huyendo muerta de miedo.

—Y tú, ¿qué tal con Dani? —planteó Raquel a Mar.

—Eso, eso, cuenta, cuenta... —intervino Yolanda.

—Pues estábamos quedando para otro día cuando ha pasado todo el lío, así que... nada de nada, y no sé ni de qué trabaja ni dónde vive.

—Pues estamos igual —apostilló Yolanda resignada.

Al meterse en la cama, no pudo dejar de pensar en Lucas, en sus brazos rodeándola mientras bailaban, en sus manos acariciando su espalda mientras sus bocas se buscaban para darse los besos más dulces y apasionados.

No podía dormir porque no sabía si se encontraba bien, y no sabía si lo volvería a ver, no sabía nada de nada sobre él, ni siquiera dónde trabajaba, ni dónde vivía... y eso la entristeció mucho.

Dio media vuelta para intentar dormir, pero no hubo manera, no podía sacárselo de la mente.

Al final, el sueño la venció y se durmió abrazada a la almohada.

Capítulo 4

A las cinco de la mañana sonó el despertador y un malhumorado Lucas lo estampó contra la pared. Había dormido dos horas y le esperaba un duro día de entrenamiento en la base; para colmo, lo primero que le vino a la cabeza al levantarse fue la imagen de Yolanda sonriéndole, cosa que no ayudó a mejorar su mala leche. Necesitaba saber cómo se encontraba.

Se metió en la ducha para despejarse un poco; luego encendió la cafetera y fue a vestirse, se tomó el café, salió de su casa camino al trabajo, subió a su coche y, dispuesto a enfrentarse al terrible tráfico de Los Ángeles, puso la música a toda pastilla. U2 empezó a sonar. Arrancó el vehículo y se adentró en la carretera en dirección a la base.

Al entrar, se fue directamente a los vestuarios a cambiarse; se puso la ropa de faena y esperó a que llegaran los demás compañeros, mientras se tomaba otro café.

Poco a poco fueron llegando los oficiales, quienes, al ver la cara de Lucas, se dieron cuenta de que no estaba para muchas bromas, así que se prepararon para empezar el entrenamiento.

Se dirigieron primero al gimnasio, donde estuvieron trabajando la potencia física levantando pesas, haciendo sentadillas, combinando flexiones y abdominales.

Después de hacer ejercicio durante casi dos horas y media, se fueron al campo de tiro; luego hicieron un parón para comer algo rápidamente, para volver después con los entrenamientos.

Mientras estaban comiendo, Dani se fijó en que Lucas no probaba bocado; se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué te pasa, colega?

—Nada.

—El que nada no se ahoga, tío. Esa mala hostia que tienes no es normal. ¿Tiene algo que ver con una rubia impresionante?

—No, nada que ver.

—Y yo voy y me lo creo; vamos, tío... si quieres, me lo cuentas, y si no, pues dímelo igual, pero no me vengas con chorradas.

—Déjalo ya, ¿quieres? —le pidió con cara de pocos amigos.

—Como quieras, capullo, pero, aparte de ser compañeros, somos amigos; a mí no me las das con queso, deberías comer algo.

—¿Qué eres, mi madre, ahora? —le preguntó con mala leche.

—Mira, tío, paso. Cuando quieras decirme algo, me avisas.

Y dicho esto, se puso a comer las patatas que le quedaban en el plato.

Cuando acabaron, Lucas les ordenó ir a los edificios donde simulaban los operativos.

Todos se dirigieron hacia allí.

Después de más de diez horas de duro entrenamiento, volvieron sucios y cansados a la base; sin muchas ganas de hablar, todos se fueron a las duchas.

Al salir del recinto, Lucas se dirigía al aparcamiento cuando oyó que Dani lo llamaba.

—Eh, capullo, espérame. ¿Adónde vas?

—A casa —respondió algo seco.

—¿Cogemos unas cervezas, unas pizzas y echamos una partida a la Play?

—Venga, sígueme —aceptó, consciente de que había estado de muy mala leche.

Una tarde entre amigos le vendría bien.

Al llegar a casa de Lucas, se sentaron delante de la consola con la pizza y las cervezas y empezaron a jugar a GTA 5; tras unas cuantas partidas, Lucas se sinceró a medias con Dani y le habló de Yolanda.

—Colega, lo único que quiero saber es si está bien. No me dio tiempo de conseguir su teléfono, ni el hotel donde estaba alojada.

—Yo estaba con Mar y me pasó lo mismo, no me dio tiempo de nada. También me gustaría saber cómo está, si llegó bien, ya que me pareció una chica increíblemente simpática. Me lo pase genial con ella, además de estar buenísima.

—Piensa, capullo, ¿en qué hotel podrían estar? —le preguntó Lucas.

—Yo creo que alguno cerca de Rodeo; casi todas las chicas se alojan en alguno de esos hoteles, por el tema de las tiendas. Si quieres, mañana al salir de la base nos acercamos y preguntamos.

—No es tan fácil, tío, que no sueltan la información así como así; además, no sabemos cómo se llaman de apellido, sólo tenemos los nombres de pila.

—Capullo, pues tiramos de placa; no creo que en muchos hoteles tengan huéspedes con los mismos nombres y además

sean españolas. ¿Sabes cuándo llegaron a la ciudad?

—Sí, justamente ayer.

—Pues ya partimos de algo. Yo tengo una amiga que trabaja en el Wilshire; espera, le mando un wasap y le pregunto, a lo mejor nos puede ayudar.

Dani le mandó un mensaje a su amiga Ivonne para preguntarle sobre el tema.

Mientras esperaban respuesta, siguieron jugando a la Play.

—Listo, mensaje enviado, ahora pon el FIFA 15, ¡qué te voy a machacar!

—No te lo crees ni tú, colega —repuso Lucas, tendiéndole el mando.

Estaban enfrascados en una nueva partida para ver si conseguían desempatar cuando sonó el móvil de Dani. Era Ivonne.

Después de hablar unos minutos con ella, minutos que a Lucas le parecieron eternos, Dani colgó el teléfono.

—¿Qué? —quiso saber impaciente.

—Veamos, me cuenta que hay cinco chicas alojadas en la planta superior del hotel; no sabe cómo se llaman, pero lo va a preguntar porque tiene confianza con el tipo que trabaja en recepción, luego me dirá.

—¿Otra cerveza?

—Venga... y desempatamos mientras me llega más información.

Se acabaron la cerveza y jugaron varias partidas más, pero el teléfono seguía sin sonar.

—Tío, me marchó ya para casa; si me llega algo, te aviso... a ver si es posible que sepamos cómo están las chicas.

—Vale, colega, hasta mañana.

En ese momento sonó un «bip, bip».

—Es el mío —dijo Lucas mirando su iPhone—. Zoe insiste.

—¿No vas a llamarla? —quiso saber Dani.

—De momento, no; no me apetece verla de nuevo. Está muy buena, pero ahora sólo tengo cabeza para una muchacha rubia de ojos impresionantes —añadió.

Al momento sonó otro «bip, bip», pero el sonido era totalmente diferente.

—Éste es el mío —dijo Dani mirando su móvil.

Tras leer el mensaje en la pantalla de su teléfono, le dijo a Lucas mientras se lo mostraba para que lo pudiera ver por él mismo:

—Los nombres coinciden. ¡Son ellas! Esta mañana han pedido información de cómo llegar a Santa Mónica, y aún no han vuelto.

Consultaron por Internet los horarios de los autobuses que hacían el trayecto de Santa Mónica a Los Ángeles y vieron que estaban a tiempo de ir al hotel para verlas llegar.

Sin dudarlo dos veces, salieron por la puerta, se subieron al coche de Lucas y se dirigieron al hotel.

¡Ya sabían dónde estaban!

Llegaron y aparcaron el vehículo justo enfrente de la puerta principal; desde allí tenían que verlas cuando llegaran sí o sí.

Capítulo 5

Las chicas habían pasado el día en Santa Mónica. Se habían despertado temprano a pesar del cansancio, porque tenían *jet lag*, desayunaron en una de las terrazas del hotel y decidieron colocarse el bikini y poner rumbo hacia el destino elegido.

Les gustó mucho el sitio. La playa era muy grande y bonita; había gente patinando, haciendo ejercicio y corriendo, tal y como se veía en las películas.

Caminaron por Ocean Drive, la calle que une las playas de Santa Mónica con la de Venice Blue. A pesar de estar juntas, las playas eran totalmente distintas.

Las olas eran enormes, ideales para los surfistas que había por la zona. Empezaron a andar por la arena para coger un buen sitio donde poner las bolsas y las toallas.

—Chicas, aquí se rodaba la famosa serie «Los vigilantes de la playa» —anunció Yolanda estirando su toalla en la arena.

—Pues que vengan a vernos los machotes de los bañadores rojos —comentó Raquel riendo.

—Anda que no hace años de eso; a lo mejor tienen que venir con bastón —respondió Yolanda riendo.

—Entonces nos ahogamos seguro —añadió Ana.

—¡Mirad!, allí está el muelle tan famoso que sale en todas las películas, con la noria gigante, ¡qué chulo se ve todo!— exclamó Juani feliz.

—Luego iremos a verlo, tenemos que hacer muchas fotos —intervino Yolanda.

—De las fotos te encargas tú —le propuso Ana a Yolanda.

—Vale, yo me encargo de hacer toneladas de fotos y voy a empezar ya —dijo disparando la cámara y haciéndole una foto.

—Pero avisaaaaaa, *joíaaaaa*. Seguro que he salido fatal.

—Has salido divina de la muerte —afirmó Yolanda riendo.

Tras pasar unas horas tomando el sol y bañándose decidieron que ya era hora de comer algo, así que recogieron sus enseres y se encaminaron hacia el paseo; parecía que la arena no se acababa nunca de lo grande que era la playa.

Finalmente llegaron arriba, se sacudieron los pies y se empezaron a vestir.

—Tengo tierra por todos lados —dijo Yolanda mientras se ponía el *short* tejano y la camiseta de Abercrombie rosa con escote en uve y sus Converse del mismo color.

—¡Mar, qué morena estás, nena! —comentó Raquel—. Yo no me pongo morena ni aun quedándome aquí todo el día.

—Te pasa igual que a mí, yo parezco un gusiluz —soltó Yolanda

¡Todas rieron por su ocurrencia!

—Tengo hambre —se quejó Ana.

—Podemos ir a Third Promenade Street —propuso Juani.

—O a Santa Mónica Pier, a dar una vuelta por el embarcadero y comer en Bubba Gump, el famoso restaurante de las gambas de la película *Forest Gump* —añadió Yolanda.

—Donde queráis, pero que me den de comer, que yo sin alimentarme no puedo vivir; me descontrolo y hago y digo tonterías —intervino Ana riendo.

—Las tonterías las dices y las haces igualmente —se guaseó Raquel.

Pusieron rumbo a Third Promenade Street; al llegar, vieron gran variedad de restaurantes, había hasta españoles, y se decidieron por un mexicano; la comida española la conocían de sobra, y seguro que no era igual que en España.

Pidieron burritos, enchiladas, nachos con queso y guacamole; de beber, optaron por unas coronitas.

Todo estaba buenísimo y lo devoraron en un plis plas. Después de comer pasearon por las calles de Santa Mónica; además de ver y hacer fotos de todo, aprovecharon para comprar algunos recuerdos.

En una de las calles, Yolanda descubrió una tiendecita muy chiquita, pero con unas cosas monísimas. Entró para echar un ojo y se fijó en unas pulseras muy bonitas y originales: eran pañuelos de colores que daban varias vueltas a la muñeca y se anudaban, y en el centro llevaban un broche en forma de sol o en forma de estrella. Sin dudarle, compro cinco, cada una de un color, y salió de la tienda.

Llegó donde estaban sus amigas más feliz que una perdiz.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Mar.

—Comprando —respondió—. ¡Poned las manos!

Las chicas lo hicieron y ella anudó una pulsera en cada muñeca.

—¿Y esto? —preguntó Mar.

—Esto son unas pulseras —contestó Yolanda riendo.

—Hasta ahí llegamos, listilla —bromeó Juani riendo.

—Estas pulseras serán un símbolo de amistad entre nosotras y, cuando estemos separadas por algún motivo, siempre nos recordará lo buenas amigas que somos y este viaje tan maravilloso que estamos haciendo.

—Por nosotras —dijeron todas a la vez juntando sus manos.

—Somos las mejores —gritó Ana.

—Y las más locas —añadió Raquel.

—Una foto de nuestras manos, venga —pidió Mar.

Yolanda sacó su móvil y tomó una instantánea de todas las manos juntas con las pulseras. Mar la llevaba azul; Ana, lila; Juani, roja; Raquel, verde, y Yolanda, rosa.

—Ha quedado genial; luego la subo a Facebook y os etiqueto a todas —comentó Yolanda feliz.

—Venga, vamos a Santa Mónica Pier, que dicen que es superbonito cuando empieza a anochecer porque la noria se ilumina de diferentes maneras.

—Pero tenemos que estar atentas al bus de vuelta, o nos quedaremos aquí tiradas —recordó Raquel.

—Pues, venga, arreando para el muelle a ver si conseguimos verlo iluminado —intervino Ana.

Se encaminaron hacia allí; estaba bastante cerca, por lo que no tardaron mucho en llegar.

Maravilloso, pensaron todas cuando estuvieron allí.

Se podía ver el embarcadero con gente paseando y, casi al final, se encontraba el Pacific Park, un pequeño parque de atracciones que aparecía en muchas series y películas.

Al fondo se podía divisar la famosa noria, que empezaba a iluminarse. Caminar por aquel lugar era algo mágico y peculiar debido a las tantas veces que lo habían visto en el

cine; parecía como si lo conocieran y hubieran paseado por allí toda la vida.

—Tenemos que venir de noche; mirad qué ambiente más genial. —Yolanda saltaba y gritaba.

—Podríamos alquilar un coche, sería mucho mejor — propuso Ana—. Tendríamos más oportunidades de visitar más sitios.

—Y de perdernos —bromeó Yolanda.

Ana le sacó la lengua en forma de burla.

—Siento ser una aguafiestas, pero, si no nos vamos, el bus nos dejará aquí tiradas —avisó Juani.

Llegaron a la estación de autobuses, comprobaron que se trataba del vehículo correcto, subieron y emprendieron el camino de vuelta.

Yolanda se puso los auriculares para escuchar un poco de música durante el trayecto.

No pudo evitar ponerse un poco tristonera al recordar la noche anterior, con Lucas bailando abrazada a ella. ¿Volvería a verlo? Apoyó la cabeza en la ventanilla y dejó volar su imaginación.

Cuando llegaron al hotel era bastante tarde y estaban cansadas; debido al *jet lag* habían dormido pocas horas, por lo que decidieron comprar unos sándwiches al lado del hotel y subir a las habitaciones.

Una buena ducha e irse pronto a dormir les sentaría genial a las cinco.

Lucas y Dani, que estaban en la puerta, arrancaron el coche y se marcharon cuando las vieron entrar y constataron que estaban bien.

Al menos ya estaban tranquilos; ahora sabían dónde poder encontrarlas en todo momento.

Capítulo 6

Pasadas las nueve de la mañana, Yolanda abrió los ojos y miró a su alrededor. Raquel y Mar aún dormían. Se levantó despacio sin hacer ruido para no despertarlas y fue al baño para asearse.

Cuando salió, las chicas ya estaban despiertas.

—Buenos días —dijeron Mar y Raquel.

—Buenos días. ¡Qué dormilonas somos!, son más de las nueve y media —informó Yolanda.

En ese instante unos golpecitos sonaron en la puerta.

Eran Ana y Juani, que estaban preparadas para un nuevo día.

—¿Aún estáis así? —preguntó Juani.

—Nos acabamos de despertar —se excusó Raquel todavía medio dormida.

—Anda, a lavarte la cara, que en Los Ángeles salir a la calle con legañas no queda glamuroso —bromeó Yolanda riendo.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Mar.

—Podemos quedarnos por aquí cerca, visitar los alrededores que aún no hemos visto —contestó Ana.

—Yo quiero ir a Rodeo Drive de *shoppingggggg* —gritó Yolanda.

—Pues venga, mientras tú te vistes, que eres la más tardona, Raquel y yo nos aseamos —le indicó Mar—. Espabila.

Yolanda se dirigió a su maleta y sacó unos *shorts* tejanos desgastados y un top de tirantes finos con la espalda semidescubierta estampado en azul, blanco y rosa; se hizo una coleta alta, se maquilló de forma suave y, como no podía ser de otra manera, se calzó sus Converse rosas.

Agarrando su bolso y poniéndose sus gafas de sol, les dijo:

—Estoy lista. ¿A qué esperáis?

—Venga, vamos, pero primero desayunamos, ¿eh? —dijo Ana.

—¿Tú pensando en comer? ¡Qué raro! —bromeó Raquel.

Salieron del hotel para buscar un sitio donde desayunar. A unos pocos metros encontraron una cafetería. Tomaron asiento y pidieron unos *bagels* de queso y cafés, menos Yolanda, que pidió zumo de naranja.

Luego se encaminaron hacia el paseo de la fama, la famosa calle con las estrellas en el suelo. Yolanda estaba loca por ver la estrella del cantante Luis Miguel, y no paró hasta dar con ella y hacerse la foto.

Se hicieron muchas fotos con más estrellas.

Buscaron el Dolby Theatre, anteriormente conocido como Kodak Theatre, el famoso teatro desde donde retransmiten la gala de los Oscar.

Posaron con glamur en la escalera que tantas veces habían visto en la ceremonia por la televisión.

—*And the Oscar goes to..... ¡me!* —bromeó Yolanda.

—Pues yo me esperaba unas escaleras más glamurosas — dijo Raquel.

—Se ven tan diferentes cuando entregan los premios... — añadió Mar.

—Claro, porque, para la ocasión, las visten de gala y ahora están de andar por casa —se mofó Yolanda.

Pasaron la mañana paseando tranquilamente e inmortalizando cada rincón de la ciudad.

Llegó la hora de la comida; esta vez fue pizza lo elegido.

Almorzaron en un restaurante italiano y todo estaba espectacular. Después de eso, decidieron ir a Rodeo Drive a comprar, el pasatiempo favorito de Yolanda.

—Es hora de gastar —dijo riendo.

La calle estaba llena de *boutiques* de las mejores marcas. Nunca habían visto tanto diseñador junto en tan poco espacio. Chanel, Prada, Gucci, Bulgari, Fendi, Miu Miu, entre otras muchas firmas, se encontraban en la famosa calle.

Entraron en todas las tiendas habidas y por haber, y Yolanda de todas salía con alguna bolsa, ya fueran zapatos, ropa, gafas de sol, bolsos...

—Uff, no tienes fin con las compras, nena —dijo Juani, refiriéndose a Yolanda.

—Esto es sólo el principio —repuso ella divertida—. Cuando me pongo, no hay quien me pare. ¿Sabéis?, me apetece mucho comprarme algo en Tiffany, que está justamente allí. Siempre he tenido ganas de tener uno de esos corazones tan distintivos de esa joyería.

—Pues yo estoy molida, no puedo más —se quejó Juani.

—Yo también estoy cansada —la secundó Ana.

—El hotel está muy cerca, en esta misma calle; si queréis, idos a descansar o bien os tomáis algo en alguna cafetería, aquí está plagado de ellas, y nos juntamos a una hora concreta en algún sitio para cenar.

—Sí, yo prefiero ir primero al hotel a dejar las bolsas y luego bajamos a tomar algo —añadió Ana—. ¿Te parece, Juani?

—Pues, si vais a dejar las bolsas, ¿podéis dejar las mías también, por favor? —preguntó Yolanda.

—Claro, sin problema; te las dejamos en la habitación y así no vas cargada —respondió Juani.

—Yo voy con ellas —dijo Raquel.

—Yo me quedo contigo, chiqui —dijo Mar mirando a Yolanda.

—Podemos quedar en ese Starbucks de allí, ¿vale?

—Ok, allí nos vemos, hasta luego.

Mar y Yolanda se encaminaron hacia Tiffany para comprar el corazoncito.

Al entrar en la joyería, pudieron verla en todo su esplendor. Tenía varias plantas; era muy espaciosa y bonita, y había mucha gente, desde turistas curioseando hasta novios enamorados que estaban allí para comprar el anillo de compromiso junto a sus madres, pasando por maridos que les compraban a sus esposas algún detalle por su aniversario.

Mientras esperaban su turno a ser atendidas, Yolanda le comentó a Mar lo mucho que extrañaba a Lucas.

—Parece mentira cómo alguien te puede calar tan hondo sólo en unas horas, ¿verdad?

—Pues sí, a mí me pasó igual con Dani; enseguida conectamos, hubo *feeling*, y de no haber sido por la dichosa pelea, la noche hubiera acabado muy bien.

—¿En serio? —preguntó.

—Claro que sí, ¿tú no?

—No, nena, ya sabes que yo soy de esperar un poco más —contestó.

—Pues yo soy de las que pienso que hay que darle alegría macarena al cuerpo.

Las dos rieron. Yolanda no era de las que se iban a la cama de buenas a primeras, ella necesitaba algo más; podía parecer tonto e infantil, pero ella era así y no podía evitarlo.

Sólo había tenido relaciones con un chico, de quien se enamoró como una tonta, y éste la traicionó. Desde entonces no había vuelto a salir con nadie, de eso hacía ya casi cuatro años; de hecho, no se había ni planteado volver a enamorarse.

—Me siento mal por no saber nada de él; espero que esté bien, pero no sé cómo puedo buscarlo. ¿A ti te gustaría volver a ver a Dani?

—La verdad, sí, me encantaría; además, me recuerda mucho a Dani Alves —dijo sonriendo.

—¿Crees que podemos hacer algo para dar con ellos? —preguntó.

—Es muy complicado, ¿por dónde empezamos? Es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, tienes razón, es muy complicado, pero al menos necesito intentarlo.

—Ya se nos ocurrirá la manera de hacerlo, no te preocupes. Oye, ¿esto no se mueve, no?

—Pues no, parece que no, porque sigue habiendo la misma gente.

Siguieron esperando su turno, pero entonces Yolanda se percató de unos movimientos raros y, casi sin darse cuenta, se

vio rodeada de unos tipos armados y con el rostro cubierto con caretas que gritaban:

—¡¡¡¡¡¡ Todo el mundo quieto, esto es un atraco!!!!!!!

En cuestión de segundos, los cuatro ladrones acorralaron a todos los clientes de la joyería; apuntándolos con sus armas, los mandaron al fondo mientras ellos cerraban las puertas a cal y canto.

—Si no se mueven, no les pasará nada; sólo queremos el dinero y las joyas —gritó uno de ellos.

Las dependientas, que se habían quedado detrás de los mostradores, permanecían calladas con las manos en alto, hasta que otro de los tipos las envió al fondo con los demás... a todas menos a una, a quien encañonaron con la pistola y le dieron la orden de que los acompañara hacia la caja fuerte.

—¡¡¡Ábrela!!! —le ordenó uno a gritos.

—Tardará un poco en abrirse; tiene un sistema de seguridad que hace que se demore unos quince minutos —explicó la dependienta temblando.

—¿Cuánto? No tenemos tanto tiempo, la policía se nos echará encima —chilló un segundo asaltante.

Mientras los otros dos rompían las vitrinas para llevarse los objetos de valor, todos permanecían callados. Sólo una niña pequeña lloriqueaba pegada a su madre, que estaba en un estado avanzado de gestación.

—Que se calle esa mocosa —gritó uno de ellos—. No tengo mucha paciencia con los niños, hacedla callar.

Yolanda, que era la que estaba más cerca de la niña, le acarició la cabeza y le hizo gestos para que se tranquilizara, pero resultaba imposible... si ella misma estaba muerta de miedo, cómo no lo iba a estar una criatura de unos tres o cuatro años.

La única dependienta que se encontraba detrás del mostrador, aquella a la que habían hecho activar el mecanismo de apertura de la caja fuerte, en un descuido de los atracadores, pisó la alarma que estaba conectada con la policía; sólo era cuestión de esperar.

—Se abre o no se abre la maldita caja —gritó enfurecido uno de ellos.

—Ya le dije que tardaría al menos quince minutos —replicó la dependienta.

—Me estoy empezando a poner nervioso y eso no es nada bueno —vociferó de nuevo; dicho esto, se acercó a la cámara de vídeo y disparó varias veces, haciéndola añicos.

La niña se asustó mucho más y empezó a llorar con más fuerza, lo que provocó que uno de ellos se acercara a ella dando gritos y, apuntándola con la pistola, exigió que se callara.

—La estás asustando —gritó Yolanda, poniéndose delante de la nena—. ¿Es que no lo ves? Podrías dejarla salir a ella y a su madre, que está embarazada.

El tipo apuntó a la cabeza de Yolanda con el arma y le dijo:

—¿Te atreves a darme órdenes y a decirme lo que tengo que hacer?

Yolanda lo miró fijamente y el tipo, cogiéndola del pelo, se agachó a su altura y le soltó:

—Cierra tu puta boca antes de que me vuelva loco y sea peor.

—La caja fuerte no se abre —gritó uno de ellos—. ¿Qué has hecho? —le preguntó a la dependienta.

—Yo, nada —respondió ésta asustada—. Abrirla tal y como me ha dicho.

Seguidamente, la cogió del brazo y se la llevó casi a rastras hasta el lugar donde se encontraba la caja de seguridad.

—No se puede hacer nada más —dijo la chica—: Si meto otra vez el código, se bloqueará.

—Mierda —maldijo.

Uno de ellos, el que llevaba las mochilas llenas de objetos valiosos y joyas, gritó:

—Vámonos, ya tenemos bastante con las mochilas repletas.

—¡No! —bramó el otro—, quiero el dinero.

—Nos engancharán los maderos, ¿no te das cuenta? ¿Cuánto crees que tardarán en aparecer?

Mientras, en la calle, las sirenas de la policía se empezaron a oír por todas partes. Unos agentes desalojaron la zona y montaron un cordón policial.

La gente empezó a arremolinarse alrededor, mirando hacia la tienda.

Unos murmuraban, otros grababan con el móvil.

Raquel, Juani y Ana, que estaban tomándose un café enfrente de la joyería, miraban atónitas todo el jaleo que se acababa de montar.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó Ana alucinando.

—Ni idea; voy a indagar, a ver si me entero de algo. — Raquel se levantó y se dirigió a un grupo de personas tratando de averiguar qué sucedía.

Cuando regresó a la mesa, su cara era todo un poema.

—Nena, ¿qué pasa que parece que has visto un fantasma? —planteó Juani.

—Hay un atraco en Tiffany... con rehenes —explicó Raquel.

—¿Quééééé? —Las chicas no podían creerlo.

Las tres amigas se quedaron en *shock*; sabían perfectamente que Yolanda y Mar estaban dentro de la joyería. Se levantaron de inmediato de la mesa e intentaron abrirse paso entre la multitud para llegar más cerca del cordón policial.

—Perdone, ¿nos puede informar acerca de lo que está pasando? —preguntaron las tres chicas.

—Lo siento, señoritas, no podemos decir nada —les comunicó el agente.

—Pero no lo entiende, nuestras amigas están ahí dentro y necesitamos saber si están bien —insistieron.

—No podemos dar información —volvió a decir el agente.

El capitán de la Policía de Los Ángeles tomó una decisión al saber que dentro había rehenes, entre los que se encontraban una embarazada y una niña de tres años, y que los ladrones estaban armados.

Después de intentar entablar una conversación sin poder llegar a un acuerdo, se decidió:

—Avisad a los SWAT. Éste es un trabajo para ellos —ordenó.

Capítulo 7

En la base de los SWAT se recibió el aviso de un atraco con rehenes a una joyería en pleno Rodeo Drive.

De inmediato, el pelotón D al completo, con el teniente Martín al mando, se subió a los furgones blindados y se encaminó hacia el lugar.

—No hay nada mejor que celebrar tu día con un poco de acción, ¿verdad, Lucas?

—No me dan tregua ni en mi cumpleaños —dijo bromeando.

Mientras iban de camino, Lucas los puso al tanto de lo que estaba pasando.

Cuando llegaron, bajaron de los furgones y, tras comprobar que todo estaba acordonado, se acercaron al capitán de la policía.

—¿Quién está al mando? —preguntó el capitán Smith.

—Teniente Martín, señor —saludó Lucas.

—¿Están al tanto de todo lo que está ocurriendo en el interior?

—Sí, señor; ahora el oficial al mando de la negociación, Mike Brown, intentará hablar con los atracadores para que

suelten a los rehenes. Si se niegan, entraremos en acción — informó Lucas.

El oficial Brown cogió el megáfono y se dispuso a emprender las negociaciones; después de unas horas, consiguió que soltaran a casi todos los rehenes, entre ellos la nena y la embarazada, a cambio de un coche en la puerta.

Inmediatamente después de que los rehenes empezaran a salir, varios agentes los ayudaron y los acompañaron hacia las ambulancias que esperaban tras el cordón policial.

Las chicas, que estaban en primera fila, al ver que no salían ni Yolanda ni Mar empezaron a preocuparse más de lo que ya estaban. No sabían qué hacer, si llamar a sus familiares para informarles de lo que ocurría o quedarse quietas; decidieron esperar, para no preocuparlos.

—Oye, ¿aquél no es Dani? —preguntó Juani a Raquel.

—Y tanto que es él. Y el otro es ¡Lucas! —exclamó—. ¡Son policías!

—Son más que eso, son ¡SWAT!

—Del cuerpo de élite aquí en Estados Unidos. Lo mejor de lo mejor —comentó Ana.

—¡Tenemos que avisarlos! —dijo Raquel.

—No es tan fácil, están trabajando.

—Al menos debemos intentarlo.

Dicho esto, las tres empezaron a levantar las manos con la esperanza de que alguno de los dos se fijara en ellas.

Dani las vio y se acercó a las chicas rápidamente; lo pusieron al tanto de todo y volvió a su puesto de trabajo no sin antes tranquilizarlas.

Lucas estaba mirando los planos para poder entrar en acción, cuando Dani se le acercó.

—Tío, Yolanda y Mar están dentro.

Al oír eso, Lucas cerró los puños y se tensó.

Al notarlo, Dani le dijo:

—Tranquilo, colega, las vamos a sacar; eres el mejor en tu trabajo y, bajo tus órdenes, todo saldrá bien.

Una vez estudiado el plano, el teniente y sus hombres se dispusieron a entrar; ahora eran ellos los que decidían y todos los demás agentes quedaban bajo su mando.

Dio las últimas órdenes a sus hombres y se encaminaron a sus puestos; varios francotiradores estaban apostados en las azoteas cercanas, cubriéndolos.

Dos de ellos subieron sin ser vistos a la azotea del edificio, y cuatro se encaminaron hacia la puerta principal con cuidado y sin hacer ruido. Tres más se apostaron en la puerta trasera.

Desde la azotea del edificio, una pequeña cúpula les permitía vislumbrar el interior de la tienda.

Informaron al teniente de que eran cuatro y de que había cuatro rehenes.

Dani, que estaba en la puerta trasera, informó de que ya habían abierto la puerta y que estaban dentro, en sus posiciones.

Lucas se encontraba en la puerta principal junto con más hombres; dio la orden y, a la voz de «¡Alto, Policía!», antes de que los ladrones pudieran reaccionar, los tenían encañonados. Primero sacaron de la joyería a dos de ellos, los que estaban más cerca de la puerta principal, esposados, y luego a un tercero.

Dos de los agentes ayudaron a salir a la dependienta y a un señor, y, cuando se disponían a sacar al cuarto atracador, éste se revolvió, dando un puñetazo al oficial que lo estaba

custodiando, agarró a Yolanda por el cuello y, poniéndole la pistola en la sien, gritó:

—¡Fuera de aquí todos o me la cargo!

El teniente Martín ordenó al agente Jason que saliera. También indicó a Dani que sacara al otro rehén, a Mar. Dani fue a decir algo, pero él, con la mirada, se lo dijo todo.

—Suéltala —le dijo Lucas sin bajar el arma.

—Baja el arma y aléjate de la puerta —gritó el tipo tirando de Yolanda.

—No te lo volveré a repetir. Suéltala —ordenó con voz firme.

Antes de que pudiera darse cuenta, Lucas le disparó en la pierna, el tipejo se retorció de dolor y tuvo que soltar a Yolanda, momento que Lucas aprovechó para darle una patada y quitarle la pistola; luego lo tumbó boca abajo y lo esposó.

Ella se sentó en el suelo y empezó a llorar; tenía que sacar todo lo que llevaba dentro, todo el miedo que había pasado. En ese instante, Lucas se acercó a ella, se agachó a su altura y le dijo:

—Tranquila, princesa, ya ha pasado todo.

Yolanda, al oír aquella voz, levantó la cara y preguntó:

—¿Lucas?

—Sí, peque, soy yo —contestó quitándose el pasamontañas.

—Gracias —logró decir sin dejar de llorar y se abrazó a él tan fuerte como pudo.

—Chist, yaaaa, tranquilízate, ven.

Yolanda intentó levantarse, pero no se podía mover, las piernas no le respondían. Sin pensarlo dos veces, Lucas la cogió en brazos, ella se acurrucó en ellos y él la sacó de allí.

—Ahora te examinará el médico —le comentó mientras la dejaba en la camilla.

—¿Y mis amigas? —quiso saber.

—No te preocupes, que ahora doy la orden de que las dejen pasar para que las veas, pero primero el médico te atenderá, ¿vale?

—Gracias, pero estoy bien, sólo es el miedo que he pasado —dijo intentando salir de la ambulancia.

—Espera —la paró—; me quedaré más tranquilo si te atiende el médico, será sólo un momento.

Lucas hizo una seña para que dejaran entrar a sus amigas y todas corrieron hacia ella.

—¿Cómo estás? —preguntaron las chicas al unísono.

—Bien, bien, con ganas de olvidarlo todo —contestó—. ¿Dónde está Mar?

—Está con Dani en la otra ambulancia, se encuentra bien.

El médico confirmó que todo estaba en orden. Le dijo que estuviera tranquila y que, si no podía dormir, se tomara unas pastillas que le entregó. Al ver el bote de píldoras, se le ocurrió una idea: se quitó una de las pulseritas de hilo que llevaba, abrió su bolso...

La calle se empezó a despejar y todo iba volviendo poco a poco a la normalidad. Las chicas hablaron de cenar en la habitación tranquilamente todas juntas para que Mar y Yolanda pudieran descansar.

Antes de marcharse, Yolanda se acercó de nuevo a Lucas.

—Hola. Quería darte las gracias antes de que te vayas.

—No hay nada que agradecer. ¿Estás mejor?

—Sí, estoy algo más tranquila, aunque algo me dice que esta noche será dura para mí.

—Piensa que todo ha sido una pesadilla de la que has despertado y trata de descansar, lo necesitas.

—Sí, eso haré o, mejor dicho, lo intentaré.

—Me gustaría volver a verte.

Al oír aquellas palabras, se le aceleró el corazón.

—Aún nos quedan unos días de estar aquí, así que, cuando quieras, podemos quedar; estoy alojada en el Beverly Wilshire.

—Mira, ahora debo terminar de trabajar, pero ¿qué tal si me das tu teléfono y te llamo cuando acabe?

Sin pensárselo dos veces, sacó el botecito de pastillas, escribió algo y se lo entregó.

—Muchas felicidades.

—¿Qué es esto? —preguntó alucinado.

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Es para ti, un pequeño detalle —le dijo acercándose y dándole un suave beso en la mejilla.

Dicho esto, se dio media vuelta y empezó a andar en dirección al hotel para irse a descansar, realmente lo necesitaba.

Lucas, que observó cómo se alejaba, miró el bote y vio que llevaba un trozo de papel de agenda atado con una pulsera de hilo. Leyó la frase.

Los besos más dulces son la mejor medicina.

En la parte de atrás había anotado su teléfono; al abrir el bote, vio que estaba lleno de chuches en forma de boquitas.

Sin duda era toda una dulzura.

Lucas no veía la hora de salir de la base; estaba acabando el informe que debía entregar cuando Dani entró por la puerta de su despacho.

—Tenemos que salir a celebrar tu cumpleaños, capullo; además, es viernes y este fin de semana no tenemos guardias, así que tenemos que montarla bien grande. ¿Qué dices?

—¿Qué tienes en mente, colega?

—Pues no sé, salir a tomar algo, a divertirnos, a pasarlo bien.

—¿Qué te parece si mañana organizamos en mi casa una barbacoa e invitamos a Yolanda y sus amigas?

—Me parece genial, pero hoy salimos, tío. Porque... ¿no me digas que te has enamorado?

—Pero ¿qué dices, nenaza? —le contestó—. No digas chorradas, ya te expliqué que yo no valgo para eso. Anda, vámonos, te invito a cenar algo, pero no te acostumbres.

—Genial, tío. ¿Adónde vamos?

—¿Qué tal La Mozzarella?

—Por mí, bien, pero luego vamos a tomar algo al Rockets.

—Anda, tira, que no quiero llegar muy tarde si tengo que preparar la barbacoa de mañana.

Salieron por la puerta y se dirigieron a los coches y de allí a la pizzería, donde cenaron tranquilamente.

Luego fueron al bar de copas, en el que había un ambiente estupendo, con muy buena música. Rápidamente se acercaron a la barra para pedir la bebida. A la derecha había un grupo de chicas celebrando algo y una de ellas le hizo ojitos a Lucas; éste le sonrió, y a los pocos minutos ya estaban hablando.

De ahí pasaron a estar cada vez más juntos, hasta que ella le buscó la boca, pero él la rechazó, no era lo que buscaba en esos momentos.

—Tío, me marchó —le dijo a Dani—, es tarde y estoy cansado.

—Pero ¿qué me estas contando, colega?

—Lo que oyes, que mañana tenemos barbacoa en mi casa; tú, si quieres, quédate, yo me voy ya.

Salió por la puerta del bar seguido de Dani.

—Qué aguafiestas eres, nenaza, la tenías a huevo. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, simplemente estoy cansado y con ganas de llegar a casa, no me seas cenizo. Te veo mañana en mi casa, sobre las once de la mañana.

Se subió a su coche y puso rumbo a su domicilio; al llegar, se dio una buena ducha, la necesitaba.

Al meterse en la cama, cogió el bote con los caramelos y sonrió.

«¿Qué me está pasando? —pensó—. ¿Qué me has hecho?»

Volvió a leer el mensaje y decidió enviarle un wasap; era tarde y posiblemente estaría durmiendo, pero lo vería al despertarse.

Sin dudarle un segundo, cogió su iPhone, escribió el texto y le dio a la tecla de enviar.

Al momento su móvil sonó, era su contestación.

Decidió llamarla.

—Hola —respondió casi al primer tono.

—Hola. ¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir.

—¿Por qué? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien... Bueno, un poco nerviosa, la verdad.

—Debes tranquilizarte y tratar de descansar.

—Sí, lo sé, pero es algo que no puedo evitar: cierro los ojos y revivo las imágenes.

—Me lo imagino; si ves que te cuesta coger el sueño, tomate una pastilla... aunque, si puedes evitarlo, mejor, princesa.

—Lo intentaré, gracias.

—¿Sabes? Me ha gustado mucho el bote —le dijo cambiando de tema.

—Nada que ver con tu rosa. Lo tuyo estaba mucho mejor hecho y más bonito.

—A mí me ha encantado; la verdad, no me lo esperaba.

—Bueno, me ha salido así de improviso, me alegro mucho de haber acertado.

—Mañana hago una barbacoa en casa con amigos, y me gustaría que estuvieras aquí con tus amigas; lo pasaremos bien en la piscina comiendo, haciendo bromas, pasando el día. ¿Qué me dices?

—Por mí, genial; les preguntaré a mis amigas a ver qué dicen.

—¿No están contigo?

—Ahora sólo tengo aquí a dos de ellas y están dormidas, pero estoy segura de que estarán encantadas de ir. ¿Qué debemos llevar?

—Ganas de diversión y de comer; si queréis bañaros en la piscina, pues el bikini.

—Vale, eso está hecho. Las ganas de comer las llevan éstas, que comen como limas, y las ganas de diversión,

siempre están.

—Anota la dirección y te veo mañana sobre las once de la mañana.

—Listo, anotada, muchas gracias por la invitación —le dijo tras apuntarla.

—Deberías descansar, ya es tarde, así que venga, a dormir —le sugirió.

—Sí, tienes razón, buenas noches.

—Hasta mañana.

Capítulo 8

Todo estaba listo para la barbacoa en casa de Lucas. Mike y su mujer Lana fueron los primeros en llegar; le siguieron Ivonne, Jason y Dani.

—Chicos, id cogiendo cervezas o lo que queráis —anunció el anfitrión.

Cuando el taxi paró en el barrio de Glendale, las chicas se bajaron y se encontraron con una bonita casa de color blanco, con un jardín en la entrada muy bien cuidado.

—Aquí estamos —dijo Ana.

—Qué casa más bonita tiene —comentó Juani.

—Sí, es muy chula —añadió Mar.

—Estoy hasta nerviosa —confesó Yolanda.

Llamaron a la puerta y un sonriente Lucas, con una camiseta de tirantes blanca que dejaba al descubierto sus musculosos brazos y unas bermudas tejanas, abrió

—¡Bienvenidas, chicas! Pasad, pasad, como si estuvierais en vuestra casa.

Una a una fueron entrando; la última fue Yolanda, que llevaba en la mano una tarta de nata y fresa que le dio a Lucas para que la metiera en la nevera.

—No tenías que traer nada. Pero, ya que está aquí, nos la vamos a comer. Gracias. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

»Chicos —dijo llamando la atención de los allí presentes —: Os presento a Juani, Ana, Raquel, Mar y Yolanda. Ellos son mis compañeros de trabajo y amigos, Dani, Jason y Mike; ellas son Lana, la mujer de Mike, e Ivonne.

—Vaya, ¿sois todos policías? —preguntó Mar.

—No, nosotros somos SWAT, no somos comedónuts —contestó Dani riendo.

—¿De qué me suena eso de comedónuts? —dijo Ana riendo mirando a Juani.

—¿De vuestros maridos? —preguntó Raquel entre risas.

Ana explicó que Juani y ella estaban casadas con dos miembros de los GAR, que pensaban igual de la policía.

Los GAR y los SWAT se llevaban de maravilla; de hecho, no era la primera vez que estos últimos visitaban la base en Guadalajara para dar apoyo.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Lucas a Yolanda.

—¿Puede ser Coca-Cola *light*? —preguntó tímidamente.

—Tengo normal, pero, si quieres *light*, te la voy a comprar ahora mismo.

—No, para nada, normal también me gusta —le dijo cogiendo la bebida que él le ofrecía.

Salieron a la parte trasera de la casa, en la que había un enorme jardín con una bonita piscina con tumbonas y parasoles donde Lana e Ivonne tomaban el sol. Mike y Jason hacían unos largos.

En la zona de la barbacoa todo estaba listo para empezar a asar la carne. La mesa estaba puesta; a falta de la comida,

había picoteo y las bebidas estaban en un recipiente lleno de hielo para que se mantuvieran frescas, ya que el calor apretaba.

—¿Habéis traído los bikinis? —le preguntó Lucas.

—Claro, no ves los pedazo de bolsas que tenemos —contestó ella bromeando.

—¡¡Mar!! —gritó Dani—. Vamos, ven a bañarte —pidió mientras se tiraba de cabeza.

—¿Dónde podemos cambiarnos? —preguntó ésta.

Lucas las acompañó a una habitación que contaba con baño propio para que pudieran dejar sus bolsas y ponerse los trajes de baño.

—Chicas, no encuentro mi pareo —dijo Yolanda revolviendo la bolsa.

—Pues no te pongas —le contestó Ana saliendo del baño—. Yo ya estoy lista.

—Qué chulo el bañador —comentó Raquel al meterse en el lavabo.

—Pues yo soy más previsora y lo llevo puesto, sólo debo quitarme la ropa —añadió Mar.

—Raquel, sal ya, que tengo que entrar —lloriqueó Juani.

—Ya voy, impaciente —le contestó saliendo del baño para que otra pudiera entrar.

—¿A qué esperas? —le preguntaron a Yolanda, que todavía estaba vestida con sandalias y todo.

—Ya puedes entrar —le dijo Juani saliendo.

Yolanda entró en el baño; había escogido un bikini negro atado al cuello con unos remaches plateados en los tirantes; la parte de abajo era del mismo color y tenía los mismos adornos a los lados. Aunque no estaba muy morena, pues por el tono

de su piel siempre se ponía roja, tenía un pelín de color y el bikini le sentaba de maravilla, ya que tenía una figura envidiable que hacía que todo le sentara bien. Se puso unas chanclas rosas que hacían juego con su pareo, si conseguía encontrarlo.

—Yolanda, nosotras salimos, ¿vale?, que a este paso se va el sol y tú todavía estás poniéndote el bikini —le gritaron desde fuera sus amigas.

—Vale, vale, exageradas —les dijo—. Ahora voy.

Dicho esto, salieron por la puerta dispuestas a disfrutar de la barbacoa, de la piscina, del sol y de la buena compañía.

Yolanda salió del baño y se dispuso a buscar su pareo; revolvió toda su bolsa y por fin lo encontró. Se lo estaba colocando en la cadera cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —quiso saber.

—¿Todo bien? —le preguntó la voz del otro lado—. ¿Puedo pasar?

Era Lucas; rápidamente se quitó el pareo de la cadera y se tapó con él. ¿Por qué hacía eso? Ni ella misma lo sabía.

—Sí, pasa —le contestó tímidamente.

Lucas entró en la habitación. Cuando Yolanda lo vio, se quedó sin habla: llevaba el bañador puesto y tenía un cuerpo de escándalo... estaba fibrado, se notaba que hacía deporte, sus brazos eran musculosos y su torso, increíblemente perfecto. Sus abdominales formaban la famosa tableta de chocolate y un poco más abajo se le formaba la uve más bien hecha que jamás hubiese visto.

—No encontraba la crema —consiguió decir.

—Tapada así no te vas a quemar —le dijo bromeando.

—Una nunca sabe —añadió riendo, en el momento que se giraba para cerrar su bolsa.

—¿Necesitas que te ponga la crema? —le preguntó acercándose a ella y cogiéndola por la cintura desde atrás.

Ella, al notar sus brazos rodeándola, sintió que le temblaban las piernas. Lucas le dio la vuelta y quedaron frente a frente, muy juntos; la pegó más a su cuerpo y se acercó buscando su boca. Ella accedió gustosa y se fundieron en un beso; las manos de Lucas subieron poco a poco, acariciándola suavemente.

Sus manos llegaron hasta donde estaba el nudo del pareo y lo deshizo y éste cayó al suelo. Siguieron besándose y, cuando él buscó el nudo del bikini, ella lo paró.

—Lucas, tu casa está llena de gente, no puede ser.

—Tienes razón, perdona, pero me resulta difícil parar cuando estoy así contigo, me gustas demasiado. Quédate esta noche —le pidió.

—No puedo.

Hasta el momento ninguna mujer le había dicho que no; todas caían rendidas a sus pies y eso era toda una novedad. Él sabía que ella era diferente y eso le gustaba mucho, demasiado.

—¿Por qué?

—Me gustas mucho, pero en unos días volveré a España y, entonces, ¿qué?

—Pues vivamos el momento, sin pensar en lo que pasará, y luego ya veremos.

—Lucas, yo no soy una chica de una sola noche. —Al decirle eso, ella bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Está bien, princesa, yo tampoco quiero que seas una chica de una sola noche, me gustas demasiado —aceptó a la

vez que le besaba la cabeza.

—¿Salimos?

—Vamos a disfrutar del día y de la piscina —le propuso agarrándola de la mano. Ella se agachó para coger su pareo y ponérselo, pero él no la dejó.

—Tienes un cuerpo demasiado bonito para esconderlo debajo de esa prenda.

Salieron juntos de la habitación y se dirigieron a la piscina, donde estaban los demás disfrutando a tope el día.

Lucas se tiró de cabeza y la llamó, pero ella prefirió bajar por la escalera, mientras él recorría con ojos de deseo su cuerpo.

Cuando se mojó la cabeza y salió a la superficie, pensó que era la mujer más sexy y dulce a la vez que jamás había visto. Se acercó nadando, metió las manos bajo el agua, la agarró de la cintura y la besó, al tiempo que se hundían bajo el agua.

Estuvieron juntos, muy juntos, mientras sus respectivos amigos los miraban y sonreían.

—Nunca había visto a Lucas así —le dijo Lana a su marido.

—Ni tú ni nadie, ya le llegó su turno —le contestó Mike.

Mientras las chicas tomaban el sol, los chicos se dedicaron a preparar la carne para la barbacoa.

—Colega, qué flipadito te veo con Yolanda, ¿no? —le comentó Mike.

—¿Ya te llegó el turno, nenaza? —bromeó Dani.

—¿Ya le has enviado rosas? —se burló Jason.

—¿Queréis ver cómo chupáis guardia el resto del mes? —los amenazó a todos.

Todos se callaron de golpe y el que se rio entonces fue él.

—Vamos a llevar todo esto a la mesa y a comer, que hay hambre —propuso Dani.

—Chicas, dejad de tomar el sol y venid aquí —gritó Jason desde la mesa.

Las féminas se levantaron y fueron a degustar lo que habían preparado. Todo tenía una pinta buenísima: las hamburguesas, las salchichas, la carne, el beicon.

—¿Qué haréis mañana? —preguntó Mike a las chicas.

—Todavía no lo sabemos —respondió Juani.

—Yo no me voy de aquí sin una foto con Mickey Mouse —soltó Yolanda riendo.

Todos rieron y quedaron en que al día siguiente irían juntos a Disneylandia.

Estaban superllenos de tanta comida, pero aún quedaba el postre, y siempre hay hueco para lo dulce. Así que, cuando Lucas sacó la tarta, todos aplaudieron.

La tarde pasó volando, entre risas, bromas, besos y juegos.

A la hora de despedirse, para que las chicas no tuvieran que volver en taxi, se dividieron en los coches para llevarlas al hotel. Mar se fue con Dani; Ana, Juani y Raquel, con Mike y su mujer. Ivonne se montó con Jason, con quien había hecho muy buenas migas, y Yolanda, con Lucas.

De camino al hotel, el tráfico era horrible, por lo que tardaron más de la cuenta; estuvieron parados más de veinte minutos en un atasco, momento en el que Lucas puso un poco de música.

—¿Te gusta AC/DC?

—No mucho, por no decir nada.

—¿Qué música te gusta? ¿U2?

—No precisamente. Yo soy más romántica y me encantan las baladas, aunque me gustan muchos tipos de música. Mi cantante favorito es Luis Miguel.

—Pues de él no tengo nada, no te puedo complacer en eso, pero sí puedo hacerlo de otra forma —le dijo guiñándole un ojo y sonriendo.

—No lo pongo en duda —le contestó a la vez que se tocaba el pelo y le dedicaba una dulce pero sensual mirada.

Sin pensarlo dos veces, Lucas alargó la mano hasta alcanzar su cara, la atrajo hacia él y la besó.

—Cuando me miras así, me descontrolas y, créeme, estoy haciendo muchos esfuerzos para controlarme y no hacerte el amor aquí mismo.

—Te detendrían por escándalo público —le dijo ella risueña.

—Tengo enchufe —bromeó él.

El tráfico se reanudó y llegaron a su destino.

—Muchas gracias por acompañarme.

—Gracias a ti por permitírmelo; ahora descansa, nos vemos mañana, princesa. —La volvió a besar.

A la mañana siguiente, las cinco amigas se prepararon para disfrutar de un día en el parque de atracciones, por lo que eligieron ropa cómoda.

Salieron del hotel muy puntuales para encontrarse con los chicos, que ya las esperaban.

Lucas sonrió al ver a Yolanda, que había elegido un peto tejano corto, del cual llevaba sólo un tirante puesto, pues el otro le colgaba de forma muy casual, dejando al descubierto

una camiseta blanca con unas letras en rosa con las que se podía leer «Princess»; había completado el divertido *look* con unas trenzas que le daban ese aspecto dulce y añorado que tanto le gustaba a él.

Se dividieron de la misma manera que el día anterior y pusieron rumbo a los estudios Disney.

Al subir al coche, se saludaron con un tierno beso que a ella le supo a gloria.

—¿Sabes que estás preciosa hoy? —le dijo al tiempo que metía un cedé en el equipo de música.

Fue a contestar cuando empezó a sonar una melodía muy conocida para ella; sin podérselo creer, lo miró, sonrió y preguntó:

—¿Desde cuándo tienes música de Luis Miguel?

—Desde ayer por la noche; no es mi tipo de música, pero no canta mal del todo —respondió riendo.

—Ah, no: Luis Miguel canta superbién —repuso ella riendo y haciéndole burla.

La cola para entrar al parque de atracciones era tremenda.

—¿Todo el mundo de Los Ángeles se ha puesto de acuerdo para venir hoy aquí? —preguntó Mar.

—Siempre hay gente en el parque —le contestó Dani.

Estaban pasando un día de lo más entretenido: subieron a todas las atracciones habidas y por haber, comieron, bebieron, rieron, disfrutaron, se hicieron fotos con todos los personajes de Disney que iban encontrando... Todo estaba saliendo a las mil maravillas, hasta que Lucas recibió una llamada de la base, debían presentarse para un operativo importante.

Capítulo 9

El lunes por la mañana, Yolanda se despertó sin saber nada de Lucas; desconocía si estaba bien, y lo único que pudo averiguar a través de las noticias fue que en Miami habían secuestrado a la hija de algún empresario importante de la zona y tenían que rescatarla.

Eso la tenía preocupada, pero nada podía hacer, sólo esperar a que todo saliera bien y que volviera a Los Ángeles antes de que ella se marchara; le quedaban cinco días de estancia en la ciudad, ya que el sábado regresaban a casa.

Los días siguientes los dedicaron a hacer turismo por los sitios que les quedaban por ver. Fueron al estudio cinematográfico Universal, a pasear por Malibú y Bel Air para visitar las casas de los famosos; también caminaron por el parque Griffith hasta llegar al monte Lee, lugar donde se encontraban las famosas letras que componían el *Hollywood Sign*, y se hicieron miles de fotos, de todas las maneras posibles.

El viernes, al despertar, lo primero que hizo fue mirar su móvil, pero no había nada. Se levantó triste y empezó a preparar las maletas. Quería dejarlo todo listo, porque al día siguiente salían muy temprano hacia el aeropuerto.

Aprovecharon la mañana para comprar las últimas cosas y dejarlo todo preparado. Cuando todo estuvo listo, se fueron a

comer.

Para despedirse, Yolanda quiso ir a Peter's House, donde empezó todo. Al entrar en la hamburguesería, sintió una tristeza enorme... No podía ser que tuviera que irse sin despedirse.

A la hora del postre, un camarero llegó a la mesa portando una tarta de fresa y nata y la dejó delante de Yolanda. Ella, extrañada, ya que no había pedido nada, preguntó a las chicas.

—¿Alguna de vosotras ha pedido esto?

—No, nosotras no.

—Disculpe —llamó al camarero—. Creo que ha habido una equivocación, nosotras no hemos encargado nada más.

—No se trata de ninguna equivocación, señorita; tengo una nota que dice que esta porción de tarta va a esta mesa, y con esto —explicó el camarero depositando sobre la tarta una rosa de papel.

En ese momento, a Yolanda le dio un vuelco el corazón; se levantó buscándolo y allí estaba él, mirándola y sonriendo.

Lucas se acercó a ella y, cuando estuvo a su altura, fue ella quien metió el dedo en la tarta y le pringó la nariz para luego, con sus labios, quitarle la nata.

—Os la robo —les dijo Lucas a sus amigas—; por cierto... Mar, ahí te espera Dani —añadió guiñándole un ojo.

Dicho esto, salieron del local cogidos de la mano, se subieron al coche y se adentraron en el tráfico de Los Ángeles.

—¿Adónde vamos?

—A perdernos.

—Pues no tengo mucho tiempo para perderme, que mañana debo estar en el aeropuerto, ya regreso a casa —comentó, sin poder evitar sentirse triste.

—¿Mañana? —preguntó sorprendido—. Pues entonces te quiero toda para mí lo que queda del día y de la noche.

Pasearon por Malibú hasta llegar a Matadero Beach, donde bajaron a la playa; las vistas desde allí eran realmente preciosas. Se respiraba un ambiente de calma total; sólo se oía el sonido de las olas al romper contra las rocas, formando un espectáculo digno de ver.

Lucas se sentó en una roca y la ayudó a hacer lo mismo entre sus piernas, ofreciéndole una mano para evitar que se hiciera daño. El la abrazó desde atrás y juntos observaron el dulce movimiento de las olas y el precioso atardecer.

Allí, con la calma del mar, se contaron sus miedos, sus pasiones y sus sueños.

Yolanda se atrevió a hablarle acerca de su relación anterior y del miedo que tenía de volverse a enamorar porque no quería ser traicionada de nuevo. En ese instante fue cuando él entendió el porqué de su negativa a quedarse aquella noche cuando se lo propuso.

En ese momento fue cuando ella se percató de que lo que sentía por él era muy fuerte, y de que ese sentimiento cada vez se hacía mayor. Cuando Lucas le apartó el pelo hacia un lado y empezó a repartirle suaves besos por el cuello, entendió que no podía resistirse más.

Entre susurros, confesiones, caricias y besos, los dos comprendieron que había llegado el momento.

Se levantaron, se dirigieron hacia el coche, abrazados, y pusieron rumbo a casa de él.

—¿Te apetece? —le preguntó ofreciéndole una Coca-Cola *light*.

—¡Uau, *light*! Sí, gracias.

Lucas era detallista y se lo demostraba en cada gesto, en cada detalle, como con la música de Luis Miguel... y ahora con la bebida.

—Tienes tarta, ¡qué buena! ¿Me das un poquito? — preguntó entusiasmada como una niña.

Él, que estaba encantado con la inocencia que Yolanda demostraba a veces, sacó la tarta de la nevera y se la mostró. Luego cogió una cuchara, cortó un pedazo y, al intentar metérselo en la boca, se desvió y le pringó la cara con la nata. Por su parte, ella, ni corta ni perezosa, cogió un poco de nata y se la puso también en la cara. A partir de ahí, el pastel ya no importó.

Lucas se acercó y paso su lengua por el rostro de ella, llevándose toda la nata. Se quitó la nata de la cara y le pringó la nariz para luego pasar sus labios; de ahí, bajó a su boca y empezó a saborearla.

Sin dejar de besarla, se la llevó a su habitación. Los nervios se apoderaron de ella; hacía mucho tiempo que no estaba en una situación similar y él lo notó.

—Tranquila, princesa, todo va a ir bien.

Él la apretó más contra su cuerpo y sus manos buscaron los botones de la camisa; los desabrochó uno a uno mientras le repartía besos por el cuello. La chica metió las manos por debajo de la camiseta de Lucas y éste se la sacó por la cabeza. Yolanda pasó los dedos por los abdominales masculinos y dibujó lentamente su tableta de chocolate, esa que tanto le gustaba.

Siguieron desnudándose despacio hasta que la última prenda de ambos cayó al suelo.

Con delicadeza, la tumbó en la cama; sus manos exploraron cada parte de su cuerpo, y su boca recorrió toda su

tersa piel sin dejar ni un solo rincón por besar. Sus besos la hicieron estremecer de placer.

Lucas le hizo disfrutar de cada caricia, al tiempo que él gozaba al tenerla entre sus brazos, al sentirla vibrar... Lo había estado deseando desde que la vio por primera vez y ahora, por fin, la haría suya. Buscó su boca y metió su rodilla entre sus piernas; notó que estaba lista para recibirlo, así que se puso un preservativo, la miró a los ojos y empezó a moverse. Yolanda notó cómo, poco a poco, iba entrando en ella. Sentirlo dentro resultaba simplemente maravilloso. Acarició su espalda mientras iba introduciéndose cada vez más dentro de ella, a la vez que le susurraba al oído. En la penumbra de la habitación sólo se oían sus bocas besándose y gimiendo de placer. Con unas cuantas embestidas más, sintió cómo un cosquilleo le subía por las piernas; él siguió marcando el ritmo, y sus bocas se unieron para acallar sus gemidos mientras unían las manos y, juntos, alcanzaban el clímax. Lucas se dejó caer unos segundos encima de ella y luego rodó hacia un lado para no aplastarla y se la llevó con él. No quería soltarla jamás.

Permanecieron abrazados por un largo período de tiempo, regalándose besos y caricias. No se habían saciado el uno del otro, necesitaban más. Él buscó su boca de nuevo y empezó a saborearla con intensidad; pasó la lengua por su labio inferior, lo mordió con suavidad y la devoró con ansia.

Sonó el teléfono justo en el instante en el que se besaban con más pasión dispuestos a consentirse nuevamente.

—Lucas, el teléfono.

—No voy a contestar, ahora no.

El teléfono dejó de sonar y saltó el contestador automático. Cuando el «piiiiiiii» terminó, los dos pudieron oír el mensaje.

«Lucas, mi amor, ¿ya has vuelto del operativo? Espero verte pronto. He estado muy preocupada por ti, y tengo ganas de verte. Llámame, *chaíto*.»

La cara de Yolanda cambió al instante; no se podía creer lo que acababa de escuchar... ¿tenía novia?, ¿ella era la otra?

Se apartó de él empujándolo con rabia. Él consiguió asirla del brazo, pero ella se zafó.

—¡Suéltame!

Se levantó, cogió sus cosas y se metió en el baño; cerró con pestillo y empezó a vestirse.

Lucas la llamó, golpeando la puerta.

—Deja que te explique, por favor —dijo desde el otro lado de la puerta—. ¡Yolandaaaa!, abre, te lo ruego.

La puerta se abrió y él intentó abrazarla para explicarse, pero ella no lo dejó.

—¡No me toques! ¿Por qué no me dijiste que tenías novia? ¿Cuándo me lo ibas a contar? ¿Tienes idea de cómo me siento?

—No es así. Princesa, por favor.

—¡No se te ocurra llamarme princesa! —le cortó ella, sin dejarlo acabar.

Agarró sus Converse con una mano y salió de la habitación; luego abrió la puerta de la calle y corrió como nunca. Estaba llorando y no quería que él la viera así, no iba a llorar delante de él.

—No te vayas, Yolanda, por favor, deja que te acompañeeee... —le dijo mientras se ponía los tejanos sin ropa interior.

Salió detrás de ella, pero fue demasiado tarde, ya no estaba. La calle estaba vacía, ni un alma; algún coche a lo lejos, nada más.

Volvió a entrar en su casa y, al subir la escalera, pisó algo. Encendió la luz del porche y la vio: se le había caído una de

las zapatillas. Se agachó, la cogió y entró.

Se sentó en su cama, la misma en la que unas horas antes la había amado, besado, vibrado. Ahora estaba vacía, sólo quedaba su olor. Se tumbó boca abajo para aspirar su aroma, el mismo que no quería quitar de su cuerpo.

Maldijo la llamada una y mil veces. Cogió el teléfono y lo estrelló contra el suelo.

Jamás podría olvidar su cara de decepción cuando escuchó el maldito mensaje, su cara de tristeza cuando le preguntó por la novia. Pero ¿qué novia? «Si me hubiera dejado explicarme...»

¿Qué le ocurría con Yolanda? Había estado con muchas mujeres en su vida, con las que había practicado sexo salvaje muchas veces, pero sólo era eso, sexo. Lo de esa noche había sido diferente. Por primera vez había hecho el amor en toda la extensión de la expresión. La ternura de ella cuando lo acariciaba, cuando lo besaba, lo había vuelto loco. Llegar al clímax abrazado a ella y mirando su cara había sido algo imposible de explicar con palabras.

Tenía que ir a buscarla y explicárselo, no podía dejar que se marchara a España así, con esa decepción.

La llamó al móvil, pero estaba apagado.

¿A qué hora se marchaba?

Tenía que intentarlo.

Yolanda llegó al hotel con los ojos rojos de llorar y con una Converse menos. Subió a la habitación, donde sus amigas ya la esperaban. Cuando la vieron llegar, se alarmaron, pero ella hizo un gesto con la cabeza avisando de que no era el momento, y todas lo respetaron.

Sacó de su maleta unas zapatillas nuevas y se preparó para salir hacia el aeropuerto. El avión partía temprano y debían irse ya.

Un problema con un semáforo estropeado les hizo perder bastante tiempo y llegaron al aeropuerto muy justas, por lo que tuvieron que darse mucha prisa para facturar las maletas. Pasaron los controles y buscaron la puerta de embarque para coger su vuelo.

Lucas llegó al hotel con la esperanza de poder conversar con ella; cuando en recepción le comunicaron que ya no se encontraba alojada allí, una sensación de impotencia se apoderó de él. Salió como alma que lleva el diablo, se subió a su coche y puso rumbo al aeropuerto. Por el camino se iba saltando los semáforos en rojo, y cometió mil y una infracciones de tráfico. Llegó y ni se molestó en aparcar. Corrió por todo el edificio hasta encontrar el mostrador que buscaba y pidió que lo dejaran entrar, cosa que en un principio le dijeron que era imposible. Entonces sacó su placa y consiguió llegar a la puerta de embarque...

El avión despegó frente a un Lucas desesperado que veía, impotente, cómo la única chica que le importaba se marchaba decepcionada con él, y con una Yolanda con el corazón hecho añicos.

Capítulo 10

La llegada a Barcelona no fue muy agradable. Al cansancio de las horas de vuelo se le sumaron el *jet lag* y el ánimo de Yolanda, que estaba por los suelos.

Las chicas habían querido hablar con ella, pero no lo lograron; no estaba por la labor de contar nada de nada.

Se despidieron de Yolanda, que se subió a un taxi y puso rumbo a su casa.

Las cuatro amigas planearon ir a verla al día siguiente; no pensaban dejarla en ese estado, tenía que sacar todo lo que llevaba dentro.

Llegó a su casa; sus padres estaban trabajando, así que estaba sola. Saludó a su perro *Pink*, jugó con él un rato y después decidió subir las maletas a su habitación y ponerse cómoda hasta que llegaran sus padres.

Al entrar en su cuarto y dejar su bolso, el móvil cayó encima de la cama. Lo cogió y lo encendió. Al momento empezó a pitar, y los wasap y las notificaciones llenaron la pantalla. Revisó las llamadas perdidas y los mensajes, tenía unas quince llamadas y varios mensajes de Lucas.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas; no quiso leer los mensajes. Dejó el teléfono en la cama y se metió en la ducha.

La noche no fue mejor; no podía dormir, pues los recuerdos se le agolpaban. Cerraba los ojos y las imágenes eran un ir y venir, no podía sacárselo de la mente. Al final el cansancio pudo con ella y consiguió dormir un poco.

Al día siguiente, los ánimos seguían igual; no quería comer ni salir de la cama. Le dio al mando a distancia y la música empezó a sonar. Luis Miguel cantaba *Dormir contigo*.^[6]

«¿Por qué las mujeres, cuando estamos mal, nos machacamos más aún con música cortavenas?», pensó, pero era lo que necesitaba en esos momentos.

El teléfono sonó y vio que era Mar. No tenía ganas de hablar, así que no contestó; le mandó un mensaje avisándola de que no se sentía bien y añadió que, cuando estuviera mejor, ya hablarían, pero la puerta se abrió de par en par y en ella apareció su amiga.

—¿Te crees que te voy a dejar que llores y te comas todo lo que llevas dentro sola? Lo llevas claro, guapa.

—No me apetece mucho hablar.

—Pues, nada, nos quedamos en silencio las dos hasta que tengas ganas; por eso no hay problema, pero no estás sola.

—Ya sé que no estoy sola; sé que puedo contar contigo y con el resto de las chicas, pero de verdad que prefiero guardarme mis cosas.

—No es bueno quedarte todo lo que te duele dentro, tienes que sacarlo... Quizá no te duela menos si lo compartes, pero el peso será menor si nos dejas a las demás llevarlo contigo.

Yolanda supo que su amiga tenía razón y le contó todo lo que había pasado. Una vez hubo terminado, la miró y esperó las palabras de su amiga.

—Entiendo cómo te sientes, pero ya no puedes hacer nada, y no voy a permitir que te quedes aquí lamentándote. Hiciste

lo que te pidió el corazón en todo momento y no eres tú la que actuó mal. Pero ¿tú estás segura de que tiene novia?

—Escuché el mensaje. ¿Qué más pruebas quieres?

—Yo qué sé, a lo mejor era un rollete. ¡Son hombres! Un tío guapo, sexy, tiene que tenerlas a miles.

—Con eso no me ayudas mucho, ¿eh?

—Te estoy diciendo la verdad y te estás comiendo la cabeza sin motivo, porque no lo dejaste hablar ni explicarse.

—Vale, vale, a lo mejor tienes razón, pero me puse nerviosa y lo primero que pensé fue que tenía novia, y que yo era la otra; me sentí fatal y lo único que se me ocurrió fue salir corriendo.

—Y venías con una zapatilla sí y la otra, no, ¿qué pasó?

—La perdí por el camino, supongo; no me di cuenta hasta que entré en el taxi y me calcé.

—Yo pensé que se la habías tirado a la cabeza —comentó riendo.

—Ganas no me faltaron. Preferí llorar y llorar hasta reventar.

»Y tú, con Dani, ¿qué? Cuenta, cuenta.

—Pues me subió al séptimo cielo y ahora estoy en la tierra de nuevo —le dijo haciendo una mueca.

—¿Y estás bien?

—Yo sabía que era complicado estar con él y decidí disfrutar de cada instante a su lado. Intercambiamos los números de teléfono, pero no quiero hacerme muchas ilusiones.

—¿Te ha llamado?

—Sí; lo hizo ayer, para saber cómo había ido el vuelo.

—Yo tenía quince llamadas perdidas de Lucas, y unos cuantos wasaps.

—¿Y qué te decía?

—No los he leído, ni escuchado.

—¡Estás locaaaaaaa! ¿Y por qué no?

—Es mejor dejarlo como está; total, yo vivo en España y él, en Los Ángeles. Dejemos ya el tema, ¿vale?

—Como quieras, pero yo le daría la oportunidad de explicarse.

En ese momento sonó el móvil. El corazón de Yolanda le dio un vuelco, pero era Ana, que les proponía verse para comer.

Habían quedado en verse en Talos Playa, el restaurante donde les gustaba reunirse y donde las trataban de maravilla siempre que iban, además de que la comida era exquisita, y las vistas, increíbles. Se podía ver todo el puerto de Badalona, a un lado, y al otro, el pont del Petroli, un puente que entraba en el mar, precioso.

Cuando llegaron, Ana, Juani y Raquel ya estaban allí.

—Hola, chicas. —saludó Juani.

—Hola, *lokis* —respondió Mar.

Se sentaron, pidieron un menú pica-pica, que incluía patatas bravas, ensalada de pasta, provolone, pluma ibérica y pan con tomate.

Mientras llegaba la comida, Yolanda les contó lo sucedido y todas dieron sus puntos de vista; coincidían con Mar. Debía escuchar la versión de Lucas, pero ella estaba negativa, así que decidieron darle espacio para que pensara en ello.

—Chicas, tenemos que contaros algo —soltó de repente Ana.

—¡¡¡Estás embarazada!!! —dijo Mar riendo.

—Nooooooo... cuando llegué ayer, me emplee a fondo, pero no creo que ya dé resultado —contestó riendo a carajadas.

—Como ya sabéis, nosotras estábamos aquí de paso. Mi marido y Javier ya han terminado todos sus cursos aquí, al igual que Óscar, así que tenemos que volver a casa —anunció Juani de golpe.

Al decir esto, las caras de todas cambiaron. Era algo que tarde o temprano tenía que suceder, lo sabían, pero la noticia les cayó como un jarro de agua fría.

A Yolanda se le cayó el alma al suelo; precisamente ahora que estaba pasando un mal momento y necesitaba a todas sus amigas a su lado, éstas tenían que marcharse. Esto la puso aún más triste de lo que ya estaba.

—Y tú, Raquel, ¿también vuelves a casa? —preguntó Yolanda.

—Sí; me queda sólo hasta fin de mes, luego también regreso a mi tierra —contestó.

—Chicas, chicas, nada de tristezas, ¿os acordáis de esto? —intervino Ana.

Mostró una muñeca para enseñar la pulsera que Yolanda les había regalado.

—Es el símbolo de nuestra amistad y, donde quiera que estemos, siempre estaremos unidas.

—Además, tenéis que venir a Guadalajara y pasar allí unos días; no estamos tan lejos, a dos horas en AVE. Si hasta podéis venir cada fin de semana.

Juntaron sus manos.

—Por nosotras —dijo Ana.

—Por nuestra amistad —añadió Juani.

—Por lo petardas que somos —soltó Raquel.

—Por nuestras locuras —dijo Mar.

—Porque siempre estemos unidas, a pesar de la distancia —sentenció Yolanda. Sin poder evitarlo, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Todas se abrazaron.

Yolanda llegó a su casa después de pasar el día con las chicas; les quedaban pocos días para estar juntas y querían aprovecharlos al máximo. Aunque pensaban viajar para verse, ya no sería lo mismo.

Los días fueron pasando, y Yolanda no podía quitarse a Lucas de la cabeza, aunque no había tenido valor para leer ni escuchar los mensajes que él le había enviado; cada noche miraba las fotos y se hartaba de llorar. ¿Sería, como decían sus amigas, un simple rollete?, ¿o ella estaba en lo cierto y era su novia?

Todas estas preguntas sin respuesta le rondaban por la cabeza cada día, pero también se decía que, como estaban muy lejos, lo mejor era dejar las cosas como estaban, puesto que ya no lo volvería a ver más.

Lo único que tenía que aprender era a olvidar sus besos, sus caricias, su sonrisa. Pero ¿a quién quería engañar? Tenía a Lucas muy dentro y no iba a ser tarea fácil olvidarlo todo, al igual que tampoco sería fácil aprender a vivir sin ello.

A los pocos días llegó el momento en el que Ana, Juani y Raquel, junto con Javier, Marcos y Óscar, se marchaban a Guadalajara. Se habían reunido para almorzar juntos y así

poder despedirse. Tras la comida, se dirigieron todos a la estación de Sants, para dejarlos en el AVE.

—Chicos, tened buen viaje —dijo Yolanda

—Cuando lleguéis, avisad —pidió Mar

—Tenéis que venir a Guadalajara —recordó Ana.

—Iremos, prometido —aceptaron Mar y Yolanda echas un mar de lágrimas.

—Cuidaos mucho —gritó Juani mientras pasaba los controles.

Las dos se quedaron mirando cómo pasaban por los arcos de seguridad mientras se iban diciendo adiós con la mano.

Se separaban, pero su amistad seguiría a pesar de la distancia.

Cuando ya los hubieron perdido de vista, Mar y Yolanda salieron de la estación dirección al aparcamiento. Se subieron cada una en su coche y se despidieron.

Vivían bastante lejos la una de la otra, de punta a punta de la ciudad, así que era complicado verse entre semana por motivos de trabajo, pero pronto planearían otro viaje.

Próximo destino: ¡Guadalajara!

Capítulo 11

Los Ángeles

En la base de los SWAT, Lucas daba órdenes de buena mañana. Los simulacros cada día eran más fuertes y exigían entrenamientos muy duros. El teniente Martín no permitía ningún fallo a sus hombres y los hacía trabajar al máximo durante horas.

—Tío, ¿salimos esta noche? —le preguntó Dani en un descanso que se habían tomado.

—No sé si estoy de humor —le contestó.

—Mamonazo, ¿cuánto hace que no te das una fiesta bien dada?

Su amigo Dani sabía muy bien desde cuándo no se pegaban una farra de las buenas, al igual que sabía muy bien lo que sentía por ella. Aunque lo negara una y mil veces, no había más que verlo... el humor le había cambiado y sólo iba del trabajo a casa y viceversa. Sin embargo, hasta que él no le reconociera sus verdaderos sentimientos, no diría nada... aunque también tenía claro que necesitaba distraerse un rato.

Lucas, a pesar de no estar de humor para fiestas, pensó que le convenía. Salir de juerga siempre acababa en sexo, y era algo que necesitaba. Miró a su amigo y le contestó.

—Vale, quedamos después del trabajo y nos tomamos unas cervezas.

Los dos amigos se disponían a reanudar su trabajo cuando un superior entró por la puerta y llamó a Lucas; quería verlo más tarde en su despacho.

Tras acabar el duro día en la base, Lucas se dirigió al despacho del capitán Wood. Después de hablar durante unos treinta minutos, salió por la puerta para dirigirse al aparcamiento, donde Dani lo esperaba.

—¿Algo importante? —preguntó su compañero.

—Me encargaré mañana de ello. ¿Estás listo?

Los dos amigos llegaron a Rockets, se dirigieron a la barra y pidieron las bebidas. Dani echó el ojo a un grupo de chicas que bebían divertidas justo enfrente de ellos.

Una de ellas miró a Lucas de arriba abajo y se tocó el pelo con coquetería.

—Tío, ¿cómo lo haces? Acabas de llegar y ya tienes a la morena a tiro.

—Si te lo digo, dejará de ser un secreto —le contestó Lucas riendo.

Desde que Yolanda se fue, no había estado con ninguna chica, y no porque no hubiera tenido oportunidad; la razón era que estaba tan pendiente de poder hablar con ella que no había prestado atención a nada más... pero esta noche iba a ser diferente, sólo quería sexo y lo iba a tener.

Se acercaron al grupo de féminas y, tras intercambiar unas palabras, rápidamente se integraron en su grupo.

Lucas, que sabía muy bien cómo entrar a las mujeres, se acercó a la morena que se lo comía con los ojos y, tras hablar con ella e invitarla a unas copas, salieron del local. La noche prometía ser divertida y entretenida con Evelyn.

Al llegar a su casa después de haber pasado parte de la noche con ella, se metió en la ducha y allí, bajo el chorro de agua caliente, se dio cuenta de que, a pesar de haber disfrutado, eso no era lo que buscaba.

No había sentido la chispa que tuvo cuando vio a Yolanda por primera vez, ni la química que tuvieron cuando bailaron, ni la magia que hubo cuando hizo el amor con ella... con su princesa, como a él le gustaba llamarla.

Había intentado hablar con ella sin resultado. Le había enviado wasaps, que habían quedado también sin respuesta. ¿Por qué era tan cabezona? No le había dejado explicarle que no había ninguna novia, que no tenía a nadie en su vida; ni siquiera había pensado en tenerla hasta que la conoció a ella. Entonces todo empezó a cambiar, le había puesto la vida patas arriba, algo que él nunca habría pensado. Con lo mujeriego que era, nunca se imaginó que una mujer lo iba a volver tan loco como para querer ir a buscarla a la otra punta del mundo.

Salió de la ducha, se secó y, cuando fue a meterse en la cama, miró hacia su mesilla de noche, donde estaba el bote de los caramelos tan original que ella le había regalado... y lo tuvo claro, muy claro.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la base, dejó dadas las órdenes de lo que tenían que hacer sus hombres ese día y se dirigió con paso firme al despacho del capitán Wood.

Dio unos golpecitos en la puerta y esperó.

—Adelante —dijo una voz desde el otro lado de la puerta.

—Capitán —saludó con profesionalidad.

—Tome asiento, por favor. Supongo que viene a hablar del tema que le comenté ayer, ¿no?

—Sí, justamente de ese tema.

—Usted dirá —le dijo el capitán.

—Verá, señor, usted quiere a dos hombres cualificados para que sean enviados a España para dar apoyo a los GAR en la base de Guadalajara. He estado pensando... casi todos mis hombres tienen familia, y para ellos sería una faena complicada tener que dejar aquí a sus esposas e hijos, al igual que sería complicado hacerlos cambiar de país y tener que acostumbrarse a un nuevo idioma. Así que he estado reflexionando sobre ello y he llegado a la conclusión de que yo mismo puedo ir a España. El oficial Daniel Hernández puede acompañarme.

Al escuchar aquello, el capitán se quedó pensativo; no quería prescindir de uno de sus mejores hombres en Estados Unidos, pero tenía razón: hacer mover a una familia y acostumbrarlos a un idioma nuevo, o separar un matrimonio si había otras posibilidades, tampoco entraba en sus planes.

—Le voy a ser sincero, teniente Martín. Usted es mi mejor hombre aquí, y me desagrada la idea de quedarnos sin su trabajo; en cuanto al oficial Hernández, por mí, está bien si usted lo cree conveniente.

—Pero piénselo: yo estoy soltero, estoy cualificado, hablo español y, además, aprovecharía para ver a mi familia y pisar mi tierra, que hace mucho que no lo hago.

—Por más que me pese, tiene usted razón. Prepararé todo lo necesario para que puedan viajar esta semana. Ahora mismo mandaré sus papeles a la base en Guadalajara para que les faciliten todo a su llegada a España.

—Gracias, señor.

—Tiene el resto del día libre para empezar a preparar las maletas, porque, si mis cálculos no fallan, y casi nunca lo hacen, pasado mañana viajarán ustedes hacia Madrid. ¿Hablará usted con el oficial Hernández? —quiso saber el capitán.

—Sí, yo mismo le informaré, señor.

Salió del despacho y se dirigió a los vestuarios para cambiarse; por el pasillo se encontró con Dani, que iba hacia la sala de tiro.

—Tío, ¿ya está solucionado el temita pendiente? —le preguntó Dani.

—Sí, nos vamos a España pasado mañana.

—¿Quééééééééé?

La cara de sorpresa de Dani hizo soltar una carcajada a Lucas.

—Quieren mandar a alguien allí para dar apoyo a los GAR, y vamos nosotros.

—Genial, pero... ¿no tendrá eso nada que ver con cierta señorita rubia que vive allí?

—Nenaza, eso es cosa mía —respondió dándole en el brazo.

—¿Adónde vas ahora?

—A casa, a hacer el equipaje, y tú deberías hacer lo mismo cuando termines.

—Macho, te estás luciendo con la de trabajo que nos estás mandando.

—No te quejes tanto, capullito de alhelí, y espabila, que tienes faena pendiente aquí y en tu casa —replicó bromeando.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—No lo sé; de momento serán unos meses, pero no sé nada concreto todavía. Sobre la marcha.

—Genial, viajamos a España, así que de paso veo a mi chiquitina, porque voy a confesarte algo... la extraño mucho.

—Te han pillado, nenaza —le dijo Lucas riendo.

—A ti también, pero no lo reconoces, capullo.

—No te equivoques, chaval: a mí me pillarán si consigo hablar con ella —replicó riendo—. Anda, vuelve al trabajo antes que te vea el teniente, que dicen que tiene una mala hostia... —añadió Lucas riendo a carcajadas.

—Sí, tío, últimamente tiene el carácter agriado; a ver si ahora que se va para España está más alegre.

Lucas le dio un leve puñetazo en el hombro antes de despedirse. Quedaron después del trabajo para tomar algo y hablar antes de irse de viaje.

Lucas salió de la base feliz; iba a viajar a Madrid, vería a su familia (hacía tiempo que no lo hacía) y estaría más cerca de Yolanda. Intentaría hablar con ella por todos los medios y explicarle el malentendido.

Se subió a su coche y puso rumbo a su hogar mientras en la radio sonaba Chayanne con la canción *Tu respiración*. 🎧 Iba a quitarla y poner AC/DC cuando se paró a escuchar la letra y pensó que le recordaba a su princesa y en la situación en la que estaba él en ese momento.

Al llegar a casa, llamó a su madre por teléfono para informarle de su llegada. Ésta se puso muy contenta, al igual que el resto de la familia; se oía el alboroto por toda la casa, y todos reían y se les notaba muy felices.

Al día siguiente fue a la base a recoger el billete de avión y la autorización para poder llevar su arma. Con todo el papeleo en su poder, se despidió de sus compañeros y regresó a su casa para acabar de prepararlo todo.

Con las maletas ya listas, se metió en la ducha y se acostó, pues el vuelo salía temprano al día siguiente.

Cuando sonó el despertador, Lucas ya estaba despierto y totalmente despejado. Llamó a un taxi y, cuando cerró la puerta de su casa, los recuerdos le vinieron a la mente.

Capítulo 12

El vuelo se le hizo largo, pues hicieron escala en Filadelfia, pero agradable. Pisar suelo español fue muy emocionante, sobre todo para Lucas, ya que hacía tiempo que no estaba en su país. Dani estaba emocionado, pues era la primera vez que visitaba España y le esperaban unos meses de lo más alucinantes.

La familia de Lucas estaba esperando en la zona de llegadas cuando las puertas correderas se abrieron. La primera en llegar hasta él fue su hermana pequeña, Alba, que dio un salto y se subió encima de su hermano. La cría tenía doce años y era muy pizpireta, cariñosa y espontánea. Quería con locura a su hermano, a pesar de no pasar tiempo juntos.

—Hola, terremoto; qué mayor y guapa estás —le dijo Lucas levantándola y sentándola encima del carro de las maletas.

—Holaaaaaaa, hermanito; qué fuerte y guapo estás. ¿Y tú quién eres? —quiso saber mirando a Dani.

—Mi amigo y compañero Dani, cotilla —la informó riendo.

—¿Me has traído algo? —le preguntó al tiempo que daba un salto y se bajaba del carro.

—Síiii, luego te lo doy.

Lucas se acercó a su madre, la abrazó y le dio dos besos, igual que a su padre. Todos estaban emocionados y, entre risas, abrazos y algún que otro lloro por parte de la mamá, llegaron hasta el aparcamiento y pusieron rumbo al domicilio de la familia Martín.

Ésta vivía en una de las calles más transitadas de Madrid, justo al lado del campo de fútbol Santiago Bernabéu. Lucas iba mirando por la ventanilla del coche las calles de la ciudad que tantas veces había pateado.

Al entrar en casa, una oleada de recuerdos acudió a su mente. Todo estaba igual a como lo recordaba, hasta su habitación seguía idéntica. Dejaron las cosas y, tras darse una ducha, salieron a cenar. Una mesa llena de tortilla de patatas, embutido, ensaladas y porciones de pizza les esperaba para llenar sus hambrientos estómagos.

—No hay nada como la comida española —afirmó Lucas al sentarse a la mesa.

—Mañana te haré el cocido madrileño que tanto te gusta —le propuso su madre, emocionada de tenerlo en casa.

—Mamá, ¿cocido en pleno agosto?, ¿ya quieres matarme? Pero si acabo de llegar.

Todos rieron.

—Además, mañana temprano salimos para Guadalajara, tenemos mil cosas que hacer por allí, como buscar casa, alquilar coche y saber dónde está la base en la que tenemos que presentarnos.

—Pero yo pensaba que ibas a vivir aquí... —le reprochó Alba.

—No, pequeñaja, creo que estoy algo mayorcito para vivir con papá y mamá —le contestó su hermano riendo.

—¡Jo! —Alba hizo un mohín.

—Anda, toma —le dijo Lucas entregándole una caja envuelta en papel de regalo.

Cuando Alba lo abrió, gritó de emoción al tiempo que se abalanzaba sobre él y lo llenaba de besos.

—Gracias, gracias, hermanito, ¡me encanta el iPad; estaba como loca por tener uno!

Lucas, que sabía muy bien las ganas que tenía de ello, no dudó en comprárselo; sólo tenía esa hermana y la consentía mucho.

—Disfrútalo, enanilla —le dijo feliz.

Después de hablar y ponerse al día de todo o casi todo, se fueron a dormir. Estaban reventados por el viaje y el cambio de horario; además, al día siguiente les esperaba un buen trote.

Capítulo 13

El domingo por la mañana, Yolanda estaba en la piscina tomando el sol cuando recibió una llamada, era Mar; un pequeño problema con su coche la haría llegar un poquito más tarde de la hora a la que habían quedado para pasar el día festivo juntas.

Treinta minutos más tarde de la hora acordada, Mar tocaba en la puerta de la casa de Yolanda.

—Hola, locaaaaaaa —exclamó Yolanda al abrir y ver a su amiga.

—Hola, neni. No veas con el coche, que no quería arrancar y he tenido que venir en tren.

Mar se fijó en su amiga y la notó más flaca; eso la preocupó, ya que siempre había tenido problemas con la comida. Además, también la percibió decaída.

—Te veo más delgada, ¿estás comiendo bien? —planteó Mar.

—¿Más delgada? Pues me pongo la misma ropa, no he notado nada. Y, sí, estoy comiendo bien —mintió Yolanda.

Mar supo enseguida que no estaba diciendo la verdad; se conocían desde hacía tiempo y sabía muy bien cómo era.

—En cuanto al tren, no te preocupes: luego te acerco a tu casa. Vamos al patio a tomar el sol. ¿Quieres beber algo fresquito?

—Sí, Coca-Cola, que vengo seca, gracias.

Las dos amigas se fueron a la parte trasera de la casa, donde estaba la piscina en medio de un hermoso jardín con un porche maravilloso.

—Toma —le ofreció Yolanda acercándole el refresco bien frío.

—Gracias. ¿Sabes algo de las tres locas? —preguntó.

—Después las llamamos por Skype y hacemos una videoconferencia. ¿Te parece?

—Claro, a ver si hay suerte y están juntas las tres. Y tú, ¿cómo estás? —quiso saber.

—Estoy, que es lo importante, ¿no?

—¿Cuándo me vas a decir que estás bien?

—Pues cuando lo esté; ya me conoces, a mí me cuesta salir de todo.

—¿Has leído los wasaps?

—Sí, pero no le he contestado.

—¿Y? No me dejes en ascuas.

—Nada... que le gustaría hablar conmigo para explicármelo todo, pero no ha vuelto a llamar.

—Pero, *joía*, ¿cómo quieres que te vuelva a llamar si todas las veces que lo ha hecho ni le has contestado?

—Ya lo sé, no me lo recuerdes. Sé que actué muy impulsivamente, y luego, por miedo, no he querido hablar con él, pero ya está, no puedo hacer nada.

—Sí que puedes: ¡llámalo tú!

—¿Estás chiflada? Me mandará a la mierda, seguro.

—Pues te aguantas, pero al menos no tendrás la sensación de no haberlo intentado.

—Creo que no estoy preparada para que me envíe a la mierda.

—¿Y sí lo estás para estar viviendo con esa incertidumbre?

Yolanda agachó la cabeza; su amiga tenía razón. Cuando salió de su casa en Los Ángeles no le dejó explicarse, y luego no le contestó ni las llamadas ni a los wasaps.

Estaba pasando unos días horribles por su cabezonería. Él estaba en todo su derecho de mandarla al país de los olores.

—¿Sabes algo de Dani? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Me envió un mensaje para comentarme que lo enviaban a otra base para dar apoyo, pero no sé dónde, porque de momento no podía decirme más.

Yolanda se quedó mirándola y Mar supo perfectamente lo que estaba esperando.

—Lucas también está en esa base, han ido los dos. Cuando tenga más información, te lo diré, pero no entiendo para qué quieres seguir torturándote. ¿Piensas hacer algo al respecto?

—La verdad, no sé; estoy hecha un lío.

Pasaron el resto de la mañana tomando el sol en la piscina. Cuando llegó la hora del almuerzo, Mar se fijó en que su amiga paseaba la comida por el plato de lado a lado y casi ni comía.

Cogieron el ordenador y, desde el jardín, iniciaron la llamada a través de Skype con Ana, Raquel y Juani.

—¡¡¡Holaaaaaaa, chicasssss!!! —La imagen se abrió en la pantalla del portátil y pudieron verse las caras.

—Holaaaaaaaaaaaaa —gritaron Mar y Yolanda casi a la vez.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y vosotras? ¿Estáis todas?

—¡¡Síiiiiii!! Asomad las cabezas, guapas —les pidió Ana a Juani y Raquel.

—Asomando cabezassssssssssssssss —soltó Raquel riendo a carcajadas.

—Novedades, novedades, queremos saber cosas nuevas —intervino Juani.

—Por mi parte, nada, todo sigue igual —contestó Yolanda.

—Y está decaída, sólo llora, casi ni come —apostilló Mar.

—Sí como —replicó Yolanda dándole un codazo a su amiga por chivata.

—Mentira, estás más delgada. Ponte de pie, para que te vean.

—Deja de tocar las narices —se quejó Yolanda mirando a Mar.

—Acércate a la pantalla del ordenador —ordenó Raquel —, que te voy a dar dos ciberhostias que te voy a poner fina filipina.

Todas empezaron a reír a carcajadas.

—Raquel, ¿cómo vas con Óscar? —se interesó Mar.

—Yo sigo flipada por él, y él, por todas, pero el otro día estuvimos juntos y me hizo ver fuegos artificiales. ¿Y tu Dani?

—No es *mi* Dani, ojalá lo fuera. Bueno, hablamos por wasap y me llama alguna vez que otra, pero, por el horario, es complicado. Es lo malo de vivir uno en cada punta del mundo. Ahora no sé dónde está, porque lo han enviado a otra base, pero no podía decirme nada más.

—Cuanto secretismo tienen estos hombres —añadió Ana riendo.

—¿Cuándo nos juntamos? —preguntaron Ana y Juani a la vez.

—Cuando queráis —contestó Mar.

—Tenemos mono de estar todas juntas... y hacer locuras —dijo Raquel.

—Siiiiiiiiiiiiiiiiii —gritaron en grupo.

—Os tenemos que enseñar nuestra Guadalajara; no es tan grande como Barcelona, pero también es acogedora y bonita —añadió Juani.

—Tenemos que planearlo —dijo Mar.

—Planear, ¿el qué? —soltó Raquel—. Sólo tenéis que hacer la maleta, ir a la estación del AVE y poner rumbo hacia aquí.

Mar y Yolanda se miraron y, con un movimiento de cabeza, se pusieron de acuerdo.

—iiiiiiiNos vemos el viernes!!!!!!

—Genialllllllllllllllllllllllllllllllllllll —gritaron todas de alegría.

Se iban a ver en menos de una semana; las chicas estaban felices y contentas por poder volver a encontrarse y estar las cinco juntas de nuevo. La iban a liar parda.

Capítulo 14

Base de los GAR, Guadalajara, España

El ambiente estaba algo revuelto en la base; circulaban rumores de que ese día llegaban dos SWAT norteamericanos para impartirles clases de teórica y de entrenamiento, y todos estaban expectantes por saber quiénes eran.

—Sólo espero que no se crean la gran cosa por ser SWAT gringos —comentó Óscar.

—¿Para qué necesitamos instrucciones de unos yanquis? —soltó Marcos molesto.

—A ver, calma; todavía no sabemos nada y ya los estáis juzgando. Tranquilos, vamos a conocerlos primero —propuso Javier.

A las siete de la mañana se abrió la puerta del aula principal y entró el capitán Ruiz acompañado de Lucas y Dani.

—Buenos días, les presento al teniente Martín y al oficial Hernández; ellos serán los encargados de impartir teórica de armamento, explosivos, armas especiales, operativos antiterroristas y entrenamientos en general.

Todos se saludaron profesionalmente y Lucas tomó la palabra.

—Hola. Soy el teniente Lucas Martín y mi misión aquí es mostraros todo lo que usamos en Estados Unidos... pero no por eso estoy por encima de nadie, ni mi compañero, ya que nosotros también vamos a aprender de vosotros.

Esas palabras gustaron mucho a todos los que estaban allí presentes; el ambiente se relajó un poco.

La mañana pasó bastante rápida en la clase teórica, durante la que intercambiaron opiniones e impresiones, y todos aprendieron de todos.

Javier, Marcos, Óscar, Lucas y Dani congeniaron muy bien y rápidamente el buen rollo salió a flote entre ellos. Después de la clase teórica, fueron a la sala de tiro, donde comprobaron la buena puntería de Lucas.

Una vez en el restaurante de la base, se sentaron todos juntos para comer y conocerse un poco mejor.

—No tenéis acento norteamericano —dijo Óscar—; bueno, tú tienes un acento muy bonito —añadió mirando a Dani.

—Soy brasileño, pero me crié en Los Ángeles.

—Yo soy español, de Madrid.

—¿Español? ¿Qué hace un español en los SWAT y no en alguna unidad de nuestras fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado? —preguntó Javier.

—Pues mira, me fui a estudiar a Estados Unidos y me quedé allí. Ingresé en la Policía de Los Ángeles y, de allí, a los SWAT.

—¿Tienes a tu familia allí? —quiso saber Óscar.

—No, toda mi familia está aquí en Madrid; en Los Ángeles vivo solo. ¿Y vosotros?

—Nosotros dos estamos casados —contestó Marcos—. Óscar es un ligón de cuidado, no se le escapa una —añadió riendo.

—Pues ya tienes competencia, porque aquí, al amigo —intervino Dani señalando a Lucas—, se lo rifan las niñas en cuanto entra en cualquier sitio.

—Todos se echaron a reír.

—¿Qué os parece si quedamos el viernes para salir a tomar algo? —propuso Javier.

—Por mí, genial, tíos, así le demuestro a Lucas que, aquí en Guadalajara, quien se las lleva de calle, soy yo —dijo Óscar riendo.

—Bueno, bueno, menos lobos, Caperucita —soltó Lucas bromeando.

—En esta ciudad, ¿dónde se pueden tomar unas birras al salir de la base? —preguntó Dani.

—Hay algunas tabernas que están muy bien; nosotros solemos ir a La Tasca de Rufino, al salir del curro —contestó Marcos.

—El viernes iremos al club C&B. Ya os iremos poniendo al día de todo lo que hay por la zona. ¿Tenéis ya casa por aquí? —se interesó Javier.

—Sí, hemos alquilado un apartamento cercano que está bastante bien y además podemos venir andando —contestó Dani.

—¿Compartís piso? —preguntó Marcos.

—Sí, de momento sí —comentó Lucas.

—Eso va mal a la hora de llevar a las nenas a casa —les dijo Óscar riendo.

—Siempre lo puedo dejar en la puerta por unas horas, ¿verdad, amigo? —bromeó Dani mirando a su compañero.

—Ya sabes que tienes más posibilidades de quedarte tú en la calle, colega —le contestó Lucas riendo.

—No me lo recuerdes, mamonazo —bromeó Dani.

La hora de la comida terminó y volvieron a la base para hacer un poco de teórica de armamento especial.

Sobre las ocho de la tarde salieron todos de la base y Óscar sugirió ir a tomar unas birras a la tasca, pero todos declinaron la oferta, el día había sido duro. Lucas y Dani experimentaban el cambio horario y estaban cansados; además, tenían que terminar de adecentar su apartamento, pues, aunque estaba amueblado, sus pertenencias todavía estaban en las maletas. Para más inri, no había comida, así que debían pasar por el supermercado y llenar la despensa.

Su apartamento era un caos en aquellos momentos y ellos estaban muertos, así que se subieron al coche que habían alquilado para los meses que iban a estar allí y se fueron a hacer la compra.

Los demás también se despidieron, mañana sería otro día.

Al llegar a su casa, Javier saludó a su mujer y ella, feliz, le anunció que Yolanda y Mar llegaban el viernes para pasar el fin de semana allí en Guadalajara.

—¿Así que tenéis fin de semana de chicas? —preguntó Javier.

—Bueno, el viernes queremos salir por la noche a tomar alguna copa, y luego ya iremos planeando qué hacer —le contestó Ana.

—Nosotros, el viernes, también salimos —informó Javier a su mujer.

—¿Sí? ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, cariño, duro. Han llegado dos SWAT de Estados Unidos; al principio todo estaba un poco tenso, pero luego el ambiente se ha relajado, son buena gente.

—¿Dos SWAT? —preguntó Ana curiosa.

—Sí. Han venido para darnos apoyo, lo mismo que hicimos nosotros en Barcelona con los GEI.

—¿Y todo bien con ellos?

—Sí; como te digo, al principio todos éramos un poco reacios, porque, ya sabes, proceden de Los Ángeles y pensábamos que vendrían crecidos por ser yanquis... pero no, al final resulta que son enrollados y enseguida hemos entablado amistad, por eso el viernes vamos a tomarnos algo juntos.

—¿De Los Ángeles, dices? —preguntó Ana con la mosca detrás de la oreja.

—Sí, cariño, los SWAT sólo están en Los Ángeles. En Nueva York, por ejemplo, hay otro grupo de apoyo que se llama ESU. Al fin y al cabo, son las mismas unidades, pero en cada ciudad les denominan de manera diferente.

Ana recordó lo que Mar mencionó durante la conversación por Skype sobre Dani y empezó a sospechar.

—Bueno, me alegro de que sean buena gente y de que tengáis buen rollo con ellos. Pasas más tiempo en la base que en casa, y lo importante es que todo vaya bien. ¿Y adónde vais a ir?

—Pues habíamos pensando llevarlos al C&B a tomar algo un rato —contestó Javier.

—¿Y quiénes vais?

—¿Estás muy preguntona, no? —le dijo Javier a su mujer al tiempo que la agarraba y la subía a horcajadas encima de él en el sofá.

Ana le agarró la cara y empezó a besarlo.

—Soy curiosa, ya lo sabes —repuso riendo.

—Pues vamos Marcos, Óscar, los nuevos, Daniel y Lucas, y yo. Ahora deja de preguntar, que tengo planes mejores.

Como todas las mañanas, las chicas solían encontrarse en la cafetería del barrio para desayunar juntas antes de irse a trabajar. Al llegar Ana, Juani y Raquel ya estaban allí.

—Notición, notición —anunció Ana nada más llegar.

—Primero, buenos días, ¿no? —le reprochó Juani medio en broma.

—Tienes razón: buenos días, locas —dijo Ana sentándose entre las dos—. Gema, por favor, un cortado descafeinado y un cruasán, cuando puedas.

—¿A ver qué notición es ese que tienes que contarnos? —preguntó Raquel.

Ana les empezó a explicar todo lo que su marido le había dicho la noche anterior. Raquel estaba alucinando.

—Marcos también me explicó que el viernes tenía planes para salir a tomar algo, porque habían llegado dos compañeros nuevos de fuera —intervino Juani—, pero no me dijo nombres.

—Pero ¿estás segura de que son ellos? —preguntó Raquel.

—A ver, nena: dos SWAT norteamericanos de Los Ángeles, que se llaman Lucas y Dani. Blanco y en botella, leche, alma cándida —le respondió Ana.

—Horchata, como diría Yolanda —repitió Juani riendo.

—Pues eso, que ellos se van al C&B el viernes y nosotras también iremos, para que Mar vea a su Dani y Yolanda y

Lucas puedan hablar, que buena falta les hace. ¿Qué os parece? —propuso Ana.

—Por mí, genial —respondió Raquel.

—Pero, de esto, ni una palabra a ellas, ni a ellos. La idea es que se encuentren y que pase lo que tenga que pasar —apostilló Ana.

—Pero habrá que decírselo a ellas para que Doña Piji se ponga divina de la muerte y deslumbre al policía, ¿no? —comentó Raquel.

—Nooooo, ni una palabra. Yolanda siempre va a la última, ya la conocéis; sólo hay que decirle que vamos a salir a tomar algo por la noche y ella ya se pondrá divina y más que divina.

—Sólo pueden pasar dos cosas: que se solucione para bien o para mal, pero que se solucione —dijo Juani.

—Y no son policías, guapa; como te oigan decir eso, te comen. Los comedónuts tienen menor rango, y no son tan guapos —corrigió Ana a Raquel, riendo.

—Ok. Bueno, chicas, me voy a trabajar, que voy un pelín justita y mi jefe está de un humor de perros —anunció Raquel al tiempo que se levantaba y se despedía de sus amigas.

—Nos vemos mañana —dijeron Ana y Juani casi al mismo tiempo.

—Entonces, ¿quedamos que nosotras las vamos a buscar a la estación? —preguntó Juani dando un sorbo a su café.

—Sí, vamos tú y yo, porque Raquel tiene que trabajar, y luego ya quedaremos para comer con ella.

—Perfecto. Tengo que ir a comprar unas cosillas que me faltan, así que me voy ya —dijo Juani.

Capítulo 15

A primera hora del viernes, en la base, Lucas impartía clase teórica de armamento especial. La sesión se alargó más de lo normal y sobre las once de la mañana salieron rápidamente a hacer el simulacro antiterrorista que tenían preparado para ese día.

A esa misma hora, el tren de alta velocidad procedente de Barcelona entraba en la estación de Guadalajara.

Ana y Juani esperaban en el andén, impacientes, ilusionadas, hasta que las vieron bajar del tren.

—Eyyyyyy, loquillasssssssssss —saludó Mar con la mano a unos metros de ellas.

Al llegar a su altura, se abrazaron todas juntas.

—Abrazo comunitario —exclamó Juani.

—Holaaaaaa, qué alegría estar aquí, *lokis* —se sumó Yolanda.

—Es genial teneros entre nosotras de nuevo —intervino Ana abrazándolas—. Tú estás más delgada, Yolanda —le comentó mirándola.

—Estoy igual, que me pongo la misma ropa —respondió la aludida.

—¡Ves como estás más seca!, si es que no estás comiendo
—apostilló Mar.

—No empecéis —soltó Yolanda.

—¿Dónde está Raquel? —preguntó Mar.

—Trabajando. Luego nos veremos para comer; ahora vamos para su casa, pues tenemos las llaves, para que podáis dejar las cosas allí.

—Pero ¿cuántas maletas lleváis? —preguntó Juani.

—Más bien di: «¿Cuántas maletas llevas, Yolanda?» —contestó Mar—. Yo sólo me he traído una.

—Eh, eh, que yo también llevo sólo una.

—Una maleta, un neceser, una bolsa —bromeó Mar.

—Pero, maleta, sólo una —replicó Yolanda riendo.

—Venga, vamos al coche, que a este paso llegará Raquel antes que nosotras.

Las cuatro amigas se encaminaron hacia el aparcamiento. Al llegar al vehículo, metieron las maletas, subieron y fueron a casa de Raquel.

Al abrir la puerta, un ladrido les acribilló los oídos.

—Feo, cállate —le ordenó Juani.

—¿Se llama así? —preguntó Yolanda curiosa.

—No, se llama *Bicho*, pero yo lo llamo feo por esa cara que tiene —respondió.

—Pobrecito, yo lo veo bonito —lo defendió Yolanda acariciando la cabeza del perro, que ya se había calmado.

—Pero ¿tú lo has mirado bien? —preguntó Ana.

La verdad, el perro, muy agraciado no era. Tenía un ojo más grande que el otro y un poco saltón; era marroncito, pero hasta el color se veía un poquito raro. Además, tenía los

dientes torcidos, pero de tan feíto que era, hasta se veía simpático.

—Se ve gracioso —respondió Yolanda.

—Eso me sale por la noche y corro más que el AVE —susurró Juani.

Tras dejar las cosas en el piso, y para hacer tiempo hasta la hora del almuerzo, fueron a dar un paseo: se dirigieron hacia el ayuntamiento y, de allí, al palacio del Infantado; pasaron a los jardines del mismo bajando la calle Mayor. Deambularon por todo el casco antiguo hasta llegar al restaurante donde habían quedado con Raquel para comer.

—Pero qué ven mis ojos, dos hermosas catalanas por estas tierras —bromeó Raquel al acercarse a la mesa donde la estaban esperando.

—Hola, petardillaaaaaaa —saludó Yolanda levantándose de la silla y abrazándola fuerte.

—¿Cómo estás, locuela? —preguntó Mar al tiempo que le daba dos besos.

—Hambrienta —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues, venga, vamos a comer —propuso Ana.

Durante el almuerzo, todas estaban pendientes de Yolanda.

—¡Queréis dejar de mirarme! Me siento como una concursante del programa ese en el que giran los *coach* —reprochó Yolanda.

—Si te lo comes todo, te dejaremos elegir con qué *coach* te vas —intervino Raquel riendo.

Tras el almuerzo, se dirigieron de nuevo a los jardines que habían visitado antes, ya que Yolanda quería hacer unas cuantas fotos. Consiguió unas instantáneas preciosas. Tenía

buena mano para la fotografía y siempre le quedaban realmente hermosas.

En la puerta del C&B, Ana y Juani esperaban a que llegaran las demás cuando vieron aparecer a sus respectivos maridos acompañados por el resto de sus amigos y tuvieron que esconderse rápido para no ser vistas.

—¿Para qué nos escondemos, si ahora nos van a ver dentro? —preguntó Juani.

—Dentro sí, pero no aquí, porque pueden irse a otro sitio —le respondió Ana.

—Pues los seguimos.

—¿De verdad crees que podemos seguir a unos GAR y a unos SWAT sin ser descubiertas?

Las dos amigas empezaron a reír a carcajadas.

El ambiente dentro del local estaba muy animado.

Javier, Marcos, Óscar, Dani y Lucas estaban apoyados en la barra tomándose unas copas y hablando animadamente cuando vieron a dos chicas cruzando la pista para dirigirse directamente a ellos.

—¡Atención, que vienen las lobas directas a vosotros! —exclamó Marcos.

—Colegas, si queréis fiesta, ahí tenéis a las tías más fáciles de toda Guadalajara, Shei y Mary —avisó Óscar mirando a Dani y Lucas.

Las susodichas llegaron hasta ellos.

—Hola, guapos. ¿No nos presentáis a vuestros amigos?

—Sí, claro: Shei y Mary, ellos son Lucas y Dani —los presentó Óscar.

Shei, que ya se había fijado en Lucas desde la otra punta de la discoteca, lo saludó con ojitos golosones.

Lucas no se sentía cómodo con ella a su lado comiéndoselo con los ojos, había algo en esa mujer que no le gustaba, pero, como era un caballero, la atendía.

El ambiente en el C&B era cada vez mejor, la gente seguía entrando.

En la calle, Ana y Juani continuaban esperando a que llegaran las demás.

—¡Por allí vienen! —anunció Juani.

—Hola, *lokis* —saludó Mar al llegar a su altura.

—¿Lleváis mucho rato esperando? —quiso saber Raquel dando dos besos a cada una.

—El suficiente —contestó Ana guiñándole un ojo disimuladamente.

—Bueno, ¿entramos? —preguntó Mar.

—Me siento un poco rara —dijo de repente Yolanda—. No sé, tengo una sensación extraña.

—¿Ésta no será bruja, no? —le dijo Raquel a Ana bajito.

—Sí, y tiene la escoba en la maleta —bromeó Ana riendo.

Entraron en el local y buscaron un rincón donde colocarse, ya que estaba bastante lleno. Decidieron ponerse cerca del DJ, donde había una doble altura y se podía ver casi toda la discoteca.

—Chicas, vamos a pedir a la barra. ¿Queréis algo? —preguntó Ana.

—Un mojito —dijo Mar.

—¿Y tú, Yolanda?

—Piña colada, por favor.

—Mar, acompáñame al baño, anda, mientras Ana y Juani van a por las bebidas —pidió Raquel.

De camino a los aseos, Raquel se lo contó todo a Mar. Ésta se puso nerviosa al saber que su Dani estaba allí y que lo iba a ver en breve, pero a la vez estaba muy ilusionada; sólo esperaba que él quedara igual de encantado al encontrarla.

—Nena, me has puesto como una moto diciéndome que Dani está aquí.

—Pues arranca y piensa qué vamos a hacer con Yolanda cuando vea a Lucas.

—No podemos hacer nada, que pase lo que tenga que pasar. Nosotras no podemos hablar por ellos; sólo espero que él quiera hablar y que ella quiera escuchar.

Raquel asintió, Mar tenía razón.

—Pues sí, no nos queda otra que confiar en que las cosas irán bien.

De vuelta al sitio, se fueron fijando para ver si los descubrían entre la gente y, ¡bingo!, los localizaron en una de las barras.

—¡Allí!, pero están muy bien acompañados, los muy *jodíos* —soltó Mar un poco molesta al ver que una chica estaba tonteando con Dani.

—Ésas tontean con todos —le aclaró Raquel.

—¿Las conoces?

—Las conoce toda Guadalajara; son las tías más facilonas que hay por aquí. Se han pasado por la piedra a media ciudad.

—Claro... y ellos son la novedad... ¡¡¡Pues pronto les canto yo las cuarenta, las cincuenta y hasta las sesenta!!!

—Pilinguis las hay en todas partes —intervino Raquel riendo.

En realidad, a ella tampoco le gustaba ver cerca de Óscar a esas dos *guarrindongas*, pero no le quedaba otra que hacer como si no le importara.

Empezó a sonar la canción de AronChupa *I am an albatraoz*,^[7] y todas salieron a bailar como posesas. Se hicieron hueco en la pista, que estaba a reventar, y comenzaron a mover las caderas al ritmo de la música.

El DJ hizo una mezcla y una de Prince Royce a dúo con Jennifer Lopez fue la siguiente canción que bailaron. El calor resultaba insoportable dada la cantidad de gente que había y Yolanda necesitaba aire. Se apartó un poco y salió por un lado de la pista que iba a parar a una de las dos barras.

La música volvió a cambiar mientras ella caminaba de frente abriéndose paso entre la multitud, cuando de repente se paró en seco.

¡No podía creerlo!

¡Allí estaba él!

Tan impresionantemente guapo, sexy y varonil como el primer día que lo vio.

Lucas sintió una mirada clavada en él y, cuando levantó la vista, se encontró con ella, con su princesa, con la chica que le había puesto su mundo patas arriba, y su corazón, tarumba. Estaba más guapa que nunca con aquellos pantalones ceñidos a su increíble cuerpo y el pelo recogido en una coleta alta que dejaba ver su espalda al aire; el top que llevaba era muy escotado en la parte trasera y terminado en uve en la delantera. En una palabra, estaba... ¡¡¡¡¡impresionante!!!!

Yolanda se quedó petrificada; no podía moverse del sitio y las piernas no le respondían mientras la letra de *See you again*,^{9[8]} de Wiz Khalifa, se le iba metiendo por los oídos hasta llegar a su corazón. La canción mezclada con sus sentimientos hicieron estallar las emociones que tanto tiempo

había contenido y unas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Se dio media vuelta con la esperanza de que no la hubiera visto cuando, de repente, notó una mano sujetándola por el brazo y supo que era él. Antes de darse la vuelta, se secó las lágrimas, pues no quería que la viera llorar.

Cuando estuvieron frente a frente, Lucas rodeó su cintura y la pegó a su cuerpo, necesitaba sentirla cerca. La magia comenzó a hacer efecto nuevamente. Sus cuerpos vibraron juntos mientras la música seguía sonando.

Bailaban pegados, muy juntos, ante el asombro de sus compañeros y de una Shei que rabiaba por dentro al ver cómo una Barby que no conocía estaba poniendo las manos encima del hombre que ella había visto primero.

Ni corta ni perezosa, se acercó y, con todo el descaro del mundo, se metió en medio y le plantó un beso a Lucas en todos los morros.

Yolanda, al ver la escena, dio media vuelta y se fue de la discoteca, mientras Lucas, muy cabreado, apartaba a un lado a Shei, que sonreía satisfecha.

Hasta allí llegaron Ana, Juani, Raquel y Mar, que lo habían visto todo desde la pista.

Dani se alegró muchísimo de ver a Mar y se fundieron en un abrazo y mil besos. Mary, que lo estaba observando todo, hizo amago de acercarse, pero Mar, sacando toda su mala leche, se giró y le soltó:

—Ni se te ocurra, que te caneo. —Dicho esto, se volvió de nuevo hacia Dani.

Las chicas se acercaron a sus maridos y les explicaron la situación. Óscar se quedó junto a Raquel y todos decidieron que era mejor que ellos hablaran solos y arreglaran el lío.

Yolanda salió de la discoteca todo lo deprisa que le permitieron sus tacones y se alejó del local sin saber a dónde

dirigirse. Su cabeza estaba hecha un lío, ¿Cómo era posible que, teniendo a la novia allí con él, aún se acercara a ella?

Lucas la siguió hasta que la alcanzó y la agarró del brazo.

—Yolanda, espera.

—¡Déjame! —gritó ella soltándose con brusquedad al tiempo que se quitaba un zapato y se lo lanzaba.

Lucas pilló al vuelo el zapato que iba directo a su cabeza.

—Cenicienta, cálmate —bufó enfadado por su reacción.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó furiosa.

—Porque, cada vez que huyes de mí, se te cae un zapato —le dijo sonriendo.

Yolanda siguió caminando enfadada y coja, lo que provocó la risa de Lucas.

—¿De qué te ríes, *borinot*?

—¿Qué me has llamado?

—*Borinot*, es abejerro en catalán, y, ahora, ¿me devuelves el zapato?

—Te has olvidado de la palabra mágica.

—¿¡Ya!?! —bramó toda chulita.

—Te he echado mucho de menos —le confesó muy serio.

—Pues, con lo bien acompañado que estabas, quién lo diría.

Lucas negó con la cabeza.

Yolanda se quitó el otro zapato y siguió andando, clavándose así chinitas a cada paso que daba.

A Lucas se le acabó la paciencia, se acercó a ella, la cogió en brazos y se la cargó como un saco de patatas para sorpresa de ella.

—¡Bájame ahora mismo! —bufó furiosa.

—No me das otra opción, así que no pienso bajarte; si te comportas, te puedo llevar de otra manera, pero bajarte, ni loco.

—He dicho que me bajes —gritó; estaba cada vez más cabreada.

Lucas, que no le hacía ni caso, seguía caminando. Se adentró en una zona rodeada de árboles bastante solitaria; allí podrían hablar con tranquilidad y nadie les molestaría.

La dejó en el suelo con cuidado y ella, arreglándose el top, lo miro, arrugó la nariz y, con cara de enfado, le espetó:

—¿Para qué me has traído aquí?

—Para hablar contigo.

—¿Y si no quiero hablar?

—Pues escuchas. No pienso dejar que te vayas de nuevo sin escucharme. Luego, si quieres, te largas, pero déjame explicarme.

Yolanda asintió con la cabeza; seguía de morros, pero realmente necesitaba esa explicación. Quería saber si tenía o no novia.

—Es verdad que te he echado mucho de menos.

—Pero...

—Chisssttt —protestó Lucas poniéndole un dedo en los labios—. Estoy aquí por ti.

—Sí, claro, y te has traído a tu...

Lucas volvió a poner el dedo sobre los labios de Yolanda.

—Escúchame, por favor —le pidió con calma.

Ella calló y lo dejó continuar.

—Si me hubieras dejado explicarme el día que te fuiste de mi casa, o hubieras contestado a mis llamadas, ya sabrías que no tengo novia.

Escuchar aquellas palabras fue para la joven como una bendición del cielo. Saber que no tenía novia le hacía sentirse mejor, mucho mejor.

—Es más, nunca he pensado en tenerla...

Al oír estas últimas, se le desquebrajó el corazón en mil pedazos, pero al menos estaba siendo sincero. Ahora ya sabía que no había nada que hacer, pero como mínimo conocía la verdad. No podía pedir más, ¿o sí?

—Pues muchas gracias por la aclaración —le cortó ella mirando para otro lado.

Lucas, que se había dado cuenta de la manera en la que le había cambiado la cara desde que pronunció las últimas palabras, dijo:

—Hasta que te conocí a ti.

Los ojos de Yolanda se iluminaron y el corazón se le disparó a mil por hora.

—Y, en cuanto a la loca esa que me ha comido el morro, no sé quién es: me la acababan de presentar, así que no te hagas películas, por favor. No significa nada para mí. Contigo me siento vivo, siento que necesito todo de ti y, cuando lo tengo todo, necesito más. Has cambiado mi vida hasta el punto de que ya no puedo, ni quiero, estar sin ti. Así que, por favor, si tienes que volverme loco, que sea de amor.

Y dicho esto, le pasó una mano por la nuca y la acercó para besarla. Sus bocas se juntaron y se besaron con dulzura y pasión.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos y Lucas le susurró al oído:

—Los besos más dulces son la mejor medicina.

Yolanda sonrió al escuchar la frase que ella le había escrito en el papel el día que la rescató del atraco a la joyería.

—¿Me devuelves mi zapato, por favor? Tengo las plantas de los pies llenas de chinias y creo que, si las deajo ahí más tiempo, montarán un bazar.

Lucas soltó una carcajada al escuchar la ocurrencia y le entregó el zapato.

Yolanda se estaba limpiando las plantas de los pies cuando oyó un ruido; se puso rápido los zapatos y le propuso a Lucas:

—¿Podemos irnos a otro sitio, por favor?

—¿Estás bien? —le preguntó al notarla un poco nerviosa.

—¿No has oído un ruido? —demandó un poco asustada.

—No, la verdad es que no. Pero, tranquila, que no pasa nada.

De pronto se volvió a oír el ruido, que procedía de detrás de los matorrales. Yolanda, muy asustada, le pidió a Lucas que se marcharan.

Él, que se había dado cuenta de que el ruido lo provocaba un gato que estaba por allí, la hizo esconderse detrás de unas piedras grandes que había en el parque.

—Ven por aquí y no hagas ruido.

Una vez ubicados detrás de las piedras, la abrazó fuerte y empezó a buscar su boca para besarla mientras sus manos bajaban por su espalda hasta llegar a su trasero.

—Lucas, por favor, que no es el momento.

—Chist, no digas nada. La mejor forma de taparte la boca es con la mía —le dijo al tiempo que la apoyaba en la piedra y la besaba con devoción.

Su boca fue bajando, dejando pequeños besos por su cuello, y sus manos subieron hasta llegar a sus pechos.

—Lucas, para, por favor.

La verdad era que estaba asustada, pero deseaba tanto sus besos, sus caricias...

Él estaba disfrutando del momento de tenerla tan cerquita, pero no quería ponerla más nerviosa, ya habría momento de estar pegados y más que pegados.

—¿Tú crees que el gato se habrá ido ya?

—¿El gato? —preguntó asombrada.

—El que hacía el ruido.

«¡Lo reviento!», pensó.

—¿Has sabido todo el rato que se trataba de un puñetero gato?

—Sí, princesa. No te enfades; si colaba, colaba.

Lucas no podía parar de reír al ver la cara de Yolanda.

—No te rías, *borinot* —siseó arrugando la nariz

—Y dale con llamarme abejorro.

Al final los dos estallaron en carcajadas.

Lucas le agarró el trasero con una mano y con la otra le rodeo la cintura desde atrás, y la hizo retroceder hasta pegarla a su cuerpo.

—Eyy, para de meterme mano —murmuró riendo.

—Mis manos tienen vida propia... cuando tienen delante un cuerpazo como el tuyo.

Empezaron a caminar agarrados de la mano.

El suelo del parque no era precisamente llano y, junto con la poca luz que había en el lugar, hacía un poco complicado

que Yolanda viera por dónde pisaba.

—Me voy a tener que quitar los zapatos; no puedo caminar por aquí con los tacones o me torceré un pie.

—Ven —propuso tendiéndole la mano.

La cogió en brazos; ella pasó un brazo por detrás de su cuello, apoyó la cabeza y juntos salieron del parque.

—Aquí ya puedo apañármelas, gracias.

Lucas la bajó y anduvieron agarrados de la mano. De camino a la discoteca, le explicó que se ofreció voluntario para venir a dar apoyo a los GAR e intentar encontrarla y aclarar el malentendido. También la puso al día acerca de que estaba compartiendo piso con Dani, y que no tenía claro cuánto tiempo permanecería en España.

Capítulo 16

Cuando llegaron a la puerta de la disco, ya estaban cerrando, así que Yolanda se empezó a poner nerviosa.

—Ey, ¿qué pasa? —preguntó Lucas.

—Que están cerrando y mi bolso se quedó dentro.

—Tranquila, el bolso lo tendrán tus amigas.

—No tengo móvil para llamarlas.

Lucas sacó el suyo y llamó a Javier, seguramente estarían todos juntos. Tras colgar, la miró y le dijo:

—Están aquí cerca, vamos.

Se dirigieron a un local de comida rápida veinticuatro horas que había a pocos metros de la discoteca.

Al entrar, el grupo los recibió con aplausos, risas y jaleo. Yolanda saludó a Javier y a Marcos, que estaban comiéndose una hamburguesa. Se acercó a Óscar, situado junto a Raquel, y lo saludó también. Desde que se habían ido de Barcelona no los había vuelto a ver.

Miró a su amiga Mar y se puso feliz al verla con Dani; se acercó a él y le dio dos besos.

Todos estaban contentos y felices.

¡Qué grupo más chulo!

—¿Quieres comer o beber algo? —preguntó Lucas.

—Una Coca-Cola, por favor —respondió ella al tiempo que se sentaba al lado de Dani y Mar.

—¿Quién tiene mi bolso? —preguntó.

Mar se lo acercó; ella era la responsable del grupo, siempre guardaba los tiquets del guardarropía y, cuando viajaban, siempre era ella la que se encargaba de los billetes de avión, los hoteles e incluso de las llaves de las habitaciones. Yolanda era un desastre para eso.

—Gracias, guapi. *Ainsss*, ¿qué haría yo si ti?

—Pues perderlo todo —le dijo su amiga riendo.

Lucas llegó con su comida, se sentó a su lado y, mirándola, le dio su Coca-Cola.

—Gracias —agradeció con una sonrisa de oreja a oreja.

Pasaron el rato comiendo y charlando. Entre pitos y flautas, cuando se quisieron dar cuenta ya eran las cuatro de la madrugada.

—Vamos levantando el campamento, que estas muchachas deben de estar reventadas con el viaje, las emociones y la fiesta —sugirió Marcos.

—Mañana no hay que madrugar —murmuró Óscar.

—Es cierto, no hay que madrugar, pero tampoco nos vamos a pasar el día durmiendo, que se van el domingo y queremos aprovechar para hacer cosas —añadió Ana.

—Mañana podríamos ir a pasar el día a Madrid, Toledo o Segovia —propuso Raquel—. ¿Qué os parece?

—Me gustaría visitar Segovia —intervino Mar.

—Pero, para ello, debemos madrugar un poco y ¡mira qué hora es! —recordó Juani mirando el reloj.

—Tampoco hace falta madrugar tanto... Salimos de aquí sobre las diez de la mañana y llegamos de sobra, aquello es pequeño. Sólo tardaremos una hora y media, más o menos, en llegar —comentó Marcos mirando a su mujer.

—Pues, venga, no se hable más: cada gallina a su corral —soltó de repente Raquel.

Se levantaron y se dirigieron hacia el aparcamiento. Al llegar, se despidieron de Ana, Javier, Juani y Marcos, que se fueron en sus respectivos coches.

Raquel se acercó a ellas y les susurró al oído:

—Chicas, si no os importa, me gustaría tener la casa para Óscar y para mí; os lo digo porque supongo que vosotras os iréis con ellos, ¿verdad?

—Sí, yo me voy con Dani —afirmó Mar por lo bajini.

En ese momento, Lucas se acercó a Yolanda, la cogió de la cintura y le dijo:

—Princesa, tengo el coche aparcado allí.

—Necesito ir a por mis cosas.

—Chicos, vamos a mi casa para que ellas recojan sus enseres y luego cada conejo a su madriguera —propuso Raquel.

—Qué manía con llamarnos animales —replicó Yolanda riendo.

—Se parece a una que yo me sé —añadió Lucas sonriendo.

Se subieron a los vehículos y siguieron a Raquel hasta llegar al destino.

—¿Necesitas ayuda con las maletas? —preguntó Lucas.

—No, no te preocupes, sólo es una. Gracias.

Yolanda y Mar subieron al piso de Raquel junto con Óscar. Una vez hubieron cogido sus pertenencias, se despidieron de

ellos y bajaron de nuevo.

Al verlas salir cargadas, salieron del coche para ayudarlas.

Al rato, Lucas abrió la puerta de la entrada, encendió las luces y, mirándolas, les dio la bienvenida. No era un apartamento muy grande, pero estaba todo ordenado y limpio.

El salón estaba decorado de forma minimalista, con sofás de cuero marrones, el suelo de parqué y muebles modernos.

Mar y Dani, tras despedirse, se perdieron en la habitación de la parejita.

Lucas cogió la maleta, fue a su habitación y la colocó encima de la cama, para que ella pudiera coger lo que necesitaba.

Yolanda la abrió y empezó a buscar y remover la ropa de un lado a otro. Cuando no encontró lo que necesitaba, bufó:

—¡Mierda!

—¿Qué pasa, preciosa?

—Me he olvidado el pijama en Barcelona. ¿Tienes una camiseta para prestarme, por favor?

—¿De verdad crees que te hace falta pijama? —le dijo susurrándole al oído.

—Si me dejas la camiseta, estaré más cómoda.

—Si te la dejas, me privarás de unas increíbles vistas — volvió a susurrar cogiéndola por detrás de la cintura y besándola en el cuello.

—¿Sabes que mañana tenemos que levantarnos pronto? — le recordó riendo.

Lucas apartó la maleta a un lado; luego le dio un pequeño empujón a Yolanda y la tumbó sobre la cama. Ella cayó apoyándose con los codos.

—Esto me estorba —dijo cerrando la maleta y poniéndola en el suelo, donde no molestara.

—Pero yo necesito algunas cosas de ahí —replicó ella.

—De momento no necesitas nada... —contestó cogiéndole un pie y quitándole un zapato para después hacer lo mismo con el otro.

Inmediatamente, se posicionó encima de ella metiendo una rodilla entre sus piernas; apoyándose sobre los brazos, la rodeó por encima de su cabeza y quedaron frente a frente.

—¿Tienes idea de cómo me tienes? —le dijo clavándole su mirada.

—Pues, ahora mismo, te tengo encima —contestó riendo.

Lucas se levantó y tiro de ella, y quedaron abrazados. Empezó a besar su cuello, y fue subiendo poco a poco mientras ella le enredaba sus dedos en el pelo. Yolanda cerró los ojos y se dejó llevar por los besos que él iba repartiendo. Los labios de Lucas siguieron ascendiendo hasta su mentón; cuando sus bocas se encontraron, se fundieron en un beso.

Las manos de él bajaron suavemente por los hombros femeninos, llevándose los tirantes del top, que quedaron apoyados en los codos de ella, mientras con toda la dulzura del mundo le besaba los hombros. Yolanda bajó los brazos y el top quedó enrollado en su cintura, momento que él aprovechó para subir las manos por la espalda hasta llegar al cierre del sujetador y, con mucha habilidad, desabrocharlo. Yolanda buscó su boca y de nuevo se unieron en un beso que cada vez se volvía más y más apasionado.

—Lucas, Lucas.

—Hummm... sí, dime.

—Necesito ir al baño.

—¿Justamente ahora? —refunfuñó un poquito molesto mientras seguía buscando su boca.

—Sí... —contestó separándose unos milímetros de esos labios que tanto le gustaban—. Me hago pis.

Se separaron, momento que Yolanda aprovechó para cubrirse los pechos con el brazo.

—Eyy, no me prives de esas magníficas vistas.

—Lucas, de verdad necesito un baño, y tu camiseta, por favor.

Se volvió hacia la cómoda, sacó una de sus camisetas de los SWAT y, acercándose de nuevo a ella, le dio un tierno beso en los labios y se la entregó.

—El lavabo esta justamente ahí —dijo señalando una puerta que había en su dormitorio.

—Gracias.

Yolanda cogió unas cosas de su maleta y se dirigió al lavabo y, una vez dentro, se abanicó con la mano; sopló mirándose en el espejo y se tocó los labios, aún podía sentir los besos.

Empezó a desnudarse, se puso la camiseta, cogió una toallita desmaquillante y se quitó el maquillaje; se soltó el pelo y éste cayó por su espalda. Luego buscó en el neceser unas gomas para hacerse dos trenzas, pero no las encontró, así que se lo dejó suelto. Antes de salir, se volvió a mirar en el espejo... bueno, no era una *top model*, pero eso era lo que había.

Salió del baño y Lucas ya estaba en la cama esperándola en bóxers. Tenía medio cuerpo apoyado en el cabezal; estaba de infarto y tremendamente sexy.

Se dirigió a la cama y se metió en ella.

—¿Sabes?, estás muy sexy con mi camiseta.

—Me gusta mucho, porque me queda enorme y es muy cómoda.

—Aunque estarías mucho mejor sin ella —le dijo destapándola y poniéndose encima.

—Lucas, tu amigo está en la habitación de al lado.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Pues que puede oírnos.

—Él está con tu amiga, ¿crees que están jugando al parchís?

—Ya sé que no, pero a mí me da un poco de corte.

—Vamos, princesa, no me hagas esto, que me muero por hacerte mía de nuevo —le rogó al tiempo que le daba la vuelta y la arrastraba, colocándola encima de él.

—Lucas, que están justamente ahí al ladito.

—Bueno, ¿y qué? Acompasamos los gemidos y listo —bromeó mientras la agarraba de la cintura para evitar que se fuera.

—No seas tontorrón —murmuró riendo.

Yolanda apoyó las manos en el torso masculino y pasó los dedos por la tableta de chocolate que tanto le gustaba, dibujando cada onza con sus dedos. Lucas metió las manos por debajo de la camiseta y subió en busca de sus pechos, los agarró y los masajeó con suavidad; seguidamente le quitó la camiseta. Cuando Yolanda se fue a agachar, él la incorporó para poder admirarla bien.

—Preciosa, no te escondas jamás de mí. Me gustas demasiado —le dijo al tiempo que le daba la vuelta y se ponía encima de ella para comenzar a besarla de nuevo.

Empezó devorando su boca y bajó por todo el cuerpo. Cuando llegó a la barriga, dejó un reguero de besos,

haciéndola gemir de placer.

—Lucas, me haces cosquillas —murmuró riéndose e intentando no hacer mucho ruido.

—¿Sí? ¿Y si te lo hago así? —le dijo pasando suavemente su lengua por todo el vientre.

—También —le contestó retorciéndose de la risa.

—Vaya, pues tendré que dejar la barriga... y descender un poco más —soltó mientras le iba bajando la única prenda que llevaba puesta.

Yolanda subió la pelvis para facilitarle el trabajo. Una vez que él se hubo despojado también de sus bóxers, se puso un preservativo y siguió su recorrido, llenándola de placer. Luego subió para buscar su boca, abrió las piernas de ella y empezó a empujar lentamente para ir entrando. Yolanda, que no se acababa de soltar por vergüenza de que pudieran oírla, cerró los ojos sintiendo las embestidas cada vez más fuertes.

—Vamos, preciosa, suéltate, déjame oírte —le pidió él con la voz entrecortada.

Lucas siguió empujando a la vez que se devoraban la boca con devoción, con pasión, con locura.

La hizo llegar al cielo y, cuando notó que ella alcanzaba el clímax, dio unas cuantas embestidas más y con la última, tras soltar un «¡¡¡joderrrrrrr!!!», se perdió él también.

La miró, la besó y se dejó caer encima de ella.

—Chist, no grites —susurró mirándolo.

—¡¡¡Joder, qué buenoooo!!! —volvió a decir muerto de la risa.

—Lucas, cállate, por favor, y hazte a un lado, que me aplastas.

Obedeció y rodó hacia un lado, riéndose; cuando ella fue a levantarse, él la detuvo.

—¿Adónde vas?

—A buscar la camiseta y mi ropa interior —le contestó.

—No te pongas la ropa, ven —le susurró abriendo los brazos para que ella se acomodara.

Yolanda se acurrucó entre ellos. Para ella, eran el mejor refugio del mundo, y se quedó dormida junto a él.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, Lucas lo apagó rápidamente; no quería despertarla.

Se levantó con cuidado y, antes de ir al baño, se giró y la observó. La vio durmiendo de lado, la destapó y se fijó en su cuerpo desnudo, para admirarla. Luego le dio un beso en el hombro y la volvió a tapar.

¡Realmente era perfecta!

Entró en el aseo, pues necesitaba una buena ducha para despejarse bien. Le hubiera gustado ducharse con ella, pero la dejó dormir un poco más, ya que no habían descansado mucho. Tras estar un rato bajo el agua, se vistió en su habitación. Al terminar, y cuando se dirigía al salón, se encontró con Dani, que salía de la cocina.

—Buenos días, colega —lo saludó Dani

—Buenos días. Tienes cara de sueño, macho.

—La noche ha sido movidita, he dormido poco. Mar se está duchando, ahora saldrá. ¿Y Yolanda?

—Está dormida. Como bien dices, la noche ha sido movida y no hemos dormido demasiado. Ahora la despertaré.

Lucas entró de nuevo en su dormitorio. Se acercó a ella, que seguía durmiendo, la destapó un poquito y empezó a

besarle la espalda.

—Despierta, bella durmiente —le dijo sin dejar de besarla.

—Hummm, un poquito más, por favor —le contestó remolona.

—Ya te he dejado un poquito más; despierta, dormilona.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media; dentro de una hora y media tenemos que estar en casa de Javier —comentó a la vez que la destapaba otro poquito.

—Ya voy —contestó agarrando la sábana para que no se le viera nada.

Se levantó y se dirigió al baño. Se metió en la ducha; el chorro del agua caliente la despejó bastante. Mientras se enjabonaba, pensó en la bonita noche de amor y pasión que había vivido.

En la cocina, los dos amigos preparaban el desayuno.

—¿Qué desayunan las chicas? —preguntó Lucas poniendo la cafetera en marcha.

—Ni idea, pero supongo que café con leche o café solo; hay galletas y magdalenas —recordó sacando las cosas y poniéndolas en la mesa.

En ese momento entró Mar por la puerta de la cocina.

—Buenos días —saludó

—Buenos días —respondieron al unísono. Dani se acercó y la besó—. ¿Qué quieres tomar?

—Café con leche y alguna galleta o magdalena.

Justo en ese momento entró Yolanda en la estancia.

—Hola, buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días, princesa. —Lucas se acercó y la saludó con un beso en los labios—. ¿Qué quieres desayunar?

—No os preocupéis por mí. ¡Que os aproveche!

—¿No quieres nada? —volvió a preguntar, antes de dar un sorbo a su café.

—Yo no bebo café, desayuno esto —dijo enseñando un botellín de batido de chocolate que antes había sacado de su maleta.

—¿Sólo eso? —preguntó Lucas.

—Sí, porque recién levantada no me entra nada sólido.

Una vez acabaron de recogerlo todo, salieron en dirección a casa de Javier y Ana para encontrarse con el resto de los amigos.

Al llegar al punto de encuentro, se saludaron y emprendieron camino hacia Segovia.

Pasaron el día visitando el Alcázar y la catedral y paseando por sus bonitas calles hasta llegar al acueducto.

—¡Qué maravilla! —dijo Yolanda sacando su móvil para hacer una foto—. Es impresionantemente bonito.

—Chicas, juntaros, un *selfie* —propuso Mar.

Todas se colocaron estratégicamente para la foto.

—¡Toma ya, más chulas que un ocho hemos quedado! —gritó Raquel.

—Ahora todos juntos —añadió Juani.

Se hicieron mil fotos, para recordar el fantástico día que estaban pasando. Lucas y Yolanda se besaron delante del

acueducto y fueron captados en una hermosa instantánea que hizo Raquel.

Era ya casi media noche cuando entraban por la puerta del apartamento. Estaban agotados por las pocas horas que habían dormido, así que se metieron en las respectivas habitaciones para poder descansar.

Al día siguiente, mientras Lucas estaba en la ducha, Yolanda preparaba la maleta para su vuelta a casa.

—Princesa, ¿a qué hora sale tu avión? —le preguntó saliendo del baño.

—Voy en tren, sale dentro de tres horas.

—Entonces tengo tiempo de hacerte mía de nuevo —le dijo buscando su boca.

—Cariño, no podemos; ahora están despiertos y pueden oírnos.

—Uffff, te prometo que voy a solucionar este tema para cuando vuelvas el viernes... porque el viernes te quiero aquí a primera hora... aunque, si puede ser el jueves, mejor.

Después de almorzar todos juntos, unas emocionadas Mar y Yolanda se despedían de sus amigas mientras, en el coche, Lucas y Dani las esperaban para llevarlas a la estación.

—Ahí viene el tren —avisó Mar despidiéndose de Dani.

—Llegó el momento —dijo Lucas abrazando a Yolanda y besándola.

—El viernes estaré aquí de nuevo —le susurró Yolanda al oído.

—Te prometo que voy a solucionar el tema de estar solos en casa. Avísame cuando llegues.

Se besaron, se abrazaron y se despidieron con la firme promesa de volverse a ver en cinco días.

El tren salió de la estación, dejando a Lucas y Dani en el andén y llevando a Yolanda y Mar de vuelta a casa con la tristeza reflejada en sus rostros.

Capítulo 18

—Yolanda, que nos destrozas los coches —se quejó Ernest mirándola.

—Pero ¿este juego no va de eso?

—Nooooo... En el GTA 5 se trata de atracar bancos, robar coches, hacer carreras y muchas cosas más —le aclaró Oriol.

Ernest y Oriol eran los primos de Yolanda; eran mellizos, tenían catorce años y, como cualquier chico de esa edad, eran fanáticos de los videojuegos, sobre todo de Call of Duty y FIFA, aunque tenían montones de ellos. Junto con Enric, otros de los primos, formaban un buen equipo. El que más le gustaba a Yolanda era el GTA; le encantaba ver las caras de los dos cuando les destrozaba los vehículos, o la gracia que le hacía cuando iban conduciendo el coche a toda pastilla con el perro llamado *Chop* en la parte trasera... cuando daban una curva un poco fuerte, el chucho ni se movía del sitio.

—Mira cómo me has dejado el Bugatti Veyron —refunfuñó Ernest.

—Eso te lo arreglo yo en un plis plas, ¡dame el mando!

—No, Ernest, no se lo des, que lo acabará de destrozar —le recomendó Oriol riendo.

—Dame el mandoooooooooooo.

—Que nooooooooooooo.

—Pues déjame que le dispare a esa viejecita. ¿Nos dan puntos?

—¿Qué dices de puntos? Aquí no dan puntos por eso. Estás anticuada.

—¿Me estás llamando viejaaaaaa? —repuso mirándolos a los dos con la nariz arrugada.

—Siiiiiiiiiii —rieron los dos hermanos.

—Ahora veréis cómo os dejo los coches como pegatinas.

—Noooooooooooo.

Yolanda intentó quitarle el mando sin conseguirlo y acabaron los tres tirados por el suelo, riendo como locos.

Cuando se quedó sola en casa, encendió el ordenador y se metió en Facebook. Se puso al día de todo, subió unas cuantas fotos del viaje a su muro, etiquetó a las amigas y salió.

La semana se le estaba haciendo interminable en Barcelona; no veía el momento de estar de nuevo al lado de Lucas. Conversaban por teléfono a diario, durante horas, pero necesitaban estar juntos. Extrañaba sus besos, sus caricias, sus abrazos, dormir con él.

El jueves por la mañana, se levantó y decidió irse de *shopping*, su pasatiempo favorito. Se puso unos vaqueros, una camiseta rosa y sus inseparables Converse del mismo color, se hizo un moño desenfadado y salió por la puerta dispuesta a pasar el día comprando todo lo que se le antojara.

Al llegar al garaje, subió a su Audi R8, arrancó el motor y salió de su casa.

Mientras conducía, buscó un cedé de Luis Miguel, lo puso y empezó a sonar *Dame*,^[9] una canción que le encantaba. Tarareando todas las canciones de su ídolo, llegó al centro de

Barcelona, metió el coche en el parking y se dispuso a ir de tienda en tienda.

Pasadas las ocho de la noche, llegaba a su casa llena de bolsas y muerta de cansancio. El día había cundido y se había comprado varias cosas: bolsos, zapatos, pantalones, tops, camisetas, camisas, gafas...

Al dejar las bolsas encima de la cama, pensó: «Me he pasado; he fundido la tarjeta de tanto pasarla por los datáfonos».

Acabó de preparar la maleta, metió algunas cosas de las que había comprado, lo dejó todo listo y se dio una ducha.

Sobre medianoche, después de hablar con Lucas durante casi dos horas, se metió en la cama feliz sabiendo que a la mañana siguiente estaría a su lado. Su tren salía muy temprano y tenía que madrugar.

Capítulo 19

A las diez de la mañana, un impaciente Lucas esperaba el tren procedente de Barcelona.

Cuando Yolanda bajó del AVE y se vieron, corrieron a su encuentro. Ella dio un salto y se lanzó a sus brazos, para luego rodear su cintura con las piernas mientras él la abrazaba con fuerza.

Sin importarles quién los mirara, se besaron con ímpetu y devoción.

—Te he extrañado, cariño.

—Yo más, princesa. ¿Cómo ha ido el viaje? —le preguntó al rato tras meter la maleta en la parte trasera del coche.

—Bien. No se hace pesado porque no es muy largo —le contestó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Lucas condujo hasta una urbanización alejada del centro de la ciudad. Había pocas casas, pero eran muy bonitas. Giró a la derecha y siguió recto ante el asombro de Yolanda.

—¿Adónde vamos?

Él tocó su rodilla, la miró, sonrió y le dijo:

—Te dije que iba a solucionar lo de estar solos.

Yolanda abrió los ojos como platos cuando vio que sacaba un mando a distancia y, tras darle al botón, se abría la verja de

una hermosa casa de ladrillo visto.

La casa era grande, rodeada de un fantástico jardín bien cuidado.

La parte interior estaba decorada con muy buen gusto: muebles modernos, grandes espacios... La parte de abajo contaba con una cocina espaciosa, una habitación de invitados, lavabo completo y un salón muy grande que daba paso a un espacio más pequeño donde se encontraba una sala de estar con salida al jardín. Bajando una escalera, se llegaba a un sótano donde había una habitación que servía de gimnasio.

Subiendo la escalera, en la planta superior, había cuatro habitaciones más: la principal con baño incluido, vestidor, jacuzzi y otro cuarto de baño y, un poco más arriba, una buhardilla muy acogedora.

—¡Es preciosa!

—Me alegro mucho de que te guste y, lo mejor, ¡no hay vecinos cerca!

—¿Ninguno?

—Me he tomado muy en serio tu preocupación de que no nos oigan —bromeó riéndose.

Yolanda, riendo, le dio un pequeño manotazo.

—¿Nos damos un chapuzón?

—¿Tiene piscina también?

—¡Mira por la ventana!

Al asomarse, vio las hermosas vistas, parte del jardín trasero y un poquito de la piscina; parecía grande y había algo en medio del agua, pero no alcanzó a ver de qué se trataba.

—Hay algo flotando, pero no sé qué es —le comentó mirándolo.

—Pues sólo hay una manera de averiguarlo. El baño lo tienes ahí, porque, si te cambias aquí, igual no bajamos — murmuró besándola.

Yolanda se miró al espejo antes de salir del lavabo. El bikini que se había comprado era realmente monísimo; se anudó el pareo en la cintura, se lo desató, se lo anudó al cuello tapándose entera, se lo volvió a desatar... no sabía cómo ponérselo, así que al final decidió volver a anudárselo a la cintura. Se puso las chanclas y salió.

—¿Lucas? —lo llamó al no verlo en la habitación.

Bajó la escalera en su busca, pero tampoco lo halló en el salón, ni en la cocina, así que salió por la puerta trasera.

Al fondo del jardín había un quiosco de madera con sillones en blanco roto; unas hamacas situadas entre dos columnas, una mesa en el centro y un puf que completaba la decoración del espacio.

La piscina era ovalada; el agua estaba limpia y en el centro flotaban tres globos rojos con las letras de la palabra *bienvenida* en blanco.

Yolanda sonrió. Lucas era muy detallista, nunca nadie le había dado un recibimiento así, con globos dentro de una piscina. En su anterior relación con aquel idiota, lo único que recibió fueron disgustos.

«Pero ¿dónde se ha metido él?», pensó.

—Princesa, ¡bienvenida!

Se giró al oír su voz y lo vio con un precioso ramo de rosas blancas en la mano.

—¡Qué hermosas! —dijo cogiendo el ramo y acercándose a la cara para admirarlo bien.

—¿Cómo has sabido que eran mis favoritas?

—Bueno, en eso he tenido un poco de ayuda —le contestó abrazándola con cuidado de no estropear las flores.

—¡Me encantan! Muchas gracias, y los globos... qué graciosos. ¿Te he dicho ya que eres todo un amor?

—¿Y yo te he dicho lo buena que estás con ese bikini? —la piropeó quitándole el ramo de las manos, dejándolo encima de una hamaca y cogiéndola en brazos.

—No me lo habías dicho todavía, empezaba a creer que no te gustaba —murmuró riendo.

—Me gustas de todas las maneras, pero esto sobra —le susurró al oído quitándole el pareo.

Tras sacarse él la camiseta, ambos se metieron en el agua. Lucas llegó hasta los globos y los apartó.

—Se quedan aquí —comentó atándolos a la barandilla de la escalera.

Pasaron la mañana en remojo como las ranas, haciendo bromas y ahogadillas, en las que siempre salía perdiendo Yolanda, salpicándose, besándose... disfrutando como niños.

Durante la comida aprovecharon para conocerse más el uno al otro. A Lucas le fascinó que, a pesar de pertenecer a una familia bien posicionada, fuera tan sencilla, dulce y cariñosa.

A Yolanda le encantaba escucharlo cuando le hablaba de cómo se fue a vivir a Los Ángeles, de todas sus experiencias allí, de lo duro que resultó dejar aquí a su familia y de cómo ingresó en los SWAT.

El sábado por la mañana, tras levantarse, desayunaron, se pusieron ropa cómoda y salieron a caminar por los alrededores.

Se adentraron entre los árboles que rodeaban la casa por un camino de tierra; la paz que se respiraba era inmensa, sólo el

sonido de la naturaleza interrumpía de vez en cuando aquel silencio.

Mientras paseaban cogidos de la mano disfrutando de aquella tranquilidad, Lucas le anunció algo.

—¡Cariño, tengo una sorpresa para ti!

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

—¡No, de plástico! —le contestó sonriendo.

Yolanda lo miró riendo y le dio un empujoncito.

—¡Idiota! —le soltó en broma.

Lucas la abrazó y, levantándola al vuelo, selló sus labios con los de él.

Todo estaba listo en el quiosco de la piscina.

Cava en la cubitera, mesa puesta... mientras Yolanda se duchaba, él daba los últimos toques a la romántica cena que había preparado en casa.

Se acercó al equipo de música, cogió un cedé de Luis Miguel, eligió canción y le dio al mando a distancia.

Al tiempo que empezó a sonar *O tú o ninguna*,^[10] Yolanda entraba en el jardín siguiendo las antorchas que marcaban el camino hasta donde se encontraba él.

—Hola, Rapunzel —la saludó tocándole la melena.

—¿Me vas a llamar por el nombre de todas las princesas? —preguntó divertida.

—No, de casi todas —le contestó bromeando—. De todas ellas, tú siempre serás la más bonita.

—La princesa y el policía, ¡ya tenemos cuento!

—SWAT —corrigió él—. No soy un zampadónuts, *no way*. Estás preciosa.

Yolanda iba con un vestido ibicenco corto de tirantes de color blanco y sandalias de cuña. El pelo lo llevaba rizado y medio recogido con una tiara de flores pequeñas.

—Gracias. Tú estás increíblemente guapo hoy y siempre —le dijo acercándose y dándole un tierno beso en los labios.

—Vamos a brindar —murmuró cerca de su oído ofreciéndole una copa de cava.

—Por ti, por mí, por nosotros.

Entrelazaron los brazos y bebieron un sorbo.

—Qué bonito has puesto este rincón de la piscina. Gracias.

—Todo para mi princesa.

Durante la cena, las muestras de amor no cesaron, con miradas, con gestos, cogiéndose la mano al hablar...

—Ha llegado el momento —dijo Lucas poniendo encima de la mesa una caja blanca con un lazo rojo.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendida.

—Hasta que no lo abras, no lo sabrás.

Yolanda, sorprendida, empezó a tirar del lazo que ataba la caja y, al quitar la tapa, vio su Converse rosa.

—¡Mi zapatilla! —dijo asombrada.

—Estaba en la entrada de mi casa.

Al recordar cómo salió huyendo sin dejarlo explicarse, se sintió mal, ya que, de no haber sido por su comportamiento, se hubieran ahorrado muchos dolores de cabeza.

—Siento mucho el modo en que me fui sin dejar que te explicaras, pero me sentí fatal pensando que...

Lucas no la dejó terminar: se levantó, se acercó y le tapó la boca con sus labios, no era el momento de pedir disculpas.

—Chist —le susurró muy cerca de los labios—, eso ya está pasado.

Yolanda asintió con la cabeza y se acurrucó en sus brazos.

—¿Quieres postre? —le preguntó en el momento en que se levantaba para coger unas copas de fresas con nata y se las enseñaba.

—¡Me fascinan las fresas!

Mientras Lucas acababa de preparar el postre, ella sacó su zapatilla de la caja y, al hacerlo, algo sonó dentro de la misma. Extrañada, le preguntó por ello.

—Oye, que aquí dentro suena algo. ¿Se te ha caído alguna cosa?

—¡Míralo! —le contestó al tiempo que volvía a la mesa con una copa de fresas con nata y sirope de chocolate, adornada con una sombrillita de papel—. La única manera de saber lo que hay dentro es mirándolo —añadió con una enorme sonrisa.

Yolanda inclinó un poco la Converse y metió una mano en el interior. Abrió los ojos como platos al ver una cajita de... ¡Tiffany!

Nerviosa y emocionada, comenzó a abrir el regalo bajo la atenta mirada de él. Deshizo el lazo, abrió la tapita verde y se quedó helada al ver que en su interior estaba la pulsera con el corazón que tanto le gustaba y que no había podido comprar el día del atraco, además de un llavero del cual colgaba una llave.

Se llevó las manos a la boca; las palabras no le salían y no sabía si reír o llorar; sentía que, de tanta emoción, las lágrimas brotarían de un instante a otro.

—Gracias —consiguió balbucir muy emocionada.

Él se acercó y le puso la pulsera en la muñeca. Ella posó sus manos en sus mejillas y le dio un tierno beso en los labios.

—¿Y esta llave? —preguntó nerviosa.

—Ahora viene la pregunta del millón —dijo cogiendo el llavero—. ¿Quieres venirte a vivir conmigo?

Abrió los ojos como platos. Su emoción iba en aumento por minutos y su corazón latía más y más rápido.

—Síiiiiii —contestó contenta, feliz, emocionada, loca de alegría.

Lucas cogió una fresa con un poquito de nata y se la acercó a la boca, pero, cuando ella fue a morder, se la retiró y la mordió él. Ella, sonriendo, metió el dedo en la nata y le manchó la cara.

—¿Sabes que me voy a vengar, no? —le dijo muy serio.

—Uy, uy... —Le puso morritos—. ¿Un besito?

—Uno, dos y los que quieras, princesa.

Cuando él la fue a besar, ella le puso un poco más de nata en la otra mejilla.

—Estoy planeando mi venganza —avisó cogiendo una fresa y metiéndosela en la boca a la vez que la miraba fijamente.

—Vale, vale, basta de nata —murmuró quitándole con el dedo la que le había puesto.

Lucas cogió el bote de sirope y, apuntando al escote, lo apretó. Un chorro de chocolate salió disparado y fue a caer en un pecho ante la cara de asombro de ella.

—La madre que te matriculó —siseó Yolanda con cara divertida—. Me está chorreandoooooooooo.

—Vamos a arreglar lo del chorreo... —contestó acercándose y pasando lentamente su lengua por donde estaba el chocolate.

—Esto no se queda así, ¿lo sabes, verdad?

Yolanda cogió el bote de sirope, lo estrujó fuerte y, moviéndolo, lo dirigió a su torso, manchando la camisa blanca que llevaba puesta.

Lucas se la desabrochó y la dejó caer al suelo; luego se acercó, le quitó el bote de las manos y lo agitó con energía en el mismo momento en que ella gritaba poniendo las manos delante del envase.

—No, Lucas, no, que me mancharás el vestido, por favor.

—Tú me has manchado a mí la camisa. Estoy en mi derecho, ¿no?

—Pero verte a ti sin camisa es todo un placer para mis ojos —le dijo sin apartar las manos.

—Pues imagina lo que es para mí verte sin nada encima, preciosa.

Sin pensarlo dos veces, volvió a agitar el bote y lo apretó en dirección a ella, rociándola de chocolate.

¡La guerra había empezado!

—¡Te matoooo, Lucas! —gritó sin parar de reír mirándose llena de sirope—. Ahora verás... —Metió la mano en la copa de nata, cogió una buena cantidad, se la lanzó al pecho y la restregó.

—¡Toma!, para que estés bien pringoso.

—Hummmm, esto tendrá grandes consecuencias.

—Pues, para que las tenga enormes, te pongo la guinda. —Cogió una fresa y se la metió dentro de los pantalones.

Sin decir palabra, se quitó los tejanos, se la cargó al hombro y salió en dirección a la piscina.

—Lucas, bájame, por favor, que ya no lo haré más —rogó boca abajo sin poder parar de reír.

Al llegar a la ducha de la piscina, la bajó y abrió el grifo; el agua empezó a caer en cascada sobre ellos.

—Está helada —gritó abrazándose a él.

—Ahora te caliente, no te preocupes.

Bajo el chorro de agua fría, sin dejar de abrazarse, se limpiaron mutuamente, sin dejar de demostrarse cuánto se deseaban. Se quitaron la nata y el chocolate, a veces con las manos, a veces con la boca, hasta quedar bien limpios.

Lucas cerró el grifo, la cargó de nuevo en sus brazos y se lanzó a la piscina sin dudarlo.

Se besaron, se devoraron e hicieron el amor a la luz de la luna mientras sus ropas flotaban en el agua.

Capítulo 20

Tras varias semanas viajando de Barcelona a Guadalajara y viceversa, por fin el camión de la mudanza había dejado todas las cajas en casa. Ahora sólo quedaba colocar cada cosa en su sitio.

¡Se puso a ello inmediatamente!

La tarde avanzaba y ella seguía colgando, en las perchas del vestidor, camisas, pantalones y vestidos, así como doblando camisetas y poniéndolas en los cajones, colocando abrigos y chaquetas... cuando se quiso dar cuenta, ya era casi la hora de la cena. Lucas estaba por llegar, y ella, hecha unos zorros. Además, todavía le quedaba guardar bolsos y zapatos y mil cosas por arreglar; no se veía la cama con todo lo que tenía encima. «Pero ¿desde cuando tengo tanta ropa?», pensó, y lo peor era que...

¡¡¡Horror!!!, ¡no había hecho la cena!

Bajó los escalones de tres en tres y corrió hacia la cocina; en el trayecto, el dedo meñique del pie hizo su trabajo: encontrar todos los muebles habidos y por haber de la casa y llevárselos por delante. Además, se dejó media coleta en el pico del cuadro del pasillo, pero logró llegar a su destino.

Cuando entró en la cocina, lo hizo cojeando, con la coleta medio deshecha y sin saber qué preparar.

¡Le tocaba improvisar!

Abrió la nevera y sacó huevos; luego cogió patatas y se dispuso a preparar una tortilla, que era lo único que sabía hacer. Al pelar las patatas, casi se rebana un dedo con las prisas; puso la sartén en el fuego y, mientras aquéllas se freían, cogió la barra de pan y la cortó en rebanadas, esta vez con un poco más de cuidado. Después les restregó tomate y las roció con un poquito de aceite y algo de sal y las puso en un plato. Batió los huevos tan rápido que quedó más cantidad fuera del bol que dentro. Esperó a que las patatas estuvieran fritas y las mezcló con los huevos. Cuando acabó la tortilla, sacó embutido y lo puso en un plato más grande. Se miró la ropa.

¡Estaba hecha un Cristo!

Estaba ensimismada mirándose las pintas que llevaba, nunca en la vida había estado así de desastrosa, ni siquiera cuando estaba baja de moral, para luego mirar el reloj... «Ufff, no me da tiempo, no me da.»

¡Pero si tenía que fregar todo lo que había ensuciado! ¿Qué hacía mirando las musarañas?

«¡Dios, qué estrés!»

Estaba fregando los platos pensando en la maratón que había hecho sin salir de casa y se dio cuenta de todo lo que se le avecinaba. No estaba acostumbrada a llevar una casa adelante; ella lo tenía todo sin necesidad de hacer nada. Empezó a preocuparse y no se percató de la hora que era hasta que el ruido de la puerta la volvió en sí.

¡Dios mío, Lucas había llegado!

Salió disparada escaleras arriba pasando por delante de él como un vendaval; si antes las había bajado de tres en tres, ahora las subía de cinco en cinco. Se metió en la habitación, llevándose por delante dos Jimmy Choo y un bolso, y saltó por la cama hasta llegar al vestidor o, mejor dicho, aterrizó en él y

casi se deja los dientes por el camino. Cogió unos vaqueros y una camiseta, tropezando entretanto con unos Manolo, se metió en el baño y respiró.

Lucas, que había visto un cohete rubio pasar por delante de sus narices, subió la escalera detrás de ella. Cuando entró en la habitación, vio la cama enterrada en zapatos y bolsos, y cajas vacías esparcidas por toda la habitación; parecía una tienda en rebajas.

—¿Estás bien, princesa? —le preguntó llamando a la puerta del baño.

—Sí, sí —le respondió.

—Entonces, abre la puerta.

—Dame un segundo, por favor.

Se cambió, se hizo la coleta de nuevo, se arregló el maquillaje y abrió.

—Hola, mi amorrrrrrr —lo saludó cariñosa.

—Hola, cielo. ¿Ha pasado un terremoto? —bromeó señalando el dormitorio.

—No me ha dado tiempo de acabar, ahora lo haré. La cena está en la cocina.

—Vale, ahora bajamos.

—Yo no voy a cenar, me quedo aquí y ordeno todo esto.

—¿No vas a cenar? ¿Le has puesto laxante a la cena? —preguntó divertido.

A Yolanda no le hizo gracia la bromita; estaba saturada, y le preocupaba que no estuviera a gusto de él. No pudo más y saltó.

—Mira, guapito de cara, no estoy para bromitas —le soltó un poco molesta.

—Ey, ey, ¿qué te pasa?

—Nada —mintió.

Lucas apartó unas cuantas cosas de en medio y se acercó a ella, abrazándola con mimo.

—Veamos: para mí, en una pareja, es muy importante la confianza; por lo tanto, no quiero que me ocultes nada. Sé que te pasa algo y me gustaría saber qué es. Si me lo cuentas, quizá pueda ayudarte, mientras que, si no lo haces, me será imposible. ¿Qué te preocupa?

Yolanda soltó por su boca todo lo que tenía dentro, todo lo que la preocupaba y cómo se sentía. Las palabras salían como las balas de una metralleta, sin parar. Lucas le tapó la boca y la besó.

—Chist, chist, tranquila. Primero: no quiero que te rayes por las cosas de casa, seguro que las podemos hacer juntos. Segundo: estás preciosa con todo lo que te pongas, despeinada y sin maquillaje; me gustas de todas maneras. Tercero: entre los dos haremos que todo salga bien, sólo quiero verte feliz. Ahora vamos a cenar y, en cuanto a todo esto, lo arreglaremos juntos después, ¿de acuerdo?

Yolanda, un poco más tranquila, asintió con la cabeza.

—Venga, vamos a comer, que estoy hambriento.

Cogieron las cajas vacías para dejarlas en el sótano y bajaron la escalera.

Cuando Lucas subió del sótano, la mesa estaba puesta. Él empezó a comer, y Yolanda no dejaba de mirarlo esperando su reacción; la miró y, cuando fue a abrir la boca para hablar, fue ella la que dijo:

—¿Le falta sal? *Ainssss*, ¿está cruda?

—Ni le falta sal ni esta cruda, está buenísima. Ahora come y deja de preocuparte, si no quieres que me enfade de verdad.

Acabaron de cenar tranquilos compartiendo el día en la base. De repente, ella se levantó y se sentó encima de él de lado, acurrucándose contra su pecho. Él la abrazó.

—¿Pasa algo, cariño?

—No, mivi.

—¿Qué me has llamado?

—Mivi, es el diminutivo de mi vida.

—Ok, ya pensaba que era otra de tus palabras en catalán. Mivi, ¿me puedes decir qué pasa ahora para que estés así?

—Nada, que necesito abrazarte, que me abrasces y que me des mimos.

—Vamos a buscar la cama debajo de todos los zapatos, bolsos y mil cosas que hay y te daré todos los mimos que quieras, peque.

Capítulo 21

Yolanda estaba mirando blogs de moda por Internet cuando le entró una llamada por Skype en el ordenador.

—Hola, *asque-azullllll* —saludó a su amiga Mar.

—Eyyyyy, *asque-rosaaaaa*.

Ellas se llamaban así desde que un día a Mar se le ocurrió la brillante idea de llamarla *asque-rosa* en tono de broma y luego, para arreglarlo, le dijo que era porque le gustaba mucho el rosa. Así que Yolanda decidió llamarla *asque-azul*, porque era el color favorito de Mar.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Buffff, superaburrida. Lucas se pasa casi todo el día en la base y yo, aquí, perdida en la montaña, parezco la Heidi. Sólo me faltan las cabras, porque a Pedro ya lo tengo.

Las dos amigas no paraban de reír.

—¿No bajas a ver a las chicas?

—De vez cuando, pero no siempre. Mi coche sigue en Barcelona; Raquel trabaja, y las demás están liadas con sus cosas, así que casi no nos vemos. Y tú, ¿qué tal?

—Bien; dentro de dos semanas estaré por allí. Nos veremos, ¿no?

—Claro que sí, y la liaremos parda... ¡noche de chicas!

—Eso, eso, que lo necesitamos. Nena, te dejo, que me llama mi Dani. Besitos.

—Vale, guapi, adiós. Nos vemos pronto. Besazos.

Yolanda cerró el ordenador, se puso ropa de hacer ejercicio y bajó al gimnasio que había en el sótano. Se disponía a hacer algo de deporte cuando oyó que Lucas la llamaba.

—Estoy aquí abajo, en el gimnasio.

A los pocos segundos tenía a su lado a su irresistible morenazo abrazándola.

—Hola, peque. ¿Cómo ha ido la mañana?

—Aburrida... casi casi hablo con los pajaritos del jardín, como Blancanieves.

—Ya será menos. ¿Vas a hacer ejercicio?

—Eso había pensado, pero, de todas esas máquinas, sólo sé usar la bicicleta estática.

—Espérame; me cambio y lo hacemos juntos.

Mientras esperaba, se dedicó a mirar todas las pesas y los aparatos que había esparcidos por la estancia; la cinta también podría utilizarla.

—¿Por dónde quieres empezar?

Al girarse lo vio vestido con un pantalón de chándal gris y una camiseta negra de tirantes; se fijó en sus brazos, tan musculados, tan bien formados.

—Por donde quieras... ¿la cinta?, ¿la bici?

—Eso lo puedes hacer sola. Ven, vamos al banco de pesas. Aquí te puedes sentar y usar estos rodillos para fortalecer las piernas, o puedes hacer brazos. ¡Pruébalo!

Se sentó en el banco, se apoyó en el respaldo, colocó los pies debajo de los rodillos y empezó a subirlos y bajarlos.

—¡Qué rollazo! —dijo de golpe. Hizo unos cuantos más y paró.

—Uy, qué poco te gusta hacer deporte —le dijo bajando el respaldo—. Túmbate boca arriba y levanta la polea.

—No puedo, soy incapaz.

—Vamos, empuja con fuerza —la animó.

—No puedo —insistió haciendo toda la fuerza del mundo—. ¿Qué tal si le quitas las pesas?

—Pero, cariño, si no tiene peso, quedará sólo la polea —le dijo sin poder evitar la risa.

—¿Me estás vacilando? —Se levantó para comprobarlo.

Al ver que tenía razón, y que continuaba riendo, le dio un empujón, molesta.

—¡No te burles de mí! Me voy a la bici.

—No te enfades, anda. Pedalea un rato mientras hago un poco de levantamiento.

Se quitó la camiseta, cogió unas pesas y empezó a ejercitarse. Yolanda se lo quedó mirando. Tenía un cuerpo para pecar a todas horas y no arrepentirse.

—¿Todo bien? —le preguntó bajando las pesas.

—El día que Dios repartió los dones, te los llevaste todos.

Lucas, divertido por lo que le había dicho, añadió:

—¿Sabías que naciste con un cartel en el que pone «pertenezco a Lucas Martín»?

—¿Ah, sí?, ¿y dónde tengo ese cartelito, que no lo veo?

—Por aquí, mira —le contestó acercándose a ella, bajando las manos por su barriga muy lentamente y metiéndolas por debajo de sus pantalones de deporte.

—Me haces cosquillas —se quejó retorciéndose.

—Ahora sí que te voy a hacer cosquillas de verdad.

—Nooooooo. —Yolanda se soltó y empezó a correr, pero no pudo llegar muy lejos: enseguida la alcanzó, la tumbó en el suelo, se puso encima de ella y comenzó a hacerle cosquillas por los costados. Ella se retorció riendo sin parar.

—Lucas, por favor, para, que tengo muchas. Ayyyyyy, nooooo... —Reía retorciéndose y dando patadas al aire.

Le agarró las muñecas por encima de la cabeza y la miró fijamente; respiraba con dificultad. Pasó los dedos por sus labios y los tocó suavemente. Dibujó el contorno despacio, y luego pasó la lengua por su labio inferior y lo mordió con suavidad; ella sintió el tacto de su piel, entreabrió la boca, cerró los ojos y se dejó llevar. Sus bocas se unieron y el beso se volvió más intenso, más pasional.

—Cariño, me pones a mil —declaró apartándose un poco de ella.

—Aún no me has dicho dónde tengo el cartelito —le susurró con voz provocativa.

Lucas sonrió, metió sus manos por debajo de la camiseta y se la quitó.

—Voy a buscar bien el cartel, porque estoy seguro de que lo tienes. ¿Quizá por aquí? —le dijo abriendo el cierre delantero del sujetador.

Su boca besó cada parte de su cuerpo expuesta a él, a sus caricias, a sus deseos. Sus manos bajaron lentamente hasta perderse entre sus pantalones, buscando el centro del placer.

—Holaaaaaaa, ¿hay alguien? —se oyó una voz arriba.

—¡Lucas, hay alguien en casa!

—Joder, es mi madre —soltó de repente.

—¿Quéééééé?

—Sí, mi madre, pero aún no he encontrado el cartel; déjame, vamos a seguir buscando.

—¿Estás de broma? Sal de encima mío, por favor.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó volviendo a meter las manos dentro de sus pantalones.

—Lucas, por favor, para, que tu madre viene hacia aquí... Ayyy, Dios míoooooo.

—Tranquila, peque, que mi madre entenderá perfectamente lo que estamos haciendo.

Yolanda, cada vez más nerviosa, no sabía qué hacer.

¡Iba a conocer a la madre de Lucas medio desnuda!

—Sal de encima ¡¡yaaaaaaaaa!!

Lucas se apartó de ella y Yolanda enseguida se puso de pie, buscando su ropa.

—¿Buscas esto? —le preguntó con su camiseta y el sujetador en la mano.

—¡Dámelo! —le ordenó mientras oía la voz cada vez más cerca.

—¿Qué me das a cambio?

—Un guantazo que te vas a estar buscando la cabeza tres meses. ¡Dámelo!

—Ah no, así sí que no —le contestó mientras abría la puerta para salir del gimnasio riéndose.

—Lucas, no serás capaz de irte y dejarme sin ropa aquí, ¿verdad?

Caminó hacia ella; cuando la tuvo enfrente, la besó y le tendió las prendas.

—Me encanta cuando te pones tan nerviosa.

Se estaba colocando el sujetador cuando la puerta se abrió y entró una mujer de unos cincuenta años.

De inmediato, Yolanda se dio la vuelta para ponerse la camiseta. ¡Qué momento más embarazoso!, ¡qué pensaría de ella! Jamás imaginó que conocería a su suegra en aquella situación, con aquellas pintas que llevaba de hacer deporte. «¡Menuda impresión se va a llevar!»

—Hola —saludó Lucas—. Cariño, ven —la llamó.

Yolanda se acercó nerviosa y se colocó al lado de él.

—Espero no llegar en mal momento.

—No, para nada. Disculpa nuestras pintas, estábamos haciendo algo de ejercicio; últimamente nos gusta hacerlo por toda la casa, ¿verdad, cariño?

A los nervios se le sumaron los colores, concretamente el rojo; su cara parecía un tomate maduro, un pimiento morrón, un semáforo... mientras que Lucas estaba tan tranquilo.

—Cielo, te presento a Paca; ella se encargará de hacer las cosas de casa, y las comidas.

—Yolanda, mi novia.

La boca se le abrió de tal manera que parecía el túnel del AVE. Lo miró y, al ver su cara de guasa, pensó: «Ésta me la paga». Miró a Paca y la saludó con dos besos y un abrazo.

—Hola, señora Paca, qué alegría tenerla aquí. ¿Quiere tomar algo?

—No, muchas gracias. Yo me voy ya, sólo he venido para conocerte, y llámame sólo Paca. Nos vemos mañana a primera hora. Lucas ya me dio la llave.

—Hasta mañana.

Lucas la acompañó a la puerta y, cuando se giró, vio a Yolanda con los brazos en jarras.

—Mivi, era una pequeña broma. No estarás enfadada, ¿verdad?

—No, para nada —le contestó con una sonrisa—. ¿Quieres una cerveza fresquita, mi amor?

—Gracias, cariño. ¿Te gusta Paca?

—Sí, parece buena mujer.

En la cocina, preparó unas aceitunas rellenas, las puso en una bandejita junto con una cerveza y la dejó en el salón, donde él estaba viendo la televisión.

—Toma, cari. Está bien fresquita. Voy a por una Coca-Cola.

Lucas cogió una aceituna y se la metió en la boca. Cuando la mordió, las lágrimas se le saltaron del picor tan terrible que sintió; cogió la cerveza y le dio un buen trago para poder calmar ese horrible fuego que salía por la boca como si fuera un dragón, pero inmediatamente tuvo que escupirla, porque sabía a rayos y diablos.

Yolanda grabó con su móvil su fechoría muerta de risa. ¡Toma! ¡Tocado y hundido!

—Ahora lo subo a Facebook —le dijo riendo.

—Princesa, prepárate, que voy en tu busca.

Yolanda salió corriendo al jardín y dio unas cuantas vueltas huyendo de él, pero, al final, Lucas la agarró.

—Mivi, era una pequeña broma. No estarás enfadado, ¿verdad?

—Te voy a estar haciendo cosquillas hasta que me canse.

—¡Noooo! Si sólo puse un poco de tabasco en las aceitunas y pimienta en la cerveza —soltó riendo.

Ambos acabaron carcajeándose y revolcándose por el césped del jardín, dándose mil muestras de amor.

Capítulo 22

Eran las nueve de la noche cuando salían de la base y se marchaban de copas todos juntos.

Ése era su día: salían sin mujeres, sin novias, sin amigas. Tenían la noche entera por delante para ellos solos, pura y sana diversión.

Entraron en La Tasca de Rufino para tomar unas cervezas con unas tapas para ir calentando motores.

—Rufino, una ronda de birras con unas bravas, chocos, berberechos y lo que tengas por ahí, que no somos escrupulosos —gritó Javier desde la mesa.

—Oído cocina.

Tras esas cervezas, llegaron más; entre risas y bromas, las horas iban pasando. Unas cuantas rondas más tarde, pasaron a los cubatas... la noche empezaba.

—Pedazo de tías acaban de llegar —dijo Óscar mirando hacia la puerta.

Un grupo de chicas embutidas en vestidos tres tallas más pequeñas que las suyas entraron en el bar levantando el revuelo entre todos los hombres que estaban allí.

—Vacílatelas, Lucas —propuso Dani.

—No me toques lo que no suena, que no tengo ganas de líos.

—Venga, tío, que están buenísimas.

—Ya veo cómo están, menuda delantera tiene la rubia —le contestó Lucas.

—La morena del vestido rojo también tiene su punto —intervino Javier.

—Tiene punto, coma y hasta asterisco; no veas qué culo luce —añadió Lucas.

—¿Queréis más cubatas? —preguntó Marcos.

—Ron con cola, para mí.

—Que sean dos.

—Tres.

—Vodka con naranja.

Marcos se fue a por las bebidas y, cuando volvió, los encontró riendo a carcajadas.

—Id cogiendo el ron con cola; Lucas, tu vodka, tío.

—Gracias, colega.

—Rufino, unos panchitos, ¿no? —pidió Javier.

—El escotazo de la de rojo me tiene centrado —comentó Óscar.

—Óscar, que quiere presentarle su hermano pequeño a la de rojo, pero ella está mirando a Lucas sin parar —se rio Dani.

—¡Hostia, las que faltaban! —dijo Marcos.

Shei y Mary, acompañadas de otra amiga, entraban en el local en ese preciso momento y, al verlos, se dirigieron directamente hacia ellos.

—Hola, chicos —saludaron seductoramente.

Ellos las saludaron con cordialidad.

—Hola, Lucas, te veo muy bien —coqueteó Shei.

—Estoy muy bien —le contestó con chulería.

Lucas no había olvidado el numerito que le montó cuando estaba bailando con Yolanda, y algo le decía que le iba a traer problemas; la quería bien lejos de él.

—¿Cogemos las bebidas y nos vamos a una mesa tú y yo solos? —le preguntó mientras le acariciaba el pecho.

—Todavía no estoy lo suficientemente borracho y sé lo que me hago —replicó apartando sus manos de él.

Shei, un tanto molesta por el rechazo, se marchó con sus amigas.

—¿Te ha vuelto a dar calabazas? —quiso saber Mary.

—Ya caerá, ya —sentenció muy segura.

La noche siguió avanzando; continuaron la juerga con más bebida y más cachondeo.

—Lucas, vacílate a la rubia —lo picó Óscar.

—Ya tengo una rubia en casa y le da mil vueltas; no voy a cambiar lo que tengo con ella por unas horas de diversión.

—Hostia, se nos ha enamorado el rompecorazones —bromeó Dani.

—No sé si estoy enamorado, pero sí te puedo decir que lo que siento nunca lo había sentido antes por nadie.

—Buenooooo, que ya se pone en plan nenaza... venga, unos cubatas más, que la noche es joven —soltó Óscar.

—Recuérdamelo cuando esté cuadrando las guardias, mamón.

Sobre las cuatro de la madrugada, decidieron parar de beber y retirarse.

—Hasta mañana, tíos —se despidió Lucas.

Al llegar a su casa, encontró todas las luces encendidas, la televisión de la habitación puesta y a Yolanda durmiendo.

Lo apagó todo, se tomó un ibuprofeno y se metió en la cama; la abrazó desde atrás y se quedó dormido en plan cucharita.

Capítulo 23

—Gema, ¿me pones un zumo de naranja, por favor? —pidió Yolanda al entrar en la cafetería donde había quedado con Ana, Juani y Raquel.

—Tardona —dijo Ana.

—Lo siento, chicas, pero es lo que tiene vivir allí arriba como la Heidi.

—Vas a acabar hablando con los pajaritos —se guaseó Raquel.

—¿Me veis cara de Blancanieves? —bromeó Yolanda.

—Te faltan los enanitos —se mofó Ana.

—Menuda juerga se pegaron anoche éstos, ¿no? —bufó Juani.

—Javier llegó con un pedal bastante fuerte —intervino Ana.

—Lucas no sé cómo llegaría, porque me quedé dormida; no sé ni la hora que era.

—Toma, Yolanda, tu zumo y tu magdalena —le dijo Gema dejando las cosas en la mesa.

—Gracias, guapa. ¿A qué hora terminas?

—A la una. ¿Me esperas y nos vamos juntas para la *urbi*?

Gema era la única vecina que tenía más o menos cerca de ella. Trabajaba en la cafetería donde quedaba de vez en cuando con sus amigas. Era muy cariñosa y enseguida congenió con Yolanda. A ambas les gustaba el mismo tipo de música y en concreto el mismo cantante, Luis Miguel. Siempre que podían, quedaban con las demás amigas y comían juntas o pasaban la tarde, y les ponían la cabeza como un bombo a las demás de tanto hablar de Luismi.

—Sí, te espero sin problemas.

—Oye, ¿nos atiendes?

Una voz repelente se oyó detrás de ella. Shei, Mary y su amiga Cristina acababan de entrar en el local.

—Buenoooo, las tres Marías. Luego nos vemos.

Shei y compañía se sentaron detrás de ellas.

—Chicas, ayer en la tasca fue divertido ver a Óscar y a sus compañeros, sobre todo a Lucas —soltó Shei consciente de que la estaban escuchando.

—Estaban muy entretenidos mirando los escotes de las chicas que tenían delante —añadió Mary.

—Anda que me los presentasteis —se quejó Cristina.

—Dos están casados, pero los otros tres están solteros. Otro día te los presentaremos, pero ya te aviso de que el más guapo será para mí —le avisó Shei.

Yolanda estaba a punto de estallar. Su mala hostia subía como le leche hirviendo.

—¡La reviento! —bufó molesta.

—Yo te ayudo —soltó Raquel igual de indignada.

—Chicas, ganas no nos faltan, pero aquí no podemos montar un escándalo —aclaró Ana.

—Pero Marcos se va a enterar de lo que vale un peine —intervino Juani—. Eso de estar tonteando con chicas le va a salir caro.

—Un año lo voy a tener sin meneíto —sentenció Juani al salir de la cafetería.

—Ya será menos —le contestó Ana con las pocas ganas de reír que tenía.

—No me fio de ella —bramó Yolanda con cara de pocas amigas.

—Es como para no hacerlo —le contestó Juani.

—Yo no conozco mucho a Lucas, pero no creo que un hombre que ha hecho de todo para poder encontrarte lo vaya a perder por una pendeja como ésta —le contestó Raquel—. Óscar ya es diferente, porque éste pasa de todo.

—No. Óscar tampoco creo que quiera nada con las tres enchochadas —aclaró Yolanda.

—¿Cómo las has llamado? —preguntó Juani

—Enchochadas; son tres, como las embrujadas, pero éstas tienen el pitorro en la frente.

—La madre que te parió, qué ocurrencias tienes.

—Mejor cambiamos de tema, que ya bastante moscas estamos —propuso Raquel.

—¿Cuándo viene Mar? —quiso saber Juani.

—El viernes que viene —contestó Yolanda—. Este fin de semana tenía una cena con la gente del trabajo y no podía.

—Genial, noche de chicas, cotilleos, risas, bromas y juerga —añadió Ana.

—Bueno, guapas, me voy a trabajar, que al final mi jefe me despedirá —anunció Raquel.

—Eres la mejor, no puede hacerlo —afirmó Yolanda dándole dos besos.

—Nos vemos, chicas. —Raquel se subió a su coche y se marchó.

Yolanda se despidió de sus amigas y fue a dar una vuelta por la ciudad. Deambuló por las tiendas que había por el centro para hacer tiempo hasta que Gema saliera y pudiera subir hasta su casa.

Cuando llegó, vio el coche de Lucas en la entrada, tras la verja. Su mala leche no había disminuido y eso se notaba; se despidió y entró en casa.

—Hola, cariño —la saludó Lucas al verla entrar.

—Hola —dijo secamente.

—Uy, uy... ¿Se avecina tormenta?

—Pues no sé. ¿Llevas paraguas por si acaso?

—Veamos, ¿qué pasa? Háblame claramente, que no quiero estar perdiendo el tiempo con tonterías. Prefiero usarlo dándote besos, que te he echado mucho menos —dijo abrazándola.

—¿Qué pasó anoche? —le preguntó soltándose de sus brazos.

—Buenooooo... anoche estaba de cachondeo con los colegas. ¿No me digas que estás enfadada por eso?

—No me hace gracia estar en una cafetería y escuchar a las tres enchochadas hablando acerca de que mi novio le estaba mirando el culo a unas tías. ¿Lo puedes entender?

—A ver, mivi... estaba con los colegas, bebiendo; tengo ojos en la cara y, al igual que tú cuando sales con tus amigas miras, pues a mí me pasa lo mismo, pero eso no significa nada. En cuanto a Shei, ella me buscó y yo la rechacé.

—¿Que hizo qué? ¿Esa pedorra te buscó? Tenía que haberle estampado la cara contra la ensaimada —bramó muy enfadada.

—Ey, cálmate, princesa. —Intentó abrazarla sin éxito.

—No quiero calmarme —dijo poniendo sus manos para que no la abrazara—. Me da mucha rabia que andes mirando el culo a otras tías y que me tenga que enterar por la imbécil esa.

—Me parece que estás siendo muy injusta. Te he sido sincero en todo momento. Te he dicho que estaba de broma con los colegas, que ni nos acercamos; además, ¿no te han comentado que hasta dije que eran feas y tenían bigote?

—¿Me estás vacilando, Lucas?

—Un poquito, princesa, ya me conoces, pero, ¿sabes una cosa?, sólo quiero estar contigo, así que déjate de tonterías y dame un beso, que llevo toda la mañana extrañando esos labios que tanto me gustan.

Él la abrazó, la besó en la frente, en la mejilla, en la nariz y finalmente en la boca.

—No me fio de la Caponata esa.

—Fíate de mí. Nunca en mi vida he tenido que dar explicaciones de nada, pero entiendo que ahora estamos juntos. Te estoy siendo sincero; por favor, confía en mí, no quiero cambiar todo lo que siento a tu lado por una hora con ella. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —quiso saber.

—¡Te quiero!

Al escuchar aquellas palabras, el corazón se le salió por la boca. Nunca hasta ese momento le había dicho que la quería.

—Yo también te quiero —le contestó dándole un beso.

Lucas recibió el beso gustoso, se separó unos centímetros de su boca y le dijo:

—Tengo una cosa para ti. Ven.

La cogió de la mano y subieron la escalera hasta llegar a su habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver una caja encima de la cama.

—¡Ábrelo!

Se acercó con cuidado y, antes de abrirla, lo miró.

—No será una de tus bromas, ¿no?

—Abre la caja, princesa.

Alargó una mano para quitar la tapa.

—¡Cuidado, que te muerde! —le gritó.

Yolanda dio un salto y apartó la mano.

—Lucassssssss.

Muerto de la risa, añadió:

—Es broma, mivi; abre la caja.

Quitó la tapa despacio, la dejó encima de la cama y, de repente, unas orejas grandotas asomaron por el borde del recipiente.

—Miviiiiii, qué bonitoooooo... —dijo cogiendo en brazos un diminuto chihuahua blanco.

—Es tu, bueno, nuestra nueva perrita. Es chica y tan coqueta como su dueña. Eso si la quieres, evidentemente.

—Claro que quiero a esta cosita linda, con esa carita tan divina que tiene —contestó haciéndole mimos al animalito.

—Un novato de la base tenía cachorritos y le he librado de chupar guardias el fin de semana por la perrilla. Ya puedes buscarle un nombre bien chulo, pero que no sea muy cursi, para que los capullos de los colegas no se rían de mí.

—¿Qué nombre le ponemos?

—Yo le pondría *Orejotas* o *Yoda*, pero sé que vas a decir que no.

—Cariño, ¿*Orejotas*?, ¿*Yoda*? Mírala bien, no tiene cara de esos nombres.

—Hombre, mivi, orejotas tiene, y se parece a Yoda —repuso riendo sin parar.

—Que nooooo, es preciosa. Tiene cara de *Chanel*. ¿Te gusta?

—Si te gusta a ti, princesa, por mí, perfecto. Pero te encargas tú de ella, ¿vale?

—Por las mañanas y por las noches, la sacarás tú, ¿sí?

—Ya empezamossssssss... Dame una buena razón para ello.

—Por las mañanas, tú te vas temprano y yo duermo, así que puedes sacarla un ratito y luego, más tarde, yo me ocuparé yo, y por la noche, a mí me da miedo, porque aquí no hay nadie, esto es muy solitario.

—Perfecto, por las mañanas yo, y por la noche la sacaremos los dos... pero con una condición.

—¿Condición?

—Sí, que no te vuelvas a enfadar por tonterías; sabes que sólo tú eres única, princesa.

—Yo te pongo otra.

—Venga, dispara.

—Que siempre me lo cuentes todo y seas sincero conmigo, sea lo que sea... y que no vuelvas a mirarle el culo a ninguna tía.

—Siempre soy sincero; en cuanto a lo segundo que me pides, no te lo puedo prometer.

—¿Quéééééé?

—Soy un hombre y tengo ojos en la cara, la vista se me va, cariño. Nunca prometo algo que no voy a cumplir. Tú también miras cuando sales, y no mientas, que te lo noto.

—Yo no miento. No miro a nadie, voy con las amigas y voy a divertirme.

—Piiiiiiiiiiiiii, la máquina del polígrafo dice que mientes —replicó, haciéndola reír.

—Piiiiiiiiiiiiiiiiii, no miento, la máquina está rota —le dijo sacándole la lengua.

—No me engañes, que sé cuándo alguien miente, no olvides a qué me dedico. Sólo te puedo prometer que me controlaré más, pero, si salimos, los tíos hablamos de esas cosas y eso no lo puedes cambiar.

—Entonces... no te enfadarás si me miran a mí cuando vaya a la base, ¿no?

—Los reventaré si hacen eso.

—Pero, bueno, si es lo mismo que haces tú.

—No es lo mismo que yo mire a una tía a que te miren a ti los tíos; a ti tampoco te gusta que me miren a mí. En la base saben que eres mía. Al primero que se pase, le hago una cara nueva.

—Pues, a la primera que te mire, la reviento yo.

—Perfecto, tengo una novia guerrera y salvaje. Ahora, demuéstrame ese salvajismo en la cama, anda.

—Espera, ¿tiene cama *Chanel*?

—No, cariño, pero ahora no vamos a salir a comprar una. Mañana vamos y le compramos todo lo que quieras, ¿vale?

—Pues voy a buscar una mantita para que pueda dormir. Pon algo en la escalera para que no se pueda caer.

—Ufff, en qué mal momento he traído a *Yoda* a casa.

—No seas quejica, y se llama *Chanel*.

—Mira: deja a la perra en el suelo, cierro la puerta y no se escapa. Ahora ven aquí, que quiero tener una reconciliación con un final muy muy feliz.

—No te he dado las gracias por la perrita.

—Gracias te voy a dar yo a ti. Ven aquí —le dijo cogiéndola.

La reconciliación se prolongó durante horas, mientras *Chanel* dormía plácidamente en su mantita cerca de la cama.

Capítulo 24

Lucas conducía en dirección a Madrid; tal y como le había dicho la noche anterior, iban a comprar las cosas de la perrita. Al llegar, metió el coche en el parking del centro comercial y, de la mano, empezaron a recorrer las tiendas.

—Cositas para *Chanel*, ¿recuerdas? —le dijo al ver que Yolanda se paraba en un escaparate de ropa.

—Mivi, no seas así. Me dijiste que no te ibas a quejar —contestó dándole un suave beso.

—Vamos a buscar el capazo del perro, el collar, los bebederos, comederos... todo lo que necesita y, si hay tiempo, luego miras lo que quieras.

—Vale, allí hay una tienda de animales. Vamos a mirar... Cariño, me gusta este de perlitas rosas.

—¿Esooooo? Pero si es una mariconada. Éste mejor.

—Que es un chihuahua, no un bulldog.

—Coge el que quieras, venga. ¿Qué cama te gusta? No me lo digas, no me lo digas... esa rosita que hay ahí con el hueso de peluche, ¿verdad?

—Sí, me gusta ésa, este comedero, este bebedero, esta mochila de Hello Kitty para llevarla...

Salieron de la tienda cargados de cosas rosas; Yolanda, feliz, y Lucas, hasta los mismísimos.

—Hemos acabado pronto; eso significa que podemos mirar más tiendas —le dijo poniendo pucheritos divertidos.

—Está bien; voy a dejar estas cosas en el coche y miramos las tiendas que quieras. ¿Qué has hecho conmigo? Estoy perdiendo facultades.

—Soy inocente, lo juro —replicó riendo.

Pasaron por los pasillos del centro comercial hasta que llegaron a la zona de restaurantes.

—Princesa, vamos a comer y luego seguimos, que esto es enorme.

—¿Dónde quieres comer?

—Me da igual, yo no soy delicado con la comida. Te dejo elegir.

Entraron en una pizzería, se sentaron a una mesa al fondo y pidieron el almuerzo. Lucas eligió una supercalzone rellena de mozzarella, carne, rúcula y mil cosas más... tanto que casi no cabía en el plato, y Yolanda prefirió una simple pizza tropical con piña y jamón.

—Qué grande, cari, ¿me ayudarás?

—Come si no quieres que me enfade. Comes muy poco y eso no me gusta nada. Tienes que alimentarte.

—Pareces mis amigas, siempre dando la tabarra con la comida... pues yo como lo que mi cuerpo aguanta, porque, si no, luego me duele el estómago.

—Te duele porque no comes lo que tienes que comer. Un buen cocido madrileño te vendría bien.

—Puaj, a mí no me gusta eso. Me falta la Coca-Cola.

Lucas se giró para llamar al camarero cuando vio a alguien conocido.

—¡Anda, mira quién viene!

—¿Quién es?

—Mi madre y mi hermana.

—Sí, claro, otra de tus bromitas.

—¡Que es verdad!

—No te creo y, por mentirme, ¡toma! —Cogió un trozo de piña y se la tiró. Lucas se apartó y el trocito fue a darle a la señora que se acercaba a ellos.

Yolanda no sabía dónde meterse, si debajo de la mesa o del mantel, o irse al baño con cualquier excusa, pero no le dio tiempo.

—Hola, corazón mío —saludó la mujer dejando el trozo de piña en la mesa.

—Hola, mamá —respondió él—, pequeñaja —saludó a su hermana.

—Hola, hermanito. ¿Eres la novia de mi hermano? —preguntó mirándola.

—¡Alba, compórtate! —la regañó la señora—. Debe de ser una amiga.

—No, mamá, no es mi amiga, es mi novia. Yolanda, mi madre y mi hermana Alba.

—Hola —saludó mientras se levantaba y daba la mano y dos besos a su suegra y su cuñadita.

La suegra, muy impactada por la noticia, tuvo que ser amable, pero no le gustó ni un pelo que su hijo no le hubiera dicho nada de su noviazgo y menos gracia le hizo el recibimiento de la piña voladora.

—Quedaos a comer con nosotros —propuso Lucas.

—No, gracias, hijo. Tu padre nos está esperando con el coche en doble fila; sólo hemos venido a buscar pizza porque tu hermana adora este sitio, pero ya nos vamos. Pero podéis venir a casa mañana a comer, ¿qué os parece?

—Perfecto, mamá; allí estaremos.

—Hasta mañana, corazón mío. Adiós, Yolanda.

—Adiós, señora —se despidió todavía sin saber dónde meterse.

—Cariño, ya puedes cerrar la boca, que pareces el cangrejo de *La Sirenita* —se burló Lucas.

—Ya te vale, he quedado fatal. Y todo por tu culpa.

—Yo te avisé y no me hiciste caso —siguió riéndose.

—Deja de reírte. Tú tienes la culpa de todo. ¿Y por qué has dicho que sí a la invitación de mañana? ¿No podías haber inventado alguna excusa?

—No le podía hacer ese feo a mi madre.

—Dios mío, he quedado fatal. Necesito comprarme algo para la comida de mañana.

—Cariño, relájate... no le has caído mal, simplemente no se esperaba que tuviera novia. La culpa ha sido mía por no decírselo antes. No quería que fuera así como la conocieras, pero ya no se puede hacer nada. Venga, acaba la pizza, que vamos a comprarte lo que quieras.

Pasaron el resto del día paseando por el centro comercial, mirando cada una de las tiendas de ropa que había y probándose toda clase de vestidos, zapatos... casi hasta la hora del cierre.

Se les hizo bastante tarde, por lo que, al llegar a casa, se fueron directos a dormir.

A la mañana siguiente, un Lucas desesperado aguardaba a que Yolanda bajara por la escalera para poner rumbo a casa de su familia.

—Cariño, apresúrate, que no llegamos —gritó desde abajo.

—No me metas prisa, que estoy muy nerviosa.

—Por favor, peque, que tenemos una hora y media de camino —le recordó entrando en el dormitorio.

—Ya salgo —le contestó desde el baño—. Sólo me pinto los labios y listo.

—No te pongas *pintamorros*, que luego me dejas la boca de payaso.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó saliendo del lavabo.

—Estás preciosa no, lo siguiente. —Se acercó para darle un beso, pero ella no lo dejó.

—No, que me quitas el pintalabios —le dijo sacándole la lengua.

—¿Y encima me provocas?

—¿De verdad voy bien? Casi no he dormido y seguro que tengo mala cara.

—Estás más que preciosa, deja de preocuparte. Venga, vámonos.

De camino a Madrid, Yolanda iba muy callada. En un momento dado, Lucas le acarició la rodilla; ella lo miró y sonrió tímidamente.

—¿Dónde se ha quedado mi princesa terremoto?

—Ha salido volando por lo rápido que vas.

—Llegamos tarde, peque.

—Afloja un poco, por favor. ¿Veremos el partido en casa?

—¿Qué partido?

—Hoy juega el Barça contra el Real Madrid. ¡El Clásico!

—¡Hostia! Esto... princesa, no comentes nada en casa de que eres del Barça.

—¿Quéééééé?

—Pues que en casa son todos merengues, sobre todo mi madre. Ella es muy madridista y no tiene buen concepto de los catalanes. Pero yo hablaré con ella, no te preocupes.

—Lucas, da media vuelta, quiero regresar.

—Cariño, hazlo por mí, ten confianza. Yo se lo diré en su momento. Primero deja que te conozca, estoy seguro de que te va a adorar. Deja de preocuparte. Además, no tienes que vivir con mi madre, tienes que vivir conmigo, y yo te quiero.

Yolanda lo pensó y, a pesar de que le repateaba no poder decir de dónde era, quería mucho a Lucas y por él estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

—¡Hemos llegado! —anunció al cabo de un rato—. Vamos a buscar aparcamiento.

—¿Tus padres viven al lado del Bernabéu?

—¡Sí! Ya te he dicho que mi madre es muy merengue.

—¡Qué ambientazo!, menudo día me espera.

En el ascensor, Yolanda se arreglaba la ropa para estar impecable y causar buena impresión, aunque, después de la piña Fernando Alonso que salió disparada, ya no sabía si podía ser peor. El vestido que había elegido era amarillo, estrecho por la rodilla y de escote cuadrado; llevaba zapatos de tacón alto y bolso en color *nude*.

Se había dejado la melena suelta y se había maquillado de forma muy natural.

—Hola, mamá; hola, papá; enana. —Lucas los saludó a todos.

—¡Qué tarde llegáis!

—Había un poco de tráfico al entrar en Madrid —se excusó su hijo.

—Papá, ella es mi novia: Yolanda.

—Hola, señor Martín.

Don Ramón la saludó amablemente.

—¿Tenemos tiempo de tomarnos unas cañas en el bar, papá?

—Como te vayas y me dejes aquí sola, te mato —lo amenazó Yolanda con disimulo.

—Venga, sentaos, que ya está la comida hecha; las cañas, para después —anunció la madre.

—Siéntate aquí, cariño.

—Yolanda, ¿te gusta el cocido madrileño? —preguntó Alba.

Nada más escuchar la palabra *cocido*, el alma se le cayó a los pies. ¡No había comidas en el mundo que tenían que hacer cocido! Unos simples y riquísimos macarrones con carne hubieran estado genial.

—No lo he probado nunca.

—¿Cómo que no has probado nunca el cocido? Pues, mira, un buen plato te pongo.

—No me ponga tanto, que he desayunado tarde.

—Que sí, que tienes que comer, que estás muy delgada —le dijo mientras seguía poniendo más y más en el plato.

«¡Madre mía, qué platazo me ha puesto!», pensó. No sabía qué hacer con tanta comida. Esperó a que estuvieran distraídos y le dio un trozo de chorizo al perro. Al ver que se lo comía, le dio un trozo de morcilla también.

—Lucas, ayúdame, por favor, que no me gusta —le dijo por lo bajini.

—Mivi, come y no le des más comida al chucho.

Con disimulo, echó unas cucharadas en el plato de Lucas, pero Alba se percató.

—Mamáaaaaa, está paseando la co... —En ese momento sintió una patada por debajo de la mesa—. ¡¡¡Ahhhhhhhhh!!!

—Lucas, vigila con las piernas, creo que le has dado a tu hermana —dijo Yolanda.

La cara de él era todo un poema, no sabía de qué le hablaba.

—Pero si has si... ¡ahhhhhhh!

—¿Otra vez? Cari, ten más cuidado.

—Vamos a por el postre. ¡Os he hecho galletas del Real Madrid para ir calentando motores para el partido!

—Uy, yo no sé si me entra nada más —dijo con cara de asco.

—Claro que te entra, cariño —añadió Lucas metiéndole una galleta en la boca y guiñándole un ojo.

—Que no puedo más, *ozú, mi 'arma*.

Lucas, que estaba bebiendo, escupió toda la cerveza del ataque de risa que le entró cuando la oyó hablar en tono andaluz.

—Hijo mío, ¿qué haces?

—Nada, que se le ha ido por otro sitio —intervino Yolanda.

—Voy al baño —comentó Lucas.

La tarde iba avanzando y Yolanda no se acababa de sentir cómoda. La comida había ido regulín regulán. La hermana era

una chivata de cuidado y no le quitaba los ojos de encima para luego poder cascarlo. Su madre la miraba raro; no sabía por qué, pero sentía que algo no iba bien entre ellas, no le había caído en gracia. ¿Sería por la piña voladora?, ¿o que la había pillado dándole la comida al perro? Y todavía faltaba el partido, durante el que, para colmo, no podría abrir la boca.

Llegó la hora del encuentro y la casa parecía una tienda: bufandas, camisetas, banderas... todo del Real Madrid. No sabía dónde mirar; por donde lo hiciera, le aparecía el escudito de su eterno rival.

—Nos vamos a merendar a estos del Barcelona —dijo la madre muy segura.

—Por lo menos cinco les vamos a meter —añadió la hermana.

A los diez minutos de empezar el juego, llegó el primero del Barça a cargo de Iniesta. Yolanda saltaba por dentro como una loca, pero no podía exteriorizarlo, se lo había prometido a Lucas y por él lo disimulaba.

Los insultos hacia los jugadores del Barcelona por parte de la madre y de Alba no tardaron en llegar.

A los pocos minutos, el Barça volvió a marcar, obra maestra de Messi: eso no era un gol, ¡era un golazoooooo en toda regla!

No se habían recuperado todavía cuando llegó el tercero, también de Messi. La primera parte acabo con tres goles a favor del Barça. Yolanda no podía estar más contenta.

—Estos del Barcelona, ¿qué se creen? Todos son unos sinvergüenzas. No puedo con los catalanes, se creen mejores que nadie —increpó la señora Martín.

Yolanda, que mientras iban insultando iba bebiendo de la cerveza de Lucas, estaba que botaba. Cuantos más insultos,

más bebía ella. Cada vez que su novio iba a beber de su vaso, éste estaba vacío.

—Mivi, deja de beber, que, entre el vino de la comida, la cerveza y lo poco que has comido, vas a acabar mal.

—Cari, no puedo hablar, no puedo celebrar los goles de mi equipo, no puedo beber... ¿qué puedo hacer? Si estoy bebiendo es para callarme.

—Yolanda, ¿te gusta el fútbol? —le preguntó su suegra.

—No mucho —le contestó mordiéndose la lengua.

—Pues ya ves que aquí a todos nos encanta, menos a Lucas, a quien ni fu ni fa.

«Si usted supiera», pensó.

Empezó la segunda parte y el ambiente se iba caldeando cada vez más. Los insultos hacia los jugadores y hacia los catalanes iban subiendo de tono y Yolanda no paraba de beber y beber por no soltar alguna de las suyas.

—Eso es penalti clarooooooooooooo —chilló Alba.

—Fuera Alves, a la calle directo —añadió Carmen, la madre de Lucas.

Llegó el cuarto, a cargo de Piqué, y ella quería saltar y bailar; la bebida estaba empezando a hacerle efecto.

—Lo que faltaba, que marque el que peor me cae —bufó Carmen muy enfadada por el correctivo que el Barça le estaba dando a su equipo.

Volvió a coger la cerveza de Lucas y se la bebió de un trago.

—Lucas, estoy un poco perjudicada —le susurró al oído.

—Te estás bebiendo toda mi birra. Para ya o me voy a enfadar.

—¿Encima te vas a enfadar conmigo? —le replicó molesta.

—Pues sí, porque te estás pasando.

En ese momento llegó el quinto a cargo del mejor del mundo, de Messi, y Yolanda saltó con toda la euforia que se estaba guardando.

—¡¡¡¡Gooooooooooooooooo!!!!

Las caras de todos mirándola eran como para hacer un vídeo y colgarlo en YouTube.

—Síiiiiiiii, soy del Barça y a mucha honra; os estamos dando un baño que lo estáis flipando, porque somos mejores que vosotros mil veces. Mucho galáctico y no sabéis ni defender. Ahí os queda, y ojalá os metamos más... Y, sí, estoy borracha, ¿qué pasa? Soy mayorcita para beber. Si he bebido ha sido por no soltar por mi boca todo lo que llevo dentro, pero fíjese usted que ya no me callo nada.

—Yolanda, vale ya, por favor —saltó Lucas intentando que no siguiera por ese camino.

Pero era una olla en plena ebullición y la tapa había saltado.

—No, déjame que diga que soy catalana. Sí, suegra, soy de Barcelona y estoy orgullosa de serlo. Jamás cambiaría mi Cataluña del alma, al igual que usted no cambiaría su Madrid. Me he comportado bien en todo momento, he sido educada a pesar de todo lo que ha soltado por su boca.

—Eres una maleducada y no entiendo qué te ha visto mi hijo para estar contigo.

—¿Maleducada yo? No he sido yo la que ha estado insultando todo el rato, y en cuanto a lo que ve su hijo en mí, pues pregúntele a él.

Llegados a ese punto, Lucas se levantó, agarró el bolso de Yolanda y, muy enfadado, bufó:

—¡Nos vamos!

—Suegra... cinco, ¿eh? ¡¡¡Cinco!!! ¿Sabe la rima? Yo se la digooooooo: por el cu... —Sintió una mano que le tapaba la boca y no la dejaba terminar.

Yolanda apartó la mano de su boca y soltó:

—Te la hincoooooooooooooooooo.

Lucas se la llevó casi en volandas; cerró la puerta, llamó al ascensor y, una vez dentro, la soltó.

—¿Estás contenta?

—Pues, la verdad, no mucho, pero demasiado he aguantado.

—Te he dicho que dejaras de beber, menudo espectáculo has dado.

—Vete a la mierda.

Salió a la calle; el aire fresco le sentó bien. Lucas empezó a caminar rápidamente hacia donde se encontraba el coche y a ella le fue casi imposible seguirlo por el pepino que llevaba, y los tacones no ayudaron en nada.

Caminaba como podía, agarrándose a los árboles. Se sentía mal, no estaba acostumbrada a beber y tenía el estómago revuelto; además, la cabeza le daba vueltas. Se paró en un árbol, se encontraba fatal. ¿Tan lejos estaba el coche?

Lucas se giró al ver que no lo seguía y la vio apoyada en un árbol. Se dirigió hacia ella para ayudarla.

—Agárrate a mí —le ordenó con voz seca.

—Por el cuello te voy agarrar... —le dijo muy enfadada.

Se quitó los zapatos y echó a andar.

—Hay cristales en el suelo. Ven aquí, por favor.

Sin hacerle caso, siguió caminando hasta que vio el vehículo. El trayecto hasta su casa lo realizaron en completo silencio.

Al llega, subió rápido al baño, necesitaba vomitar. Lucas subió detrás de ella y le puso la mano en la frente mientras ella sacaba por la boca hasta la primera papilla.

—Date la vuelta para que te baje la cremallera del vestido.

—Déjame, no quiero que me ayudes. Tu madre me ha insultado y tú no me has defendido.

—Mañana hablamos, ahora no es el momento. Métete en la ducha.

—Para ducharme estoy yo... Me voy a dormir, que me siento mal.

Se desnudó como pudo sin aceptar la ayuda de él, se puso su pijama, se tumbó y se quedó dormida.

Él la dejó descansar y bajó al salón. Necesitaba reflexionar sobre lo que había pasado.

Capítulo 25

Eran las cinco de la mañana cuando Lucas se despertó. Estaba solo en la cama. Se levantó y miró en el baño, pero no la encontró; salió del dormitorio y, cuando fue a bajar la escalera, oyó un sonido que provenía del lavabo ubicado en esa misma planta.

Abrió la puerta y la encontró en albornoz y vomitando de nuevo.

—¿Por qué no me has avisado de que te encuentras mal?

—Ya estoy bien, no te preocupes —le contestó cerrándose bien la prenda.

—Si no sabes beber, ¿por qué lo haces?

—Por no cantarle a tu madre por soleares. Créeme, hubiera saltado mucho antes.

—¿Estás orgullosa de tu comportamiento?

—¿Por qué no le preguntas a tu madre si está orgullosa del suyo?

—¿A mi madre? Por Dios, Yolanda, que era un simple partido de fútbol.

—Pues, para ser tan simple, muy a pecho se lo toman insultando a todo el mundo. Mira, a mí me da igual si insultan a los jugadores, porque entiendo que son dos equipos rivales y

fuertes, pero tu madre fue más allá de eso, se pasó tres pueblos. Qué digo tres, ¡¡se pasó veinte!!

—Aquí la única que se pasó bebiendo fuiste tú —le espetó alzando la voz y señalándola con el dedo.

—A mí no me grites —le contestó gritando más—, que yo también sé hacerlo.

—Grito si me da la gana.

El tono iba subiendo por momentos. Los dos se miraban directamente a los ojos; la mala leche era palpable. Lucas, cuando se ponía cariñoso, era un amor, pero... cuando se enfadaba, ya podías correr.

—Mira, Lucas, me duele la cabeza; no quiero seguir discutiendo.

—Pues, si te duele, te aguantas. Si no hubieras bebido, ahora no estarías así y no habrías montando el espectáculo. Así que ahora vas a escucharme.

—¿Realmente tienes ganas de discutir a las cinco y media de la mañana?

—No tengo nada mejor que hacer.

—Pues vete a la mierda un rato y así ocupas tu tiempo.

—Fíjate si soy educado que, si voy, hasta te traigo un recuerdo.

—Uy, lo que te iba a decir.

—Dilo, no te cortes, suéltalo. ¿O necesitas estar borracha para hablar claro?

Aquellas palabras le hicieron daño, pero no tenía ganas de seguir liándola, se sentía fatal.

—No me merece la pena discutir. Me va a estallar la cabeza y tengo el estómago del revés, así que paso; déjame sola, por fa...

Fue a acabar la frase cuando una arcada le hizo arrodillarse de nuevo frente a la taza del váter.

—No te voy a dejar sola en este estado. —Le sujetó la frente y le recogió el pelo. Una vez hubo terminado, la levantó, le dio un poco de agua y la acurrucó entre sus brazos.

Aquel gesto desarmó a Yolanda, que se derrumbó.

—Siento mi comportamiento de anoche con tu madre. Sé que no estuvo bien, pero ella tampoco se comportó bien conmigo. No puedo entender que, por ser de un sitio o de otro, tengamos que ser peores personas. Me sentí acorralada y no encontré tu apoyo —le dijo sollozando sin parar.

—Tranquila, ya pasó. No lo hiciste bien, pero yo también tuve parte de culpa, porque nunca debí pedirte que no dijeras de dónde eras. Yo estoy orgulloso de ti, te quiero y no me importa de dónde seas. Hablaré con mi madre, no te preocupes.

—Vamos a dormir un poco más.

Se metieron en la cama, los dos necesitaban descansar.

Cuando Yolanda despertó, eran más de las dos de la tarde. El dolor de cabeza no había desaparecido, pero sí había disminuido un poco. Alargó la mano para tocar a Lucas, pero no estaba. Se giró y encontró una nota en la almohada junto a un bote de chuches que le sonaba familiar.

Se incorporó, cogió la nota y la leyó.

Mivi, he tenido que salir de inmediato por una amenaza de bomba en el centro. Estabas tan dormida que no he querido despertarte, espero que te sientas mejor. No bajas al centro hoy, por favor, están las cosas revueltas. Quédate tranquila; en cuanto termine, vendré para casa.

PD1: Recuerda que los besos más dulces son la mejor medicina. Cuando regrese, te llenaré de ellos para que te recuperes del todo; mientras tanto, ahí tienes mi bote de besos.

PD2: Por cierto, estás preciosa cuando duermes con todo el pelo revuelto en la almohada.

PD3: Te quiero.

PD4: Ya no hay más PD.

Volvió a leer la nota, ¿una amenaza de bomba? Eso la dejó intranquila, pero no podía hacer nada, tan sólo esperar que todo fuera bien y que volviera a casa pronto y a salvo.

Era lo que no le gustaba de su trabajo, el peligro que corría en cada operativo, pero él estaba encantado con ello, así que ella debía respetarlo.

Cogió el bote de caramelos, lo abrió y se comió una chuche; quedaban pocas, tenía que volver a llenarlo.

Se levantó, fue hacia la ducha y se metió en ella, así se despejaría algo. Mientras se enjabonaba, pensó en lo ocurrido con la madre de Lucas. Algo le decía que no se lo iba a poner fácil, que no iba a ser un camino de rosas, pero, por muchas espinas y piedras que le pusiera, estaba dispuesta a todo por él... lo quería, era feliz a su lado e iba a luchar por esa felicidad por encima de todo.

Las horas pasaban y no tenía noticias de Lucas; empezó a inquietarse y llamó a Ana para ver si ella sabía algo más.

Las dos amigas estuvieron hablando un rato. Ana le informó de que había habido varias amenazas en diversos sitios y que por eso estaban tardando, pero no sabía nada más. Para tratar de tranquilizarse, hablaron de qué hacer el fin de semana, cuando llegara Mar.

Yolanda le explicó su hazaña con su suegra. Ana no podía parar de reír al escuchar la cantidad de barbaridades que había soltado por su boca a causa de la bebida. Tras charlar un rato y reírse a carcajadas, colgaron.

Sacó al jardín a *Chanel* para que hiciera sus cositas y jugó con ella un rato. De pronto se levantó mucho aire y unos goterones enormes comenzaron a caer. Cogió al animal y se metió en casa.

—¡Las gotas que caen son más grandes tú! —le habló a la perrita—. Ven, que te pongo comida en tu cacharrito.

Mientras el chihuahua comía su pienso, Yolanda miraba por la ventana de la cocina; estaba anocheciendo. Las ramas de los árboles se movían, el viento silbaba y las gotas de lluvia golpeaban los cristales. Sintió miedo de estar sola; la casa era grande y estaba alejada de todo, sólo se veía bosque. Se abrazó a sí misma y sintió un escalofrío.

Subió rápido la escalera y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran cerradas. Después bajó de nuevo a la cocina y miró si la puerta que daba al jardín estaba bien cerrada y aseguró las ventanas; luego salió al salón, comprobó que todo estuviera cerrado y se sentó a ver la televisión. También le mandó un wasap a Lucas para que la avisara cuando viniera de camino.

Con el móvil en una mano por si recibía alguna noticia, cogió el mando a distancia y comenzó zapear, pero no daban nada que le gustara, así que dejó una película que recién empezaba y parecía tener buena pinta.

El silencio que reinaba en la casa la estaba poniendo nerviosa. Seguía sin tener noticias y, para qué engañarse... ¡estaba cagada de miedo!

Oyó las uñitas de *Chanel* al caminar por el parque.

—Ven, cosita, ven aquí conmigo.

La subió al sofá. La perrita se hizo un roscó a su lado. Estaba concentrada en la película cuando *Chanel* se incorporó y empezó a gruñir.

—¿No me jorobes que has oído algo?

El chuchín seguía gruñendo a la vez que miraba para las vidrieras que daban al jardín.

—Con lo pequeñita que eres y la capacidad de acojonarme tan grande que tienes. Chist, calla.

Chanel se calmó un poco y ella se volvió a concentrar en la película.

—Ahhhhhhh, ¡qué cabrona la niña de la peli! Qué susto me ha dado, anda y no ardiera —gritó hablando sola.

De repente se oyó claramente un ruido fuerte en la cocina que la hizo volver a gritar, y a *Chanel* levantar la cabeza y mirar con las orejas tiasas.

—Ahhhhhhh, por Dios, por la Virgen y hasta por el niño Jesús. ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Y por qué hablo sola?

No sabía qué hacer, si ir a la cocina a mirar o quedarse en el sofá. Subió los pies y se abrazó las rodillas. Más asustada no podía estar, ¿o sí? Menos mal que no había apagado las luces; de hecho, nunca lo hacía las pocas veces que se había quedado sola. Al final se armó de valor y se dirigió a la cocina... eso sí, con cautela y cagada. Cuando iba a entrar, un ladrido le hizo dar un salto.

—Joder, qué susto me has dado, *joía* perra.

En la cocina, una tapadera mal puesta se había caído dentro del armario, pero, mientras descubría de dónde había procedido el ruido, rezó mil Padre nuestros y quinientas Ave Marías.

Abrió un cajón, cogió la batidora y se la llevó con ella al salón. Se acomodó de nuevo en el sillón y continuó viendo la

película.

No se había acostumbrado a su nueva pose cuando unos ruidos en el sótano la alertaron.

Esto ya estaba pasando de castaño a oscuro; primero la cocina y ahora ahí abajo. Ya no tenía ganas ni de ver la tele; estaba tan asustada que no sabía qué hacer.

—Holaaaaaaaaa, ¿hay alguien? —gritó acercándose a la escalera que conducía al sótano.

«Como si fueran a contestar, ¡seré imbécil!», pensó.

—Tengo un perro, ¿eh? Así que cuidado. —Cogió a *Chanel* con una mano y en la otra, la batidora—. Tú, si viene alguien, ataca y muerde, ¿vale, pequeña?

No se atrevía a bajar. Un trueno resonó en toda la casa a la vez que la puerta de la calle se cerró de golpe.

—¡¡¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!!! —gritó y salió corriendo escaleras arriba. Se encerró en el baño.

—¡¡¡Nooooo!!! —chilló cuando notó que empujaban la puerta para abrirla.

—Mivi, pero ¿qué te pasa? —preguntó Lucas extrañado.

—¿Lucas?

—¡Pues claro! ¿A quién esperabas?

—A Jack el Destripador, no te joroba —le contestó abriendo la puerta.

—¿Estás bien?

—Cari, qué miedo he pasado —le dijo abrazándolo con fuerza sin soltar a la perrita.

—Ten cuidado con el tamagotchi, que lo chafas.

—No me sueltes, por favor —le rogó muy nerviosa.

—Tranquila; estás temblando, cuéntame qué te pasa.

—Que me da pánico quedarme sola en esta casa. Oí ruidos, la lluvia, el viento, la oscuridad... pensé que había entrado alguien. ¡Madre mía, qué miedoooooo!

—Tranquila que no hay nadie. ¿Qué llevas en la mano?

—La batidora, para defenderme.

—¿Qué pensabas hacerle con la batidora? ¿Ponerlo a punto de nieve? —se mofó.

—¡Idiota!

—No te enfades, peque. Vamos a hacer algo de cenar y luego nos acurrucamos en el sofá.

—Perfecto. ¿Qué cenamos?

—No lo sé. Vete a mirar qué hay en la nevera, que voy a ducharme y ahora bajo.

—Pues mejor te espero aquí.

—¿Sigues con miedo? Siempre te puedes meter conmigo en la ducha.

—No, porque entonces no cenamos.

—Nos podemos cenar mutuamente —le dijo zalamero acercándose y dedicándole una mirada seductora.

—¿Luego puedes ser mi postre? —le preguntó divertida.

Lucas se acercó a ella, puso las manos en sus mejillas, la atrajo hacia él y la besó.

—Puedo ser lo que tú quieras, peque. Ahora salgo.

Se metió en la ducha. Yolanda esperó unos minutos, durante los que tuvo una idea; cogió su móvil y se dispuso a captarlo duchándose. Sin hacer ruido, entró en el baño, preparó su teléfono, abrió la mampara un poquito con cuidado y, cuando fue a disparar la foto, Lucas se giró y la pilló con las manos en la masa.

—Pero ¿qué estás haciendo? —dijo sonriendo.

—Pues ya nada, porque me has pillado de pleno.

—Pero si sabes que, yo, hasta te poso. ¿Cómo la quieres?, ¿por delante?, ¿por detrás? —preguntó dándose la vuelta—, pero luego tienes que posar tú para mí.

—No, no, no. De eso nada.

Lucas la agarró del brazo para meterla dentro de la ducha.

—Nooooooo, que tengo el móvil —rio divertida.

—Te salvas por el teléfono.

Salió de la ducha, se puso una toalla en la cintura y con otra se secó la cabeza. Cogió ropa cómoda y bajaron para hacer juntos la cena.

Mientras uno preparaba la comida, otro ponía la mesa.

¡Trabajo en equipo!

—¿Qué ha pasado al final con las amenazas? —preguntó aun sabiendo que él no hablaba mucho de su trabajo.

—Ha sido un día muy ajetreado, ha habido varios avisos en sitios diferentes.

—Estaba preocupada.

—No debes preocuparte, cariño, todo está bajo control.

—Sí, pero no puedo acostumbrarme al peligro que corres cuando estás de operativo.

—Es mi trabajo, estoy entrenado para ello, pero dejemos ya de hablar de ello y vamos a ver una película en el sofá, que estoy reventado.

Recogieron la mesa, lo metieron todo en el lavavajillas y se apalancaron en el sofá. Yolanda subió los pies y se acurrucó entre sus brazos. Pronto se oyeron unos lloriqueos, *Chanel*

también quería subir. Lucas cogió a la perrita y la puso al otro lado.

—Ven aquí, pequeñita. Ahora estoy rodeado de mis dos bellezas.

La película empezó y Lucas apagó las luces.

—¿Por qué apagas?

—Se ve mejor la tele. Cariño, tranquila que no pasa nada.

A medida que el filme iba avanzando, Yolanda se pegaba más a él, se escondía en su hombro, se sobresaltaba por nada.

Lucas, muerto de risa por verla así, decidió atemorizarla un poco más.

—¿Has oído ese ruido? —dijo de repente.

—No me asustes, por favor —rogó pegándose más a él.

—Quédate aquí, que voy a mirar —le susurró bajito.

—No me dejes sola —pidió sentándose encima y abrazándolo.

—No te muevas de aquí, ahora vengo, voy a mirar.

—No, por favor, quédate aquí conmigo.

Yolanda, cada vez más nerviosa, le suplicaba que se quedara con ella. Él estaba disfrutando del momento de verla nerviosita, pero al final le aclaró que le estaba tomando el pelo.

—Era broma, princesa, no hay nada, tranquila.

—Te voy a mataaaaar... y, si quedas vivo, te remataré —le dijo dándole pequeños golpes en el brazo.

—Y yo a ti, pero a besos; vamos, que antes me has dicho que ibas a ser mi postre y estoy goloso.

Capítulo 26

Lucas se levantó temprano como cada mañana para irse a trabajar a la base; antes de hacerlo, la besó con cuidado para no despertarla, ya que Yolanda dormía plácidamente.

Pasadas las nueve, ella se desperezó, se metió en la ducha, cogió unos tejanos, una camiseta Diesel, se calzó sus Converse, se hizo una coleta alta, se aplicó un poco de maquillaje y bajo la escalera.

—Buenos días, Paca.

—Buenos días, mi niña. ¿Qué te hago para desayunar?

—Nada, porque me marcho.

—No puedes irte sin comer algo, ya sabes que es lo primero que encarga Lucas. Tienes que desayunar y almorzar. ¿Unas tostadas?

—Es que tengo el estómago cerrado y no me apetece nada; me tomo sólo el batido de chocolate.

—Yolanda, luego, si me pregunta, ya sabes que me metes en líos. ¿Un donut?

—Bueno, el donut, pero sólo uno... y que conste que es para que no te metas en problemas, ¿eh?

—Tienes que comer bien. Por cierto, ¿adónde vas?

—A Madrid —le dijo mientras mordía el donut.

—¿A Madrid?

—Sí, aquí me aburro mucho, así que he decidido irme a dar una vuelta por allí.

—Ten cuidado, que no conoces la ciudad. ¿Cómo vas a ir?

—Voy a coger un taxi hasta la estación y, desde allí, el tren.

—¿Lo sabe Lucas?

—No, y si llama le dices que estoy dando una vuelta por los alrededores, ¿de acuerdo? —le pidió con cara de niña buena.

—Me metes en cada problema... Mira que, cuando Lucas se enfada, arde Troya.

—Lo sé, pero tú no te preocupes, que no me va a pasar nada. Cuídate a *Chanel*, por favor.

Cuando el tren llegó a la estación de Chamartín en Madrid, no sabía por dónde ir ni en qué parte estaba. Siguió las indicaciones que la llevaban al metro, a pesar de que ella prefería viajar en bus en Barcelona. Pero estaba en la capital y no tenía ni idea de cómo llegar al sitio que tenía en mente.

Salió de la estación de metro y, una vez estuvo delante del portal, no supo qué hacer.

Empujó la puerta y, casualidades de la vida, descubrió que estaba abierta, ¿sería una señal?

No tenía claro si era una buena idea, pero lo había estado pensando y quería disculparse con la madre de Lucas por el comportamiento que tuvo días atrás. Ahora que estaba allí delante de la portería, no estaba tan segura. Estuvo tentada en dar media vuelta y marcharse, pero se armó de valor y tocó el timbre.

Cuando la puerta se abrió, vio a la señora Martín con cara de pocos amigos, ¡Aún estaba a tiempo de salir por patas!

—¿Qué quieres? —le preguntó más seca que la mojama.

—¿Puedo pasar, por favor?

La miró de mala gana y abrió un poco más la puerta para que entrara.

—Espero que no tardes mucho, porque tengo cosas que hacer.

—No se preocupe, sólo he venido a pedirle disculpas por mi comportamiento del otro día.

—Mira, no te creas que por venir hasta aquí a pedir disculpas me vas a caer bien. No me gustas nada. Te veo una niña tonta que no sabe hacer la «O» con un canuto; no me gusta de dónde eres porque estoy segura de que te crees mejor que nadie y no tienes dónde caerte muerta. Sigo pensando que no sé qué vio mi hijo en ti.

Yolanda iba escuchando las palabras de su suegra y no podía creerse lo que estaba viviendo. Ella había ido hasta allí a disculparse y no a montar otro numerito, y mira que ganas no le faltaban, pero le iba a demostrar que ella tenía más educación.

—Mi hijo es demasiado para ti, tú a su lado no vales nada —prosiguió—, y voy a hacer todo lo posible para separaros.

—¿Sabe una cosa? He venido a disculparme y ya lo he hecho. Usted puede pensar de mí lo que quiera, pero su hijo y yo estamos muy bien juntos, nos queremos. Él me hace feliz y, por mucho que le cueste creerlo, yo lo hago feliz a él. No sé si lo que tenemos durará para siempre, porque no soy adivina, pero le puedo asegurar que cada día crece más y más. ¡En una cosa tiene razón, su hijo es estupendo, como persona es lo mejor! Lástima que su madre no quiera verlo feliz.

Tras decir esto, dio media vuelta y salió por la puerta; antes de bajar por la escalera, se giró y añadió:

—Gracias por su tiempo.

Mientras iba bajando, las lágrimas caían por sus mejillas. Lloraba por la impotencia que sentía, ésa era su manera de desahogarse; no entendía que hubiera gente que pudiera tener asco a otras personas simplemente por ser de un sitio o de otro.

Cuando salió a la calle, notó el aire en la cara, pero eso no la reconfortó, aunque haber salido de esa casa ya resultaba un gran alivio.

No había caminado ni un metro cuando oyó una voz que la llamaba; se dio la vuelta y vio a Alba, que corría hacia ella.

—Yolandaaaaaa, espera, por favor.

—Dime, Alba.

—He estado escuchando lo que te ha dicho mi madre y quiero decirte que lo siento mucho.

—No tienes que sentir nada, no es culpa tuya.

—Sí, yo también me comporté mal contigo ese día en casa. ¿Me perdonas?

—Yo también te di dos patadas, ¿me perdonas tú a mí?

—¿Nos perdonamos las dos?

—¡Eso está hecho! ¿Sabe tu madre que estás aquí?

—No, le he dicho que iba a comprar unas cosas para el colegio.

—¿Quieres una Coca-Cola?

—Síiiii, aunque no dispongo de mucho tiempo.

Entraron en una cafetería cercana, pidieron las bebidas y hablaron de todo un poco. Yolanda descubrió a una jovencita risueña, cariñosa, muy presumida, chiflada por la música de las Sweet California, los Gemeliers y demás grupos que a las niñas de su edad les volvían locas.

—No le hagas caso a mi madre. Ella es así, pero a mí sí que me gustas para mi hermano.

—Gracias.

Yolanda no quiso dar muchas explicaciones; al fin y al cabo, era una chiquilla, aunque había demostrado tener más madurez que su madre.

Tomaron la Coca-Cola rápido, pues no quería que la regañaran por su culpa. La acompañó hasta la puerta y se despidieron, no sin antes quedar para otro día. Yolanda le pidió que no dijera nada a su hermano de que había estado allí.

Cuando Alba subió, Yolanda respiró profundamente. No se había desahogado del todo, llevaba dentro mucho y tenía que sacarlo, así que cogió su móvil y llamó a Mar para contarle lo sucedido.

Tras hablar durante más de una hora, colgó el teléfono y empezó a caminar sin rumbo fijo, pensando en las últimas palabras que su suegra le había dicho. La frase retumbaba en su cabeza una y otra vez... ¿haría su madre todo lo posible para separarlos? ¿Era tanta la manía que le tenía como para llegar a ese extremo? Si algo tenía claro era que quería a Lucas por encima de todo; en esos meses juntos habían vivido momentos muy bonitos y les quedaban por disfrutar muchos más. Por supuesto que todo no iba a ser un camino de rosas, pero estaba dispuesta a dar patadas a todas las piedras que se encontrara por el camino, porque ya no podía imaginar su vida sin él, lo quería demasiado.

Su cuerpo estaba en las calles de Madrid, pero su mente divagaba bien lejos de allí. No se había dado ni cuenta de la hora que era; miró su reloj y descubrió que eran más de las tres de la tarde; tenía que volver a casa antes de que lo hiciera Lucas o se iba a armar la marimorena.

Se paró un instante para poder saber dónde se encontraba; era una calle bastante transitada, parecía una de las arterias de

Madrid, por lo que buscó una boca de metro para poder llegar a Atocha y allí coger el tren de vuelta a casa. No veía ninguna cerca, pero estaba segura de que en esa calle tenía que haber una. Caminó un poco más y, en efecto, la divisó a unos metros. Se dirigió con paso firme hacia ella cuando de repente sintió un dolor que le hizo pararse y llevarse la mano al estómago; le echó la culpa a la menstruación y a los nervios. Respiró hondo y, cuando se sintió mejor, reemprendió su camino. No había dado ni tres pasos cuando notó que se mareaba y tuvo ganas de vomitar. Se agarró a una farola, pues no se sentía con fuerzas para seguir, pero tenía que hacerlo, debía llegar a casa. Se soltó e intentó dar unos pasos; sintió unas manos que la agarraban, unas voces a lo lejos, mucho barullo, murmullos... miró a su alrededor y vio gente mirándola y a una señora que le sujetaba las piernas en alto... Se tocó la cabeza; le dolía, estaba confusa y tirada en el suelo. ¿Qué hacía en la acera? ¿Qué estaba pasando?

Se fue a levantar, pero todo le dio vueltas y unas manos la sujetaron.

—No se puede levantar, ahora vendrá la ambulancia.

¿Ambulancia? No podía ser, se tenía que levantar e irse a casa... pero no tenía fuerzas.

Oyó una sirena a lo lejos que cada vez se acercaba más y más. Una voz clara llegó hasta ella.

—¿Puedes oírme? —le preguntaron.

—Sí —respondió intentando levantarse.

—Tranquila, quédate quieta; te has dado un golpe cuando te has desmayado.

—¿Desmayado?

—Sí; una mujer nos ha dicho que te has caído redonda al suelo. Te has golpeado la cabeza al caer y has perdido el conocimiento durante unos minutos. Te vamos a revisar

primero aquí y luego te vamos a llevar al hospital para que te hagan las pruebas que necesites.

—No es preciso, de verdad; necesito llegar a mi casa. ¿Mi bolso?

—Tu bolso lo tiene mi compañera. ¿Cómo te llamas?

—Yolanda —contestó como pudo.

—¿Te duele algo?

—La cabeza.

—Mira aquí fijamente, por favor —le pidió enfocándole los ojos con la linterna.

—¿Está todo bien?

—Tienes una pequeña herida; no es nada grave, pero es importante que te miren la cabeza, porque te has golpeado al caer.

En ese momento una chica con el mismo uniforme se acercó y le preguntó:

—¿Estabas sola? ¿Podemos llamar a alguien?

—Sí, estoy sola. ¿Me puedo ir ya? —contestó intentando levantarse de nuevo.

La ayudaron a incorporarse para ir a la ambulancia. Se tocó la cabeza y notó un líquido espeso; se miró las manos y, cuando las vio rojas de sangre, el corazón le dio un vuelco, las fuerzas le fallaron y volvió a desmayarse. Gracias a que la estaban sujetando no fue a parar de nuevo al suelo.

La tumbaron en la camilla y la llevaron al hospital.

Yolanda odiaba los hospitales. Se ponía enferma tan sólo con el olor que había en ellos, y estar allí sola no le ayudaba nada; estaba nerviosa, pensando en Lucas, confusa y con ganas de salir de allí.

El médico la informó de que le iban a hacer un TAC, para descartar posibles lesiones internas en la cabeza, y unos análisis de sangre.

Al volver después de hacerse el TAC, donde lo había pasado realmente mal por tener que meterse en el tubo, vio al médico desde el pasillo hablando con...

¡¡¡Lucas!!!

—¿Quién ha llamado a mi novio? —le preguntó al celador que empujaba la silla.

—Han llamado desde Administración; han mirado tus datos y, cuando han visto que eras de Barcelona, han revisado el móvil y, de las llamadas que tenías perdidas, han cogido el número.

—Gracias.

Al llegar a su box, Lucas tenía la expresión de preocupación en la cara, pero mezclada con cabreo.

Al verla, la ayudó a levantarse de la silla y a tumbarse en la camilla. El médico los dejó solos.

—¿Cómo te sientes, princesa? —le preguntó dándole un suave beso en los labios.

—Más o menos. ¿Estás muy enfadado?

—La verdad, sí lo estoy. ¿Qué hacías aquí en Madrid?

—Me aburría en casa y decidí dar una vuelta, para mirar tiendas —mintió.

—No es el momento de hablar ahora, ya lo haremos, pero quiero hacerte la pregunta del millón: ¿cuántas horas llevas sin comer?

Yolanda agachó la cabeza, sin saber qué responder. Lo podía engañar y decirle que había comido, pero, cuando

preguntaba, era por algo y si ella mentía se iba a liar más, así que decidió ser sincera, al igual que él lo era con ella.

—Desde que desayuné esta mañana —le contestó tímidamente.

—Mira, Yolanda, no me molesta que vengas a Madrid de compras o a dar una vuelta, me molesta que me mientas y hagas mentir a Paca. Y lo peor de todo es que no comas nada.

—Lo siento. Pensé que, si te decía que quería venir aquí, me montarías un pollo. Paca no tiene la culpa de nada. Ella se preocupa de que coma, desayuné gracias a ella.

—¿Tienes idea de cómo me he sentido cuando me han llamado y me han dicho que mi novia estaba en el hospital cuando yo pensaba que estabas en casa o, a lo sumo, dando una vuelta por los alrededores de la urbanización?

—Lucas, por favor, me duele un poco la cabeza, ¿podemos dejarlo para otro momento?

—Sí, mivi, perdona. Lo olvidamos todo, pero nunca más vuelvas a mentirme, por favor. No tienes ni idea de cómo he conducido hasta aquí, sin saber si estabas bien o lo que te había pasado.

—Te prometo que te diré siempre a dónde estoy. ¿Te ha dicho el médico qué tengo?

—El TAC está bien, la herida no es grave y tus análisis han dado que tienes anemia. De esto hablaremos seriamente.

El doctor llegó de nuevo al box, les dio las indicaciones que debían seguir y les entregó el alta.

Se marcharon a casa, donde, después de ducharse, Yolanda cenó bajo la atenta mirada de él.

Capítulo 27

Una recuperada Yolanda bailaba bachata en el gimnasio al compás de un tema de Romeo Santos; meneaba las caderas al ritmo de la música, era su forma de hacer deporte, pues le encantaba bailar salsa, kizomba y todos los ritmos latinos. En Barcelona iba a clases para perfeccionar su estilo, pero desde que había llegado a Guadalajara no había vuelto a bailar.

Lucas se despertó, escuchó la música, bajó y, tras la puerta, la vio bailando. Se quedó mirándola un rato; le encantaba verla contonearse al ritmo de bachata; le volvía loco verla menear sus caderas de ese modo tan sensual, lo excitaban sobremanera esos movimientos rotatorios que hacía, la forma de tocarse el pelo a la vez que giraba y daba un golpe de cadera, levantándola. Abrió la puerta, se acercó, la abrazó por detrás, la atrajo hacia él y la besó en el cuello dulcemente al tiempo que él también se movía con ella.

Yolanda sonrió al notar sus brazos rodeándola; se giró y quedaron frente a frente. Buscó sus labios, que él gustosamente le ofreció sin dudarle.

—Hola, cariño.

—Hola, peque. ¿Sabes que me pones a mil cuando te veo mover las caderas de esa manera? —le confesó mientras no dejaba de besarla.

—Tú me pones a dos mil cuando me besas de esa manera.

—Vamos a ver si podemos subir esos miles un poquito más, ¿no?

—No podemos, sigo con la regla.

—La «señorita de rojo» es muy inoportuna.

—Pues sí, lo es, pero déjala que siga visitándome —repuso riendo.

—¿Has desayunado ya?

—No, te estaba esperando.

Llegaron a la cocina. Lucas encendió la cafetera mientras ella abría la nevera y sacaba su batido de chocolate.

—¿Qué quieres para comer?, ¿Dónut?, ¿tostadas?, ¿galletas?, ¿magdalenas? —le preguntó.

—No tengo mucha hambre, ni tampoco mucho tiempo: me tengo que duchar y arreglar para el evento, que hoy salgo con las chicas.

La miró muy serio mientras sacaba algunas cosas del armario de la cocina y las colocaba en la mesa.

—Tienes que comer algo; creo que esta conversación ya la mantuvimos no hace mucho, pensé que te había quedado claro.

—A veces me tratas como a una niña.

—A veces te comportas como tal.

Cogió una magdalena y se la comió sin muchas ganas.

—Se me va a quedar en el culo para toda la vida —gruñó.

—Así tendré más que tocar.

—Lucas, va en serio, me pondré como una foca.

—No digas tonterías; estás buenísima. Además, yo me encargaré de bajarte la magdalena... y todo lo que comas —le dijo riendo.

Acabó de desayunar y subió como un cohete a cambiarse; tenía una cita y llegaba tarde. Se duchó a la velocidad del rayo, cogió unos pantalones negros de pitillo, una camisa negra transparente con estrellitas azules celeste, se calzó unos botines también negros con un taconazo de infarto, cogió un *clutch* azul con flecos, se maquilló y salió escopeteada.

—Miviiiiiiiiiii, miviiiiiiiiiii —gritó mientras bajaba la escalera como una flecha—. ¿Me puedes llevar al centro, por favor?

—Tranquila, lo haré. —Se la quedó mirando de arriba abajo, volvió a subir la mirada y la fijó en la camisa que llevaba.

—No sé si te dejo irte así, vas causando infartos con esa camisa.

Yolanda sonrió tímidamente, hizo unas poses cual modelo y lo besó.

—Preciosa.

Cuando llegó al centro de la ciudad, sus amigas ya estaban allí. Antes de bajarse del vehículo, se despidió con un suave beso. Lucas acarició sus mejillas, la atrajo hacia él y la besó con más intensidad.

—Te quiero.

—Yo también, princesa, disfruta... y mándame fotos de *Chanel* en la pasarela.

—Lo haré.

Las chicas ya la estaban esperando, incluida Mar, que había llegado la noche anterior. Se abrazaron todas, se besaron e hicieron carantoñas a la perrita, que ese día iba a ser la protagonista de todo.

—¿Cómo estás, mi niña? —le preguntó a Mar.

—Bien, pero, dime tú, ¿qué te pasó el otro día?

—Eso, eso, ya estás contando todo con pelos y señales —añadió Ana.

—Las noticias vuelan, por lo que veo —dijo Yolanda.

—No veas cómo salió Lucas de la base; pobre, iba como un loco, me lo contó mi marido.

—Pues no pasó nada; sólo estaba con la regla, no comí nada y me desmayé. Al caer me hice una herida en la cabeza que ya no se nota. Lo de mi suegra ya lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, sí, pero no te doy una hostia así con la mano abierta porque todavía estás un poco chof. ¿A ti qué mierda te pasa con la comida? —bufó Juani.

—Nada, que a veces se me olvida comer.

—Pero ¿cómo se te puede olvidar eso? —bramó Ana un poco nerviosa.

—Voy a entrar en esa tienda un momento —dijo cambiando de tema.

—Tú cambia de tema, qué bien se te da —la riñó Ana.

—Nena, que llegamos tarde —le avisó Juani.

—No voy a tardar nada. Toma a *Chanel* y me esperáis en el coche —les indicó dándole a la perrita, que estaba metida en un bolso.

—Te acompaño —añadió Mar.

—¡Y yo! —dijo Raquel.

Se dirigieron a la tienda. Yolanda enseguida cogió lo que quería y se metió en los probadores. Estaba a punto de salir cuando Raquel y Mar golpearon la puerta.

—Nena, abre —pidió Mar.

Abrió la puerta y entraron las dos. Raquel hizo una seña para que hablaran en voz baja.

—¿Sabes quiénes están aquí? —preguntó Mar.

Yolanda negó con la cabeza.

—Las tres Marías: la caca, la mierda y la porquería; a ver cuál de las tres huele peor —contestó Raquel.

Yolanda soltó una carcajada y se quedó mirando hacia la puerta del probador muy pensativa.

—¿En qué piensas? —preguntó Raquel.

—Pues...

En ese momento se oyeron unas risas y supieron que habían entrado en los probadores.

—Chicas, me ha llegado que esta noche los chicos más guapos estarán en C&B —dijo Mary.

—Con lo buenos que están, de esta noche no pasa que me los presentéis —intervino Cristina.

—Acuérdate de que Lucas y Dani son nuestros; para ti, Óscar —le advirtió Mary.

—¿Creéis que con este minivestido podré conquistar a Lucas? —preguntó Shei.

—Te lo podrás comer, si te lo propones —contestó Cristina.

Y estallaron en risas.

Raquel, Mar y Yolanda estaban que se subían por las paredes; tenían ganas de soltarles cuatro frescas a las descaradas que pretendían ligar con sus respectivas parejas.

Yolanda abrió la puerta del probador y salió sin hacer mucho ruido.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Raquel.

—Nada —contestó muy seria.

—Pues te acompaño a hacer *nada* —soltó Mar.

—¡Y yo! —dijo Raquel—, hacer *nada* es mi deporte favorito —añadió riendo.

Se metieron por la trastienda con mucho cuidado de que no las vieran. Fueron abriendo puertas hasta que encontraron lo que buscaban.

—¡Bingo!

Volvieron al probador y cerraron la puerta.

—Quedaos aquí, que voy a salir a pagar esto y ahora vuelvo con cualquier excusa, ¿vale?

Cuando Yolanda volvió con la excusa de probarse otro pantalón, Raquel y Mar la esperaban impacientes.

—Vamos a ver en qué probadores están —dijo.

—Creo que dos o tres a la izquierda —murmuró Mar.

Salieron despacio y sin hacer ruido entraron en el probador de al lado. Yolanda se subió a la banqueta que había dentro y, con la ayuda de las otras dos, vació el cubo de fregar con toda el agua sucia encima de ellas.

—¡¡¡Ahhhhhhhhhhhhh!!! Pero ¿qué es esto? —gritó Mary.

—No me lo puedo creer, ¡qué asco! —añadió Cristina.

—Ayudadme, que se me ha quedado el cubo en la cabeza —chilló Shei.

—¡Hala, a tomar viento! Ahora sí puedes conquistarlo —soltó Yolanda satisfecha.

Camino del mostrador, cogió sus bolsas y le dijo a la dependienta:

—Hay tres chicas en los probadores que están liando una... yo de usted iría y lo miraría, porque se oye un jaleo...

Salieron de la tienda y se metieron en el coche muertas de risa.

—Arranca rápido —pidió Raquel.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron las dos.

—Yolanda, que no inventa nada bueno —contestó Mariendo.

—Sí, claro, a ver si ahora lo he hecho yo sola.

—Pero ¿que habéis hecho? —quiso saber Juani.

—Nada, que he refrescado a Mary, Shei y Cristina, un poco.

—¿Que has hecho quéeeee? —preguntó Ana mientras conducía.

—Refrescarlas con el agua sucia de fregar, pobres, que hacía calor —añadió aguantándose la risa.

—La madre que te matriculó —rieron todas.

Llegaron a la *fashion week* donde *Chanel* iba a desfilarse para Vercus.

Una amiga de Yolanda que trabajaba para el famoso diseñador vio a la perrita y quedó fascinada con ella hasta el punto de que la quiso para que desfilara junto con la modelo principal en el célebre evento.

—Yolanda, guapa, ¿qué tal estás?

—Hola, Laura, ¿todo bien? —saludó a su amiga.

—Con los nervios a flor de piel. ¿Dónde está la estrella?

—Aquí —contestó sacando a la perrita del bolsito.

—Cosita —dijo Laura cogiéndola en brazos.

Chanel, que estaba supergraciosa con un collar rosa de charol con su nombre en brillantitos, meneaba la colita feliz por todos los mimos que estaba recibiendo.

—Sentaos en vuestros asientos; estáis en primera fila, los tenéis reservados.

Las chicas se sentaron en sus respectivas plazas, rodeadas de diseñadores, modelos y gente famosa.

—Uau, somos CIP —dijo Mar entusiasmada.

—¿CIP? Pensaba que era VIP —la corrigió Ana.

—No, CIP: Chicas Increíblemente Pijas —respondió Yolanda sin parar de reír.

Las luces centrales se apagaron y las del escenario brillaron como nunca, la música comenzó a sonar y los modelos empezaron a desfilan.

Diseñador tras diseñador, fueron subiendo a la pasarela. Al terminar de desfilan los modelos, salían juntas a saludar junto con sus diseñadores. Llegó el momento del más importante. ¡Vercus!

Las chicas salían de una en una caminando al compás de la música, luciendo los diseños más extravagantes.

Yolanda estaba impaciente por ver a su perrita en la pasarela; nunca lo había hecho antes y no sabía cómo reaccionaría, si estaría nerviosa o, por lo contrario, estaría en su salsa.

La modelo principal hizo su aparición en escena; lucía un bonito traje de noche negro largo con una abertura en la pierna derecha. Llevaba a *Chanel* en brazos, la dejó en el suelo y comenzó a caminar; las patitas de la perrita no se veían de lo pequeña que era. Le habían cambiado el collar rosa por uno completamente de brillantitos que despedía destellos, haciendo contraste con el vestido de la modelo; estaba monísima.

Chanel pasó por delante de una entusiasmada Yolanda, quien, con su móvil, hizo fotos y vídeos para captarlo todo.

Cuando la modelo giró para volver al principio de la pasarela, la correa se le enredó en los pies, con tan mala suerte que no controló bien los tacones y, tras tambalearse unos

segundos, fue a parar encima de un famoso diseñador que se encontraba sentado en primerísima fila, haciéndolo caer de la silla y arrastrando a *Chanel* con ella.

Las cinco amigas se levantaron corriendo, se temían lo peor con el pobre animalito; era tan minúscula que podían haberla aplastado.

—¿Mi perrita está bien? —preguntó Yolanda preocupada, buscando a *Chanel* entre todo el barullo.

Aquello era un caos: gente arremolinada, sillas fuera de su sitio, el famoso diseñador con las patas para arriba, la modelo con el vestido tan enrollado en sus piernas que no podía levantarse y *Chanel* ladrando como una posesa.

—Al menos la perra está bien —dijo Juani.

—Síiiii —añadió Mar.

Cuando la modelo consiguió levantarse con ayuda de las personas que la rodeaban, *Chanel* salió disparada y el señor que estaba patas arriba se echó las manos a la cabeza, gritando.

—Mi peluquín.

—Nena, que se lo ha llevado tu chuchín —comentó Raquel riendo sin parar.

—¿Qué dices? ¿En serio? —demandó Yolanda.

—Que sí, que la he visto salir pitando con el peluquín en la boca.

—Vamos a buscarla —propuso Ana.

Mientras todo iba volviendo a la normalidad, la gente se sentaba de nuevo en sus asientos, los accidentados eran atendidos en la parte trasera de la pasarela y las modelos volvían a salir, las chicas buscaban a *Chanel* hasta debajo de las piedras.

—¿Dónde está la *joía* perra? —se preguntó Raquel.

—¡Mírala! —gritó Ana.

—Cógela —dijo Mar.

La perrita estaba toda entretenida jugando con el peluquín del señor. Yolanda se acercó y la agarró.

—*Ainssss*, qué asco, suelta eso.

—Madre mía cómo ha dejado los pelos, parecen estropajos, ¡me meoooooooooooo! —rio Mar.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Yolanda dándole con el pie.

—Pues tendrás que dárselo a su dueño —le contestó Juani.

—¿Yoooooooo? Ni loca cojo eso.

—Pues es tu chucho —le recordó Ana.

—No es un chucho, es mi perrita.

—Pues eso, tú lo has dicho: *tuya*, así que coge los pelos o lo que queda de ellos y llévaselos a su propietario, que debe de estar esperándolos.

Yolanda le iba dando pequeñas patadas al peluquín, mientras sus amigas se tronchaban de la risa detrás de ella.

Cuando llegaron cerca del *set* de peluquería, el peluquín estaba para el arrastre: sucio, mordido y aplastado por un lado. No tenía arreglo.

Yolanda vio que Laura llegaba hasta ella y de un puntapié apartó los pelos, que fueron a parar detrás de una cortina.

—¿Has encontrado a *Chanel*? —le preguntó.

—Síiii, estaba por allí —le explicó señalando al fondo.

—Menos mal, porque yo no consigo encontrar el peluquín y tiene un disgusto Johnny Ga...

No había acabado de decir el nombre del famoso diseñador cuando unos gritos salieron de detrás de las cortinas.

—Pero ¿quién ha hecho esto con mi peluquín? —bramó furioso—. No puedo salir así, con estos pelos.

Abrieron la cortina un poquito y, cuando vieron la escena, tuvieron que cerrarla y alejarse para que no las oyeran reír.

La cara del diseñador con lo que quedaba del peluquín en la cabeza era como para grabarla y ponértela en tus días tristes.

Las chicas no podían parar de reír, incluso Laura se estaba descojonando.

—Yo tengo que hacer una foto para enviársela a Lucas —dijo Yolanda sacando su móvil del bolso.

—Qué *joía* eres —soltó Mar sin parar de reír—; luego me la pasas.

—¿Quién es más *joía*, tú o yo? —replicó a la vez que tocaba el botón de su móvil y captaba la imagen.

—Venga, chicas, dejemos ya de reír, que al final nos oirán y a mí me despedirán —pidió Laura intentando ponerse seria, pero sin conseguirlo.

—Nosotras nos vamos ya, que esta noche tenemos fiesta. Gracias por pensar en *Chanel* para que desfilara, siento que no saliera del todo bien —comentó Yolanda dándole dos besos.

—No te preocupes, la culpa no ha sido de ella; la modelo se enredó y originó todo esto, pero la perrita ha desfilado como toda una profesional.

Se despidieron de Laura y salieron del recinto hacia el aparcamiento.

El camino de vuelta se hizo muy ameno; no podían parar de reír viendo la foto que Yolanda le había hecho al diseñador con el peluquín destrozado en la cabeza. Las risas aumentaron cuando la princesa terremoto, como la llamaba Lucas, empezó a escribir una especie de meme con una aplicación del móvil.

—Mirad lo que ha hecho la granuja esta —dijo Mar sin parar de reír.

—Dame, que lo quiero ver —pidió Juani.

—Que rule el móvil —comentó Raquel sin parar de reír.

—L'Oréal, porque yo lo valgo —leyó Ana parada en un semáforo—. Eres un caso, locuela —le dijo riendo.

—Me duele la barriga de tanto reírme.

Entre risas, bromas y cachondeo llegaron a casa de Yolanda.

—Nena, que no habíamos visto tu casa... ¡Qué bonita es! —exclamó Mar.

—Quedaos a cenar; podemos arreglarnos aquí y salir todas juntas, ¿os parece?

—A ver qué nos haces para llenar nuestros estómagos hambrientos —soltó Raquel.

—¿Quién, yo? Pedimos pizzas y arreando, que es gerundio —dijo saliendo del coche.

Abrió la puerta, dejó todo lo de *Chanel* en su sitio y la sacó del bolso.

—¿No hay nadie? —preguntó Mar.

—No sé, a lo mejor está arriba. Sentaos, estáis en vuestra casa.

En ese momento Lucas bajaba la escalera, vestido con tejanos, camisa blanca y americana negra.

—Uy, cuántas mujeres juntas, mejor me voy —declaró acercándose a Yolanda.

—No me digas que tienes miedo de nosotras —bromeó Mar dándole dos besos.

Lucas sonrió y saludó a las chicas besándolas a todas.

—Sois un peligro cuando os juntáis —comentó riendo.

—Vas demasiado guapo, ¿me tengo que preocupar? —le preguntó Yolanda abrazándolo y sonriéndole.

—Para nada, sólo tengo ojos para ti —le dijo guiñándole un ojo.

—Mentirosillo —bromeó ella dándole un beso.

—Me voy, peque. Te quiero.

—Y yo más.

—Venga, chicas, disfrutad de la noche y no os metáis en líos —les recomendó bromeando.

—Si nos metemos, la autoridad nos tendrá que rescatar —añadió Juani.

—No sé, yo soy SWAT... y aquí no tengo jurisdicción —le contestó riendo.

—Eso significa que tú, Yolanda, hagas lo hagas, no tienes salvación —soltó Raquel.

—Por mi princesa, me salto las leyes —dijo riendo a la vez que cogía las llaves del coche y salía por la puerta.

—¿Pedimos pizza? —preguntó Yolanda.

—Síiiii, venga llama; yo quiero tropical —gritó Ana.

—Cuatro quesos por aquí —añadió Raquel.

—Pide una pepperoni y creo que tendremos suficiente, ¿no? —dijo Mar.

Tras ponerse finas filipinas de pizza, empezaron a prepararse para disfrutar de la noche.

—¿Al final te vas a poner el vestido que te has comprado hoy? —le preguntó Mar a Yolanda.

—Sí, pero no estoy segura de sí ponerme el cinturón o no.

—Pruébatelo y te decimos, aunque tú siempre vas de diez,
asque-rosa —le dijo riendo.

Sobre las doce de la noche, salieron de casa dispuestas a divertirse de lo lindo.

Capítulo 28

En el C&B el ambiente era fenomenal; la sala estaba más llena que nunca, pues llevaban días anunciando que actuarían Adrián y Anita, pentacampeones de salsa, para dar unas clases gratis, hacer baile social y animar con pasos libres durante toda la noche, y el local estaba a reventar de gente.

—Madre mía, qué ambientazo —alucinó Ana mirando a las chicas.

—Hoy vas a bailar como nunca, ¿verdad, Yolanda? —preguntó Mar.

—Ya te digo, pero tú a mi lado.

—Zipi y Zape salseando —bromeó Mar.

—Chicas, vamos al lado del DJ, donde nos ponemos siempre —propuso Raquel.

Cruzaron la pista y se dirigieron al fondo del local para situarse en su sitio habitual; desde allí podían divisar toda la discoteca.

—Vamos a por las bebidas. ¿Qué queréis? —preguntó Juani.

—Mojito —pidió Yolanda.

—Que sean dos —se sumó Mar.

A los pocos minutos ya tenían en sus manos los mojitos.

—Nenas, allí están nuestros respectivos —anunció Ana.

—¿No hay más discotecas en la ciudad? —preguntó Mar.

—La mejor es ésta —contestó Juani.

—Cualquiera diría que no quieres ver a tu cariñín —se mofó Yolanda.

—Lo veré más tarde, pero esta noche es nuestra.

—Pues nada, ellos allí y nosotras aquí —sentenció Raquel.

Dasoul empezó a sonar y Mar comenzó a cantar y bailar.

—Chicas, ¿os la sabéis? —preguntó ésta levantando los brazos.

—Síiiii —gritaron todas con los brazos arriba coreando el tema que sonaba.

Yolanda bailaba y reía, cantando divertida.

Se acercó a Mar y las dos cantaron un trozo del estribillo a pleno pulmón riendo sin parar.

Tras ese tema, sonó *El mismo sol*,^[11] de Álvaro Soler y Jennifer Lopez.

—Me encanta esta canción —dijo Mar bailando como una loca.

En ese momento pasaron por delante tres hombres que se metieron en medio del grupo a bailar con ellas; uno de los tipos se acercó más de la cuenta a Yolanda e intentó abrazarla.

—Las manos quietas y desfila —le advirtió apartándolo.

—Tranquila, nena, que, si quieres, lo podemos pasar bien.

—Pero, como no quiero, te vas con viento fresco... y deja de mirarme las tetas, que, si te preguntara de qué color tengo los ojos, ni lo sabrías, y en cambio podrías decirme de qué color llevo el sujetador.

Las cuatro amigas se unieron a ella; Mar sacó toda su mala leche y entre todas los despacharon.

—Gracias, chicas, a lo mejor es que llevo demasiado escote —comentó mirándose el pecho desde arriba.

—A ver, ¡llevas escotazo!, pero no te sientas culpable por un gilipollas. ¡Estás tremenda! —la animó Mar.

Yolanda sacó una chaqueta del bolso y se la puso, tapándose el escote.

—Estás tonta, pero, si así estás más tranquila, genial —le dijo Raquel.

La fiesta continuó; se reían, cantaban y, en ese momento, hacían con las manos lo que decía la canción de Joey Montana *Picky...* [12] cuando vieron algo que no les hizo mucha gracia.

Las enchochadas acababan de cruzar la pista y se dirigían directas hacia donde estaban sus chicos.

—Ya tenemos la noche al completo —soltó Mar.

—Mantengamos la calma, a lo mejor pasan de largo —dijo Yolanda.

Mar la miró con cara de guasa.

—Después de lo que has escuchado en la tienda, ¿aún piensas que no lo van a intentar?

—Mantengamos los ojos abiertos, entonces.

Siguieron bailando, pero sin apartar la vista de donde estaban ellos. Vieron cómo se les acercaban y los saludaban. Mary se puso al lado de Dani y coqueteó con él, mientras Mar se iba cagando en todo lo que se meneaba.

—Me la cargo como le ponga las manos encima a mi *coração*.

—¿A tu quéee? —preguntó Raquel riendo.

—¿Qué pasa, que tú no tienes un nombre cariñoso para Óscar?

—Pues no, será porque todavía no estamos juntos oficialmente —contestó.

—Cuando lo estés, ya verás cómo te sale solo —le dijo Ana.

—Lo dudo mucho, al paso que vamos y con el tonto que tiene con la pánfila esa.

—La pánfila esa no vale nada a tu lado —la reconfortó Juani.

Los ánimos estaban caldeados; las chicas ya no se divertían, porque estaban pendientes del coqueteo que se traían con sus parejas. Veían que no se cortaban a la hora de desplegar todas sus artes para cazarlos.

Ellos no ponían de su parte, pero tampoco estaban haciendo nada por apartarlas de su lado y eso hervía la sangre de Yolanda y Mar, las más afectadas.

Yolanda era una olla exprés que saltó cuando vio que Shei acariciaba las solapas de la americana de Lucas y se pegaba a él palpándole el pecho.

—¡Se acabó! Ahora mismo saco a la choni de paseo y voy para allí.

—La que se va a liaaaaar —dijo Ana.

Yolanda cruzó la pista sin miramientos y se paró delante de ellos.

—Tú, quita las manos de encima de mi novio, que no es veterinario.

—¿A qué viene eso? —preguntó Shei extrañada.

—Pues que no tiene que cuidar ni de gatas, ni de perras, ni de zorras —le aclaró apartándola.

—¿Me estás llamando zorra? —preguntó Shei muy indignada.

—No, te he llamado gata, perra y zorra —le contestó muy seria y dispuesta a todo.

En ese momento Lucas vio que se iba a armar bien gorda, así que cogió a Yolanda por la cintura y se la llevó.

—Cálmate, princesa Brave —le pidió mientras llegaban a un sitio más tranquilo.

—Lucas, no entiendo por qué me apartas.

—Porque no quiero que montes un numerito aquí.

—Pues, si no quieres que monte un pollo, no le sigas el rollo. Mira, me ha salido un pareado.

—No lo hago, sólo estoy siendo educado.

—No me fio de ella. Ya te lo dije.

—Fíate de mí, cruasancito mío.

—En estos momentos soy tu barra *baguette* —replicó muy seria.

—Bueno, pues sé lo que quieras, pero compórtate, que no pasa nada.

—Perfecto, vamos a disfrutar de la noche —dijo muy molesta mientras se quitaba la chaqueta y mostraba su escotazo.

Lucas se quedó con la boca abierta de lo espectacular que estaba con ese vestido.

—¡Ni loco te dejo irte así con ese pedazo de escote!, no tengo ganas de repartir puñetazos a media discoteca.

—Cálmate y compórtate, que no pasa nada —le contestó, y se quedó tan fresca.

Dicho esto, salió del rincón donde la había llevado y se dirigió hacia la pista.

Por el camino, Lucas pudo observar cómo los ojos de casi todos los hombres se clavaban en el escote de su novia y no le gustó ni un pelo.

Yolanda, por su parte, no se daba cuenta del revuelo que levantaba a su paso de la mala leche que tenía encima.

Llegó al centro de la pista justo cuando el profesor empezaba la clase de tecnomerengue y se puso en primera fila dispuesta a bailar.

La música comenzó a sonar con otro tema de Dasoul, *De lao a lao*.^[13] Adrián, con el micrófono de diadema en la cabeza, comenzó con los pasitos libres.

Mar se unió a ella; había tenido unas palabras con Mary y se había discutido con Dani por culpa de ella, así que necesitaba desahogarse. Juntas empezaron a seguir los pasos que los profesores marcaban.

A medida que iban bailando, Lucas se iba cabreando más al verla menear las caderas de esa forma en que lo hacía, tan extremadamente sexy. Estaba tentado de ir y bajarle el vestido que se le iba subiendo por las piernas a medida que iba contoneándose.

—Y vamos moviendo los hombros, asíiiii —dijo Adrián en un momento dado de la *masterclass*.

Yolanda hacía las maracas con los brazos en cruz y movía los hombros con mucho ritmo.

Un grupo de chicos que había cerca de ellos hizo un comentario acerca del escote de Yolanda, cosa que a Lucas le sentó como un tiro y a punto estuvo de partirle la cara a quien lo había dicho.

Los compañeros lo calmaron para que no se liara gorda.

—Saltando y rotando las caderas, vamooooos.

—Movimientos sexys, así, así, así... —volvió a indicar el profe.

Mar y Yolanda seguían el ritmo estupendamente y se notaba que disfrutaban con ello.

Shei continuaba desplegando sus artes y Lucas empezó a hacerle algo más de caso para ver si despertaba algo en Yolanda

Acabados los pasos de merengue, sonó una bachata y Adrián se acercó a ella para que bailara con él.

En un principio dudó si hacerlo o no, puesto que no quería que Lucas se enfadara, pero por el rabillo del ojo vio cómo él continuaba siguiéndole el rollo a Shei, así que, sin pensarlo dos veces, aceptó y empezó a bailar bachata con Adrián.

Se dejó llevar por la canción *Te perdiste mi amor*,^[14] interpretada por Thalia y Prince Royce... y bailó una sensual bachata.

Lucas, encelado y cabreado, optó por irse para descargar su furia. Shei se percató de todo y decidió aprovechar la oportunidad e ir tras él.

Yolanda vio cómo se iban uno detrás del otro. No daba crédito a lo que estaba viendo con sus propios ojos... ¿Lucas se iba con esa petarda?

No podía ser. Le agradeció a Adrián que bailara con ella y salió disparada de la pista; pasó por delante de las chicas, que estaban con sus parejas intentando digerir todo lo que estaba pasando, cogió su bolso y las llaves del coche de Ana y se dirigió hacia la puerta de la discoteca como un cohete sin que nadie pudiera pararla.

Mar la siguió y logró alcanzarla. Subieron juntas en el coche y salieron a toda pastilla del aparcamiento, sin hacer

caso a los gritos de Ana, Juani y Raquel, que habían salido para ver si podían detenerlas.

Las tres volvieron a la discoteca para avisar a Lucas y a Dani de lo sucedido.

Al entrar, lo vieron con cara de pocos amigos buscando por todos lados.

—Lucas, Yolanda se ha ido —le comunicó Ana muy nerviosa.

—¿Cómo que se ha ido?

—Que te ha visto alejarte con la imbécil de Shei, ha cogido mi coche y se ha largado.

—Yo no me he ido con nadie, sólo he ido al baño —bramó muy furioso.

—Pues Yolanda ha visto que ibas con la imbécil esa y ha salido despavorida.

—¿Dónde está Mar? —preguntó Dani.

—Va con ella en el coche —contestó Raquel.

—Lucas, tienes que ir a por ella; está muy nerviosa... y va conduciendo.

—Tranquila, la encontraré.

Lucas salió del local, seguido por todos, saco su móvil, marcó y esperó los tonos, pero la respuesta nunca llegó, el teléfono de Yolanda estaba apagado.

—Voy a mi casa, a lo mejor están allí.

—Te acompañamos —concluyó Javier.

Se subieron a los vehículos y se dirigieron hacia allí. Al llegar vieron que no había nadie, tan solo *Chanel*, que les dio una sonora bienvenida ladrando.

—No están —maldijo Lucas.

—¿Tenéis idea de dónde pueden haber ido? —preguntó Dani.

—No; sólo sabemos que han salido del aparcamiento como unas locas, han pasado por delante de nosotras que parecían el coche de Fernando Alonso.

—Yolanda estaba supernerviosa y llorando —añadió Juani.

Lucas, que cada vez estaba más cabreado, miró muy serio a su compañero y le dijo:

—Dani, tú y yo vamos a buscarlas.

—¿Nosotros nos quedamos aquí por si aparecen? —preguntó Raquel.

—Sí, por favor; si hay cualquier novedad, nos llamamos.

—Id tranquilos —dijo Marcos.

—Sobre todo vigilad en la carretera, no vayamos a tener un disgusto —apostilló Raquel.

—Si llaman, avisadnos con lo que sea.

—Así será; nosotros vamos a hacer unas cuantas llamadas para ver si podemos averiguar algo —comentó Óscar.

Lucas y Dani salieron de la casa sin rumbo fijo dispuestos a encontrarlas fuera como fuese.

—Por el GPS las podemos localizar, ¿no? —preguntó Dani cogiendo su móvil.

—Sí, pero para ello tienen que activar el teléfono.

—Pues, mientras lo hacen, vamos a dar vueltas por aquí, por si vemos el coche.

El automóvil de Ana iba en dirección a Madrid conducido por una Yolanda muy nerviosa y alterada.

—¡¡Cuidadooooooooooooo!! —gritó Mar.

El grito la hizo volver a la realidad; se había olvidado por completo de que iba conduciendo. Dio un volantazo y frenó de golpe; se quedó parada en el arcén, con la cabeza en el volante tras darse un golpe con éste.

—¿Estás bien? —preguntó Mar.

—Sí, ¿y tú?

—Sí, pero, *joíaaaaa*, vigila, que casi nos matamos —dijo bajándose del vehículo.

—¿Qué haces?

—Ahora conduzco yo; tú estás demasiado nerviosa y encima, llorando, no ves una mierda, así que aparta.

—Nena, no me puedo creer lo que ha hecho Lucas... mira que irse con ésa, que es más guarra que los papeles de los churros —le comentó llorando a su amiga Mar.

Mar soltó una carcajada monumental.

—¿De qué te ríes? —preguntó extrañada.

—De lo que has dicho, tienes unas ocurrencias... —le contestó sin poder parar de reír.

—¿He dicho alguna mentira? —preguntó sin dejar de llorar.

—No, pero es que me hacen gracia las salidas que tienes.

—Pues a mí, en estos momentos, no me hace gracia nada.

—Bueno, tranquila, que estás muy alterada... y deja de llorar, que así no adelantas nada. ¿Adónde vamos?

—No lo sé, la verdad. No quiero volver a casa, pero tú no tienes por qué pagar mis platos rotos; si quieres, te dejo en casa de Dani.

—Si hombre, y te dejo yo a ti sola en el estado en el que estás. Además, Dani también me tiene mosqueada, así que...

¡que le zurzan! Vamos a buscar un hotel y allí podremos hablar tranquilamente.

Mar condujo hasta que llegó al primer pueblo de las afueras de Madrid. Buscó un hotel y allí se hospedaron; el viaje no había sido nada ameno, Yolanda no dejaba de llorar, estaba cada vez peor, y ya no sabía de qué manera consolarla.

—Ahora vengo —le dijo Mar.

Yolanda se tumbó boca abajo en la cama, abrazó la almohada y se quedó inmóvil... hasta que minutos después llegó Mar cargada de provisiones para pasar la noche de llantos que les esperaba.

—Mira, loquilla, he traído chuches, chocolatinas, Coca-Cola, helado y... ¡Nenaaaaaaaaa, que he encontrado el *champagne* ese rosa que tanto te gusta y he comprado dos botellas!

Yolanda se dio media vuelta, la miró con los ojos rojos de tanto llorar y le dijo:

—Vamos a pillarnos el pedal del siglo. Abre la botella.

—Yo nunca he abierto una botella de *champagne*, ¡hazlo tú!

—Yo tampoco he abierto nunca ninguna.

—Manda narices que no podemos pillar el pepino del siglo porque no sabemos abrirla.

—No te lo crees ni tú, esto lo abro yo como que me llamo Yolanda.

Empezó a quitar el hierro, luego sacó el papel de aluminio y, cuando se quedó sólo con el tapón, miró a Mar y le preguntó:

—¿Dónde apunto?

—Donde quieras menos a mí.

—La primera vez que voy a abrir una botella de *champagne* francés —dijo empujando el tapón.

iiiiiiBOOMMMM!!!!!!

El tapón salió disparado hacia la pared, rebotó y le dio a Mar en la cabeza.

—Jodeeeerr, menos mal que te he dicho que no apuntaras hacia mí.

—Yo no he apuntado hacia a ti, sino que ha rebotado y te lo has llevado tú.

—¡Anda! No tenemos copas.

—Pero tenemos esto —dijo Yolanda saliendo del baño con los vasos que hay en todos los hoteles en el lavabo.

—Bebiendo *champagne* en vasos, qué mal —dijo Mar tras dar un sorbo.

—A mí me has puesto poco, porque ya no tengo.

—Yolanda, bebe despacio, que no es agua, *joíaaaa*.

—Calla y dame más bebida rosa.

Las horas fueron pasando y la botella de *champagne* se fue vaciando.

—¿Abro la otra? —preguntó Yolanda.

—Mejor la abro yo, que eres capaz de darme otra vez.

Mar abrió la botella nueva, y les duró lo que un Chupa Chups en la puerta de un colegio. Yolanda se lo bebió como si fuera agua fresca; Mar intentó frenarla, pero no hubo manera... así pues, la acompañó en todo momento. Llevaban las dos un buen pedal.

—Nena, vamos a grabar un vídeo.

—¿Un vídeo para qué? —preguntó Mar riendo.

—No sé, pues un *selfie* de noche —dijo a la vez que apagaba la luz.

—Ha salido todo oscuro, loca.

—Porque es de noche —respondió con una risa tonta.

—Estás borracha.

—Y tú también, ¿o tú hablas así por casualidad?

Yolanda cogió su móvil y se dispuso a grabar un vídeo.

—Mar, di hola a la cámara —le pidió dándole al botón de grabar.

—Hoooooaaaaa.

—Nena, qué caretos de borrachinas tenemos; a mí sólo se me ve un ojillo.

—Estoy chupando cámara.

—Eres una egoísta... pues la pongo así y chupamos las dos —dijo dándole la vuelta al móvil.

—Nos hemos bebido las dos botellas enteritas.

—Ya se ha terminado; yo quiero más bebida rosa, ¡qué bueno está, es de fresa, tía!

—Te la has bebido como si fuera agua; ya verás dentro de un rato, *joía*, lo vas a flipar —le advirtió Mar riendo sin parar.

—¿Más? Pero si ya estoy flipando.

—La resaca del *champagne* es muy mala. Te van a doler hasta las pestañas.

—Tía, mira que ojos tengo —dijo Yolanda acercándose el móvil a la cara y abriendo los ojos como platos.

—Verdes.

—Que no, que están rojos, aunque también verdes.

—¿Mañana vamos a ir a Móstoles? —preguntó Mar.

—De Móstoles son las empanadillas.

—Y las Supremas de Móstoles —añadió Mar.

—La madre que te parió, la que estás liando con las empanadillas y las Supremas.

—Pero si has sido tú. Casillas también es de Móstoles.

—A mí no me gusta el Madrid. Nena, nena, nena... mi suegra no me quiere porque soy catalana, y la muy bruja es merengue.

—¿Has llamado bruja a tu suegra?

—Síiiii, para Halloween no hace falta que se ponga careta, con que se ponga sólo la gomita de oreja a oreja tiene suficiente.

—Que estás grabando un vídeo y se puede enterar Lucas.

—Que no, que luego lo borro, pero... mira, a lo mejor se lo digo para que lo sepa.

—No se te ocurra decirle nada, que la lías.

—La ha liado él bastante con irse con la guarra esa, seguro que tira las bragas a la cloaca y salen las ratas pidiendo bicarbonato.

—Halaaaaaaaa, qué bruta eres cuando quieres.

—Nena, que Lucas se ha ido con ésa, no quiero llorar, no quiero llorar... —dijo llorando—. ¿Y por qué lloro?

Mar también empezó a llorar.

—¿Me haces la competencia? —le preguntó.

—No, que Dani también se ha enfadado conmigo... y me ha dicho que me comportara bien, ¿te lo puedes creer? Él tonteando con la idiota esa y encima me dice que me comporte bien.

—¿Sabes a quién me recuerda Mary?

Mar negó con la cabeza.

—Al gorila del Zoo de Barcelona: cuando pone los brazos cruzados es igualito a ella.

Las dos estallaron en carcajadas.

—Vamos a parar el vídeo, porque estamos diciendo una de tonterías... venga, decimos adiós. ¡Qué pelos de loca llevooooooo!

—¿Estás borracha y te estás mirando los pelos? Hija mía, nunca pierdes el glamur.

—Síiii, lo voy a perder ahora que voy a llamar a Lucas y le voy a decir cuatro cosas, bueno cinco... a lo mejor seis.

Marcó el número y esperó los tonos. No tuvo que esperar demasiado, Lucas estaba desesperado buscándola y estaba muy pendiente del móvil.

—¿Dónde estás, Yolanda? —preguntó nervioso.

—No te lo voy a decir, porque te has ido con la Culopollo esa.

—¿Estás bebida? —volvió a preguntar.

—Síiiii, y tú tienes la culpa de que me sienta mal, tú y tu madre. Que lo sepas.

—Yolanda, dime dónde estás. Deja a mi madre tranquila, que aquí no pinta nada.

—No te digo dónde estoy, y tu madre es una bruja. Tú, de pequeño, no te subías en el tren de la bruja, tú ibas con tu madre en el cercanías y tenías suficiente, y ahora te cuelgo.

—La has liado parda, pollito —le dijo Mar riendo a carcajadas.

—Nunca lo dejo hablar —añadió un poco pensativa.

—Vamos a dormir, que llevamos un pepino importante.

Las dos se quedaron dormidas tal y como estaban, vestidas y maquilladas; lo único que se habían quitado eran los zapatos.

Sobre las cinco de la mañana, Yolanda se empezó a sentir mal. Dio vueltas en la cama medio dormida, pero no estaba a gusto, tenía ganas de vomitar. Se despertó y, cuando se fue a levantar, vio dos sombras sentadas en los sillones que había en la habitación.

—¡Hostiaaaaaaaaaa, qué susto! —dijo gritando.

—¿Qué pasa? —preguntó Mar despertándose de un sobresalto.

—Tenemos compañía.

Lucas y Dani estaban sentados con cara de pocos amigos.

—Y éstos, ¿cómo han entrado?

—Pues no sé, pero, con vuestro permiso, voy al baño —anunció tapándose la boca con la mano.

Al entrar en el lavabo, levantó la tapa del váter y sacó todo lo que tenía dentro; mientras estaba vomitando se agarraba la cabeza, porque parecía que se le iba de su sitio del dolor tan grande que tenía.

Cuando se miró al espejo, comprobó que estaba realmente desastrosa: el maquillaje corrido, los pelos alborotados, los ojos rojos y un chichón en la frente.

Cogió papel del váter y se limpió todo el rímel corrido lo mejor que pudo, se peinó con los dedos la melena, se tocó el chichón con cuidado y salió del baño.

—¿Dónde está Mar? —le preguntó a Lucas, que seguía sentado en el sillón con la misma cara de mala leche.

—Se han ido a su casa; tenían cosas que hablar, al igual que nosotros.

—Bufff, pues para hablar estoy yo.

—Y, para escuchar, ¿si estás? —preguntó con sarcasmo.

—Hombre, pues, la verdad, no mucho; me duele terriblemente la cabeza y estoy enfadada, así que mejor me quedo aquí a dormir. Adiós.

Lucas, cabreado, encendió la luz, recogió los zapatos y se los dio.

—Ponte los zapatos, por favor, nos vamos a casa. ¿Y ese chichón?

—No me pongo nada —replicó tirando de nuevo los zapatos al suelo—; me di un golpe.

—Yolanda, no me cabrees más. O te los pones o te saco descalza, tú misma.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer lo que tú quieras?

—Se me acabó la paciencia.

Se acercó, cogió los zapatos y a ella se la cargó al hombro boca abajo.

—Lucas, por favor, bájame, que voy a vomitar —le pidió.

La bajó; sabía que se sentía mal y no quería verla en ese estado.

Yolanda, arreglándose la ropa, le dijo:

—Gracias. Me encuentro muy mal; creo que tengo al francés que inventó la *jodía* bebida rosa dándome botellazos en este lado de la cabeza.

—La reseca del *champagne* es una de las peores y más para ti, que no estás acostumbrada a beber.

Realmente se sentía fatal, tenía el estómago demasiado revuelto. Le cogió los zapatos de la mano y se los puso; no tenía ganas de discutir, a pesar de que estaba muy enfadada. Sólo quería dormir, y le daba igual que fuera en el hotel, en casa o incluso en el coche.

Durante el camino, AC/DC sonaba con tanta fuerza que retumbaba en la cabeza de Yolanda como tambores; no sabía si era el malestar o que odiaba esa clase de música, pero no le iba a decir nada al respecto a Lucas, ya bastante había. Inclino el asiento hacia atrás, se puso de lado, encogió las piernas y trató de dormir tapándose los oídos con las manos.

Lucas paró en un semáforo, bajó la música, se quitó la americana y la tapó.

—¿Se me ve el trasero? —le preguntó con la voz medio atontada haciéndolo sonreír.

—No, tranquila, no se te ve nada.

Se pasó todo el camino durmiendo. Lucas conducía cabreado pero tranquilo, al menos la había encontrado.

Cuando le hizo la llamada, activó el GPS y pudieron seguir el rastro. Al llegar al hotel, para que los dejaran entrar, tuvieron que enseñar la placa y luego se pasaron unas horitas sentados en el sillón esperando a que se despertaran; la noche no había sido como para tirar cohetes.

Al llegar, le dio al mando, la verja se abrió, entró el coche en el garaje, se bajó despacio y la despertó.

—Hemos llegado, despierta.

—Déjame dormir aquí.

—No te puedes quedar aquí, vamos a casa, por favor.

Yolanda salió del coche de mala gana y entró en casa. *Chanel* la recibió meneando la colita feliz de verla; ella se agachó, la cogió en brazos, la acarició, la besó... le hizo mil monerías, mientras el chuchín le devolvía las muestras de cariño.

—Me voy a dormir —comentó.

—De eso nada, tenemos que hablar y lo vamos a hacer.

—¿Tiene que ser ahora? No he dormido casi nada.

—Yo no he dormido nada tampoco.

—¿Y tú por qué no duermes?

—¿Me estás vacilando?

—No tengo cuerpo para hablar, ¡lo voy a tener para vacilarte! Subo a cambiarme y a ducharme, que parezco el Ecce homo con todo el maquillaje corrido.

Cuando los chorros de agua caliente cayeron sobre su cuerpo, empezó a sentirse algo mejor; la cabeza le seguía doliendo, pero necesitaba la ducha más que el comer. Pensó en lo que había pasado, en la forma que había actuado, pero estaba muy enfadada y no iba a dar su brazo a torcer.

Le hubiera gustado quedarse más tiempo bajo el agua, pero, como se iba a montar una y bien gorda, cosa que le daba igual porque estaba que se subía por las paredes cada vez que recordaba la imagen de la Culopollo tocándolo, terminó rápido, se puso ropa cómoda y bajó la escalera con la munición preparada.

Lucas la esperaba muy serio sentado en el sillón.

—¿No tendrás a mano Ibuprofeno, verdad?

—No, tengo *Malahostiaforte*, ¿te sirve? —contestó muy enfadado.

—No, para ésas, ya tengo las mías: *Quetedén* 500 mg.

Se levantó del sillón y, caminando de un lado a otro, le gritó:

—Pero ¿a ti te parece normal lo que has hecho?

—Yo no he hecho nada... sólo me fui de la discoteca porque túuuuuuuu —le dijo señalándolo con un dedo— te fuiste con ella.

—Yo no...

Yolanda, como siempre hacía, lo cortó sin dejarlo explicarse.

—¿Qué?, ¿tenía que quedarme allí viendo cómo te sobaba?

—¿Sobarme? Pero ¿qué estás...?

—¿Qué pretendías?, ¿que me quedara mirando cómo te ibas con ella al fondo? —le volvió a gritar sin dejarlo hablar.

—Yo no me...

—No digas nada, porque yo te vi con mis propios ojos.

—Yolanda, ¿qué tal si me dejas hablar?

—¿Yo te lo estoy impidiendo? —preguntó supercabreada.

—Pues claro, no me dejas...

—Habla, habla, venga.

Lucas, cada vez más colérico por no poder hablar ni expresarse, se levantó y caminó hacia la otra salita con las manos en la cabeza cagándose en todo lo habido y por haber.

—¿Y encima te vas? Pues, perfecto, subo al dormitorio.

Salió del salón, subió la escalera y se metió en la habitación; abrió la cama dispuesta a recuperar todo el sueño cuando Lucas apareció hecho una furia.

—Nunca me dejas explicarme. Sólo hablas tú.

No tuvo tiempo de reaccionar cuando se vio con las manos sobre su cabeza... ¡esposada a la cama!

—Pero ¿qué haces? Suéltame —chilló.

—No te voy a soltar; ahora me vas a escuchar y, si hablas, te taparé la boca —la amenazó enseñándole un rollo de cinta aislante.

—Pero tengo derecho a defenderme, señor policía. Está usted abusando de su autoridad.

—Primero: no soy policía. Segundo: no abuso, sólo aplico un poco de orden. Tercero: ahora me escucharás sí o sí.

Dicho esto, Yolanda cerró la boquita, porque en el fondo sabía que él tenía razón... pero, como era habitual en ella, no pensaba reconocerlo, así que lo miró arrugando la nariz para que no creyera que había ganado.

—No me fui con nadie. En la discoteca, me cabreé cuando te vi bailar de esa manera tan sensual con el profesor y me fui al baño; ella aprovechó y me siguió, pero la volví a rechazar.

—Pero tú me... —Se calló de golpe cuando vio que le enseñaba el rollo.

—Sé lo que me vas a decir: yo te aparté porque no quería que montaras un numerito allí y te dije, por activa y por pasiva, que confiaras en mí. Tu comportamiento ha sido de lo peor: irte con el coche de tu amiga, conducir en el estado de nervios en el que estabas... te podías haber matado, ¿lo sabes? Y, como prueba de ello, tienes un chichón en la cabeza —le reprochó muy cabreado—. ¿Tienes idea de lo que he tenido que hacer para poder encontrarte?

Negó con la cabeza.

—Rastrear tu móvil, y tirar de placa en el hotel para que me dejaran subir a la habitación —le explicó aún más airado—. Yolanda, eso no lo puedo hacer, me juego mi trabajo. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza, sin mediar palabra.

—¿De qué manera te tengo que decir que sólo quiero a una mujer en mi vida y que ésa eres tú? Te quiero sólo a ti.

En ese momento sonó un mensaje en el móvil de Lucas; lo revisó y luego la miró y le dijo:

—Me tengo que ir a la base un momento, me necesitan.

—Bueno; suéltame, ¿no?

—No, así me aseguro de que estarás aquí cuando vuelva.

—¿Quééééé?! Haz el favor de soltarme.

—Hasta luego, cariño. No te muevas de ahí —le dijo saliendo por la puerta del dormitorio.

—Lucaaaaassss, Lucaaaaaasss, ¡que me hacen daño, por favor! —gritó moviendo las manos para tratar de soltarse sin éxito alguno.

Él volvió a entrar en la habitación. Yolanda respiró tranquila al ver que se acercaba a ella.

—¿Te hacen daño, princesa?

—Sí —le contestó con vocecita de niña buena.

—Pues te las aflojo, un poquito. Hala, venga, hasta luego, peque. —Cuando estuvo de nuevo en la puerta, añadió—: Debes saber que esa vocecita de princesita buena no te va a servir de nada, porque sigo muy cabreado.

—¡Lucaaaaassssss, no te vayas!

—Llego tarde, cielo.

Bajó, abrió y cerró la puerta de la calle, se metió en la cocina y se puso a desayunar tranquilamente. Mientras se tomaba el café, cogió su móvil y borró el mensaje de publicidad que le había llegado momentos antes.

Estuvo sin hacer ruido durante un buen rato, pero sabía que no podía tenerla mucho tiempo esposada, porque le dolerían los brazos y no quería verla mal.

—Es una pena que tenga que usar las esposas para que me escuches y no te vayas cuando se pueden usar para otras cosas más divertidas —le dijo entrando en la habitación—. ¡Estás tan sexy!

Yolanda meneaba la cabeza negando la idea que se le estaba pasando a él por la cabeza.

—¡Ni lo pienses!

—¿Segura?

—Segurísima, ¿me sueltas?

—¿Palabra mágica o contraseña?

—Te voy a arrancar la cabeza y se la voy a dar a *Chanel* para que juegue.

—Lo sentimos, su contraseña debe tener al menos tres números para ser válida.

—En tres, dos, uno...

Lucas le soltó las manos divertido, pero la que no estaba con ganas de diversión era ella. Después de un «me las pagarás», se dio media vuelta, se tapó y se quedó dormida. Él también se durmió; al fin y al cabo, ninguno de los dos lo había hecho en toda la noche.

Capítulo 29

La bromita de las esposas le costó cara a Lucas: llevaba sin poder tocarla una semana y media, con sus días y sus respectivas noches, en las que, cuando se intentaba acercar a ella, le daba la espalda y se hacía la dormida.

Tenía que hallar una solución. Se metió en Internet y navegó durante un rato; cuando encontró lo que quería, cerró el ordenador satisfecho.

Hizo una llamada y encargó todo lo que necesitaba. Sólo esperaba que la sorpresa fuera de su agrado.

Estaba al teléfono hablando con Estados Unidos desde su despacho cuando unos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y el capitán entró para hablar con él. Cruzaron unas palabras y Lucas respondió.

—Sí, en estos momentos me acaba de llegar la orden, señor.

Se dieron la mano, y el capitán abandonó la estancia.

Terminó su jornada laboral e hizo unos recados antes de volver a casa.

Al entrar, *Chanel* no lo recibió como de costumbre, lo que significaba que no estaba en casa. Oyó ruido en la cocina y fue

a ver; allí sólo estaba Paca, recogiendo lo poco que le quedaba para irse a su casa.

—Hola, Paca, ¿no está Yolanda?

—Hola, mi niño; ha salido con la perrita a dar una vuelta hace unos cinco minutos.

—Perfecto, ¿me ayudas con una cosa, por favor?

—Claro que sí.

Salieron de la cocina y subieron a la habitación; a los pocos minutos bajaron con todo listo.

—Ahora necesito un pequeño favor.

—Dime, ¿qué favor es ése?

—*Chanel*.

—No te preocupes, yo me ocupo sin problemas.

—Gracias, Paca.

—De nada, mi niño; yo os adoro, y por vosotros haría cualquier cosita, aunque me he quedado un poco triste con lo que me has contado.

—Si todo sale como espero que salga... ya sabes lo que tienes que hacer.

—Uy, madre mía, me da un poco de miedo.

—Nada de miedos, yo estaré más tranquilo.

En ese momento se abrió la puerta y *Chanel* entró ladrando y haciéndole fiestas a Lucas, feliz de verlo; la colita parecía un ventilador de tantas vueltas como daba.

Él la cogió en brazos y la mimó un rato mientras Yolanda se quitaba la cazadora de cuero y el pañuelo que llevaba al cuello.

—Hola, princesa.

—Hola, ¿cómo ha ido el día?

—¿Sigues enfadada?

—Un poquito —le dijo arrugando la nariz.

En el fondo estaba deseando abrazarlo, besarlo, acariciarlo, pero no iba a dar su brazo a torcer, ¿o sí?

—Mivi, ya vale, ¿no? Una semana y media sin poderte acariciar, ni besar, ni hacerte el amor. ¿No te doy penita? —Le puso cara de niño bueno.

—¿Te di pena yo a ti cuando me dejaste allí arriba esposada a la cama?

—Cariño, si sólo fue un ratito; sufría yo más aquí abajo, pensando en lo que podía haber estado haciendo contigo mientras estabas esposada, que tú arriba en la cama, al menos estabas cómoda.

—¿Me estás vacilando?

—No te enfades, peque. Ponte la chaqueta, que nos vamos.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

—¿Necesito mi bolso? —preguntó.

—Sí. Cógelo.

Abrió la puerta y salió. Lucas le guiñó un ojo a Paca y salió detrás de ella.

Le abrió la puerta del coche, dio la vuelta, se metió dentro y, cuando fue a arrancar el motor, Yolanda le puso la mano en la pierna y le dijo:

—Mivi, ¿sabes una cosa?

—Dime, princesa.

—Extraño tus besos, tus caricias y tus abrazos.

—Lo de los besos te lo soluciono ahora mismo —contestó atrayéndola hacia él y besándola con pasión.

—¿Y lo demás?

—Tendrás que esperar, por cabezona —bromeó.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —anunció arrancando el coche—, y, si no nos damos prisa, no llegaremos.

Cuando Yolanda se bajó del vehículo, miró atónita a su alrededor; estaba en el aeropuerto de Madrid.

—¿El aeropuerto?

—Sí, cariño, nos vamos de fin de semana, pero no te digo adónde.

—¿Y *Chanel*?

—Estará bien cuidada, se ha quedado con Paca. No te preocupes.

Lucas abrió el maletero, sacó las maletas, cerró el coche y juntos se encaminaron hacia la terminal.

Facturaron las maletas, pasaron el control y buscaron la puerta de embarque; una vez estuvieron delante, Yolanda vio que ponía... ¡Venecia!

Ella nunca había estado en Italia; se entusiasmó con la idea de montarse en una góndola abrazada a Lucas.

—¿Qué quieres, ventana o pasillo?

—Me da igual —contestó.

—¿Estás bien, cariño? Te noto un poco nerviosa —le preguntó mientras la hacía pasar hacia el lado de la ventanilla.

—Me da miedo volar.

—Te conocí en Los Ángeles. ¿Cómo fuiste?, ¿nadando? —bromeó.

Yolanda lo miró sonriendo.

—Me subo, pero me da miedo el despegue, me pongo nerviosa.

—Ven —le dijo levantando su brazo para que se acurrucara.

El avión empezó a despegar; se agarró fuerte a su brazo y cerró los ojos. Lucas le acarició la cabeza con la otra mano para sosegarla.

—Tranquila, peque, piensa en que lo vamos a pasar genial.

—Me quiero subir a una góndola.

—No nos quedaremos en Venecia, pero te prometo que, si nos da tiempo, la visitaremos y pasaremos por los canales.

—Sea donde sea, será genial si estamos juntos —afirmó mirándolo fijamente.

—Mi princesa bonita.

—Mi SWAT cañón.

El viaje resultó tranquilo. Al salir del aeropuerto fueron al mostrador de alquiler de coches. Luego subieron al vehículo y pusieron rumbo a nuevo destino.

—Llegaremos más o menos en una hora —le anunció Lucas.

Yolanda se acomodó en el asiento, se abrochó el cinturón y se dispuso a disfrutar del lindo paisaje que le ofrecían las tierras italianas.

Tras exactamente el tiempo que había dicho, entraban en una de las siete provincias del Véneto, situada al norte de Italia.

—¡¡¡¡¡No me lo puedo creer!!!! —exclamó toda feliz.

—Por lo que veo, he acertado con la sorpresa, ¿verdad?

—Síiiii. No me puedo creer que esté en Verona, la ciudad de los enamorados.

—Vamos a buscar el hotel; si el GPS no me engaña, está por allí.

El hotel era pequeñito, pero encantador. Estaba situado en el centro de la ciudad. Cuando subieron a las habitaciones, lo primero que hizo Yolanda fue mirar por el balcón: la vista era sorprendentemente bonita, pero no encontró lo que buscaba.

Lucas salió al exterior junto a ella y vio cómo miraba en todas direcciones.

—¿Qué buscas, cariño?

—La casa de Julieta.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó con cara de póquer.

—Síiii, estoy deseando salir y disfrutar de la ciudad —le comentó saliendo disparada hacia la puerta.

—Ey, para un poco, terremoto —la frenó—; ya tendremos tiempo de ver la ciudad mañana. Ahora van a subir la cena, y luego el jacuzzi nos espera.

En ese momento unos golpecitos en la puerta les avisaron de que la cena estaba lista.

Lucas abrió y el camarero entró y les preparó una bonita y romántica mesa para que pudieran cenar a la luz de las velas.

La cena no se alargó más de lo necesario, pues los dos estaban deseando pasar a los postres; la semana y media de castigo había sido un infierno tanto para él como para ella.

Lucas se levantó, dio la vuelta a la mesa, la hizo levantar y, abrazándola desde atrás, la condujo hasta el baño sin parar de besarla en el cuello.

Cuando abrió la puerta, el jacuzzi estaba ambientado con velas con aroma de vainilla, pétalos de rosas blancas y, en una cubitera, había una botella de *champagne*.

—¿*Champagne*? Cari, nada más verlo ya me duele la cabeza —dijo riendo.

—No voy a dejar que bebas mucho, tranquila, no te quiero borracha; te quiero con los cinco sentidos puestos en todo lo que vamos a hacer y disfrutar.

Se desnudaron lentamente gozando el uno del otro, besándose cada rincón del cuerpo; habían pasado varios días sin tocarse, sin acariciarse ni besarse apasionadamente. Estaban deseosos de darse todo lo que en esos días se habían perdido.

Metidos en el jacuzzi y tras haber hecho el amor con pasión, Yolanda le contaba a Lucas lo romántico de la ciudad donde se encontraban.

Verona era la ciudad en la que William Shakespeare situó la historia de su obra *Romeo y Julieta*; ésa era la razón por la que ella había buscado la casa a su llegada al hotel.

—¿Me estás diciendo en serio que aquí está la casa de Julieta? —preguntó Lucas mientras le masajeaba los hombros y le repartía dulces besos.

—Síiiii; tenemos que ir a verla, quiero una foto en el balcón donde Romeo le declaró su amor, quiero ver también sus tumbas y quiero...

—Bueno, bueno, lo quieres todo, pero eso será mañana, porque ahora mismo lo único que quiero es volver a hacerte el amor... toda la noche.

Se volvieron a amar dentro del jacuzzi; derrocharon pasión contra la pared del baño y aún les sobró para mimarse en la cama hasta caer agotados y quedarse dormidos abrazados.

Yolanda fue la primera en despertarse; se levantó, se duchó y se vistió sin hacer mucho ruido para no despertarlo.

Estaba feliz; le esperaba un fin de semana de lo más romántico. La noche de amor y pasión había dejado huella en ella y lo mejor de todo era que las cosas entre Lucas y ella iban de maravilla, ¿qué más podía pedir?

Se acercó hasta la cama, donde él dormía boca abajo abrazado a la almohada, y le tocó el pelo suavemente.

Él ladeó la cabeza medio dormido y ella aprovechó para besarle la mejilla con ternura.

Cogió su móvil y empezó a grabar un vídeo mientras le repartía dulces besos para despertarlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con cara de dormido, pero sonriendo al ver el móvil.

—Despertando a la bestiaaaaaa —le contestó bromeando.

—No, la bestia esta despierta, mira. —Le cogió una mano y se la bajó hacia sus partes masculinas.

—Está siempre despierta, la muy *joía* —dijo riendo.

—Más vale que esté despierta, si no tendría que mantener una conversación muy seria con ella.

—Levanta, cariño.

—Tienes que ayudarme, que te está saludando —bromeó Lucas.

—Saca esa bestia de mi lado —rio Yolanda

—Anoche no me dijiste «saca», me pediste todo lo contrario —se guaseó.

—Lucaaaassss, levanta, que quiero visitar la ciudad —le pidió cambiando de tema roja como un tomate maduro.

—Me encanta cuando te pones colorada con estos temas, te ves adorable —le dijo levantándose de la cama.

Yolanda observó sonriendo cómo se metía en el baño; mientras se duchaba, llamó a sus padres para hablar un rato con ellos y decirles que se encontraba en Italia.

Salieron del hotel dispuestos a descubrir todo lo que aquella hermosa urbe les podía ofrecer. Se dirigieron primero a la plaza Bra, un amplio espacio caracterizado por edificios de épocas y arquitecturas diferentes.

Pasearon por el anfiteatro la Arena de Verona y visitaron el palacio Barbieri.

Lucas disfrutó viendo a Yolanda feliz en el Listón, una amplia acera rosada que seguía la forma de la plaza y en la cual iba saltando de baldosa en baldosa como una niña con zapatos nuevos.

Se fotografiaron en la plaza de las Hierbas, uno de los lugares más bonitos de toda la ciudad, pues en ella se ubican palacios, estatuas, torres... así como la fuente con la Madonna Verona.

Luego subieron a la torre medieval más alta, con ochenta y cuatro metros, construida con diferentes materiales. Desde la cumbre de la torre de los Lamberti, pudieron disfrutar de unas magníficas vistas de toda la villa.

Yolanda no paró en ningún momento de fotografiar cada rincón, cada edificio, cada árbol... todo lo captaba con el móvil o con su cámara. Agradeció en todo momento que Lucas la hubiera incluido en la maleta, ya que le encantaba hacer fotos.

Llegaron a la plaza de los Señores, donde pudieron ver el monumento a Dante y luego el cercano cementerio privado, los Arche Scaligere. Después visitaron también, por fuera, la casa de los Montesco; no pudieron entrar dentro de la casa de Romeo por ser una propiedad privada.

A esas alturas del día, Lucas ya estaba hambriento, y flipado al ver con qué vitalidad ella caminaba y saltaba como una loca por todos sitios, haciendo miles de fotos y disfrutando de todo lo que veía, así como de la forma en la que le iba relatando la historia de cada edificio.

—Princesa, me muero de hambre.

—Por esa calle está la casa de Julieta.

—La veremos después, porque, si no, me voy a comer a Julieta por los pies.

Entraron en la calle Capello, llena de tiendas y restaurantes.

Se sentaron en un pequeño restaurante que hacía esquina, muy coqueto y acogedor, y pidieron *risotto* acompañado de una botella de vino.

Durante la comida, Lucas estuvo un poco callado. Yolanda lo notó y le preguntó.

—¿Estás bien, mivi?

—Sí, sí, sólo un poco cansado —mintió.

Tenía que hablar con ella; había recibido la orden de que tenía que volver a Los Ángeles y no sabía cómo decírselo.

Tras acabar de almorzar, Yolanda quiso probar el dulce típico de la ciudad, un bizcocho espolvoreado con azúcar glas, llamado *pandoro*. Lo compraron al salir del restaurante en una tiendita típica de dulces, donde una señora muy amable los atendió muy bien.

Caminando por esa misma calle, llegaron a la casa de los Capuleto, donde había vivido Julieta. Lucas pudo ver la emoción en la cara de ella al pasar por una verja de hierro que daba a un porche completamente tapado por millones de papelitos, pósits, fotos, corazones y miles y miles de frases en sus paredes.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Lucas extrañado por lo que estaba viendo.

—Son mensajes de amor; todos los enamorados que pasan por aquí dejan sus mensajes... y dicen que su amor dura para toda la vida —le explicó Yolanda muy emocionada.

—Princesa, el amor es mientras dure, nunca se puede decir «para toda la vida» o «para siempre».

Aquellas palabras no eran precisamente las que ella quería escuchar de boca de su amor.

—Pues yo creo en el amor verdadero y duradero, es decir, para siempre —afirmó adelantándose un poco y dejándolo atrás.

Lucas caminó detrás de ella pensativo; la observó mientras tomaba fotos y le vino a la mente el primer día que la vio.

Al pasar ese magnífico lugar lleno de amor, llegaron a un patio con mucha luz. A un lado se hallaba el famoso balcón donde Romeo le declaró su amor a Julieta. Justamente debajo del mismo se encontraba una estatua de bronce de ésta.

—¿Por qué tiene la estatua un seno descolorido? —quiso saber Lucas.

—Porque dicen que, si lo tocas, encuentras el amor verdadero y, si lo tienes, éste será para siempre.

Lucas alargó la mano y tocó el pecho de Yolanda.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó apartándole la mano, por pudor a que la vieran los demás turistas.

—Seguir la tradición, mivi —bromeó él.

—¡¡¡¡Pero a la estatua, no a mí!!!!

—El tuyo me gusta más —replicó riendo—. Sube al balcón y declárame tu amor, como hacía Julieta con Romeo, anda —le dijo para hacerla sonreír.

—Voy a subir al balcón, pero para hacerme una foto. ¿Me la puedes sacar tú, por favor?

—Buenoooooooo. Ven aquí, mi Julieta, y no te enfades —le dijo abrazándola.

A los pocos minutos, Yolanda se asomó al famoso balcón y Lucas le tomó varias fotos desde abajo.

Cuando hizo la última, la avisó con una seña de que lo esperara allí arriba. Cuando subió, la abrazó desde atrás y admiró las hermosas vista junto a ella.

—Bésame, princesa —le pidió

Yolanda se giró, lo miró fijamente, pasó los brazos por su cuello y buscó su boca en el momento en el que Lucas apretaba el botón de la cámara, captando ese beso en el balcón más romántico de toda la historia.

Al salir de la casa volvieron a pasar por el porche lleno de mensajes. Él sabía la ilusión que le hacía a ella plasmar en aquel porche lo que sentía.

—¿Quieres poner uno? —le preguntó.

—El mensaje tiene que ser cosa de dos, no sólo mío.

—Dame una hoja de tu agenda.

—¿Estás seguro? —le preguntó mientras se la entregaba.

—Completamente.

—¿Qué ponemos?

—Cada uno que escriba una palabra, a ver qué sale.

—Lucas, bromas no, que te conozco.

—Princesa, no bromeo; di una palabra.

Lucas escribió la palabra que le había dicho, pero en inglés; él escribió otra, y lo colgó en la pared.

Yolanda se acercó para saber qué había escrito y hacer una foto; ella había dicho la palabra *amor*, pero no sabía qué había añadido él.

Había dibujado un corazón y dentro se podía leer «Endless Love» y sus nombres.

Emocionada, sacó su móvil, lo fotografió y le pidió que se hicieran un *selfie* juntos; él la complació gustoso.

Pasearon cogidos de la mano por las callejuelas románticas de la ciudad hasta llegar a la orilla del río Adigio, donde se sentaron con una pizza y un par de latas; estaba anocheciendo y las vistas desde allí eran increíblemente preciosas.

—Princesa, tengo que hablar contigo.

No se esperaba esas palabras, así que se puso nerviosa y justamente se acordó de ese dicho que afirma que «cuando tu pareja te dice que quiere hablar contigo, no esperes nada bueno». ¿Por qué tenía que pensar eso? ¿A lo mejor quería darle un anillo de compromiso? ¿O pedirle matrimonio? «Ja, mis ganas; algo me dice que él no cree ni en anillos ni en bodas ni en leches en vinagre, pero, claro, a mí me gustaría tener todo eso, pero si es cosa de dos...» Su cabeza pensaba y pensaba.

—Un, dos, tres, despierta —le dijo a la vez que chascaba sus dedos delante de ella, sonriendo.

—Sí, dime, perdón, te escucho.

—Mi tiempo de entrenamiento en España ha terminado y tengo que volver a Los Ángeles.

Ella sabía que tarde o temprano llegaría ese momento, pero no estaba preparada para separarse de él.

—Ostras, cari, lo has soltado sin anestesia. ¿Cuándo tienes que regresar?

—El período acaba al finalizar el mes, pero puedo alargarlo unos días más si pido el permiso correspondiente —le contestó mordiendo su trozo de pizza.

Yolanda, sin ganas de seguir comiendo, dejó su porción en la caja, cerró los ojos y se tragó el nudo de sensaciones que tenía dentro.

De nuevo su cabeza volvió a dar vueltas, divagando. ¿Por eso le había dicho que el amor no era para toda la vida? ¿Sólo mientras durase? ¿El suyo por ella ya había durado suficiente? Se levantó, caminó unos pasos y se abrazó a sí misma mirando hacia donde se perdía el río... cuando notó unos brazos que la rodeaban.

—¿En qué piensas, princesa?

—En nosotros.

—¿Y qué tienes en tu cabeza dando vueltas?

—¿De verdad no crees que el amor es para siempre?

—Yo creo que el amor hay que disfrutarlo a diario, pero no hay que pensar en un futuro, porque nunca se sabe qué pasará.

—Pero... cuando uno tiene pareja, siempre piensa en ir dando pasos para afianzar la relación.

—¿Y no podemos vivir sin compromisos, simplemente disfrutando de lo que tenemos?

—¿Y qué tenemos? Vivimos y disfrutamos hasta que tengas que marcharte y, entonces, ¿qué haremos?, ¿cada uno por su lado?

—¿Trabajas para el FBI? ¿A qué te contesto primero? —bromeó

—Lucas, no estoy para bromas.

—A ver, peque: lo que nosotros tenemos es mucho más bonito que cualquier compromiso —le dijo cogiéndola de la

mano y sentándose en el césped de nuevo—. Espero que disfrutemos hasta que me tenga que marchar y después sigamos disfrutando aún más si cabe, porque deseo que te vengas a vivir conmigo a Los Ángeles.

Desde el primer día que aceptó irse a vivir con él, sabía que tarde o temprano llegaría el día en que sus caminos se separarían o seguirían juntos hacia un nuevo destino.

Nunca se había planteado la posibilidad de separarse, pero tenía miedo. Irse a vivir a Estados Unidos no era moco de pavo, no era lo mismo vivir en Guadalajara, pues en ese caso tenía su casa a tres horas de AVE, pero irse definitivamente al otro lado del charco... Aunque siempre había deseado vivir allí; desde jovencita adoraba ese país, y ya había vivido en Boston durante un tiempo mientras estuvo estudiando... pero esto era bien distinto, empezar una nueva vida allí lejos de todos los suyos, tan sólo con él.

El amor que sentía por Lucas era mucho más fuerte que todos los miedos juntos, pero tenía que estar segura de los sentimientos de él.

—¿Estás seguro de lo que me estás pidiendo?

—Peque, que no crea en el compromiso, ni en anillos, ni en bodas, no significa que no esté seguro de lo que quiero en mi vida en estos momentos.

—¿En estos momentos? ¿Y qué pasará mañana? ¿Y pasado?

—Cuando te conocí no creía en novias ni en ataduras, ¡y mírame! Te juro que no cambiaría por nada ni por nadie todo lo que he vivido junto a ti; me has girado la vida, me has vuelto loco, princesa terremoto, pero me encantan tus locuras y me encantas tú. No necesito ningún papel ni nada para demostrarte cuánto te quiero.

—Yo quiero el cuento completo, mivi.

—Y, ¿qué hago?, ¿te firmo un vale molón ante notario?, ¿o te grabo un vídeo en el móvil?

—El vale molón me gusta, pero también me atrae la idea del vídeo.

—Bueno, mientras lo decides y... como sé que quieres un anillo... —cogió la lata de cerveza que estaba bebiendo, arrancó la anilla, la miró sonriendo, sacó el cordón de la capucha de su sudadera y lo pasó por las arandelas de la chapa —... te regalo éste tan chulo que estoy haciendo con todo mi amor. —Le agarró la mano y se lo colocó.

—¿Además de SWAT eres MacGiver? —le preguntó sonriendo mirándose la mano con el anillo tan original que le había hecho.

—¿MacGiver? —Soltó una sonora carcajada—. Eres tremenda.

—Me encanta el anillo, cari, pero algo me dice que me dejará el dedo verde o me cortara la circulación.

—No dejaré que eso pase.

Lucas abrió sus piernas, la sentó entre ellas, la abrazó y le apartó un poco su rubia melena para tener acceso a su cuello.

—Me alegra que te guste. ¿Tienes frío? —le preguntó mientras observaban las hermosas vistas que les ofrecía la ciudad iluminada con el puente de piedra al fondo.

—Un poco, la verdad —le contestó acurrucándose en sus brazos.

—Vamos al hotel, que te voy a enseñar una habilidad oculta que tengo —le dijo poniéndole su cazadora.

—Uau, MacGiver me va a enseñar sus trucos más secretos —bromeó.

—Te voy a enseñar más que eso, peque —le dijo besándola con pasión.

—No perdamos tiempo, mi SWAT cañón.

—Vamos, mi princesa terremoto.

Se encaminaron hacia el hotel, donde pasaron una bonita noche de amor y pasión.

A la mañana siguiente pusieron rumbo a Venecia, donde Lucas cumplió su promesa de subir en góndola por los canales de la ciudad antes de volver a España, con anillo de chapa incluido.

Capítulo 30

—Buenos días, Paca —saludó besándola en la mejilla.

—Hola, mi niña. Siéntate a desayunar; te he preparado una tortillita y unas tostaditas. ¿Todavía vas en pijama?

—Gracias. Sí, ahora me cambiaré —le contestó dándole un achuchón cariñoso.

Fue a la nevera, sacó su batido de chocolate bien fresquito y se sentó a la mesa dispuesta a desayunar. Como cada mañana, no tenía mucha hambre y además se había despertado con el estómago un poco revuelto, pero, por no aguantar el sermón que luego le metería Lucas, cerró el pico y empezó a partir la tortilla. Mientras comía sin muchas ganas, le fue a explicando a Paca parte de su viaje; le parecía mentira que ya hubiera pasado una semana desde que volvieron de Verona.

—Paca, han sido unos poquitos días pero muy intensos, y la ciudad es preciosa. Gracias por cuidar de *Chanel*.

—De nada, ya sabes que yo estoy encantada de cuidarla; además, se ha portado muy bien, como siempre.

Se metió el último trozo de tortilla en la boca cuando sintió que le venía una arcada; se tapó la boca con las manos y salió corriendo en busca de un baño seguida por Paca.

—¿Estás mejor? —le preguntó cuándo se levantó del suelo.

—Sí, sí, gracias. No me tenía que haber tomado el desayuno, porque ya tenía el estómago un poco mal.

—¿Por qué no vas a descansar un poco?

—Le quería grabar el vídeo a Lucas, pero creo que no tengo buen aspecto, ¿verdad?

—No tienes buen color de cara, déjalo para otro momento.

—Sí, tienes razón. Vamos, *Chanel*.

Se metió en su habitación, se tumbó en la cama y pronto oyó unos lloriqueos; subió a la pequeña perrita con ella y, juntas, descansaron hasta que la melodía del móvil la despertó.

Era Lucas; quería avisarla de que esa noche habían quedado en casa de Ana y Javier para cenar todos juntos. Después de prometerle unas mil veces que sólo estaba descansando un poco, colgó el teléfono; si le decía que no se encontraba bien, se presentaría en casa en menos que cantaba un gallo, así que prefirió que trabajara tranquilo y no se preocupara. Total, tan sólo le había sentado mal el desayuno.

Se levantó y se metió en el baño. Se miró en el espejo y vio que tenía un aspecto horrible; estaba algo demacrada, así que decidió arreglarse un poco. Se duchó, se arregló el pelo y se maquilló.

Después de comer se sintió un poco mejor, así que alzó a *Chanel* y, tras comprobar que su aspecto no estaba mal del todo, cogió su móvil, abrió la aplicación de la cámara, la puso en modo vídeo y empezó a grabar.

«¡Hola, cariñooooo! Te estarás preguntando que qué estamos haciendo aquí las dos... pues queremos decirte que ¡¡síiiii!!, que estamos dispuestas a irnos a vivir a Los Ángeles contigo... *Chanel*, tú deberías ladrar, no chupar el móvil; los besitos para después. Bueno, mi amor, esperamos que te guste esta pequeña sorpresa y las dos te mandamos besitos...

Chanel, éste era el momento de los besitos y tú has ladrado, lo has hecho al revés.»

Una vez terminado, lo guardó y le dio a la tecla de enviar.

—*Chanel*, no ha salido como teníamos pensado, pero igual espero que le guste —le dijo haciéndole monerías a la perrita, a lo que ella respondió con un lametón más grande que ella.

No sabía qué se iba a poner para la cena de esa noche, así que se metió en el vestidor para buscar algún modelo que le pudiera valer; quería algo informal. Abrió los cajones para sacar algún jersey, pero, cuando se agachó, sintió que le venía una arcada, por lo que se dirigió al baño para vomitar de nuevo.

Sacó hasta la primera papilla que había tomado de niña, pero luego se sintió mejor. Abrió el armarito del baño para coger el cepillo de dientes, pues quería quitarse ese mal sabor de boca que tenía, y, al hacerlo, un paquete de compresas cayó al suelo. Lo recogió, lo guardó y sacó la pasta de dientes de sabor a chuches, su preferida.

Se estaba cepillando los dientes cuando le vino algo a la cabeza; escupió, se enjuagó la boca y salió disparada para buscar su agenda.

—¡¡¡¡¡Noooooooooooo!!!! —gritó como una loca.

Paca, que estaba abajo, subió corriendo al oír el grito.

—¿Qué te pasa, mi niña? —preguntó desesperada abriendo la puerta de par en par.

—Nada, nada, que se me olvidó anotar que era la Shopping Night de Madrid y se me ha pasado; ya no me puedo comprar un bolso monísimo que había visto, a juego con unos zapatos, una cazadora rosa divina...

—Bueno, bueno —la cortó la mujer—, pensé que era algo más grave. Madre mía, ¡qué susto me has dado!

—Hombre, grave es, porque no he podido comprar nada de nada —replicó disimulando.

Sabía que era la única forma de que Paca no hiciera preguntas, puesto que no le gustaba ir de compras.

—No me des esos sustos, que hasta a *Chanel* se le han salido los ojos de las órbitas del berrido que has pegado.

—Sus ojos son así, Paca; no hagas como Lucas, que dice que se parece a Yoda y no para de buscarle apodos a la perrita —le dijo sonriendo, pero con ganas de que la dejara sola.

—Bueno, si tú dices que son así, te creo, pero yo se los he visto más saltones —murmuró riendo y cerrando de nuevo la puerta del dormitorio.

Cuando se volvió a quedar sola, miró con detenimiento la fecha en la que estaba.

—No puede ser, no puede ser... —hablaba sola y en voz alta—, no es posible —se volvió a repetir.

Tenía un retraso de ocho días. Por un lado, no quería alarmarse mucho porque tan sólo eran unos días, pero ella siempre había sido un reloj con la menstruación, por eso estaba preocupada.

Seguramente eran los nervios... ¿Y los vómitos? Los nervios, los nervios. ¿Y el malestar? Los nervios, los nervios...

«Soy un nervio con patas», se repetía para sus adentros.

Se dejó caer hacia atrás en la cama y se llevó las manos a la cara, tapándose con ellas.

—¿Qué hago? ¿Qué hago?

—¿Qué haces de qué? —preguntó Lucas entrando por la puerta.

—¿Otra vez he pensado en voz alta? —se dijo a sí misma. Luego se dirigió a él—: Qué susto, cari, podrías venir cantando. Sólo estaba decidiendo qué ponerme —le dijo incorporándose de la cama y tratando de disimular.

—Ven aquí y bésame mucho, como cantarías tu ídolo —le pidió entonando la melodía y acercándose a ella.

—¿Qué haces cantando ahora?

—¿No me has dicho que venga cantando?, pues te canto para que no te asustes y me beses; encima que te canto por Luis Miguel, te quejas —bromeó riendo.

—Ven aquí, mi SWAT cañón —le dijo agarrándolo y atrayéndolo hacia ella para posar sus labios en los de él.

—Me ha encantado el vídeo que me has enviado y estoy superfeliz de que quieras venir conmigo a casa.

Lucas apoyó la rodilla entre las piernas de ella y sus manos encima de la cama. Yolanda lo atrajo más hacia ella; él se dejó arrastrar y cayó encima sin dejar de besarse; interrumpieron sus besos sólo para reírse, pero enseguida los reanudaron de nuevo.

Los besos se volvieron más intensos; era ella quien lo buscaba y él la complacía gustoso.

—Chicos, me voy —dijo de repente Paca abriendo la puerta.

—¡Paca, podrías venir cantando! —exclamó Lucas riendo y dejándose caer hacia un lado de la cama.

—Oh, perdón, perdón... —añadió la mujer avergonzada.

—No te preocupes, no estábamos haciendo nada —agregó Yolanda.

—Paca, sólo estaba a punto de arrancarme la camisa para hacerme el amor salvajemente —intervino Lucas riendo sin parar.

—No seas mentiroso —replicó Yolanda dándole un pequeño golpe en el brazo y más roja que un pimiento morrón.

—Bueno, sea lo que sea lo que vayáis a hacer, tomad precauciones si luego no queréis sorpresas. Yo me voy ya, hasta mañana.

—No te preocupes, Paca, que las tomamos —le dijo Lucas—. Adiós.

—Hasta mañana —añadió Yolanda.

—Princesa guerrera, me encanta cuando tomas la iniciativa. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que me voy al vestidor para empezar a arreglarme y tú, a la ducha —le contestó levantándose de la cama y un poco nerviosa por las palabras de Paca.

Lucas fue tras ella y le rodeo la cintura desde atrás con un brazo.

—¿Qué haces? —le preguntó extrañada al notar que le hacía algo raro en la espalda.

—Dándote cuerda, coño, que hace un ratillo estabas muy guerrera y me has dejado a dos velas —le contestó riendo.

—No seas tontorrón y date prisa, que vamos a llegar tarde. Aún no sé lo que me voy a poner.

—Cariño, vamos a cenar a casa de Javier y Ana, no a un hotel de cinco estrellas; además, hasta en pijama estás guapa, así que no te preocupes demasiado.

A la hora prevista llegaban a casa de sus amigos, listos para pasar un rato agradable.

Lucas se había vestido con unos tejanos desgastados, una camiseta con el cuello en pico, camisa tejana y cazadora de cuero negra. Yolanda también vestía tejanos, combinados con una camisa blanca; también se puso la cazadora de cuero, pero en marrón, y acabó el *look* con unas botas de tacón marrones,

un pañuelo manta encima de la cazadora y un maxibolso de piel.

Saludaron a todos los presentes al entrar en casa. Sólo faltaban Óscar y Raquel, que llegaron juntos levantando las sospechas de todos.

—Vale, que sí, que he sentado la cabeza —aceptó Óscar riendo ante la insistencia de sus amigos mientras estaban sentados cenando.

—Ya era hora, ¿te ha costado, eh? —comentó Juani riendo.

—Vamos a hacerlo oficial, ¿no? —le preguntó Óscar a Raquel haciéndola levantar—. Admito que estoy loco por esta mujer.

Todos aplaudieron, mientras ellos se besaban felices.

—Aprovecha ahora que está ocupado para quitarle los langostinos —le dijo Marcos a Dani, que era el que tenía más cerca.

—Que os estoy viendo —añadió Óscar riendo y dando un manotazo.

—Ya que estamos dando noticias, nosotros también tenemos una que compartir con vosotros —intervino Dani levantándose y haciendo levantar a Mar—. Mi pitufa ha aceptado vivir conmigo y se viene a Los Ángeles —dijo antes de besarla.

Todos volvieron a aplaudir y a armar jaleo, divertidos y contentos.

—Se te acabó el ligar —se guaseó Lucas riendo y dándole collejas.

—Así no tendrás competencia —agregó Dani también riendo.

—Estoy fuera de circulación, mamón, pero nunca he tenido competencia —le contestó dándole otra colleja.

De vuelta a casa, Yolanda permanecía más silenciosa de lo normal. Lucas le acarició la pierna suavemente.

—Estás muy callada, ¿todo va bien?

—Sí, sí... estaba pensando en que, dentro de poco, el grupo se separará y estaremos muy lejos unos de los otros.

En realidad, lo que le preocupaba era su falta de menstruación, sumada a la reacción de él cuando habló de los hijos. Todo eso le estaba dando vueltas en la cabeza hasta el punto de que le dolía, y todo de tanto pensar. Tuvo que mentirle, cosa que no le gustaba nada, aunque era una mentirijilla piadosa.

—La amistad continuará. Los verdaderos amigos no se pierden nunca.

—Lo sé, pero las voy a extrañar.

Llegaron a casa y *Chanel* montó su concierto habitual; menos mal que no había vecinos alrededor.

Tras hacerle carantoñas a la perrita, subieron los tres al dormitorio. Lucas empezó a desnudarse, la perrita se metió en su capazo y Yolanda se fue directa al baño.

Estaba desmaquillándose cuando unos golpes sonaron en la puerta.

—Un momento, por favor —dijo desde dentro.

A los pocos segundos abrió la puerta y se encontró a Lucas en bóxers. Lo repasó de arriba abajo... «¡Dios mío!, ¿por qué es tan perfecto?», pensó.

—¿Por qué cierras con pestillo? —preguntó extrañado.

—La verdad, no me he dado cuenta.

—Hoy te noto un poco rara. ¿Estás bien?

—No te preocupes, estoy bien, sólo cansada y con ganas de dormir —le contestó saliendo del baño y metiéndose en la

cama.

Lucas se lavó los dientes y se metió también en ella, buscándola cariñosamente desde atrás.

—Cari, no estoy de humor —le dijo cuándo notó que sus manos se deslizaban debajo del pijama.

—Ven aquí, anda.

Lucas abrió sus brazos para que pudiera descansar sobre su torso. Ella se dio media vuelta y se acurrucó en él.

—No te enfades, mivi, pero estoy cansada.

—No tengo por qué enfadarme, cariño. Me enfadaría si me estuvieras ocultando algo.

—No oculto nada, de verdad.

Yolanda se mordió el labio, bajó la mirada y se sintió culpable.

—Vamos a descansar, princesa, es tarde.

En esos momentos, *Chanel* empezó a lloriquear.

—Cari, quiere subir a dormir con nosotros.

—Por ahí sí que no paso; tiene su capazo, que duerma en él. *Camelee*, a tu sitio —le dijo en un tono un poco más alto de lo normal.

La perrita se dio media vuelta y se metió en su colchón.

—Pobrecita. ¿No te da pena?

—Peque, la tienes muy consentida, pero no voy a dormir con el tamagotchi.

—Está bien, no subiré a la cama. Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches, princesa; descansa.

La noche fue de todo menos tranquila, Yolanda no podía dormir y daba vueltas sin parar. Se levantó varias veces, pero,

como era una cagona, no salió de la habitación... y como no quería despertar a Lucas, pues tampoco pudo encender la luz, con lo que una de las veces que se levantó se dio tal golpetazo que cantó por soleares, pero para sus adentros.

Cuando se acostó de nuevo, pensó y pensó... y decidió que, de momento, callaría, puesto que no sabía si estaba embarazada o no, aunque le carcomiera por dentro ocultarle a Lucas sus preocupaciones. Tras mucho darle vueltas, el sueño la venció.

Cuando despertó, eran más de las once de la mañana. Lucas no estaba con ella. A esas horas debía de estar impartiendo teórica de armamento o haciendo simulacros. Se desperezó y fue al baño con la ilusión de que su «amiga la de rojo» la hubiera visitado durante la noche, pero no fue así: ésta brillaba por su ausencia, cosa nada normal en ella.

A pesar de estar preocupada, sonrió al ver que en el lavabo había una rosa blanca con una nota.

Princesa, espero que, cuando despiertes, estés más tranquila. He notado que has dado muchas vueltas y te has levantado varias veces. Sólo espero que estés más descansada. Dormías profundamente cuando me he ido a la base, ni te has enterado cuando te he besado.

PD1: Te quiero.

PD2: Te veo luego, para comerte a besos.

PD3: La rosa no es más bonita que tú.

PD4: Ya no hay más PD.

No pudo evitar llorar cuando leyó la nota. Lucas era todo un amor y no se merecía que ella le estuviera ocultando esas cosas, fuera lo que fuese... Bien se tratara de embarazo,

malestar, enfermedad o lo que fuera, se lo tenía que decir y de esa noche no iba a pasar.

Necesitaba una buena ducha para despejarse. Había quedado para comer con Mar, pero aún tenía tiempo, por lo que decidió, en vez de ducharse, llenar el jacuzzi y relajarse un poco. Casi nunca se utilizaba, salvo en algunas ocasiones en las que Lucas se ponía romántico y la llenaba de mimos dentro de él. Se acercó al armario, cogió las sales con aroma de vainilla y se sumergió en el agua.

Cuando ya se estaba arrugando como una uva pasa, salió y se empezó arreglar.

Su estómago le estaba dando tregua, por lo que, cuando bajó a la cocina, se tomó su batido de chocolate bien fresquito de golpe; no había hecho más que terminar de beberlo, cuando tuvo que salir pitando al baño.

—Mi niña, llevas unos días vomitando, ¿no estarás embarazada? —le preguntó Paca, que había salido detrás de ella al ver cómo iba corriendo mientras se tapaba la boca con una mano.

—Paca, no lo sé. Llevo unos días de retraso, pero... por, tu padre, reza todo lo que sepas para que no lo esté.

—¿Por qué dices eso? Un hijo es lo más bonito del mundo, fruto del amor entre tú y Lucas.

—No es el momento; créeme, no lo es —le dijo sin querer darle muchas explicaciones.

—¿Has hablado con él?

—No, quería estar segura primero.

—Yo de ti no le ocultaría las cosas, mi niña —le aconsejó dándole un beso en la mejilla.

—Lo sé; hablaré con él esta noche.

—¿Hago comida o te vas?

—Me voy, he quedado con mi amiga Mar —le contestó para luego llamar a un taxi que la bajara al centro.

Cuando llegó al sitio donde había quedado, ya la estaba esperando. Mar era siempre muy puntual, rara vez llegaba tarde.

—Hola, guapi —la saludó Yolanda dándole dos besos.

—Hola, loquilla. ¿Cómo estás?

—Bueno, ahí lo llevo.

—Esa respuesta no me gusta nada, a ti te pasa algo.

—Vamos a dar una vuelta y te lo cuento, ¿vale?

—Venga, vamos.

Se adentraron en el casco histórico de la ciudad y fueron a parar al parque de la Concordia. Pasearon por sus caminos de arena, admirando los bonitos monumentos que se iban encontrando. Se sentaron en un banco, rodeadas de árboles y arbustos, para poder hablar tranquilamente.

—Nena, tengo un retraso.

—¡¡¡¡¡¿Quéééééé?!!!!!!

—A ver, sólo son unos días, pero siempre he sido un reloj y llevo cosa de una semana en la que no paro de vomitar.

—¿Cuántos días?

—Una semana y dos días.

—¿Lo sabe Lucas?

—No le he dicho nada; tengo miedo a su reacción; ya oíste que a él, los niños, ni dibujados.

—Vamos ahora mismo a comprar un test de embarazo para que te hagas la prueba —le ordenó levantándose y tirando de ella.

—Espera, ¿qué hace ahí mi suegra? —le dijo señalando hacia su derecha.

—Habrá venido a verte.

—Sí, sobre todo a mí, que no puede ni verme. Habrá ido a ver a su hijo, a lo mejor viene de la base.

—¿No la saludas?

—¿Yo? ¿Estás loca? Después de que me dijera que iba a hacer todo lo posible por separarme de Lucas, yo paso de decirle nada.

—Venga, vámonos.

—De lo que se entera una en los parques... —dijo bajito una voz detrás de los arbustos, mirando cómo se alejaban las dos amigas.

Al entrar en la farmacia, Yolanda estaba nerviosa y fue Mar la que habló por ella.

Compraron la prueba y salieron de allí directas al restaurante, para comer.

—Ve al baño ya y sal de dudas —le propuso Mar viendo su cara de preocupación.

—Lo haré en casa tranquilamente. Ahora mismo no es el momento.

—Me dejarás en ascuas unas horas más, serás *joíaaaaa*.

—O quizá unos días.

—Ah, no, eso sí que no: de hoy no pasa que te hagas la dichosa prueba.

—Vale, vale, no me seas plasta.

—¿Cuándo vas a hablar con Lucas?

—Esta noche. A pesar de que estoy acojonada por su reacción, tengo que decírselo, porque no me parece justo. Él

siempre me lo cuenta todo y es sincero conmigo, así que tengo que coger el toro por los cuernos y que sea lo que Dios quiera.

—Si tanto miedo tienes, hazte la prueba y, si da positivo, se lo dices y, si no, pues te callas... porque, si da negativo, ¿qué le dirás?

—Pues, ante todo, la verdad. Yo me pongo en su lugar y no me gustaría que mi pareja me ocultara nada, fuera lo que fuese. Si es un embarazo o si es una enfermedad, ante todo sinceridad y confianza entre nosotros.

—Qué bien hablas, *princesita* —se mofó.

Pasaron el resto de la tarde juntas y sobre las siete pusieron rumbo cada una a su casa. Cuando Yolanda bajó del taxi, el coche de Lucas ya estaba en la entrada, cosa que le pareció un poco extraña, ya que él solía terminar más tarde.

Abrió la puerta que separaba el interior del exterior y lo vio dando vueltas de un lado a otro bastante nervioso.

—Buenas tardes, cari.

—Serán para ti las buenas tardes —contestó muy seco.

—¿Qué te pasa? —preguntó inocentemente.

—Dímelo tú —le contestó muy enfadado.

—¿Yo? —volvió a preguntar sin entender nada.

—Sí, tú. ¿Cuándo pensabas decirme que puedes estar embarazada? —le preguntó muy alterado.

Cuando oyó aquellas palabras, se le vino el mundo encima. «Pero ¿quién demonios le ha ido con el cuento?», pensó. Fue a decir algo cuando él la cortó.

—Lucas, yo...

—¡¡¡Habla!!!, ¿cuándo? —exigió cada vez más furioso.

—Pensaba...

—¿Cuánto tiempo llevas vomitando? ¿Una semana? ¿Más? —la volvió a cortar.

—Escúchame...

—¿Que te escuche? ¿Desde cuándo me escuchas tú a mí? ¿Sabes lo que más me ha molestado?

—¿Qué? —preguntó.

—Que me he tenido que enterar por gente de fuera, y que tus amigas lo sepan antes yo. ¿Dónde está la confianza que se supone que nos tenemos? ¡¡¡¿Dónde?!!! —le gritó.

—No me grites, por favor.

—Grito porque me da la gana, porque me has estado ocultando algo de lo que yo también soy responsable.

—Pero si ni siquiera...

—No me digas nada, ahora ya no. Me voy, no me esperes despierta —dijo cogiendo su cazadora de cuero.

—Lucas, espera —le rogó tratando de detenerlo.

—Ni Lucas ni leches. —Se apartó de ella bruscamente y dio un portazo.

—Pero, Lucas, escúchame, por favor... —dijo abriendo la puerta para llamarlo.

Pero ya no había nada que hacer, sólo oyó el ruido del motor y las ruedas chirriando al salir como una bala.

Cerró la puerta y se tapó la cara con las manos mientras se iba dejando caer contra la madera hasta llegar al suelo, donde rompió a llorar sin consuelo. *Chanel* llegó hasta ella y empezó a darle besitos; entre lametones y sollozos pasó un buen rato.

Después se levantó, sacó de su bolso la prueba de embarazo y se metió en el baño dispuesta a saber si estaba o no embarazada. Se bajó los pantalones sin dejar de llorar y,

cuando se bajó las braguitas para hacer pis, se dio cuenta de que tenía visita.

«Su amiga de rojo» estaba con ella. No sabía si alegrarse o llorar más; total, el daño ya estaba hecho. Lucas se había ido echando espumarajos por la boca, dando un soberano portazo y avisándola de que no la esperara despierta.

Cogió el móvil y lo llamó una y mil veces, pero no recibió respuesta. Las primeras llamadas sí daban los tonos, pero en las últimas le daba fuera de cobertura o apagado.

Le envió un wasap.

Mivi, no estoy embarazada, pero sí muy triste, lo siento. Te quiero.

Le dio a la tecla de enviar.

Marcó el teléfono de Mar, esperó unos tonos y ésta enseguida contestó.

—Dime, loca, ¿estás?

Yolanda rompió a llorar de nuevo y no pudo articular palabra.

—¿Qué te pasa, nena?

—Lucas lo sabía todo —consiguió decir a duras penas.

—A ver, tranquilízate un poco y cuéntamelo.

—Cuando he llegado a casa, él ya estaba aquí y lo sabía todo; nos hemos peleado y se ha largado dando un portazo.

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—No lo sé.

—¿A quién se lo has contado?

—A ti y a Paca.

—Pues yo no he sido, nena. Quizá tu suegra nos ha oído.

—Mi suegra estaba lejos.

—Pues, entonces, ¿quién?

—Me da igual; la cuestión es que se ha ido y no sé dónde está.

—Tranquilízate, que si llama a Dani o tengo alguna noticia, te avisaré. A todo esto, ¿te has hecho la prueba?

—No ha hecho falta, me ha bajado la regla de golpe.

—¿Necesitas que vaya a tu casa?

—No, tranquila. Ahora me meteré en la cama, porque encima tengo unos dolores horribles. Gracias, guapa. Si sabes algo de Lucas, avísame, por favor.

—Claro, no te preocupes. Mañana te llamo, nena. Descansa.

Tras colgar, volvió a llamar a Lucas, pero sin resultado alguno. Cerró todas las puertas, cogió a *Chanel* y subió a la habitación.

Se desvistió y se metió en la cama. La sintió fría y enorme sin él. Se puso en su lado para percibir su olor y sentirlo cerca. ¿Dónde estaría? Y, sobre todo, ¿estaría bien?

Nunca lo había visto tan enfadado, pero estaba en todo su derecho de estarlo. Quería salir a buscarlo, pero no tenía coche ni sabía por dónde empezar. Sólo le quedaba esperar.

Se pasó la noche en vela sin poder pegar ojo, sola, pendiente del móvil por si la llamaba y con unos dolores horribles, más fuertes que de costumbre; ya de por sí, ella tenía unas reglas muy dolorosas, pero este mes estaba siendo mucho peor. Se retorció de dolor. La pastilla no estaba haciendo efecto, como le había sucedido en varias ocasiones, aunque en las otras nunca había estado sola.

Capítulo 31

La claridad iba entrando por la ventana; eran las ocho de la mañana y continuaba sola en la cama, sin una llamada ni un mensaje en el que le dijera al menos si estaba bien. Se levantó, se dirigió al baño y, cuando salió, se volvió a meter entre las sábanas. Ese día Paca no estaba, pues los fines de semana no trabajaba nunca, sólo en casos excepcionales. Podría llamarla para que le hiciera compañía, ya que siempre la había tratado como a la hija que nunca tuvo: la cuidaba, la mimaba y la regañaba como una madre. Pero no lo iba hacer, no quería ver a nadie. Miró el móvil de nuevo; nada, no había nada, así que le entraron ganas de estamparlo contra el suelo, pero... pobre iPhone, ¡qué culpa tenía él!

Oyó unos lloriqueos. ¡Uf, *Chanel* tenía que salir a hacer sus cositas, pero no tenía fuerza ni ganas de sacarla a dar un paseo! Se levantó como pudo, se puso la chaqueta con orejitas y nariz que iba a conjunto con el pijama y bajó la escalera con la perrita en brazos. Le abrió la puerta del jardín para que hiciera lo justo y necesario.

—Lo siento, hoy no hay paseo, me encuentro muy mal — le dijo al animalito.

La perrita ladraba y corría por el jardín bajo la atenta mirada de Yolanda; no podía dejarla sola porque se podía caer

a la piscina y bastante tenía ella encima como para llevarse un disgusto también por su mascota.

Cuando terminó, cerró de nuevo la puerta del jardín, pues hacía frío, cogió el cuenco de comida de la perra, lo llenó y también se hizo con el recipiente para el agua. Luego la llamó y, con todos los bártulos, volvió a subir a la habitación. Una vez allí, los puso al lado de la camita del chuchín y le llenó el bebedero con agua limpia, así no tendría que preocuparse por la comida ni la bebida mientras estuviera en la habitación.

Estaba metida en la cama con unos dolores terribles cuando sintió ganas de vomitar. Se levantó como pudo y fue al baño. No tenía nada en el estómago, así que le costó sacar más de lo normal, pero, cuando por fin pudo vomitar, lo único que salió por su boca fue bilis. Se sentía morir, con un dolor en el estómago horrible además del dolor de ovarios. Cuando se incorporó, se miró al espejo; estaba totalmente demacrada, con ojeras de no haber dormido nada y rojeces en los ojos de tanto llorar.

¡¡¡Vamos, estaba hecha un cromo!!!

Casi a rastras llegó de nuevo a la cama, donde se acurrucó buscando algo de alivio a sus dolores.

Estaba hecha un roscó, con las rodillas casi tocando su cabeza, cuando sonó el móvil. Dio media vuelta y lo cogió a la primera pensando que sería Lucas, pero su ilusión desapareció cuando vio que era Mar la que llamaba.

—Dime, Mar —contestó con la poca fuerza que le quedaba.

—Nena, ¿cómo estás?

—Mal, muy mal. No he dormido, no paro de vomitar y tengo unos dolores muy fuertes. ¿Sabes algo de Lucas? —preguntó esperanzada.

—Sí, está en la base, tranquila.

Aquellas palabras la calmaron; al menos estaba sano y salvo.

—¿En la base?

—Sí, esta mañana me ha llamado Dani para decírmelo. Anoche estuvo bebiendo de bar en bar, y apareció en la base sobre las seis de la mañana con muy mala hostia.

—Al menos sé que está bien. ¿Quién está con él?

—Marcos, Javier, Óscar y Dani, no te preocupes.

—Gracias por avisarme.

—¿Necesitas algo?

—Sí, a mi novio a mi lado para que me cuide y me mime.

—No te preocupes, que pronto te llamará e irá a casa; de momento vamos a ir nosotras a cuidarte.

—Gracias.

—Ábrenos la puerta, no nos dejes tiradas en la entrada.

—Llamadme al móvil cuando estéis por aquí. Hasta ahora.

Se volvió a enroscar como si fuera un perro tratando de que el dolor se aliviara, aunque fuera sólo un poco. Estaba algo más tranquila sabiendo que Lucas se encontraba en la base.

Cogió el móvil y lo llamó, pero no le contestó. Miró si había leído su wasap y sí, las dos marcas de visto estaban en azul; al menos ya estaba enterado de que no estaba esperando ningún bebé.

Trató de dormir, pero, cuando estaba a punto de conseguirlo, le sonó el móvil de nuevo; eran sus amigas, que ya habían llegado. Como pudo, se levantó de la cama, cerró la puerta para que *Chanel* no saliera de la habitación y bajó la escalera. Tardó una eternidad en llegar hasta la puerta principal

y darle al botón que abría la verja, para luego abrir la puerta de la calle.

—¡Madre mía, qué careto tienes! —exclamó Mar nada más verla.

—Gracias, yo también te quiero —le contestó dándose media vuelta y encaminándose hacia el sillón para dejarse caer en él.

—Pero ¿tú te has mirado en el espejo? —le preguntó.

—¿Tengo pinta de haberlo hecho?

—Métete en la cama —le ordenó Ana.

—Sí, pero nosotras la acompañamos. Vosotras os quedáis aquí abajo —añadió Raquel.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Juani un poco molesta.

—Porque estáis preñadas —les dijo Mar.

—Pero tenemos manos —replicó Ana levantándolas.

—¿Y queréis tener sus virus también? —preguntó Raquel haciendo burla.

—Creo que tienen razón, no estoy para que os acerquéis mucho —agregó Yolanda.

—Vamos, que te acompañamos al dormitorio —propuso Mar ayudándola a levantarse.

—¿Quién lloriquea aquí dentro? —preguntó Raquel.

—*Chanel*; la dejé encerrada cuando fui a abriros. ¿La podéis sacar a dar un paseo?

—Ahora se la bajamos a las preñaícas para que le den una vuelta por los alrededores, no te preocupes —le dijo Mar.

—Que no la suelten, por favor, que no hace caso y se va.

—Tranquila. Ven aquí *Chanel*, que te vas de paseo —la llamó Raquel.

La perrita les meneó la minicola y se dejó coger en brazos; se iba de paseo y eso le gustaba mucho.

—¿Podéis sacar al chuchín a que haga sus necesidades, que no ha salido en toda la mañana? —les preguntó Raquel bajando al salón.

—Sí, dame a esta preciosidad —aceptó Juani cogiendo a la perrita.

—Sobre todo no la soltéis, que dice Yolanda que no hace caso y se va, y sólo nos faltaría que se perdiera.

—Tranquila, no la soltaremos —dijo Ana poniéndole la correa rosa de charol.

—Esperad, que no puede salir sin traje, que se queda tiesa; tomad, ponedle esto —les comentó dándoles un traje rosa de perro.

—Estás de broma, ¿verdad? —se guaseó Ana.

—No —le contestó Raquel muy seria.

—La madre que me parió, quien me vea paseando a una perra con un traje de conejo rosa con orejas y todo... —dijo Ana poniéndole la prenda.

—Si hasta tiene un pompón de colita el jersey, qué gracioso. —Juani reía sin parar.

—Calla y no me lo recuerdes; sal para fuera, que, cuanto antes volvamos, antes dejaremos de hacer el ridículo.

—No me imagino a Lucas sacando a la perra con un jersey así —se guaseó Juani.

—Conociéndolo, no lo hace; no —apostilló Ana.

Mientras Juani y Ana paseaban a *Chanel*, Mar y Raquel estaban con Yolanda, que no dejaba de vomitar. Bebía agua y la sacaba, los dolores no disminuían y las dos estaban preocupadas.

—Habría que llamar al médico, ¿no crees? —le comentó Raquel a Mar en un momento en que Yolanda estaba en el baño.

—No va a querer, ya la conoces.

—Me importa un pimiento que no quiera; si sigue vomitando así, se va a deshidratar. No come nada sólido y los pocos líquidos que toma, los saca.

—Tengo la boca como la suela de un zapato —explicó Yolanda, que salía en esos momentos del baño.

—Tenemos que llamar al médico, nena —le propuso Mar.

—Ni de coña. Lo único que quiero es que las pastillas me hagan efecto y no me duelan los ovarios y deje de dolerme el estómago.

—Pero, para que eso ocurra, te tendría que visitar un médico para decirte por qué estás vomitando tanto, ¿no crees?

—He dicho que no —sentenció tajante y se volvió a meter en la cama—. ¿Sabéis algo más de Lucas?

—Me ha dicho Dani que le ha cambiado las guardias a unos novatos, así que no vendrá hoy —la informó Mar bajando la cabeza.

—No quiere verme. Está tan enfadado que le importa poco que esté aquí con vómitos y demás.

—No digas tonterías, claro que le importas... pero él no sabe que estás enferma.

—Tampoco se ha preocupado en llamar. Lo he llamado mil veces —le dijo apenada.

—Bueno, ya sabes cómo es, está supercabreado y, hasta que no se le pase, no se bajará del burro —intervino Mar.

—Necesitas descansar; trata de dormir un poco, que te sentará bien. Nosotras vamos abajo para prepararte algo de

comer.

Salieron de la habitación y bajaron al salón, donde en esos momentos sonó el timbre de la puerta, eran Juani y Ana que volvían de sacar a *Chanel*.

—¿Cómo ha ido el paseo? —preguntó Mar.

—Bien, ha hecho sus cositas y listo —contestó Juani.

—¿Cómo está la enferma? —quiso saber Ana.

—Fatal; ahora la hemos dejado para que intente dormir; hemos pensado en llamar al médico, porque no deja de vomitar, pero no quiere —explicó Raquel.

—Da igual que no quiera, lo llamamos y en paz; una vez aquí, que diga lo que quiera, pero al menos nos aclarará si tiene un virus intestinal o gastroenteritis o lo que sea —agregó Juani

—Tenéis razón, vamos a llamarlo y, después de su visita, llamaremos a Lucas; tiene que saber lo que está ocurriendo y cómo se encuentra. Si luego no quiere venir, será su problema, pero al menos lo habremos puesto al corriente de todo —concluyó Mar muy seria.

Cuando el médico abrió la puerta, Yolanda dormía. Mar se acercó a ella y la despertó.

—Nena, despierta, que han venido a verte.

—¿Quién? —preguntó medio dormida.

—El médico.

—He dicho que no quería que lo avisarais —dijo algo nerviosa.

—Mi nombre es Gonzalo. ¿Cómo te llamas?

—Yolanda.

—Tranquila, no te voy hacer nada, sólo quiero que me digas dónde te duele —trató de calmarla el doctor.

—Me duele todo, pero lo que más me molesta son los vómitos.

—Bueno, vamos a ver si puedo ayudarte a mejorar.

Tras revisarla, la volvió a tapar y la dejó descansar.

Salió de la habitación y se dirigió a las amigas, que esperaban en la puerta.

—Veamos: lo que tiene es un virus intestinal. Si no deja de vomitar, habrá que llevarla al hospital para ponerle una vía con suero. Podéis seguir estas indicaciones. Es mejor que no coma nada sólido de momento, ya que no soporta ni los líquidos, que no beba agua de golpe... si tiene la boca seca, que chupe un cubito, y podéis darle Aquarius en pequeñas dosis, que beba a sorbitos. Una vez que deje de vomitar, pasaremos a que intente comer PAZ.

—¿PAZ? —preguntaron todas casi a la vez.

—Sí: Pescado, Arroz, Zanahoria, o Pollo, Arroz, Zanahoria. Todo hervido, por supuesto.

—Vale, perfecto. Muchas gracias, doctor.

—Le acompaño a la puerta —le dijo Mar.

—¿Qué hacemos? ¿Avisamos a Lucas? —preguntó Ana cuando Mar cerró la puerta.

—Yo creo que sí, deberíamos decírselo —opinó Juani.

Lo llamaron al móvil, pero no contestó. Juani llamó a Marcos, pero tampoco le cogió el teléfono; Raquel, a Óscar, pero nada. Ana marcó el número de Javier sin respuesta alguna y Mar lo intentó con Dani y pasó lo mismo.

—¡Pero bueno! ¿Qué es esto?, ¿huelga indefinida de móviles? —bufó Mar un poco molesta.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Raquel.

—Pues, por lo pronto, dos que vayan a comprar la bebida esa que nos ha dicho el médico, y las otras dos nos quedamos aquí, ¿no? —contestó Juani.

—Buena idea. Ana y yo vamos a comprar —propuso Raquel.

Salieron por la puerta mientras Juani y Mar se quedaron para preparar la comida. Si algo tenían claro era que iban a comer todas juntas en casa de Yolanda, no la iban a dejar sola por nada del mundo.

Tras almorzar, se apalancaron en el sofá para ver una película y decidir qué harían por la noche.

—Esta noche yo me quedo con ella —anunció Mar.

—Nos quedamos todas —la contradijo Ana muy seria.

—Chicas, os lo agradezco, pero no es necesario que os quedéis, puedo quedarme sola —dijo Yolanda entrando por la puerta del salón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntaron.

—Bueno, al menos no me duelen tanto los ovarios; ahora, eso sí, el estómago lo tengo del revés.

—¿Has conseguido dormir? —preguntó Mar.

—Apenas una hora.

—Vuelve a la cama e intenta dormir algo más; no te preocupes por *Chanel*, que la volveremos a sacar nosotras.

—Tengo sed, por eso he bajado a por agua.

—No puedes beber agua, sólo chupar un cubito —la advirtió Mar.

—¿Eingggg? —preguntó.

—Ha dicho el médico que bebas Aquarius a pequeños sorbos o que chupes un cubito, porque los tragos de agua te sentarán mal —le explicó Ana.

En ese momento le vino un retortijón y se dobló de dolor. Todas se levantaron y corrieron a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntaron.

—Nada, ya pasó, no os preocupéis.

—Vuelve a la cama y descansa un poco más, a ver si se te quitan las ojeras.

—¿Habéis podido hablar con...?

—Todos tienen los móviles apagados —la cortó Raquel para no preocuparla más.

—Vale, vale —dijo mientras se daba media vuelta y subía la escalera hasta su habitación.

—Ahora me está llamando Javier —anunció Ana enseñando el móvil.

Mientras hablaba con su marido, todas las demás esperaban expectantes.

Cuando acabó de hablar, las miró y les dijo:

—Estaban todos en la sala de tiro, por eso no contestaban. Marcos y Óscar ya están fuera de la base, y el mío también. De hecho, él me ha llamado desde mi casa. Dani se ha quedado con Lucas.

—¿Cómo está el cabezón? —preguntó Juani.

—Dice Javier que se ha desahogado con el saco de boxeo, que lo ha dejado para el arrastre. Ha añadido que nunca había visto a nadie pegar al saco con tan mala leche como él y luego, en la sala de tiro, también ha estado disparando con muy mala hostia.

—¿Cómo nos vamos a organizar esta noche? —quiso saber Ana.

—Vosotras marchaos a casa, que vuestros nenes ya están allí; yo me quedo con ella.

—De eso nada, nos quedamos todas.

Tras mucho discutir, al final Mar ganó la partida y fue ella quien se quedó con Yolanda; las demás se marcharon refunfuñando y haciéndole prometer que, si pasaba cualquier cosa, las iba a llamar sin importar la hora que fuera.

Se instaló en la habitación contigua a la de ella para estar atenta a todo lo que pudiera pasar. Yolanda seguía sin comer y había vomitado el poco líquido que había tomado, pero aun así la noche fue más o menos tranquila. La oyó llorar, levantarse, moverse de un lado a otro, hasta que quedó dormida a eso de las cuatro de la mañana.

Cuando se despertó el domingo, lo primero que hizo fue ir a ver cómo estaba la enferma. La encontró sentada en la cama haciéndole carantoñas a *Chanel*.

—Buenos días —le dijo Yolanda al verla.

—Buenos días, creí que estarías durmiendo.

—Qué va, apenas he dormido dos horas.

—Ya te lo noto en la cara, nena, estás muy desmejorada; tienes que descansar, porque tienes unas ojeras que te llegan al suelo.

—No puedo dormir, mi cabeza no para, lo extraño tanto...

—Bueno, tranquila, de hoy no pasa que venga, eso te lo aseguro. A todo esto, ¿cómo estás?

—Escacharrada.

—¿Eres un cacharro para estar escacharrada? —le preguntó riendo.

—Mi madre utiliza esa palabra cuando se siente mal y me ha venido a la mente. Tengo el estómago raro, muy raro, pero ya no me duele la barriga por la regla. ¿Sabes? Cuando tengo dolores por la menstruación, Lucas me hace masajes en la barriga —le dijo apenada.

—Tranquila, ya verás como todo se soluciona.

—Voy a sacar a mi cosita, que tiene que hacer pis.

—Ya lo hago yo, tú quédate aquí y descansa.

—Si le abres la puerta del jardín, ella sale y lo hace; sólo debes estar atenta de que no se caiga en la piscina.

—Yo me encargo.

Mar bajó con la perrita en brazos y la sacó fuera tal y como le había dicho. Cuando acabó, la entró, volvió a cerrar y fue a desayunar.

—¿Has probado a beber un poco de Aquarius? —le preguntó entrando en la habitación.

—No, lo voy a vomitar.

—Inténtalo... tienes que ir probándolo, para luego intentar comer algo, que llevas desde el viernes por la noche sin ingerir nada sólido y eso no puede ser.

Yolanda tomó un sorbo de la bebida isotónica y la volvió a dejar sobre la mesilla.

—A ver si te aguanta dentro. Te dejo descansar; estoy abajo, me llevo a la perrita para que intentes dormir algo más.

Mar bajó al salón, cogió su móvil y llamó a Dani. Al segundo tono, le contestó.

—Dime, pitufina.

—¿Va todo bien por ahí?

—Sí, aquí estoy con el capullo este, que no se baja del burro.

—Pues con él quería hablar; pásamelo, por favor.

—Mar, no me digas nada, porque bastante cabreo tengo —le soltó nada más coger el teléfono.

—Yo sí que tengo cabreo, pedazo de cabezón. Yolanda lleva desde que te fuiste sin dormir y, lo que es peor, vomitando sin parar, hasta el punto de que tuvo que venir el médico. Llevo toda la noche en vela pendiente de ella.

—¿Quééééé?

—Lo que oyes, así que mueve tu culo hasta aquí a la voz de yaaaaaaaaaaaaa —vociferó—. ¡Qué a gusto me he quedado! —dijo en voz alta colgando el teléfono.

En ese momento se oyó el timbre de la puerta.

—¡Qué rapidez, coño! —exclamó. «Imposible que sean ellos», pensó.

Se asomó por la ventana para ver si lograba ver quién era y, cuando lo vio, se quedó de pasta de boniato.

—¡No puede ser!

Abrió la verja y esperó en la puerta principal.

—Hola, ¿Yolanda está?

—Sí, sí; adelante, por favor.

Chanel se puso a ladrar al notar que dos desconocidas entraban en casa; también enseñaba los dientes y no paraba de gruñir, hasta que Mar la cogió en brazos.

—Yolanda está enferma, voy a ver si está despierta... Puede subir conmigo.

Una vez arriba de la escalera, se dirigió a la habitación de matrimonio y dio unos golpecitos en la puerta.

—Yolanda, tienes visita.

—¿Quién es?

—Soy yo, ¿puedo pasar?

Cuando oyó la voz, se quedó más blanca de lo que estaba; jamás de los jamases se hubiese esperado tener a su suegra

preguntando si podía pasar a la habitación. ¿Qué mosca le habría picado ahora? ¿Se habría tomado un tripi y estaba delirando? ¿Se habría dado un golpe en la cabeza y tendría amnesia? ¿Estaría borracha?

—Sí, claro —le contestó incorporándose un poco.

—Te dejo a *Chanel* aquí, que está un poco nerviosa —le dijo Mar, soltando al animal sobre la cama.

De inmediato la perrita se puso al lado de su dueña y, enseñando los dientes, gruñía y gruñía sin parar.

—Chist, tranquila, cosita, que no pasa nada.

—Te defiende a capa y espada —le dijo su suegra.

—Es muy buena, no muerde ni nada. Es muy tranquila.

«Si pudiera, la atusaría para que te diera un *bocao* en esa jeta de amargada que tienes», pensó.

—Pues nadie lo diría, con ese genio que se gasta.

—¿La puedo tocar? —preguntó entusiasmada Alba, que acompañaba a su madre.

—Sí, ven.

Alba se acercó donde se encontraba la perrita junto a Yolanda mientras que su madre permaneció a los pies de la cama, al lado del arcón.

—Ten cuidado, Alba. Mira qué dientes tiene.

—Ay, mamá, una cosa tan bonita no puede morder.

—Pues a mí sí me gruñe.

«Porque tú no le gustas», pensó Yolanda.

—¿Cómo se llama? —preguntó la nena.

—*Chanel*.

Alba enseguida se puso a jugar con la perrita, que, revoloteando a su alrededor, saltaba y lo mordía todo feliz.

—Puede sentarse en la cama o, si está más cómoda, lo puede hacer en el arcón.

—Estás enferma, me han dicho. ¿Qué te pasa?

«Estoy flipando», pensó.

—Estoy con vómitos, dolores en el estómago. ¡Vamos, un virus intestinal!

—¿Necesitas que te haga un caldo o algo de comer? Porque... estás sola, ¿verdad?

—No, de verdad, muchas gracias, pero no puedo comer nada. Su hijo está en la base.

—¿Habéis discutido?

«Será cotilla la muy bandarra.»

—Tiene guardia —le dijo para disimular.

—A mí me lo puedes contar, en confianza.

«Sí, en eso estaba yo pensando, en contarte mi vida; no tengo otra cosa que hacer, para que luego hagas aquelarre con tus amigas y se lo cuentes todo.»

—Gracias por preocuparse, pero todo va bien.

—No hay nada que agradecer. Y... ¿hasta cuándo tiene que estar mi hijo en la base? Porque, estando tú enferma, podría estar aquí contigo. ¿Vendrá hoy?

«Madre mía, ni que trabajara para la Interpol, la muy jodía.»

—Pues...

No le dio tiempo a terminar la frase, pues en ese momento la puerta se abrió y Lucas entró por ella.

—Mírelo, ahí lo tiene.

«Menos mal, porque la muy bruja me estaba sometiendo a un tercer grado.»

Sin pensarlo dos veces, Lucas pasó por el lado de su madre sin pararse y fue directo al lado de Yolanda.

Le pasó los dedos por el óvalo de la cara dulcemente, le apartó el pelo, se acercó y la besó con ternura.

—¿Cómo estás, mivi?

—Bien, cari.

—¿Seguro? —le preguntó sin dejar de darle besos.

—Sí, sí, seguro. Cariño, tu madre —le dijo bajito.

Lucas se giró hacia su madre y, quitándose la cazadora, le dijo:

—Mamá, necesito unos minutos a solas con Yolanda. ¿Podéis bajar al salón, por favor?

—Claro que sí, hijo —le contestó cogiendo la cazadora de él—. Te la cuelgo en el vestidor, que tienes una manía de dejarlo todo por en medio...

—Mamá, mamá... déjalo, por favor.

Sin hacerle caso, entró en el vestidor, colgó la cazadora y volvió a salir.

—Vamos, Alba, dejémoslos solos.

—¿Puedo bajar a *Chanel*?

—No, Alba, que ya nos vamos para casa. Que te mejores, Yolanda.

—Gracias por la visita.

—Mamá, ahora bajo —le dijo acompañándolas a la puerta—, dame unos minutos.

Cerró la puerta y fue de nuevo hasta donde estaba ella. La abrazó y, sin dejar de besarla, le dijo:

—Perdóname, mivi, soy un imbécil por marcharme así y dejarte sola.

—Quien tiene que pedir perdón soy yo: te oculté que me sentía mal. Cuando me di cuenta de que tenía un retraso, me asusté mucho. Sé que tendría que haber confiado en ti, pero... cuando dijiste en casa de Ana que tú, los niños, ni dibujados, me bloqueé y no supe qué hacer. Lo siento de verdad.

—Es verdad que sería un palo muy grande un hijo ahora que estamos empezando a vivir nuestra historia, pero tampoco tenía que haber actuado así, porque es algo de los dos. No me voy a perdonar jamás que te haya dejado sola estando enferma por mi cabezonería —le dijo abrazándola y repartiéndole montones de besos.

—No te preocupes, estoy bien —lo tranquilizó cogiéndole las manos—. Me preocupa tu madre, ve a acompañarlas a casa.

—Mi madre ha venido en coche, ahora bajo a despedirme de ellas.

En esos momentos sonaron unos golpes en la puerta; era Mar, que les anunció que se iba a casa. Quedaron en llamarse al día siguiente.

—Gracias, Mar, por todo.

—No seas tonta; te llamo mañana —le dijo dándole dos besos.

Lucas bajó, se despidió de su madre y volvió a subir para estar con Yolanda.

Pasó la tarde cuidando cada movimiento de ella, mimándola a cada minuto, llenándola de besos a cada segundo y, al caer la noche, Yolanda pudo descansar bien en el mejor sitio que había en el mundo para ella, entre sus brazos.

Capítulo 32

A los pocos días, Yolanda empezó la dieta PAZ, y al día siguiente de hacerlo ya estaba hasta el mismísimo moño de comer siempre lo mismo.

—Paca, si me vuelves a poner otra vez eso, me hago el harakiri con la zanahoria.

—Mi niña, es lo que tienes que tomar, yo sigo las indicaciones del médico.

—Pero ya estoy bien, ya no vomito, y estoy harta —le dijo con cara de corderito degollado.

—Ya sabes que luego Lucas se enfada si no comes.

—Claro, pero él bien que almuerza en la base; te aseguro que no está tomando esto tan soso.

—Anda, comételo, que mañana te haré otra cosa de comer.

—¿Macarrones?

—Macarrones —aceptó dándole un beso cariñoso en la mejilla—. Mi niña, yo te hago lo que quieras.

—Graciaaasss.

—Yo me voy ya, está todo listo. Hasta mañana.

—Adiós, Paca, yo voy a bajar al gimnasio a bailar un poco, que hace tiempo que no lo hago.

Bajó la escalera, abrió la puerta del *gym*, se fue directa al equipo de música, cogió el cedé de Romeo Santos y le dio al *play*. La música comenzó a sonar y empezó con los pasitos básicos de bachata... un, dos, tres, caderita; un, dos, tres, caderita; giro, un, dos, tres, giro.

—Ahhhhhhh, jolinesss, ¡qué susto, no te esperaba aquí! — dijo al darse la vuelta y toparse con Lucas cara a cara.

—Si llego a venir cantando tampoco te hubieses enterado, con la música tan alta. —bromeó cogiéndola por la cintura—. ¿Cómo te sientes, cariño?

—Mucho mejor, se nota que me has cuidado bien — contestó dándole un beso.

—¿Vas a bailar?

—Sí, eso quería, porque durante todo el tiempo que he estado en cama no he hecho nada de ejercicio, y seguro que tengo el culo más gordo.

—Voy a ver si eso es verdad.

Bajó lentamente la mano hacia su trasero y lo masajeó.

—¿Qué haces? —le preguntó divertida.

—Pues comprobando si tienes más culo.

—Ah, y... ¿cuál es el resultado de la comprobación?

—Que tienes un culo tremendo.

Estallaron en carcajadas. Yolanda dio un salto y se subió encima de él; con las piernas rodeó su cintura y, con los brazos, el cuello; luego bajó la cabeza hasta quedar a su altura y se besaron sin dejar de reír.

Empezó a sonar *Propuesta indecente*.^[15] Lucas la bajó y la invitó a bailar.

Yolanda empezó a contonearse al ritmo de la bachata. Mientras él la miraba atentamente, ella comenzó a cantarle el

estribillo de la famosa canción insinuándose acercándose a su boca.

—¿Y si te robo un piquito? —le preguntó él, robándoselo.

Yolanda continuó con su sensual bachata. Entonces Lucas la agarró de la mano, se puso delante de ella y le hizo el paso básico del baile para asombro de ella. Él siguió haciendo el paso hasta que le hizo una indicación para que girara y ella, divertida, giró.

—¿Desde cuándo sabes bailar bachata? —le preguntó sin dejar de moverse, entusiasmada.

—Desde que te vi hacerlo con el profesor aquel en la discoteca. Me cegué tanto por los celos que me dije «tengo que aprender a bailar ese baile» —le confesó.

—¿Y dónde has aprendido?

—Las horas en la base a veces pasan demasiados lentas, así que, cuando no tenía nada que hacer, buscaba vídeos en Internet y la práctica hizo el resto.

—Estoy muy sorprendida, me encanta poder compartir contigo mi pasión por el baile.

—Y yo estoy encantado de poder hacerlo, princesa, así que vamos a marcarnos una bachatita sensual.

Cogió el mando a distancia del equipo de música, fue pasando temas y, cuando las primeras notas de *Soy incondicional*[16]sonaron, subió el volumen y extendió una mano hacia ella.

Ella se dejó llevar por las indicaciones que él iba marcando a cada cambio de ritmo; realmente se compenetraban de maravilla los dos. Le levantó las dos manos sobre su cabeza y bajó las suyas por los costados lentamente mientras ambos se balanceaban al compás.

Le hizo bajar las manos por detrás de su cabeza, quedando abrazados; luego puso su mano por detrás de la cabeza de ella y, suavemente, la empujó hasta quedar bien pegaditos. Metió una pierna entre las de ella y fue entonces cuando bajo sus manos hasta la mitad de la espalda y giraron ambos a un tiempo.

Mientras movían las caderas bien pegados con movimientos muy sexis, se miraron a los ojos, juntaron sus labios y se fundieron en un sensual beso que se fue acentuando a medida que sus bocas bailaban al compás.

—¿Confías en mí, peque?

—Claro que sí —le dijo acariciando con dulzura su pelo.

Le volvió a levantar las manos y le quitó muy despacio la camiseta que llevaba sin dejar de bailar.

Puso una mano en la espalda, a la altura de los riñones, y la hizo inclinarse hacia atrás mientras él lo hacía hacia delante sobre ella. Sujetándola bien para no hacerle daño y no dejarla caer, puso su boca en su barriga y le repartió un reguero de besos.

Yolanda, inclinada hacia atrás, se sujetaba a los brazos de él. No podía verlo, sólo podía sentir su boca besándola. Lucas la subió despacio mientras con su lengua recorría todo el torso de ella hasta llegar a su cuello y finalizar en su boca, donde la besó con ternura y pasión.

Yolanda le empezó a desabrochar la camisa; cuando la tuvo completamente abierta, la tiró hacia atrás y se la quitó. Luego lo acarició con suavidad mientras meneaba las caderas acompañadas a las de él y lo besó por todo el pecho. Se abrazaron y, al ritmo de la música, él le apartó el pelo hacia un lado mientras con la boca recorría todo su cuello, haciéndola estremecer.

—Oh, se ha acabado la magia —dijo Yolanda cuando terminó la canción.

—No te lo crees ni loca; la magia acaba de empezar, que me has puesto a mil con esos movimientos de cadera.

—Yo soy inocente —le dijo riendo.

La cogió por debajo de las axilas, y ella dio un salto y lo rodeó con las piernas mientras él la sujetaba por el trasero.

—¿Dónde quieres continuar con la magia? ¿Aquí?, ¿en el salón?, ¿en el dormitorio?

—Donde quieras.

Salió del gimnasio con ella en volandas y subió la escalera mientras ella se iba sacando las zapatillas. Al llegar al ventanal que daba al jardín, la apoyó, se acabaron de desnudar y allí, de pie, se demostraron cuánto se amaban, se necesitaban y se anhelaban.

Hicieron un parón en la escalera, aún tenían pasión para dar y vender.

Siguieron su camino hacia el dormitorio, donde acabaron de darse todo lo que necesitaban y más.

—Cari, mañana se marchan Dani y Mar. ¿Iremos al aeropuerto? —le preguntó mientras descansaba entre sus brazos.

—Si quieres, sí, cariño.

—La voy a extrañar mucho.

—Pero si vais a estar juntas en Los Ángeles dentro de nada... Por cierto, ¿qué quieres hacer durante la semana que me he pedido libre antes de volver a casa?

—Pues me gustaría ir a Barcelona, pero también tenemos que empezar a llenar cajas con todas nuestras cosas.

—Iremos a ver a tus padres unos días, y poco a poco podemos ir guardando nuestros trastos.

—Uf, son muchas cosas. ¿Cómo lo vamos hacer?

—No te agobies, princesa —le dijo acariciándole el hombro.

—Sí me agobio, porque tengo mucha ropa y muchas pertenencias. ¿Acaso no te acuerdas del camión que vino aquí cuando me mudé?

—Claro que me acuerdo: cuando llegué de la base, la cama estaba enterrada por tus cosas. Pero recuerda que en el avión sólo podemos llevar dos maletas, lo demás vendrá después.

—Eso me preocupa... mi música, mis bolsos, mis ropa.

—A ver, peque, en la maleta sólo lo imprescindible. Lo demás, si quieres, lo enviamos antes o después, cariño, pero no podemos ponerle ruedas a la casa.

—Voy a extrañar esta casa, a pesar de que me da miedo estar sola en ella. Me gusta mucho, la siento tan mía... Hemos vivido momentos muy bonitos aquí.

La estrechó aún más contra él y la besó en la cabeza.

—Allí te espera otro hogar, donde viviremos momentos igual de bonitos o incluso más, ya lo verás.

—De eso quería hablarte.

—Dime, ¿qué pasa?

—El dormitorio que hay en tu casa, no quiero que sea el nuestro.

—¿Por qué?

Ella se incorporó un poco, se puso boca abajo apoyando la barbilla en su pecho y, mirándolo a los ojos, le dijo mientras él

le acariciaba la espalda:

—Por esa cama habrán pasado un montón de mujeres, y yo no quiero que sea nuestro nido de amor.

—Mivi, por mi cama sólo pasaste tú —le dijo señalándola con el dedo hasta tocar su nariz.

—No te creo.

—Créeme; nunca he llevado a nadie a mi casa. No tenía intención de tener nada con nadie, sólo quería disfrutar del sexo sin ataduras ni rollos; por eso, a las chicas que conocía, las llevaba a un hotel... cuanto menos supieran de mi vida, mejor.

—¿Me lo prometes?

—Sí, cariño, te lo prometo; pero, si quieres, la redecoras sin problemas. Quiero que te sientas bien —le dijo mientras la cogía, le daba la vuelta y quedaba él encima.

—Tengo frío —le comentó mientras tiraba del nórdico hacia arriba.

—Ven aquí, que yo te caliento.

—Lucas, ¿no tienes bastante con tres? —le preguntó divertida.

—Nunca tengo bastante de ti, siempre necesito más.

—Pues me has pillado guerrera —bromeó.

—Demuéstramelo —le pidió besándola y subiéndola sobre él.

Ya no importó ni el frío, ni el nórdico, ¡ni la madre que lo parió!

Todo se volvió pasión, deseo, desenfreno y locura.

Se amaron y se devoraron hasta caer, agotados, en brazos de Morfeo.

El primero en despertarse fue Lucas. Se desperezó, levantó un poco el edredón de plumas y la descubrió hecha una bola. Sonrió al verla dormida de esa manera, pero se extrañó al descubrir que llevaba pijama; hasta donde él recordaba, sus ropas habían quedado abajo, al lado del ventanal donde primeramente habían hecho el amor. Miró el reloj, aún tenían tiempo; la volvió a tapar y la dejó dormir un poco más.

Se puso un pantalón de deporte gris y, sin camiseta, bajó al salón y recogió toda la ropa que había quedado por el suelo al lado de la ventana del jardín.

Se metió en la cocina y preparó desayuno para dos, lo puso en una bandeja y lo subió a la habitación, donde ella seguía durmiendo.

—Bella durmiente, despierta —le dijo repartiéndole besos por la cabeza a la vez que la acariciaba.

—Hummmm —ronroneó como un gatito.

—Venga, arriba, gatita dormilona.

—Hummmm —volvió a ronronear mientras se iba estirando, hasta quedar boca arriba con la camiseta del pijama subida, mostrando su ombligo.

Lucas cogió el bote de Nutella que había subido, lo abrió, metió el dedo y le restregó la crema de cacao por el vientre para luego pasar su lengua por ella.

—Arriba, bombón.

—¿Qué haces? —dijo retorciéndose por las cosquillas.

—¡Desayunándote!

—¿Y está bueno tu desayuno? —le preguntó curiosa.

—Sabrosísimo; eres mi desayuno favorito —le contestó mientras untaba más Nutella por su cuerpo.

—Si sigues así ,voy a parecer la princesa pringosa — bromeó.

—Lo serás, mi princesa pringosilla; vamos a la ducha —le propuso cogiéndola en brazos.

Se metieron bajo el agua, pero no hubo tiempo para mimos; debía ser una ducha rápida, el desayuno les esperaba.

Lucas estacionó el coche en el parking del aeropuerto de Madrid. Faltaban unas horas para que Dani y Mar emprendieran su nueva aventura al otro lado del charco.

Cuando entraron, los encontraron en la cola para facturar.

—Nenaaaaaa... —Las dos amigas se abrazaron—. ¿No han llegado las demás?

—Pues no, todavía no. Bueno, hemos venido con tiempo suficiente; llegarán pronto, o al menos eso creo.

La cola iba avanzando hasta que les tocó el turno de facturar las maletas. Una vez hecho, y un poco más libres de peso, fueron a tomar algo para matar el rato mientras llegaban los demás.

El tiempo fue pasando y, cuando se quisieron dar cuenta, ya era hora de despedirse.

—Pitufina, tenemos que irnos ya para buscar la puerta de embarque.

—Pero no han llegado.

—Aun así tenemos que irnos.

Se levantaron y se dirigieron al control de seguridad.

—Tío, nos vemos en una semana más o menos —le dijo Lucas a Dani dándole la mano y un abrazo—, buen viaje.

—Te voy a extrañar mucho —dijo Yolanda abrazando a Mar.

—Yo también a ti.

—Eyyyyyy, no os vayáis todavía... —gritó Raquel corriendo seguida por Ana, Juani, Javier, Óscar y Marcos.

—Casi no los veis —les avisó Yolanda separándose de Mar.

—Las preñaícas, que son unas tardonas.

—Sí, claro, ahora la culpa será nuestra... si has sido tú, que has llegado tarde —añadió Juani.

—Mentirosas —rio Raquel.

—Bueno, aparta, que quiero achuchar a mi Mar —pidió Ana.

—Yo también quiero estrujarla —se sumó Juani.

—¡Toma, y yo! —agregó Raquel.

—Pues, venga, abrazo comunitario y entre todas la chafamos —propuso Yolanda.

—Venga, chicas, que tenemos que entrar —recordó Dani.

—Buen viaje; al llegar, avisad —pidió Yolanda.

Cuando pasaron el control de seguridad, los amigos salieron del aeropuerto.

—Alegra esa cara, que pronto estaréis juntas —le dijo Lucas a Yolanda, que estaba un poco triste.

—Lo sé, amor, pero no puedo evitarlo. ¿Adónde vamos?

—Pues, ya que estamos aquí en Madrid, podríamos ir a ver a mis padres.

La cara le cambió de golpe, sólo esperaba que fuera una broma, porque se estaba transformando en el increíble Hulk... hasta verde se estaba poniendo.

—¡Lucas, qué guasón estás!

—Lo digo en serio, pero ya veo que no tienes muchas ganas.

—Hombre, después de la última vez, no creo que sea bien recibida.

—Pero si hasta te fue a ver a casa, eso ya está más que olvidado.

—No estaría yo tan segura y, sobre su visita cuando estuve enferma, aún estoy flipando.

—¿Cuándo quieres ir a Barcelona?

—Pues sólo tenemos una semana para ir y para empacarlo todo. ¿Qué te parece si vamos a casa, empezamos a guardar cosas y vamos los últimos días a casa de mis padres?

—Mientras lleguemos a tiempo para despedirnos de los míos, todo perfecto.

—Vale, pues ya está hecho el *planning*.

Llegaron a casa y se pusieron manos a la obra, tenían mucho por guardar en cajas; iban a empezar por todo lo que no era tan imprescindible.

En menos de una hora, la casa estaba patas arriba: cajas, precintos, libros, cedés de música, zapatos, bolsos y mil trastos más.

—Mira bien lo que quieres llevarte en la maleta y lo demás lo empaquetamos.

—Esta caja ya está cerrada; va con música y libros. Uf, ¡cómo pesa! —dijo intentando levantarla.

—Estate quieta, que ya lo hago yo; déjala ahí y mira tus bolsos y zapatos.

Yolanda entró en el vestidor para ir sacando la ropa que tenía que guardar en cajas y dejar sólo la que se iba a poner durante la semana y la que metería en las maletas. Lucas no pensaba llenar sus dos maletas, así que podía aprovechar ese espacio de sobra para llevarse más cosas.

—Cari, ¿qué es lo que tienes que meter en cajas? —preguntó Yolanda.

—Peque, mi ropa cabe toda en una maleta, yo lo tengo todo allí. Deja lo mío para una maleta y mira lo tuyo, ¿vale? Voy bajando las cajas que están llenas.

Sacó una montaña de abrigos y los puso encima de la cama, para doblarlos y guardarlos. Fue metiendo la mano en los bolsillos para asegurarse de que no había nada en ellos y luego se dedicó a introducirlos en cajas.

Metió la mano en el bolsillo de una cazadora cuando se dio cuenta de que no era suya; tocó algo, pero sacó la mano inmediatamente.

«¿Quién soy yo para revisar la cazadora de Lucas?», pensó.

Pero era demasiado tarde, la curiosidad pudo con ella y volvió a meter la mano para saber qué era aquello que había tocado en el bolsillo de la prenda.

Cuando lo sacó y vio lo que era, su vida se desquebrajó en millones de pedazos.

—Princesa, que ya he bajado todas las cajas... ¿qué tienes ahí?, ¿qué te pasa? —preguntó Lucas al verle la cara.

—¿Qué me pasa?, ¿aún me lo preguntas? ¿Me puedes decir qué es esto? —le espetó tirándole algo a la cara.

—Pues un tanga —le contestó cogiendo la prenda—, y muy feo, por cierto. ¿Te has comprado esa cosa tan choni?

—No es mío —replicó muy enfadada.

—¿No me digas que se lo has comprado a *Chanel*? —se mofó.

—¡¡¡Lucas!!! —le gritó.

—Veamos, peque... como broma, ya está bien. Dime, ¿qué pasa con esto?

—¿Que te lo diga yo? Dímelo tú —chilló señalándolo con el dedo.

—¿Yo?

—Esto estaba en el bolsillo de tu maldita cazadora —bramó cada vez más enfadada.

—En mi...

—Sí, en tu cazadora; la misma que llevabas puesta el día que te fuiste de casa y pasaste dos noches fuera —le volvió a gritar, cortándolo.

—Peque, no es lo que pien...

—¿Que no es quéeeee?

—Princesa...

—¿Ahora qué soy, la princesa cornuda?

—No, cariño, déjame explicar...

—No hay nada que explicar, lo entiendo perfectamente: te enfadas conmigo y te vas toda la noche de copas y con alguna tía.

—Me fui y estuve bebiendo. Shei se me acercó, pero...

A partir del instante en que escuchó ese nombre, los gritos de Yolanda sonaron con más decibelios de la cuenta.

—Clarooooooooo, quién iba a ser, si no la Culopollo. ¿No había más tías?

—No hice nada, con nadie.

—Y el tanga apareció en tu bolsillo por arte de magia, ¿verdad?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que...

—¿Es que quéeee? ¿Es que quéeeee? —gritó cada vez alto, hasta el punto de que la perrita no salía del capazo y miraba la escena con sus ojitos saltones.

—Te estoy siendo since...

—Estás siendo un pedazo de cabrón —bramó furiosa.

—Yolanda, escúchame...

—No quiero escucharte, sólo tengo ganas de tirártelo todo a la cabeza por bandarra, por gilipollas, por cabronazo.

—Yolanda...

En ese momento Yolanda se derrumbó y empezó a llorar; no quería hacerlo y menos delante de él, pero ya le importaba todo una mierda. Todo se había ido al carajo, así que qué más daba que la viera llorar.

—¿Por qué, Lucas? ¿Por quéeeee?

—Cariño, debes creerme, yo no hice nada con ella. La volví a rechazar, sólo te quiero a ti —sentenció acercándose a ella para abrazarla.

—¿Que sólo me quieres a mí? Y una mierda —soltó dándole un empujón—. No me toques; no se te ocurra ponerme las manos encima.

—Por favor, peque, es la verdad. Sólo me importas tú...

—No te creo, Lucas. Se acabó, no hay nada más que hablar. Hemos terminado. Vete con ella.

Lucas, abatido, se metió en el vestidor e hizo su maleta mientras la oía llorar.

—Cariño, déjame habl...

—No soy tu cariño y no hay nada que hablar —lo cortó mirándolo con los ojos enrojecidos de llorar.

—Escúchame, por favor —volvió a insistir.

—No te quiero escuchar.

—Está bien; quizá, cuando tú quieras escucharme, yo ya no quiera hablar.

Dicho esto, cogió su maleta y salió de la habitación. *Chanel* fue detrás de él. Éste la cogió en brazos, le hizo mil cariños y la mandó a su capazo. Luego bajó la escalera, se metió en su coche y se fue.

Yolanda, destrozada, se tiró sobre la cama boca abajo y lloró; lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Después cogió su móvil; marcó y esperó contestación.

—Paca, ¿puedes venir, por favor? —le suplicó sin dejar de llorar.

—Mi niña, ¿qué ha pasado?

—¿Puedes venir? Sé que tienes la semana libre, pero, por favor, te necesito.

—Claro que sí, mi niña, ahora mismo voy.

Paca no tardó más de media hora en presentarse en casa. Cuando subió la escalera, encontró a Yolanda deshecha, llorando sin parar tumbada en la cama, y toda la habitación como si hubiera pasado el Correcaminos.

—Mi niña, ¿qué te pasa? —le preguntó acercándose.

—Paca, Lucas me ha puesto los cuernos —le contestó sin dejar de llorar.

—No puede ser, mi niño te quiere muchísimo.

—Tu niño es un cabrón —bramó enrabiada.

—Vamos a calmarnos y me cuentas qué ha pasado —le pidió acariciándole la cabeza.

Yolanda, abrazada a ella, le explicó todo lo que había sucedido. Paca escuchaba sin dar crédito, no podía ser que Lucas hubiera hecho aquello.

—Tranquila, mi niña, ya verás cómo todo se soluciona.

—No, Paca, noooooo; no hay solución, él me puso los cuernos y hemos terminado.

—Pero date cuenta de una cosa... ¿cómo un hombre que se va con otra mujer se trae un recuerdo a casa de su infidelidad? No es lógico. Piénsalo, mi niña.

—Porque, encima de cabrón, es un *tolai*.

—¿Por qué no vas a hablar con la tal Shei?

—¿Quéeeee?, ¿para qué?, ¿para qué se ría en mi cara?

—No, para aclarar la situación.

—No hay nada que aclarar, Paca: Lucas se fue, bebió más de la cuenta, la Culopollo esa se le insinuó y, como estaba enfadado, pues se fue con ella —le resumió levantándose y entrando en el vestidor para hacer su maleta.

Paca la siguió. Al verla, comenzó a ayudarla con las cosas.

—¿Te podrás quedar esta noche conmigo, por favor?

—Sin ningún problema, me quedo aquí contigo. ¿Qué harás, mi niña?

—No lo sé, la verdad es que no lo sé. Llamaré a un camión para que venga a buscar mis cosas y... yo... pues supongo que volver a mi casa.

Cada prenda que metía en la maleta era un recuerdo, una vivencia; no podía dejar de llorar. Cuando acabaron de empacarlo todo, lo bajaron, se miraron y se abrazaron muy tristes.

Al día siguiente, en la estación del AVE, Juani, Raquel, Ana y Paca lloraban abrazadas a Yolanda, no podían entender lo que había pasado. No tenía lógica.

—Preñaícas, quiero ver cada foto de vuestras hermosas pancitas en mi móvil a diario.

—¿Has hablado con Mar? —preguntó Raquel.

—Ayer me mandó un mensaje para decirme que ya habían llegado a Los Ángeles y que estaba cansada, pero feliz.

—Pero ¿le has contado lo que ha pasado? —insistió.

—No, ¿quién soy yo para amargarle su felicidad?

—Pero ella se enfadará si no se lo explicas —añadió Juani.

—Tranquilas, se lo contaré, pero no ahora. Vamos a dejar que disfrute de su nueva vida.

—Te vamos a extrañar, loca.

—Y yo a vosotras, albondiguitas.

—Mi niña, cuídate mucho —le dijo Paca abrazándola fuerte.

—Paca, te dejo la llave de la casa; dásela a Lucas, por favor. Cuando lo veas, dale todos los besos del mundo, pero no le digas que son de mi parte.

—Se los daré, pero, por favor, piensa en lo que te dije.

—No hay nada que pensar. Lucas tenía razón: el amor no es para siempre, es mientras dure, y el nuestro, por lo que veo, ya terminó.

—No digas eso, tú lo quieres, se te nota.

—Sí, yo lo quiero más que a nada en este mundo, pero él, evidentemente, no.

—Estoy segura de que él también te quiere más que a nada —la contradijo Ana.

—Sí, por eso hizo lo que hizo y con quien lo hizo.

—Por eso mismo, por ser ella, hay algo que a mí no me cuadra —insistió Paca.

—Paca, tú no quieres creerlo porque es tu niño; yo tampoco lo creía, pero las pruebas están ahí y, por mucho que me duela, Lucas me puso los cuernos.

—Tiene que haber una explicación —afirmó Raquel.

—Ya viene el tren —anunció muy apenada.

—Cuídate mucho.

Yolanda subió al AVE y puso rumbo a su Barcelona con el corazón deshecho mientras *Chanel* le daba lengüetazos cariñosos.

Capítulo 33

—Lucas, ¿juegas conmigo a la Play? —preguntó Alba abriendo la puerta de la habitación.

—No tengo ganas, pequeñaja; sal y cierra la puerta, por favor.

—Vamos, hermanito. Llevas metido aquí desde hace cuatro días, no sales para nada, ni siquiera para comer.

—Alba, no estoy de humor. Quiero estar solo hasta que me vaya a Los Ángeles.

—¿Te vas a pasar los tres días que te faltan aquí metido?

—Alba, por favorrrr, déjame solo.

—Pues contéstame, ¿no?

—Alba, vete.

—Contéstame, contéstame, contéstame... —se puso en plan cansina.

—Joderrrrrrrrrrrrrrrr, lárgate —le gritó.

—Pues contéstame, venga va, venga va, venga va...

—Sí, Alba, sí: me voy a quedar aquí los dos días que me faltan, porque no son tres, son dos. ¿Contenta? —le soltó, un poco harto de su actitud de niña repelente—. Ahora, por favor, sal y cierra. Déjame solo.

—Pero...

—Que te largues, Alba, que te largues.

—Está bien, me voy.

La chiquilla salió de la habitación y cerró la puerta tal y como le había indicado su hermano, y se dirigió al salón. Estaba superaburrida; sus padres habían salido y ella estaba sola con Lucas, pero éste no estaba de humor, así que se dispuso a jugar ella sola con su juego de cantar, pero las canciones no le gustaban demasiado, por lo que dejó la Play a un lado.

Se fue a su cuarto y cogió un devedé de sus ídolos, las Sweet California. Regresó al salón y, delante del televisor, se puso a cantar y a bailar como ellas.

Cuando la canción *Wonder Woman*^[17] comenzó a sonar, se puso como loca, pues era su favorita.

Subió el volumen a toda pastilla mientras cantaba.

—¡Ahora al estribillo! —gritó.

Alba bailaba y cantaba como una posesa tal y como lo hacían las tres chicas que formaban el grupo musical que tanto le gustaba. Estaba tan emocionada bailando que no se dio cuenta de que su hermano había entrado en el salón con muy malas pulgas.

—¿Quieres hacer el favor de bajar el volumen? —vociferó Lucas apareciendo por detrás.

Pero ella seguía a lo suyo sin hacer caso de nada.

—Tururúuuuu —seguía tarareando.

Lucas cogió el mando y apagó el televisor.

—Pero ¿qué haces? —le recriminó a voz en grito.

—Te he pedido que bajes el volumen y no me has hecho ni caso.

—¿Y qué hago? Me aburro. Tú no quieres jugar conmigo a la Play y, si pongo música, quieres que baje el volumen y me la apagas. ¿Qué hago?

—De momento, contestar el teléfono, que está sonando.

—No es mío, es el de mamá, que se lo ha olvidado.

—Da igual de quién sea, contesta —le ordenó saliendo del salón para dirigirse a la cocina.

—¿Diga? No, no está, se ha dejado el móvil en casa. ¿Quién le digo que ha llamado? ¿Shei? Vale, gracias. Adiós.

Lucas, que regresaba al salón, oyó el nombre que su hermana había mencionado y no se lo podía creer. Seguramente era una equivocación.

—Alba, ¿quién era?

—Preguntaba por mamá, una tal Shei. Luego, cuando venga, se lo diré.

Lucas, que llevaba un vaso de agua en la mano, lo estampó contra la pared haciéndolo mil pedazos y asustando a su hermana.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alba nerviosa.

—Nada, no es asunto tuyo.

—Pues, para no ser asunto mío, menudo susto me has dado.

—¿Tú tienes idea desde cuando conoce mamá a Shei?

—No sé nada; ni siquiera sé quién es.

—Alba, piensa, es importante, por favor.

—Veamos, no sé quién es, pero lo podemos averiguar con su móvil.

Lucas cogió el teléfono de su madre y lo intentó desbloquear, pero sin conseguirlo.

—Mierda.

—¡Ya está! —dijo Alba con una sonrisa de oreja a oreja—. Me sé la contraseña.

Miraron los wasaps y se enteraron de que todo lo había planeado Shei, y lo peor era que su madre había sido cómplice.

—Jodeeeeeer —gritó Lucas.

—Yo sabía que mamá no quería a Yolanda, pero prestarse a esto es caer muy bajo... aunque, claro, ya se lo dijo cuando vino aquí.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Yolanda vino después de lo del partido, para disculparse, y mamá la trató a patadas y le soltó que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para separaros. Yo pensé que te lo había contado.

—No sabía nada. Ella jamás me dijo que había venido aquí.

—Ese día, cuando se iba, la llamé y hablé con ella. Me invitó a una Coca-Cola y me pareció una chica genial. He seguido manteniendo el contacto con ella por móvil, pero a escondidas de mamá.

Lucas estaba alucinando con todo lo que le estaba explicando su hermana.

—¿Sabes algo más?

—No. El día que fuimos a tu casa, me extrañó, pero mamá no me contó nada, sólo me dijo que íbamos a verte a ti.

—¿Sabes a qué hora volverán?, ¿adónde han ido?

—Ni idea. ¿Qué vas a hacer?

—De momento, mi equipaje. Me voy de aquí, pero no sin antes decirle a mamá todo lo que pienso.

En ese instante se oyó un ruido de llaves en la cerradura.

—Hola, ¿cómo estáis? —saludó Ramón entrando por la puerta.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Carmen asombrada.

—Alba, ve a tu habitación—le ordenó Lucas a su hermana.

—Pero...

—Sin rechistar, pequeña —le pidió.

Alba hizo una mueca, pero se marchó tal y como le había ordenado Lucas.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado aquí? —volvió a preguntar Carmen a su hijo, recogiendo los cristales esparcidos por el suelo del salón.

—¿Me puedes explicar de qué conoces a Shei?

—Yo no conozco a ninguna persona con ese nombre.

—Pues, para no conocerla, tiene tu número de teléfono... y tienes un montón de mensajes suyos.

—¿Has estado husmeando en mi móvil?

—Sí, mamá, y lo sé todo; ahora quiero que me lo expliques tú.

—Yo no tengo nada que explicar.

—¿Por qué cojones lo has hecho? —le gritó.

—Vigila cómo le hablas a tu madre —intervino su padre.

—Mira, papá, mejor que vigile ella lo que hace y me dé una explicación o me voy a olvidar de que sois mis padres.

—Pero que te explique ¿qué? —preguntó Ramón nervioso al ver a su hijo tan exaltado.

—Déjalo, Ramón, se lo voy a explicar. Conocí a Shei una vez que fui a Guadalajara a ver a una amiga. Estaba en el parque y vi a Yolanda con una amiga sentada en un banco. Ella

no me vio o, si lo hizo, ni siquiera tuvo la decencia de saludarme.

—¿Cómo querías que te saludase si cuando vino aquí a pedirte disculpas la trataste a patadas?

—Al rato de marcharse ella con su amiga, se me acercó una muchacha y me preguntó si yo era tu madre —prosiguió sin hacer caso a la pregunta anterior que le había formulado su hijo—. Le contesté que sí y entonces me preguntó si era cierto que yo no quería a Yolanda. En principio me callé, porque no estaba segura de si era otra de sus amigas, pero, cuando me dijo que ella la odiaba profundamente y que podríamos idear un plan para separaros, acepté.

—Continúa —exigió Lucas a gritos.

—Ella me contó que la había oído comentar que tenía un retraso y que no te había dicho nada; se le ocurrió la idea de decírtelo para que te enfadaras. Como yo sabía que te ibas a ir de la casa, porque te conozco y sé perfectamente cómo eres y cómo actúas, ella decidió aprovechar esa oportunidad para intentar estar contigo, pero tenía muy claro que no iba a conseguir nada, así que se le ocurrió darme una prenda íntima suya para que yo fuera a tu casa y la escondiera en tu cazadora, para así hacer creer a Yolanda que habías estado con ella. Eso es todo.

—Y, cuando te vi en casa, era sólo por eso.

—Efectivamente; yo no iba a ir a visitarla, eso fue una excusa.

—¿Y me lo dices así, tan fríamente?

—Claro que sí, no me gusta esa chica para ti —afirmó muy altanera.

Lucas hervía por dentro de la rabia. ¿Cómo era posible que su madre hubiera aceptado hacer algo así? De Shei se lo podía creer todo, pero ¿de su madre?

—Pero ¿por qué, mamá? ¿por quééééé? —le gritó.

—Porque esa chica no es buena para ti; seguro que no tiene dónde caerse muerta y tú vales oro, corazón mío; ella no te merece.

—¡Mamá! ¿Qué sabes tú lo que me merezco? Has hecho que pierda a la única mujer que he amado en mi vida. Por tu culpa Yolanda no quiere saber nada de mí —le recriminó con lágrimas en los ojos—. Yo quizá la he perdido a ella, pero tú me has perdido a mí.

Se metió en su habitación y cogió sus cosas; luego fue al dormitorio de su hermana y se la encontró llorando.

—Pequeñaja, no llores. Dame un abrazo, que me voy.

—Lucas, yo me quiero ir a vivir contigo a Los Ángeles.

—Eso no puede ser, tu sitio está aquí con papá y mamá.

—No, esa señora no es mi madre si ha sido capaz de hacer todo eso que acabo de escuchar para separarte de Yolanda.

—Alba, es nuestra madre a pesar de todo.

—Pero tú has dicho que ya no eres su hijo.

—Pero yo soy mayor; tu sitio está aquí. Dame un abrazo y pórtate bien; mañana por la noche salgo para Estados Unidos. He podido adelantar mi vuelo, pues ya nada me retiene aquí. Prometo que podrás venir siempre que quieras de vacaciones y cuando te dejen papá y mamá.

Los dos hermanos se abrazaron y se despidieron, Lucas cogió la maleta, pasó por delante de su madre, se giró y le espetó:

—¿Podrás vivir con tu conciencia tranquila? Piénsalo. — Luego se fue dando un portazo.

Alba salió de su habitación hecha una fiera y se encaró con su madre. Sabía perfectamente que se podía llevar un castigo o

incluso una bofetada, pero no le importó.

—Mamá, ¿te sientes orgullosa de tu comportamiento?

—Alba, cállate y ve a tu cuarto —le contestó Carmen.

—No, mamá, no me voy a mi cuarto. Mi hermano se va mañana por la noche al otro lado del charco hecho una mierda por tu culpa. Yolanda está pensando que tu hijo es un cabrón y está hecha otra mierda por tu culpa también. Y en vez de arrepentirte y hacer algo al respecto, me mandas a mi habitación para no escuchar las verdades. Pero ¿tú lo ves normal? ¿Tú ves lógico que una niña de doce años te tenga que decir que tu comportamiento no es el adecuado?

—Alba, te estás ganando un castigo del tamaño de esta casa.

—No, Carmen, tu hija tiene razón. ¿Has visto a tu hijo salir de aquí para no volver más y no vas a hacer nada al respecto? —intervino el padre.

Carmen se dio cuenta de que tenían razón; no había actuado bien, su orgullo le había llevado hacer cosas horribles con Yolanda y todo porque era catalana. Ella jamás había estado en Cataluña, pero siempre había oído hablar mal de esta comunidad, ya no sólo por el fútbol, sino por muchos otros temas extrafutbolísticos, pero la realidad era que nunca había visitado la Ciudad Condal ni ninguna parte de Cataluña. Todo el odio que sentía hacia los catalanes era por lo que había estado escuchando de otros y, cuando se enteró de que su hijo salía con una catalana, descargó toda su ira en ella. Ahora sabía que Lucas quería a esa muchacha que ella nunca quiso conocer; nunca le había dado la oportunidad de abrirse y ver cómo era realmente. Ella hacía feliz a su hijo, porque una cosa sí era cierta: lo hacía feliz.

Salió de casa dirección a Guadalajara, tenía que hablar con su hijo y pedirle disculpas por todo lo que había hecho.

—¿Está mi Lucas? —le preguntó a la señora que le abrió la puerta.

—No, señora, aquí no está.

—No me engañe, por favor; necesito hablar con mi hijo... necesito pedirle perdón.

—Le estoy diciendo la verdad, aquí no hay nadie. Yolanda se marchó ayer a Barcelona. Yo simplemente estoy aquí porque vendrán a buscar esas cajas y, una vez que quede esto vacío, entregaré las llaves a la persona que me han indicado.

—Muchas gracias.

—De nada, siento no poder ayudarla mucho más.

—No se preocupe, lo entiendo. Gracias de nuevo.

La preocupación de Carmen era máxima; no sabía dónde podía estar su hijo y no quería que se fuera sin hablar con él, sin pedirle perdón.

Llegó a su casa con la esperanza de que supieran algo, pero no fue así. Sólo le quedaba hacer una cosa y sería lo primero que hiciera al día siguiente a primerísima hora.

Lucas no había querido ir a su casa de Guadalajara porque no sabía si Yolanda estaba allí y no quería incomodarla, así que decidió instalarse en un hotel cerca del aeropuerto a esperar las horas que le faltaban para irse. Su vuelo salía al día siguiente sobre las siete de la tarde. Tenía un montón de horas por delante, en las que sólo quería estar tumbado y pensar en ella.

Encargó comida para que se la subieran a la habitación para no tener que salir para nada. Luego cogió el móvil y miró todas las fotos que tenía de ella, de los dos juntos; pensó en

llamarla o mandarle un mensaje, pero ya le había dejado las cosas claras. Se había terminado.

¿Qué estaría haciendo? La noche cayó y el cansancio, los nervios y la mala hostia pudieron con él.

Yolanda se despertó y, como de costumbre, cogió a *Chanel* y se marchó a la playa a pasear. Desde que había llegado a Barcelona era lo que hacía cada mañana: se sentaba en la arena mirando al mar; era como si los vaivenes de las olas pudieran llevarse esa tristeza que sentía en su interior.

Se pasaba las horas sentada delante del pont del Petroli, el hermoso puente metido en el agua que había cerca del restaurante donde solía ir con las chicas cuando éstas vivían en Barcelona, escuchando música; en esa ocasión, Xandro Leima la acompañaba desde sus auriculares.

Chanel jugaba en la arena; la perrita se había convertido en su fiel compañera, no la dejaba sola ni un segundo. Había veces que parecía que intuía que iba a llorar y entonces le daba lengüetazos y le demostraba su cariño.

—*Chanel*, nos vamos —la llamó.

El chuchín llegó corriendo, con el hocico lleno de arena.

—¡Mira cómo te has puesto, cosita! Antes de subirte al coche te tengo que limpiar.

La cogió en brazos, la limpió bien y la ató con el arnés de seguridad en la parte trasera del vehículo. Le dio al *play* en el aparato de música y el *cedé* empezó a sonar: *Hasta que vuelvas*,^[18] de Luis Miguel.

Empezó a cantarla y, con cada nota, las lágrimas caían por sus mejillas.

—Ya lo sé, *Chanel*, soy una masoquista: me pongo canciones cortavenas en mis peores momentos —le dijo mirando por el retrovisor.

Llegó a su casa y, cuando fue a entrar por la verja, un taxi paró delante de ella impidiéndole el paso. Esperó pacientemente a que se bajaran los pasajeros del taxi y, cuando vio quién salía del coche, se quedó a cuadros de colores. Pero ¿qué demonios estaba haciendo allí?

Entró el vehículo en el garaje, cogió a *Chanel* y se dirigió a la puerta principal.

—¿Estará contenta, verdad? Su hijo y yo hemos roto. ¿No era eso lo que quería?

—Pues no, no estoy contenta, por eso estoy aquí.

—¿Y qué quiere? —preguntó muy seria—. Hola, Alba —saludó a la nena con una sonrisa.

—¿Puedo hablar contigo, por favor? —le pidió la madre de Lucas muy amablemente.

Yolanda la invitó a entrar y las hizo pasar al salón. Carmen se dio cuenta de que no era una muerta de hambre como ella pensaba, no había más que ver cómo vivía. La casa que tenía era simplemente preciosa.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—¿Y tú, Alba?

—Una Coca-Cola, si es posible. ¿Puedo jugar con la perrita?

—Claro que sí, pero, si sales al jardín por allí —le indicó al fondo—, ten cuidado con la piscina y no le quites el jersey, que tiene frío.

—No te preocupes, no vamos a salir, nos quedaremos aquí dentro.

—Vale, ahora te traigo la bebida.

Mientras Alba jugaba con el animalito, Carmen empezó a contarle cómo había sucedido todo.

Yolanda no podía creer lo que le estaba explicando. Lucas tenía razón, no había hecho nada con la Culopollo y una vez más no lo había dejado explicarse. Las lágrimas corrían por sus mejillas; sentía impotencia, rabia, no sabía ni qué decir.

—¿No vas a decirme nada?

—Si hablo, soltaré por mi boca cosas que, por respeto a que es usted la madre de la persona a quien más quiero, no puedo ni debo soltar.

—Estás en todo tu derecho de decirme las barbaridades más grandes que se te pasen por la cabeza.

—Lo sé, pero no lo voy hacer. Tengo educación.

—Perdóname, Yolanda, por favor.

—Quien debe perdonarla es su hijo.

—Yo tengo que decirte que mi hijo no se ha portado nunca mal contigo; él te quiere, lo noté en el brillo de sus ojos cuando me dijo que había perdido a la única mujer que jamás había querido. Yolanda, por favor, tienes que ir a buscarlo.

—No va a querer escucharme; nunca lo dejo hablar, nunca lo dejo explicarse y estoy segura de que no va a querer verme. Y todo por su culpa. ¿Cómo ha podido hacerle eso a su propio hijo?

—Estaba cegada por el odio; perdóname, por favor. Si no estuviera arrepentida, no hubiese venido hasta aquí.

—Yolanda, por favor, mi hermano se va esta tarde-noche a Los Ángeles. Vamos al aeropuerto a buscarlo —le pidió Alba.

—No estoy tan segura que de quiera escucharme; le dije barbaridades.

—Alba, ya hemos hecho lo que debíamos, ahora está en sus manos. Nosotras debemos volver, porque nuestro avión de vuelta sale dentro de dos horas. —Luego se dirigió a Yolanda —: Gracias por escucharme y, si algún día me perdonas, te lo agradeceré.

Salieron por la puerta, pararon un taxi y se marcharon. Yolanda se quedó en estado de *shock* durante unos minutos, pero luego reaccionó, cogió su móvil y llamó a su padre.

—Papá, necesito un favor muy grande.

A la hora, abordaba el avión privado de su padre junto a *Chanel* con las esperanzas puestas en llegar a tiempo.

Cuando el avión tomó tierra en la terminal bautizada como Terminal ejecutiva, que era donde aterrizaban todos los aviones privados en Madrid, eran las cinco y media de la tarde.

Yolanda corrió hasta la terminal cuatro y se plantó delante de las pantallas para saber qué número de vuelo era y la compañía. Cuando localizó los datos, se fue pitando hacia el mostrador de la aerolínea. Esperó a que la cola fuera avanzando con los nervios a flor de piel, pues el tiempo jugaba en su contra. Cuando por fin llegó al mostrador, muy exaltada le pidió a la azafata un billete para el vuelo en el que iba Lucas.

—Lo siento mucho, pero no hay plazas para ese vuelo; si quiere para el próximo, sale mañana a esta misma hora.

—No puede ser, lo necesito en éste, por favor.

—Lo siento, señorita, pero ya le he dicho que no quedan plazas.

—Usted no lo entiende: en ese avión va el amor de mi vida y lo voy a perder si no subo.

—Le vuelvo a repetir que no quedan plazas, y ahora, si es tan amable de retirarse para que pueda continuar con mi trabajo, por favor...

—Se lo ruego, déjeme pasar para hablar con él —le pidió casi llorando.

—Es imposible que pueda pasar sin tarjeta de embarque.

—Por favor, necesito hablar con él —le suplicó.

—Lo siento, señorita, ya le he dicho que es imposible y, si no se retira, tendré que llamar a seguridad.

Yolanda, abatida, con *Chanel* dentro de su bolso, se apartó del mostrador, bajó la cabeza y se fue hacia otro lado del aeropuerto.

Se sentó en un banco que había frente a las puertas de salida de los pasajeros; allí, en el panel, podía ver cómo estaba anunciado que el vuelo de Lucas embarcaría en diez minutos.

Chanel empezó a llorar al ver que su dueña también lo hacía. Quería darle un lengüetazo, la sacó y le hizo mimos; entonces le sonó el móvil, dejó a la perra en el suelo y cogió su teléfono para contestar.

En esos momentos, las puertas se abrieron y *Chanel* salió disparada hacia dentro.

—*Chaneeeeeel* —gritó, pero era demasiado tarde: la chihuahua ya se había perdido entre la gente que salía por las puertas.

Yolanda fue corriendo para que la dejaran pasar, pero no hubo manera. Le explicó al guardia lo que había sucedido, pero ni por ésas.

«Mierda de controles», pensó.

Se dirigió al mostrador de atención al cliente, donde explicó su situación, y allí tampoco podían hacer nada. Tal vez

en alguna aerolínea la podían dejar pasar acompañada de una azafata.

Se dirigió a los mostradores de las compañías de vuelo que había más cerca, pero en todas le decían lo mismo: necesitaba una tarjeta de embarque y, cuando quería comprar un billete para ese mismo instante, le decían que todos estaban completos.

Intentó colarse por las puertas de salida, pero fue en vano; estaba petado de policías por todos lados.

«Mierda de comedónuts —pensó—. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Lo que está claro es que de aquí, sin mi perra, no me voy.»

Volvió a ir al mostrador de la aerolínea en la que volaba Lucas y le explicó a la azafata lo que había pasado.

—Le vuelvo a decir que no puede entrar sin tarjeta de embarque.

—Y yo le vuelvo a repetir que mi perra se me ha escapado y necesito entrar a por ella.

—Antes su novio, ahora su perra... luego qué será, ¿su gato?

Yolanda respiró y contó hasta diez, mejor hasta veinte.

—No tengo gato, pero sí perra, y mira tú por dónde se ha metido por ahí dentro y necesito recuperarla.

—¿Y qué quiere que haga, que lo anuncie por megafonía? —dijo enseñándole el micro.

—Pues por ejemplo.

—Era una ironía. Se acabó, voy a llamar a seguridad.

—Y yo voy a cagarme en todo lo que se menea —le dijo poniendo el bolso encima del mostrador con mala leche—. Nadie quiere ayudarme; en un vuelo de su compañía se

marcha la persona que más quiero en mi vida sin que pueda hacer nada por evitarlo porque no me dejan comprar una maldita tarjeta de embarque, y ahora mi perra se me ha escapado y tampoco nadie me quiere echar una mano. ¿En qué mierda de país vivimos?

—¿Me acompaña, por favor? —le dijo un policía de seguridad.

Yolanda cerró los ojos y acompañó al policía, quien la llevaba fuera del aeropuerto.

—¿Adónde me llevan?

—Tengo orden de llevarte fuera, pero, si me prometes que te vas por tu propio pie, te dejo ir.

—¿Y mi perra? —le preguntó llorando.

—No mientas, no hay perra ni nada.

—¿Puedo coger el bolso de mi perra?, lo tengo allí... —le preguntó señalando el sitio donde lo había dejado.

—Pero ¿hay perra de verdad?

—Sí —le contestó con lágrimas en los ojos.

—No te puedo dejar pasar, pero te prometo que voy a buscarla. ¿Cómo se llama?

—*Chanel*. Es una chihuahua blanca, lleva un arnés rosa con su nombre en brillantitos.

—¡Esta tamagotchi es muy traviesa! —oyó de pronto.

—Miviiiiiiiiiiii —gritó emocionada.

Lucas estaba detrás de ella... con *Chanel*. Yolanda se tiró en sus brazos.

—Lo siento, lo siento, perdóname... una vez más no te dejé explicarte, soy una bocachancla; entenderé que ahora no quieras decirme nada, pero, por favor, perdóname, no quiero

que te vayas sin perdonarme, aunque, si no quieres, lo entenderé también.

—Voy a pensar si te perdono... —le dijo muy serio.

Yolanda se quedó muy parada.

—Gracias por recuperar a *Chanel* y gracias por permitir que me explicara.

—Al *Yoda* lo recuperaré porque también es mío y tengo derecho a llevármelo —añadió. Yolanda se apartó un poco de él, lo miró muy seria y le dijo:

—No puedes hacerme esto. Entiendo que estés enfadado porque te insulté y no te dejé hablar, pero ella es lo único que me queda. Por favor.

—Pero yo también le tengo cariño.

—Por favor, Lucas... Te mandaré fotos a diario, te diré todo lo que hace y te mantendré informado de cómo está, pero no te la puedes llevar —le rogó casi a punto de romper a llorar de nuevo.

Sin mediar palabra, la atrajo hacia él y la besó.

—Es broma, princesa. ¿Cómo puedes creer que te haría eso?

—Uffff, ya me veía pidiéndote la custodia compartida —bromeó aliviada—. Entonces, ¿me perdonas? —le pidió con carita del gatito de Shreck.

—Pensé que ya había quedado claro con el beso, pero veo que no —le contestó volviéndola a besar.

—Te quiero tanto... pensé que te había perdido para siempre —declaró abrazándolo.

—De aquí no me voy sin mis tres mujeres.

—¿Tres? ¿No me jorobes que se viene tu madre? —bromeó.

—No, mi madre se queda aquí, no quiero saber nada de ella.

—Cari, a pesar de todo, es tu madre. Vino a buscarme a mi casa y me pidió disculpas; creo que deberías hablar con ella.

—No me apetece hacerlo, mivi, por su culpa casi me subo al avión y te dejo aquí.

—Lucas, vamos a hablar con ella, venga, no seas así —le pidió dándole un tierno beso.

—Pero ¿por qué no puedo decirte que no?

—Porque, en el fondo, sabes que tengo razón. Ven, que sé dónde están.

Fueron hasta donde esperaban su hermana y su madre, que habían cogido un avión y habían volado también hasta Madrid. Alba, al ver a Lucas, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. La madre miraba emocionada la escena y Yolanda lo empujó un poquito para que fuera a hablar con ella mientras se quedaba con la cría.

Felices, las chicas pudieron ver cómo madre e hijo hablaban y, al poco rato, se abrazaban. Lucas hizo un gesto con la mano, llamándolas, y todos se abrazaron emocionados.

—Pero ¿dime quién es la tercera mujer?

—Mira allí al fondo, en esa dirección.

—Lucas, bromas noooooooooo, que me cago en todo, ¿eh?
—le advirtió cuando vio a Shei en la puerta.

—Joder, cariño, que no es ella, que es Paca, que está allí. No tengo ni idea de qué pinta ésa aquí.

—Pues me va a escuchar.

—Yolanda, no la lées.

—Tranquilo, me voy a comportar, pero si ha venido a verte a ti creyendo que ya no estamos juntos, se ha comido una

peralta.

—¿Una quéeee?

—Una peralta. ¿No sabes lo que es?

—No.

—Pues es lo mismo que un carcuño, una mierda como un puño.

—¿Y la peralta?

—Una mierda así de alta —le contestó levantando la mano a la altura de su cabeza.

Lucas soltó una carcajada que resonó por todo el aeropuerto.

—Eres simplemente genial —dijo sin parar de reír—. Pasa de ella, cariño, vamos donde está Paca, que no nos ve.

Pasaron por delante de ella. Yolanda se soltó de la mano de Lucas y se plantó enfrente. La miró de arriba abajo. Shei fue a decir algo, pero ella la cortó.

—Si abres la boca, te meto un guantazo que te siento ahí en la máquina donde envuelven las maletas y te dejo echa una momia. Eres mala, pero todo lo malo vuelve; mírate, has venido aquí para ver a Lucas solo y lo que tienes delante es a una pareja feliz dispuesta a luchar contra viento y marea por su amor. Me das pena.

Se dio media vuelta y empezó andar; de pronto, se volvió a parar, la miró de nuevo...

—Que no, hombre, que no, que de aquí no me voy sin darte un guantazo.

Dicho esto, le plantó una bofetada en toda la cara que la hizo tambalear.

—Si te vuelves a meter entre él y yo, te pongo boca abajo y con los pelos de tu bigote me dedico a barrer la calle.

Se alejó de ella y se reunió con Lucas, Paca, Alba y Carmen.

—He sacado a la choni de paseo, lo siento.

—Mi niña, ésa se merecía eso y más —le secundó Paca abrazándola.

—Vamos, princesa mala hostia, hay mucho que hacer —bromeó Lucas cogiéndola por la cintura y atrayéndola hacia él.

—Ya sabes, cuando quieras, me quito la corona y me pongo el escudo y la espada.

—Te quiero, peque.

—Yo más.

Capítulo 34

Los Ángeles

—*Hellooooooooooooooooooooooooooooo*, Paca —saludó Yolanda entrando en la cocina.

—A mí me hablas en cristiano.

—¿No prefieres que te hable en Messi? —bromeó.

—Ayyy, mi niña, que te noto rara cuando hablas en inglés.

—Paca, tienes que aprender, no puedes ir con el dedo mágico a todos lados.

—Con mi dedo mágico no tengo problemas —replicó levantando el dedo índice.

—Tengo que preparar el regalo de cumpleaños de Lucas. Me falta comprar algunas cositas, ¿vienes conmigo?

—Felicidades, tesoro. Que hoy es 18 y cumples años —le dijo dándole dos besos y un abrazo enorme.

—Gracias. Lucas y yo lo celebraremos mañana, porque como él cumple el día 20, pues ni para él ni para mí, lo festejamos el día 19.

—¿Adónde quieres que te acompañe?

—A comprar unas cosillas que me faltan; venga, vamos, Paca —le dijo tirando de ella.

—Ya voy, ya voy... ¡qué impaciente eres!

—No quiero que llegue Lucas y me pille con las manos en la masa; además, quiere que lo acompañe a hacerse un tatuaje, ¿te lo puedes creer?

—¿Qué clase de tatuaje?

—No lo sé, no me lo ha dicho.

—Pues vámonos antes de que se haga más tarde.

Pasaron la mañana de compras. Yolanda revisó cada detalle que le faltaba para el regalo que tenía en mente y, cuando lo tuvo todo comprado, sonrió mirando a Paca.

—¿Crees que le gustará?

—Estoy segura de que le encantará; es muy original lo que tienes en mente, pero ¿cuándo lo harás?

—Mañana; cuando se marche a trabajar lo preparé y, cuando regrese por la tarde, se lo daré, pero creo que le voy a comprar otra cosa más.

—¿Más cosas? ¿No te parece bien lo que le vas a dar?

—Sí, pero me parece que le va a gustar más un reloj que vi.

—¿De Tiffany?

—No me hables de Tiffany, que la última vez que estuve allí, justamente aquí en esta ciudad, Lucas me tuvo que rescatar.

—¡Qué romántico!

Yolanda la miró con cara de sorpresa.

—¿Romántico? ¿Quieres decir qué miedo, verdad?

—A mí me gustaría que me rescataran.

—Paca, no bebas más coñac de buena mañana, que luego dices tonterías —bromeó.

—Mi niña, qué cosas me dices, si sabes que yo no bebo... y es la verdad: si viniera un apuesto hombretón a rescatarme, sería ideal.

—Si quieres, te vienes a la base conmigo y vemos a los cachoperros que hay allí uniformados, y si hay alguno que te haga tilín, le decimos a Lucas que te lo presente.

—¿Qué hacemos con todo esto?

—Lo dejamos en casa, pero vamos a comer primero, que todavía tenemos tiempo.

Pasaron por la joyería, Yolanda compró el reloj y pararon a almorzar unas ensaladas.

Luego cogieron un taxi y se marcharon a casa, lo escondieron todo y, en el mismo taxi, fueron a la base.

—Pero, bueno, si tengo aquí a mis dos bellezas —las saludó Lucas al salir a la puerta para que las dejaran pasar.

Les repartió una credencial de visitante y pasaron dentro con él.

—Cari, Paca quiere ver a los cachoperros uniformados que hay por aquí, y quiere que la rescaten.

La mujer, roja como un tomate maduro, le dio un empujoncito a Yolanda para que se callara. Lucas las miró y soltó una carcajada.

—Paca, yo te los presento, pero no me des trabajo de rescates, que yo ya termino por hoy —bromeó mirándola.

—Mi niño, pero si todo lo ha dicho ella, que es un terremoto.

—Pero, buenoooo, si hasta me ha dicho que quería ir a las duchas para ver bien esos cuerpos serranos —añadió Yolanda

riendo.

—Esperadme en mi despacho, que voy a cambiarme; si quieres venir, Paca, puedes hacerlo, así te presento a mis compañeros —les dijo abriendo la puerta sin parar de reír.

Entraron y él dejó su arma encima de la mesa. Yolanda alargó la mano para tocarla, pero él fue más rápido.

—Cariño, esto es un arma de verdad, no es para jugar.

—Sólo quería cogerla. ¿No te fías de mí?

—No es cuestión de fiarse, es que no es un juguete, cariño, entiéndelo —le aclaró dándole un beso.

Al poco tiempo y tras dejar a Paca en casa, la pareja se dirigió hacia Sunset Boulevard. Aparcaron delante del estudio de tatuajes.

Al entrar, una chica tatuada por todas partes salió para atenderlos.

—¿Tenéis claro lo que queréis haceros?

—¿Nos das unos minutos, por favor? —le pidió Lucas al ver la cara de su novia.

—¿Ha dicho *haceros*? Eso a mí me suena a plural y yo he venido sólo a mirar.

—Mivi, ¿no te gustaría compartir tatuaje conmigo?

Yolanda lo pensó y, aunque le sedujo la idea, no estaba muy segura de dejarse pinchar, para qué negarlo, ¿tenía miedo al dolor que le pudiera hacer!

Tras meditarlo un poco, finalmente preguntó:

—¿Hace mucho daño?

—No, peque, no hace daño; además, será algo pequeño.

—¿Y de qué se trata?

—Eso es una sorpresa, tienes que confiar en mí.

La chica volvió a salir y, ya con las ideas claras, entraron hasta donde les esperaba el tatuador.

—¿Me acompañáis?

Lucas sacó dos papeles doblados y le dio a elegir.

—Éste —le dijo señalando la mano derecha.

—Perfecto, éste para mí. —Se quedó con el otro papel.

Cuando Yolanda abrió el papel para ver lo que iban a tatuarle, se abrazó a él emocionada.

—¿En qué parte lo vamos a llevar?

—Había pensado en la parte interna de la muñeca. ¿Qué te parece?

—Vale, pero... ¿te digo una cosa?

—Dispara.

—¡Estoy cagada de miedo!

—Confía en mí, princesa —pidió besándola en la frente.

—¿Con quién empiezo?

—Con él —dijo Yolanda muy segura.

—Me ha tocado —bromeó.

El chico empezó a tatuarle a Lucas las letras que había elegido.

Yolanda lo miraba buscando alguna mueca de dolor en su rostro, pero no vio ninguna; aun así, no se tranquilizaba. Estaba segura de que a ella le iba a doler.

Y no se equivocó: cuando el tatuador empezó a pincharle la cara interna de la muñeca, vio las estrellas; cerró los ojos y rezó para que acabara lo antes posible.

—Vamos, peque, que esto no es nada —le susurró Lucas al oído.

—Cuando salga de aquí, prepárate a correr, porque esto me está doliendo un huevo —bromeó.

—No me seas quejica, que no duele nada —se rio él.

Le hacía ilusión compartir el tatuaje, pero le estaba doliendo. Cuando ya se hubo habituado a los pinchazos, el chico la avisó de que estaba terminado. Se miró la muñeca y lo que vio le gustó mucho. Lucas se acercó, puso su mano al lado y el tatuaje le gustó muchísimo más. En la muñeca derecha de él ponía «Endless», medio símbolo del infinito y el nombre de Yolanda, y en la de ella ponía «Love», el otro medio símbolo del infinito y el nombre de Lucas: al juntar las manos, aparecía «Endless Love» y el símbolo del infinito se completaba, junto con los nombres de ambos.

Salieron del estudio con las muñecas plastificadas, dieron una vuelta por las calles de la ciudad, pasaron por delante del Peter's House y entraron a comer una hamburguesa allí, en el lugar donde había empezado todo.

No tardaron mucho en volver a casa, puesto que Lucas tenía que trabajar al día siguiente y allí se levantaba mucho más temprano que cuando vivía en España: a las cinco de la mañana ya salía por la puerta de casa para ir a la base.

Una de las cosas a las que más le costaba adaptarse a Yolanda era a los horarios, pero lo iba llevando como mejor podía.

Ella se despertó emocionada, había llegado el día en que le daría su regalo a Lucas. Se levantó, se desperezó y se metió en la ducha. Bajo el agua, se le ocurrió una idea, así que se arregló, se puso un *culotte* color rosa y una camiseta de tirantes con un gatito dibujado, cogió una diadema que tenía con orejitas, se hizo un *sexy-selfie* poniendo morritos y se lo mandó a Lucas con la palabra *Besayúname*.

«¡Qué chiquillada!», pensó.

Pero enseguida recibió un wasap con la frase «Hoy volveré pronto a casa, porque he visto un lindo gatito».

Salió de la habitación feliz y fue a desayunar con Paca.

—*Good morning* —la saludó.

—Buenos días, mi niña.

—¿Desayunamos?

—Claro que sí, te estaba esperando.

Tras hacerlo, se pasó la mañana preparando el regalo. Cuando lo tuvo listo, lo dejó escondido y salió a pasear con *Chanel*. La perrita causaba sensación por donde pasaba por lo graciosa y pequeña que era, además de mimosa; a todo el mundo le meneaba la colita cuando le decían cositas y, todo sea dicho, la llevaba siempre monísima, pero no fifi, que es muy diferente.

—Paca, ¿qué me pongo? —le preguntó nerviosa.

—Pero ¿adónde vais?

—No sé si vamos a algún sitio, pero no quiero darle el regalo en tejanos. Quiero arreglarme.

—Pues un vestido bien bonito, que tienes muchos.

—Pero ¿cuál?

—Pruébate alguno y te digo.

Pasó un buen rato probándose vestidos mientras Paca le daba su parecer.

Tras mucho cambiarse, se decidió por un vestido superentallado, corto, sin mangas, con un pronunciado escote en uve, de color verde esmeralda a juego con sus ojos; se hizo una coleta alta y se rizó las puntas. Luego se calzó unas sandalias de tacón negras.

—¿Qué tal estoy?

—Estás preciosa, mi niña.

—Debe de estar a punto de llegar.

Estaban recogiendo las últimas prendas del vestidor cuando *Chanel* empezó a ladrar.

—Creo que ya está aquí —avisó Paca.

—Sí, el algodón no engaña —bromeó refiriéndose a la perrita.

—Hola, mi amorrrrrrr —lo saludó saliendo al salón y dándole un beso.

—¡Madre mía! —La apartó para verla bien—. Yo pensaba encontrarme un lindo gatito y lo que tengo aquí es a una hermosa princesa —la halagó para luego besarla.

—¿Qué día es hoy? —preguntó entusiasmada.

—Viernes.

—No, de número.

—19.

—¿Y? —le preguntó al ver que no reaccionaba.

—Cariño, he tenido un día muy duro en la base como para andar con adivinanzas —le dijo dándole un beso.

Yolanda se giró, sacó una caja enorme que tenía escondida detrás del sofá y se la entregó.

—¿Y esto? —preguntó confuso.

—Mañana es tu cumpleaños, ayer fue el mío, y decidimos que lo celebraríamos hoy.

—Hostiaaaaaaaaaaaaaa, princesa, se me había olvidado; lo siento, con el trabajo que he tenido estos días se me ha pasado por completo.

—No pasa nada, espero que te guste el mío.

—Sí pasa, me voy ahora mismo y te compro algo.

—No, tranquilo, en serio. A mí me vale con estar contigo.
¿Lo vas a abrir?

—Claro, cariño, ahora mismo.

Se sentó en el sofá, tiró del lazo y lo deshizo. Dentro de la caja había seis cajas más pequeñas y un cartel en el que ponía «La caja de los cinco sentidos».

Cogió la caja del gusto, la abrió y dentro encontró una porción de pastel de nata y fresa; metió en dedo en la nata y se la puso a ella en la nariz, y luego se la quitó con un beso.

Cogió la caja de la vista, la destapó y dentro encontró la primera foto que le hizo cuando se vieron el primer día, cuando él se metió en medio de la cámara. Sonrió al verla.

Cogió la caja del tacto y descubrió que había una *Chanel* de peluche.

Cogió la del olfato y vio que había una rosa blanca.

Y, por último, cogió la del oído y vio un cedé de Luis Miguel con la canción que le dedicó cuando le pidió que se quedara a vivir con él en Guadalajara.

—Muchas gracias, princesa; me chifla la caja con todos los recuerdos sobre nuestra historia. ¿En ésta que hay?

—¡Ábrela!

Cuando lo hizo, encontró un precioso reloj que se puso inmediatamente.

—Me encanta todo, peque; siento haberme olvidado de este día, te recompensaré, te lo prometo —le dijo dándole un beso.

—No pasa nada.

—Voy a ducharme, que estoy reventado.

Cuando se fue a la ducha, Yolanda se quedó pensando. Ya le había extrañado que durante el día no hubiera recibido ni flores ni nada, pero también era cierto que había tenido una semana de locos.

Estaba con la mente distraída cuando de repente oyó:

—Vámonos, princesa.

Se giró y vio a Lucas vestido con un traje negro con camisa blanca y corbata negra. ¡Estaba impresionante! Nunca lo había visto vestido así y le sentaba genial.

«¡Por Dios, qué planta tiene mi hombre!», pensó.

—¿Adónde vamos?

—Lo menos que puedo hacer es invitarte a cenar.

—Pero, cariño, si me has dicho que estabas muy cansado.

—Para ti nunca estoy cansado.

Se subieron al coche y, cuando arrancó, le preguntó:

—¿Ya sabes adónde vamos a ir?

—Sí, aquí al lado, al *burguer* —bromeó.

—Me lo tenías que haber dicho, en casa me he dejado unos vales descuento.

Lucas se empezó a descojonar; le encantaban esas contestaciones que tenía tan espontáneas, y adoraba que fuera tan sencilla.

Al llegar al restaurante, se bajó, le abrió la puerta y le ofreció su mano caballerosamente. Ella la aceptó y se apeó. Un aparcacoches se acercó a ellos y él le dio las llaves del vehículo para que lo estacionara.

El restaurante era muy bonito; no era muy grande, pero sí muy fino y elegante. El salón estaba decorado con gusto, al igual que las mesas; las había para bastantes comensales y algunas más íntimas.

Al fondo del local destacaba una especie de escenario que estaba tapado con unas cortinas negras.

El camarero los acompañó hasta una mesa en el fondo del salón, pegada a lo que parecía el escenario, justamente en el centro, y les sirvió un poco de vino. Al poco rato, todos los camareros empezaron a servir las mesas.

La cena constaba de un aperitivo de brandada de bacalao con puré de verduras y tomate seco, seguido de una ensalada de langostinos con verduras con vinagreta de tomate de pera.

Mientras comían la ensalada, a Lucas le sonó el móvil; él se disculpó y salió de la sala.

—Mivi, cuando salga de aquí, nos vamos al *burguer*... Mucho lujo, pero tengo más hambre que el perro de un ciego —le dijo al volver a la mesa junto a ella.

—Aún te falta lo que están sirviendo ahora.

—Me da igual, peque, esto no llena nada... donde se ponga un buen cocido madrileño.

Yolanda hizo una mueca; para ella era más que suficiente con lo que estaban sirviendo, pero sí era cierto que en los restaurantes tan lujosos servían poca comida.

El camarero sirvió los segundos.

—Cariño, ¿quieres más? Yo estoy llena.

—¿Cómo puedes estar llena?

—Pues porque han puesto bastante cantidad —le dijo dando un sorbo al vino.

—¿Bastante? Pero si tendría que comerme todos los platos de todas las mesas para saciarme.

—Anda, anda, exagerado. ¿Quieres o no?

—No, mivi, comételo tú todo.

Para finalizar, el camarero trajo el postre: mil hojas de hojaldre rellenas de chocolate, nevadas.

—Todo buenísimo, sobre todo el postre... ¡qué suave que está y qué rico!

—Me alegro de que te guste, preciosa.

—Gracias por esta noche, cariño —le dijo cogiéndole la mano.

—Aún queda noche por delante, mucha noche... —le anunció guiñándole un ojo.

De repente las luces bajaron un poco de intensidad y las cortinas del escenario se abrieron para mostrar un hermoso piano de cola, una mesa con unas rosas blancas y un micrófono.

Las primeras notas del bolero *Inolvidable*,^[19] empezaron a sonar y el cantante hizo su aparición, impecable con traje negro de tres piezas y camisa de igual color.

Yolanda se llevó las manos a la boca, emocionada.

¡No podía ser!

¡Estaba delante del mismísimo Luis Miguel!

Miró a Lucas con lágrimas en los ojos.

¡Se había acordado!

Ahora lo entendía todo, por eso el menú estaba cerrado y estaban en la mejor mesa del salón.

Estaba en un concierto privado, con cena incluida, de Luis Miguel, al cual tenían acceso tan sólo unos privilegiados... y ella lo estaba disfrutando, gracias a su novio.

Lucas la miró y sonrió. Le encantaba verla feliz y emocionada.

—Gracias, cariñoooooooooo —le dijo superimpresionada.

—Me gusta verte feliz. Vamos a disfrutar del concierto.

Tras unas cuantas canciones relajadas, Luis Miguel pidió que el público se pusiera de pie para gozar a tope y poder bailar. Los camareros apartaron las mesas de en medio y todos pudieron acercarse más al escenario y vivir de cerca la plenitud del concierto.

Canciones como *Qué nivel de mujer*,^[20] *Será que no me amas* y *Sol, arena y mar*^[21] fueron sonando.

Luis Miguel de nuevo pasó a las baladas y Lucas agarró a Yolanda por la cintura desde atrás y entrelazaron las manos para moverse juntos al compás de la música.

Sonó su canción y el cantante comenzó a cantarla mirando a Yolanda fijamente, sonriendo y señalándola.

Lucas le hizo una seña de que ella era suya, riendo, y él siguió cantando, sonriendo negando con la cabeza, mientras él la abrazaba más fuerte y Luis Miguel reía feliz.

Lucas le susurró dulcemente palabras de amor al oído.

—Si no existieras, yo te crearía.

Ella se giró y lo abrazó emocionada.

—Gracias por esta preciosa sorpresa, mi amor.

—Hoy hace un año que me demostraste que los besos más dulces son la mejor medicina, así que déjame decirte que quiero seguir curándote cada día —le declaró mientras le cogía la mano y le ponía un solitario de oro blanco, con un brillante color rosa, precioso.

—Lucassssssssss —gritó emocionada al tiempo que lo abrazaba.

En ese momento llegaron hasta ellos Ivonne, Jason, Mar, Dani, Javier, Ana, Marcos, Juani, Óscar, Raquel, Mike, Lana y Paca.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó conmovida.

—No nos perderíamos esto ni locos —respondió Óscar hablando en nombre de todos.

—Hoy la liamos parda —gritó Dani.

—Síiiii —gritaron las chicas mientras se abrazaban todas juntas.

Todos disfrutaron del concierto. A los chicos, aunque no lo quisieron reconocer, también les estaba gustando, y ellas estaban encantadas y se les notaba por encima de todo.

—Cariño, ¿este anillo significa lo que creo? —le preguntó abrazada a su cuello.

Él acercó sus labios a los suyos, se separó unos milímetros y contestó:

—Algún día, princesa... algún día.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi padre y a mi madre el hecho de estar a mi lado en todo momento y apoyarme en cada paso que doy; os quiero más de lo que os imagináis.

Gonzalo Guerra, gracias por hacerme ver la realidad de la vida y estar apoyándome en todo momento. Te quiero mucho.

Ernest y Oriol Gomis, gracias por enseñarme lo poquito que sé de videojuegos y dejarme destrozaros los coches... ja, ja, ja. Es un honor para mí haber compartido tanto tiempo junto a vosotros, sois increíbles. Os adoro y quiero un montón, igual que a Enric.

Mar Marce, mi Zipi, mi *asqueazul*... más que amiga, eres mi hermana. Gracias por viajar siempre a mi lado y acompañarme en todas mis locuras. Ya sabes, Zipi y Zape para siempre. Te quiero, amiga.

Juani Galindo, gracias por sacarme una sonrisa siempre y guiarme con tus palabras. Lo que Luis Miguel ha unido, no lo separa nadie. Te quiero muchísimo.

Mati Nogales, no tengo palabras para agradecerte todos tus consejos, todas las horas que has dedicado a ayudarme, por aguantarme cuando estaba nerviosa y subirme cuando estaba abajo... porque vengan muchas más horas en tu casa con los batidos, el peque y las risas. Sabes que te quiero un montón, al igual que a Sabi y a toda tu familia.

Ana Lizarraga, mi navarrica, gracias por dejarme formar parte de tu mundo; es un honor tener amigas como tú, eres muy grande. *T'estimo molt.*

Sabina Nogales, porque nuestra amistad dure por muchos años más.

Olga Capitán, gracias, gracias y mil veces gracias por animarme a seguir y formar parte de mi sueño convertido en realidad. Te quiero, mi churrita.

Ivonne Suárez, ¿qué haría yo sin tu ayuda? Gracias de corazón por todos esos pantallazos con tus sugerencias. Eres un solete.

Raquel Plaza, gracias por ayudarme en todo incondicionalmente y alegrarme con tus locuras. Necesito más días de risas junto a ti, te quiero un montonazo.

Mi Mar Cartró, mi pequeña gran niña. Gracias por compartir conmigo tus locuras y dejarme volver a mis quince años en cada concierto, en cada cola de firmas. Por que vengan muchas más, ya sabes que en estas páginas hay un poquito de ti.

Gemmita, mi chiquitina, qué grande eres. Te quiero, amiga.

Laura Casas y Vanessa Herrero, sois parte de mi *team* y desde aquí os quiero agradecer todos los momentos vividos junto a todo el equipo; espero que sigamos juntas por mucho tiempo más.

A todas las fans de Luis Miguel del mundo, pero en especial a mis chic@s INT. En cada canción de nuestro Sol va un pedacito vuestro. Sois geniales.

Gemma Garrido, mi niña, mi gallega favorita, mi otra mitad en el fan club. Gracias por toda tu ayuda, por colaborar en todo lo que estaba en tu mano a pesar de tener un montón de trabajo. Eres un sol, igual de grande que el nuestro.

Xandro Leima, gracias por tus canciones, por hacerme disfrutar con tu pedazo de voz. Eres muy grande, amigo.

Clara Ábori, gracias por aconsejarme y ayudarme en todo momento, que vivan los audios de WhatsApp.

Montse Rubio, gracias por tantos años de amistad.

Adrián, Anita y Franco, gracias por enseñarme a disfrutar de la salsa y la bachata. A vuestro lado todo es más fácil. Sois los mejores.

A Esther Escoriza y Zafiro, por darme la oportunidad de hacer mi sueño realidad. Gracias de corazón. Espero que vengan muchos sueños más.

Gracias a Mariela Lombardo, Andrea Martínez y Sandra Creus, de English for you, por vuestros ánimos, que vengan más Candy times.

No importa el orden de agradecimientos, todos estáis en mi corazón. Gracias por formar parte de mi vida.

Biografía



Paris Yolanda nació en Badalona (Barcelona) un 18 de julio. Como buena cáncera es una romántica de los pies a la cabeza. De niña le gustaba escribir poesía y leer todo tipo de libros juveniles.

Con el paso de los años se aficionó a la novela romántica, género que la cautivó y con el que se siente identificada.

Los besos más dulces son la mejor medicina, su primera novela, pretende enamorar a todas aquellas personas que, como ella, creen en el amor con mayúsculas.

Es una gran apasionada de la música, el baile y los viajes. En la actualidad vive con su familia en Badalona, la ciudad

que la vio crecer y en la que disfruta paseando por la playa con sus mascotas.

Notas

[1] *La vida es un carnaval*, 2003 Universal Music and Video Distribution, Corp, interpretada por Celia Cruz. (*N. de la e.*)

[2] *Mi princesa*, 2009 Universal Music Spain, S.L. (Vale Music) España, interpretada por David Bisbal. (*N. de la e.*)

[3] *Limbo*, 2012, El Cartel Records under exclusive license to Capitol Latin, interpretada por Daddy Yankee. (*N. de la e.*)

[4] *Como un niño*, 2014, Universal Music México S.A. de C.V., interpretada por Juan Magan. (*N. de la e.*)

[5] *Eclipse de Luna*, WM México, interpretada por Maite Perroni. (N. de la e.)

[6] *Dormir contigo*, Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (*N. de la e.*)

[7] *I am an albatraz*, Aron Ekberg, interpretada por AronChupa. (N. de la e.)

[8] *See you again*, Atlantic Records, interpretada por Wiz Khalifa y Charlie Puth.
(N. de la e.)

[9] *Dame*, Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (*N. de la e.*)

[10] *O tú o ninguna*, Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (N. de la e.)

[11] *El mismo sol*, © 2015 Electrola, a division of Universal Music GmbH, interpretada por Álvaro Soler y Jennifer Lopez. (*N. de la e.*)

[12] *Picky*, © 2015 Capitol Latin, interpretada por Joey Montana. (*N. de la e.*)

[13] *De lao a lao*, Roster Music, interpretada por Dasoul. (N. de la e.)

[14] *Te perdiste mi amor*, Sony Music Latin, interpretada por Thalia y Prince Royce. (*N. de la e.*)

[15] *Propuesta indecente*, Sony Music Latin, interpretada por Romeo Santos. (N. de la e.)

[16] *Soy incondicional*, Sony Music Latin, interpretada por Romeo Santos. (N. de la e.)

[17] *Wonder Woman*, WM Spain, interpretada por Sweet California y Jake Miller.
(N. de la e.)

[18] *Hasta que vuelvas*, WM México, interpretada por Luis Miguel. (N. de la e.)

[19] *Inolvidable*, Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (*N. de la e.*)

[20] *Qué nivel de mujer*, Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (N. de la e.)

[21] *Sol, arena y mar*; Wea Latina, interpretada por Luis Miguel. (*N. de la e.*)

Los besos más dulces son la mejor medicina

Paris Yolanda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Kasikynet / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© *Paris Yolanda*, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16055-7

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí tu
próxima lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Paris Yolanda

Los besos
más dulces
son la mejor
medicina



zafiro[♥]